

PREMIOS NEBULA 1985

Ed. George Zebrowski

Lectulandia

Los premios Nebula son los Oscar de la ciencia ficción. Desde su fundación en 1965, la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción, es quien otorga los famosos premios Nebula y publica anualmente un volumen con los galardones del año, formando así una de las más prestigiosas antologías anuales de la ciencia ficción norteamericana.

Junto a los relatos premiados de Robert Silverberg, George R.R. Martin y Nancy Kress, se incluyen en este volumen un relato de Orson Scott Card, ganador en la categoría de novela, y otro de Arthur C. Clarke, elegido Gran Maestro en este año.

Completan el libro algunos de los relatos nominados, y artículos sobre la ciencia ficción y su mundo a cargo de Algys Budrys y Gregory Benford.

En la edición de este año se incluye además una extensa reseña sobre las películas de ciencia ficción de 1985

Lectulandia

AA. VV.

Premios Nebula 1985

ePub r1.0

Titivillus 06.05.15

Título original: *Nebula Awards 21*
AA. VV., 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En recuerdo de:
Frank Herbert 1920-1986
Thomas N. Scortia 1926-1986
Manly Wade Wellman 1903-1986

PRESENTACIÓN

Los Premios NEBULA son los Oscar de la ciencia ficción. La elección se realiza anualmente en el seno de la Science Fiction Writers of America (SWFA, Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción), y son los mismos escritores los que seleccionan las mejores novelas y relatos publicados cada año. Los premios que corresponden al año 1985 se hicieron públicos en abril de 1986, en el banquete anual correspondiente, siguiendo una ceremonia tradicional que se inició en 1965.

Otro de los premios famosos de la ciencia ficción americana, el HUGO, se elige directamente por votación popular de los asistentes a la convención mundial anual de la ciencia ficción, lo que les confiere un carácter quizá más popular. Sin embargo, el hecho de que la concesión del NEBULA se realice unos meses antes influye evidentemente en los HUGO. Por ello no es de extrañar que, por lo menos en la categoría de novela, los Premios HUGO y NEBULA hayan coincidido en los últimos tres años.

En cualquier caso, el prestigio creciente de los NEBULA está ampliamente justificado por el nivel y los intereses de los que realizan la nominación y la votación final: los mismos escritores, que conocen claramente las dificultades propias de su oficio y saben reconocer un trabajo bien hecho.

El editor de la selección de este año, George Zebrowski, es también escritor y editor en el campo de la ciencia ficción. Su trabajo ha recogido este año a todos los premiados en las categorías de relato y novela breve, así como algunos relatos nominados y varios artículos sobre la ciencia ficción. Su tarea se completa con un interesante relato (también nominado) de Orson Scott Card, vencedor en la categoría de novela por *El JUEGO DE ENDER* (publicada como número uno de nuestra colección y Libro Amigo).

El banquete del año 1986 otorgó uno de los escasos premios a un Gran Maestro, con lo que la SWFA reconoce los méritos y logros de un autor vivo a lo largo de toda su trayectoria profesional. En 1985, el indiscutible Arthur C. Clarke se incorpora así a la reducida lista de Grandes Maestros de la Ciencia Ficción. Como homenaje o recordatorio, Zebrowski ha decidido incluir en este volumen un curioso texto donde el veterano Clarke ironiza sobre la historia y los antecedentes de la informática.

Pero el mundo de la ciencia ficción es mucho más amplio que la nueva creación literaria, y ello se demuestra en el creciente interés crítico que está adquiriendo este género dentro del mundo académico. Por ello se agradece, en el trabajo de Zebrowski, la inclusión de un entrañable texto del ya veterano Algis Budrys que rememora la breve historia del género, así como un intento de Gregory Benford para definir el concepto de alienígena o extraterrestre tan habitual en la ciencia ficción.

Como ya hiciera en la antología correspondiente al año 1984 (los encargos de edición de la SWFA suelen ser por dos años), Zebrowski ha incluido también una reseña realizada por Bill Warren sobre los films de ciencia ficción aparecidos en

1985. En él resulta claramente visible que Hollywood no ha entendido todavía las grandes posibilidades de la ciencia ficción. Los productores cinematográficos no han sabido ver que se trata de un género adulto y para adultos, aunque también pueda interesar a los más jóvenes. En cualquier caso, las páginas finales del trabajo de Warren (con su valoración de obra excepcional para Brazil, en lo que coincido) son una clara exposición del problema. Y también junto a Warren expreso mi convicción de que, indefectiblemente, el futuro nos deparará también películas de ciencia ficción de calidad parecida a las escasas excepciones que acuden a la mente de todos.

En cuanto a los relatos, creo que el conjunto constituye una de las mejores antologías posibles de lo publicado el año 1985 en Norteamérica. Personalmente, siempre he creído que la ciencia ficción encuentra sus mejores momentos en los relatos o novelas breves. No en vano muchas de las grandes y más famosas obras del género han nacido como unión de relatos aparecidos individualmente en las revistas del género. Así ocurrió con la trilogía inicial de la Fundación de Asimov, las Crónicas Marcianas de Bradbury e incluso el famoso Dune de Herbert.

La ciencia ficción es, esencialmente, una literatura de ideas y éstas encuentran su mejor expresión en el relato corto y la novela breve, como demuestra este volumen.

Howard Waldrop, uno de los jóvenes valores de hoy, nos muestra a Mickey, Gooffy y el Pato Donald en un futuro lejano en el que se han convertido en Herederos del Peris ferio. Otra autora de la nueva hornada, Nancy Kress, aporta ese algo indefinible que algunos llaman el toque femenino en el entrañable relato del contacto de gente corriente procedentes de mundos Entre tantas estrellas brillantes. Orson Scott Card, que parece haber sido redescubierto en este su año de gracia, nos ofrece una de sus parábolas morales llena de fuerza e intención, basada en la sociedad que ha surgido, en El margen, de una nueva cultura posatómica.

Sería ocioso destacar la sensibilidad y brillantez de Rumbo a Bizancio, la novela breve en la que Robert Silverberg nos lleva a un mundo futuro interesado por las ciudades antiguas y que parece haber vencido al espectro de la muerte. George R. R. Martin, en Retrato de sus hijos, nos ofrece un relato fantástico en el que se desvela la pesadilla de un autor. Como sea que el premio NEBULA lo eligen los escritores de ciencia ficción, era inevitable que el relato de Martin obtuviera el premio.

Los otros nominados que, junto a Waldrop, completan el volumen son Joe Haldeman, ya muy conocido por el lector en castellano por sus novelas, con su relato (publicado originalmente en Playboy) de un cyborg que llega a ser Más que la suma de sus partes. Junto a él, James P. Blaylok, compone una sensible fantasía sobre el mundo de los Dragones de papel o, quizá, más exactamente, sobre el de los hombres.

MIQUEL BARCELÓ

GEORGE ZEBROWSKI:

Introducción

A lo largo del año, la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción lee y propone novelas y cuentos para los premios Nebula anuales. Estas recomendaciones se presentan en forma de carta y, a finales del año, se hace un recuento para constituir una lista preliminar que se envía a todos los miembros. Las cinco novelas (40. 000 palabras o más), novelas cortas (entre 17. 500 y 39. 999 palabras), cuentos (de 7. 500 a 17. 499 palabras) y cuentos cortos (menos de 7. 500 palabras) más votados se inscriben en la lista final, que se manda a los miembros para que la voten. El jurado de los premios Nebula puede añadir un nominado a cada una de las categorías.

La lista del premio Nebula de 1985 fue más larga de lo habitual, pues bastantes trabajos quedaron empatados en la votación preliminar. (Además, las recomendaciones para la lista preliminar fueron muy entusiastas.) La lista final —los vencedores están indicados por medio de un asterisco— fue:

En Novela

- «Blodd Music», de Greg Bear (Arbor House)
- «Dinner at Deviant's Palace», de Tim Powers (Ace Books)
- *«El juego de Ender», de Orson Scott Card (Barcelona, Ediciones B, 1987)
- «Helliconia Winter», de Brian W. Aldiss (Atheneum)
- «The Postman (El cartero)», de David Brin (Bantam Spectra Books)
- «The Remaking of Sigmund Freud», de Barry N. Malz berg (Del Rey)
- «Schismatrix», de Bruce Sterling (Arbor House).

En Novela Corta

- «24 Views of Mount Fuji, by Hokusai», de Roger Zelazny (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, julio de 1985)
- «The Gorgon Field», de Kate Wilhelm (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, agosto de 1985)
- «Green Days in Brunei», de Bruce Sterling (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, octubre de 1985)
- «Green Mars», de Kim Stanley Robinson (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, septiembre de 1985)
- «The Only Neat Thing to Do», de James Triptree, Jr. (The Magazine of Fantasy & Science Fiction, octubre de 1985)
- *«Rumbo a Bizancio», de Robert Silverberg (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, febrero de 1985).

En Cuento

«Dogfight», de Michael Swanwick y William Gibson (Omni, julio de 1985)

«El margen», de Orson Scott Card (The Magazine of Fantasy & Science Fiction, octubre de 1985)

«A Gift from the Graylanders», de Michael Bishop (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, septiembre de 1985)

«The Jaguar Hunter», de Lucius Shepard (The Magazine of Fantasy & Science Fiction, mayo de 1985)

«Paladin of the Lost Hour», de Harlan Ellison (Universe 15, Doubleday; The Twilight Zone Magazine, diciembre de 1985)

*«Retratos de sus hijos», de George R. R. Martin (Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, noviembre de 1985)

«Rockabye Baby», de S. C. Sykes (Analog, 15 de diciembre de 1985).

En Cuento Corto

«Flying Saucer Rock and Roll», de Howard Waldrop (Omni, enero de 1985)

«The Gods of Mars», de Gardner Dozois, Jack Dann y Michael Swanwick (Omni, marzo de 1985)

«Herederos del Perisferio», de Howard Waldrop (Playboy, julio de 1985)

«Hong's Bluff», de William F. Wu (Omni, marzo de 1985)

«Más que la suma de sus partes», de Joe Haldeman (Playboy, mayo de 1985)

*«Entre tantas estrellas brillantes», de Nancy Kress (The Magazine of Fantasy & Science Fiction, marzo de 1985)

«Dragones de papel», de James P. Blaylock (Imaginary Lands, Ace Books)

«Snow», de John Crowley (Omni, noviembre de 1985).

El 26 de abril de 1986 se anunciaron los resultados y se presentaron los premios en el Banquete de los Premios Nebulae, en el hotel Claremont de Berkeley, California.

La extensión de la lista puso a disposición del editor del presente volumen una mayor variedad de trabajos entre los que escoger, además de los vencedores. Había que incluir, naturalmente, un trabajo del autor de la novela ganadora y las obras correspondientes de los vencedores de las restantes categorías. Como controlador, y no como maestro, del talento —una diferencia que los editores deberían tener quien se la recordara en las comidas— me suelo preguntar si mis selecciones no constituyen una manera de menospreciar o de poner de relieve un conjunto de cualidades en detrimento de otros, pero siempre me contesto que ninguna elección puede resultar perfecta y que las orientaciones que me proporciona el proceso de selección tienen más peso que cualquier preferencia personal.

En los últimos años, todos los premios han sido vituperados. Muchos consideran el Premio Pulitzer de ficción como garantía de mediocridad, los premios al Libro Americano son irregulares en cuanto al método de selección, al Premio Nobel que se adjudica por motivos políticos y que cuanto más larga se hace la lista de grandes que no lo han recibido, más inadecuado resulta.

Las quejas son igualmente clamorosas en el mundo de la ciencia ficción y las diferencias filosóficas entre los críticos igualmente irreconocibles. El Hugo suele considerarse un mero concurso de popularidad, el Nebula una palestra sangrienta para rebeldes sin causa, y el Premio John W. Campbell, concedido por un jurado, ha sido acusado de ser infiel a la calidad de su homónimo y de estimular elecciones bizantinas. Los premios nunca satisfarán a todo el mundo, pero un proceso de selección depurado comporta necesariamente imperfecciones en la búsqueda de la excelencia.

Es para mí un orgullo que la antología de los Premios Nebula pueda hacer algo que los resultados de los premios no pueden hacer: presentar a los lectores el mayor espectro posible de competidores, de manera que dispongan de la solución más amplia posible de la que surge el precipitado de los cristales ganadores. (A propósito, característica especial de la antología de este año es el encabezamiento de cada cuento por un comentario personal del autor nominado.) Pero la analogía química no sirve porque cualquiera de estas obras podría haber ganado. Éste es el único premio de ciencia ficción que honra a sus competidores de esta manera.

Los lectores siempre deberían juzgar por sí mismos. No deberían dejarse guiar por la incompetencia de los examinadores ni por los prejuicios de los críticos más ensalzados. Leer literatura de ficción no es una actividad colectiva, como tampoco lo es escribirla; lo más importante siempre es el juicio personal. A los lectores me permito recomendarles toda la lista^[*].

Esta siempre es resultado de diferencias de opinión, de insistencia crítica y de innumerables presiones intangibles. Es una lista hecha para el lector avisado.

En un ensayo publicado en la recopilación de Premios Nebula anterior, Algis Budrys plantea el problema de una manera definitiva, a mi modo de ver:

«Éstos son nuestros mejores autores en este lapso de tiempo dado y, si alguien puede tener ciertas dudas al respecto, no podrá dudar por lo menos de que representen nuestra selección particular de mejores autores de este lapso de tiempo dado. Al leer esta u otra antología de los Premios Nebula se experimenta una legítima impresión de calidad, debido a la variedad, el ingenio y la elegancia con que se enfrentan al desafío que representa alcanzar la excelencia. Esto se debe, de hecho, a que se enfrentan al problema de hacerlo lo mejor posible y dejar que la excelencia se manifieste por sí misma.»

Johnson City, Nueva York
15 de junio de 1986

ALGIS BUDRYS:
¿Qué tuvo 1985 de memorable?

Algis Budrys, autor de las novelas clásicas *Rogue Moon*, *Who?* y *Some Will Not Die*, así como de la reciente y tan alabada *Michaelmas*, es también el mejor crítico norteamericano de ciencia ficción en activo. Sus ensayos aparecen en *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Con el título de *Benchmarks* se han publicado recientemente sus trabajos críticos para *Galaxy*, que han merecido el Premio Locus 1986 a la mejor obra no literaria. Autor de numerosos cuentos cortos, Budrys es miembro del Hall of Fame de la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción y ha recibido un premio especial de la Sociedad Norteamericana de Escritores de Misterio. Catalizador de jóvenes talentos, Budrys ha sido profesor en el taller de verano de creación literaria *Clarion*, que se reúne todos los años en la Universidad estatal de Michigan, y trabaja como juez y editor en el proyecto de *Escritores del Futuro*. Está preparando una nueva novela.

Lo más característico de una nebulosa es que adquiere más carácter y definición cuanto más se aleja uno de ella. Mientras participaba en el banquete en que los miembros de la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción otorgaron los Nebula de 1985, se me ocurrieron dos cosas: primero, que ya es hora de que los Escritores Norteamericanos de Ciencia Ficción se conviertan en los Escritores Universales de Ficción Especulativa, y, segundo, que no lograba descubrir en qué derivaba 1985 de 1984 y que, por consiguiente, me iba a costar un esfuerzo ímprobo escribir este ensayo. Ahora, pasados algunos días, esto último me parece más sencillo. Pero no demasiado.

Los premios anuales prestigiosos, es decir, los que han ido recayendo, con pocas excepciones, en las obras más significativas de cada época, adquieren una importancia mística. No resulta agradable esperar como nominado el veredicto final, entablando conversaciones triviales y tratando al mismo tiempo de que la comida no le siente mal a uno. Pero eso se acaba. Felizmente, tristemente o ambiguamente, después de una eternidad se anuncian los resultados y eres ganador o no lo eres. Y entonces les llega el turno a los que, como yo, tratamos de darle mayor trascendencia a todo el asunto; es un tipo de actividad que se reitera una y otra vez.

Estos juicios a posteriori, reiterativos y al mismo tiempo renovados con cada nueva situación, consiguen supuestamente localizar al personaje de una época, explicar qué fuerzas impulsaron a ciertas personas a escribir de cierta manera en cierto momento, y luego qué hizo a los que en ese momento eran sus iguales nominar sus trabajos para un premio y escoger a unos pocos ganadores, asumiendo así, implícitamente, que hay historias que superan el nivel mínimo y otras que sólo se le acercan. Eso conduce a identificar tal nivel, hecho lo cual podemos quedarnos todos

tranquilos, aunque sólo sea hasta el siguiente juicio. Cuando éste tiene lugar, es fácil que contradiga lo que antes pareció irrefutable.

Por ejemplo, Richard Lupoff, experto en ciencia ficción, editó una vez varias prometedoras antologías de historias que deberían haber ganado un premio y, aunque en este caso nos enfrentemos a la opinión de una sola persona, resultó como mínimo tan convincente como la de cualquier otro ensayista. Este mismo volumen contiene historias no galardonadas que son, pese a ello, excelentes, y que George Zebrowski decidió incluir. Algunos métodos de comprobación —la frecuencia de las reediciones, por ejemplo— quizá nos permitan incluso considerar que algunas eran «mejores» que las que fueron premiadas. No es que sea el único método relevante, pero subraya el hecho de que la excelencia es de alguna manera algo transitorio. A veces se debe a una maestría incuestionable; otras, al punto de vista circunstancial del observador.

Entre los ganadores está Robert Silverberg por su ingeniosa novela corta *Rumbo a Bizancio*. Silverberg, como todos los ganadores de cualquier categoría en esta ocasión, inició su carrera en la segunda mitad de siglo (en 1954, para ser precisos). En 1971, George R. R. Martin, el ganador en la categoría de cuentos (por *Retratos de sus hijos*) publicó su primera historia como profesional. El vencedor novel, Orson Scott Card, con *EL JUEGO DE ENDER*, ha aparecido todavía más recientemente en escena —demasiado recientemente para que lo citen los manuales de referencia de ciencia ficción habituales—, así como Nancy Kress, que ha obtenido el Nebula por su cuento corto *Entre tantas estrellas brillantes* (y pronunció al recoger el premio el discurso más gracioso y más meditado que jamás le haya oído a ningún galardonado).

Se podría pensar que esta inclinación por la juventud queda compensada por el Premio de Gran Maestro concedido a Arthur C. Clarke. Pero Clarke empezó a vender en 1946 y, aunque ya hace algún tiempo de eso, tampoco puede decirse que se remonte a la «Edad de Oro» tradicional. Ya se han otorgado siete Premios de Gran Maestro; Clarke es, junto con Andre Norton, el único gigante de la ciencia ficción que haya merecido tan alto galardón por una obra iniciada después de la Segunda Guerra Mundial.

Es decir, una obra iniciada en un mundo muy diferente de aquel en que pudo empezarse a considerar a la ciencia ficción de los quioscos como literatura. Con explosión de la «bomba atómica» en 1945 —como se llamaba cuando la ciencia ficción era «cientificción» o «stf»^[1] (pronunciado «stef») — acabó toda una época de lucha. Habían de venir épocas diferentes de luchas diferentes; nos encontramos sin duda en una de ellas, de la que hablaremos. Pero los profanos ya no podían continuar ignorando la existencia de la ciencia ficción ni vituperar a sus profesionales. Este estado de cosas no ha cambiado; adopta varios aspectos, algunos más felices que otros para ciertos de nosotros, pero es mejor que lo que conocimos antes.

Los que conservan cicatrices de los años cincuenta puede que sonrían con ironía, pero es mejor que se dude de la capacidad de alguien como escritor a que le digan

que lo que hace no es escribir. Ésa es la diferencia. Antes de que el mundo se enfrentara a la monstruosidad de la bomba —ah, y al reactor, y al radar, y los misiles teledirigidos—, la ciencia ficción era delirio de «visionarios» (es decir, de lunáticos sudorosos y de ojos saltones). Como respuesta, algunos de nosotros tratamos de tender puentes con el arte que convirtieran al género en algo tan respetable como la fantasía, con sus conocidas raíces clásicas. Tácticamente nos quedamos cortos. La ciencia ficción presentada como manifestación particular de la fantasía no logró adquirir más respetabilidad a los ojos del público.

La búsqueda de la consideración del público ocupaba por entonces buena parte de nuestro tiempo. Estábamos en una posición delicada; por muchos sensatos consejos que nos dieran nuestros amados o por muy sensatamente que evaluáramos nosotros mismos nuestra situación, no podíamos parar de hacer ciencia ficción, ya fuera como productores o como consumidores. Supongo que la única alternativa posible es que conserváramos la esperanza de convertir al mundo a nuestras ideas. Lo más racional era comenzar por el establishment literario, que, al menos en ciertos casos, ensalzaba la literatura «experimental» y hablaba de la necesidad de que hubiera «nuevos» ámbitos literarios. No nos dábamos cuenta —y seguimos sin hacerlo— de que el establishment literario es de hecho considerablemente conservador. «Experimental» significa «restringido», y «nuevo» indica «resucitado». La gente que emigra de Iowa a Nueva York y se introduce en la corriente literaria general (mainstream) no abandona realmente detrás suyo los buenos canales seculares que hacen crecer el maíz. Simplemente, adoptan un vocabulario nuevo. ¡Y teníamos tantas ganas de compartirlo con ellos!

El tiempo pasó. Después de la bomba, que nos hizo pasar desapercibidos, nos convertimos en escritores. Eramos escritores porque resultaba obvio que teníamos la educación técnica y los contactos pertinentes. Eso tenía que proporcionarnos cierta habilidad para confeccionar informes y memorandos y, por lo tanto, capacitarnos para fabricar algo semejante a la prosa narrativa. Hacia 1950, o por esa época, había gente con experiencia real —esto es, convencional— en escribir dispuesta a venir de tarde en tarde a demostrarnos cómo había que hacerlo. Puede que no estén de acuerdo, y yo no lo estaba ciertamente por entonces, pues acababa de empezar mi noviciado, pero eso era mejor.

Como he dicho, no es mejor si te está ocurriendo personalmente en ese momento. Esperaba, como miembro cada vez más sofisticado de la comunidad de los años cuarenta, que, cuando me convirtiera en un escritor profesional más o menos en 1952, a la edad de veintiún años —cosa que hice—, el ghetto me daría la bienvenida. Claro que el resto del mundo me despreciaría, pero me habría hecho con un lugar seguro en la ciencia ficción. Pueden imaginarse mi decepción al ver a tanta gente bien educada jurar en bárbaro y, aún más, mi angustia al ver que algunos componentes del ghetto se rasgaban las vestiduras a la mínima acusación, se traían a uno de esos pájaros malévolos y los tildaban de modelos y de árbitros mientras lanzaban gritos

desoladores. Todavía me resulta doloroso ojear una de las prestigiosas antologías anuales de ciencia ficción de los años cincuenta, por ejemplo, y comprobar que está abarrotada de relleno editorial destinado a ensalzar a los capitostes de turno, alabanzas que desde entonces se han desvanecido en su mayoría, como elogios desmedidos, que eran, de un entusiasmo falso.

Fue una época difícil. La mayoría surgimos entonces —Philip K. Dick, Robert Sheckley, Michael Shaara, Walter Tevis— y de hecho nos habíamos orientado desde siempre, y también en nuestras carreras universitarias, en esa dirección. Nuestra afición a la ciencia ficción nació de la inmersión en *Amazing Stories*, *Astounding*, *Planet* y *Startling*, pero nuestra educación técnica no era, en general, superior a la que ha conseguido amasar cualquier licenciado en Humanidades. En cuanto a la experiencia práctica, Shaara había sido policía, yo había sido jardinero y cocinero, Sheckley había tocado la guitarra en un grupo, Dick había sido pinchadiscos de música clásica, y Tevis presumiblemente había vagado por los salones de billar. En el colegio habíamos leído las obras consagradas de los autores consagrados, estudiado las antologías recomendadas, y podíamos hacer las trampas más refinadas jugando a las cartas y al tiempo tatarear canciones improvisadas.

Deambulábamos por las calles del Greenwich Village las cálidas tardes de verano, impresionando a los turistas con nuestra facha. Nos molestaba y sorprendía que el establishment nos tachara de zoquetes tecnócratas. Al mismo tiempo, uno de nuestros miembros, la antóloga Judith Merrill, nos llamaba atontados por no publicar nada en la *Kenyon Review*, para que fuera ella quien nos descubriera.

Pero trabajamos duro y las cosas empezaron a salir. Se produjo un boom de ciencia ficción en las revistas y podíamos ganarnos la vida. Ignoramos a los extranjeros, que acabaron por desaparecer casi todos; ninguno sabía escribir una historia para una portada sin título de una revista de Bob Lowndes. Fuimos la primera ola de escritores verdaderamente profesionales de ciencia ficción descendientes de la inspiración de Hugo Gernsback. Habíamos logrado hacer buenas variaciones sobre el mismo tema de siempre. Y entonces vino Milford.

A mediados de la década de los cincuenta hubo una convención mundial en New York City, un lugar situado a cien millas al este de Milford, Pensilvania, donde Damon Knight, James Blish y Judith Merrill vivían juntos, porque les resultaba barato y el ambiente rural era sano para sus hijos. Knight era el pionero de los críticos de ciencia ficción, autor de cuentos y relatos cortos admirables tanto por la técnica como por la concepción, y tenía mucha influencia. Lo mismo ocurría con Judith Merrill, y nadie que conociera a Jim Blish podía considerarlo estúpido ni analfabeto, en las dos acepciones equivocadas que le da C. P. Snow a esta palabra. Knight nos dijo en Nueva York que él y sus huestes iban a celebrar una conferencia de literatura la semana siguiente en Milford y nos propuso a todos que fuéramos.

Para nuestra sorpresa —y sin saber qué nos había conducido hasta allí— la mayoría fuimos. Milford, una ciudad acostumbrada a extraños visitantes y no

demasiado recta, bostezó. Pero nosotros, en una casa semiabandonada de la orilla izquierda del perezoso Delaware, estábamos galvanizados. Era la primera vez que había tantos de los nuestros juntos en la misma habitación y con ideas tan despreocupadas y, según nos escuchábamos, comprendimos que si escribir es una profesión solitaria —y escribir ciencia ficción una especie de ostracismo integral, éramos solitarios de manera muy similar. Entonces llegaron los editores, los empresarios de las editoriales, enviados para hacer un reconocimiento en busca de material que alimentar el boom de la ciencia ficción en los libros. Eran precavidos y la mayoría tan sólo tenía una idea nebulosa de lo que podía ser ese nuevo fenómeno. Hablaban con afabilidad; estaban acostumbrados a otro tipo de escritores. Nosotros también estábamos acostumbrados a tratar con editores de otra calaña: editores de revistas sensacionalistas que nos compraban a dos centavos por palabra y, aunque no siempre hablaran a voces, eran notablemente cínicos en lo referente a nuestras pretensiones. Ya habían visto a muchos monos aparecer y desaparecer, y casi se habían convertido ellos mismos en monos. Ninguno demostró conocer los rudimentos del adiestramiento de animales. Así que nos los comimos.

Fue divertido lo que nos ocurrió al atravesar el Delaware. Siempre habíamos creído que éramos casos aislados, que nos tropezábamos casualmente con los demás en las convenciones o nos hacíamos visitas esporádicas, pero que como norma trabajábamos para nosotros mismos, y bruscamente descubrimos que había otra forma de encarar el asunto.

Tengo un cuadro grabado en el cerebro, todavía por realizar pero históricamente verídico. Es del estilo que se suele conocer como realismo soviético. Mostrará una habitación llena de gente: la sala de reuniones de una conferencia de prensa en Milford, iluminada por la luz de una tarde de otoño temprano. Sobre las largas mesas se aprecian jarras que estuvieron llenas de cerveza y bandejas de pizza vacías. Sentados a la mesa hay unos cincuenta escritores de ciencia ficción: «se puede reconocer a Knight, Blish, Merrill, Theodore Sturgeon, Cyril Kornbluth, Theodore L. Thomas, Shag Graetz, Theodore R. Cogswell y otros». Se están alzando. Algunos se miran entre sí con expresión de estupor y de alegría feroz. Otros empuñan armas. La mayoría tienen los ojos fijos en una dirección: miran a un grupo de individuos cada vez más inquietos y acobardados que se encuentra en el extremo opuesto de la sala.

Por sus chaquetas forradas de cuero y sus gafas de concha, por no citar los lápices azules que les asoman de los bolsillos, esos personajes resultan inconfundibles. Levantan brazos y manos por delante de sus cuerpos contraídos. Es un movimiento reflejo fútil y tímido de autoprotección. El título del cuadro es La Libertad desciende sobre los Stefnistas.

En cierto sentido, así ocurrió todo, aunque Ted Thomas y la mitad de los demás acusarían a esta analogía de bolchevismo. Algo sirvió de catalizador en esa reunión que se había anunciado como un encuentro informal con los editores. Seguramente fueron todos los años de enajenación que habíamos tenido que padecer y que en

nuestro fuero interno nos escocían. Knight se desahogó de inmediato. Milford se anunció como la oportunidad de encontrarse con compañeros de oficio y en los últimos años sí se le dio mucha importancia al trabajo en equipo. Pero el primer Milford fue, ante todo, una convocatoria que permitió crear casi un sindicato.

No era la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción. A su debido tiempo, después de repetidos intentos en los años consiguientes, acabó por conducir a la formación de la Sociedad, y Knight fue su presidente fundador. Pero Milford fue algo inenarrable, motivo de orgullo para todos; nos hizo comprender que teníamos más cosas en común con los demás que diferencias. Todo escritor padece una cantidad infinita de afrentas de todo calibre en el curso de su evolución de la juventud a la consolidación; los escritores de ciencia ficción de esas generaciones las sufrieron de manera muy particular. Es un proceso inevitable, y algunos lo consideran beneficioso a largo plazo. (Personalmente, me habría apañado aunque no hubiera pasado por él.) Pero en Milford vislumbramos cómo podía ser el futuro con unos editores que en realidad sabían del tema mucho menos que nosotros y unas editoriales con las que se podía negociar sin necesidad de que nadie se humillara. Empezamos a comprender vagamente qué eran los términos de un contrato. Prácticamente, casi nadie había visto algo más que una cláusula sellada al dorso de un cheque; endosa el cheque y venderás todos tus derechos, que por lo común abolían todos los derechos para siempre jamás. Empezó a circular la historia de Street & Smith, que se había hecho por este método con todos los derechos de Farewell to the Master, de Harry Bates, y que aceptó encantado la oferta de la 20th Century-Fox por los derechos de la película: cuatrocientos dólares. Como buena sociedad paternalista que se ajusta a su código de ética, S&S le dio la mitad a Harry Bates; era una cantidad que superaba ampliamente el precio de las entradas y de las palomitas, y tal vez una quinta parte de una suma reconfortante cuando se estrenó *The Day the Earth Stood Still* en 1951. Nos lo contábamos en tono lúgubre, anticipando las promesas de lo que iba a ser nuestro propio futuro.

Unas se han descartado. Otras se han conservado. Pero la idea de que quizá fuéramos dignos de una mayor consideración y de que nuestro trabajo no tenía por qué ser efímero arraigó entre nuestra comunidad. Desde un punto de vista literario eso fue, naturalmente, lo principal. Pero evitar que los escritores mueran arruinados, que sufran estrecheces pecuniarias y el embrutecimiento que engendra la escasez también tiene cierta relevancia para la literatura. (La última vez que vi a Harry Bates con vida, estaba en la esquina sureste de Sixth Avenue y Fourteenth Street reclinado contra el Nedick's, vestido con las ropas del Ejército de Salvación, mirando sin pestañear y con una cara desprovista de expresión cómo se ponía el sol. La gente daba un rodeo para evitar encontrarse con él.)

De manera que en Estados Unidos estábamos de lo más satisfechos, y creíamos que todas las cosas iban como tenían que ir, salvo algunos detalles domésticos. Y entonces alguien —Judy, para ser precisos— descubrió y dio nombre a la Nueva Ola,

pese a sus propias objeciones fervientes de que no existía y de que sólo se trataba de una coincidencia.

Después de aprender los rudimentos cuando menos acerca de la forma de comportarnos de cara al exterior, ahora nos peleábamos de puertas adentro. La Nueva Ola había de ser nuestro calvario personal. Parece que mientras John Campbell hacía evolucionar a la ciencia ficción en los Estados Unidos, las cosas habían ido cambiando de manera silenciosa pero radical al otro lado del océano.

Todos sabíamos que sólo había dos tipos de escritores ingleses de ciencia ficción: los que escribían como los americanos, para el mercado norteamericano —Arthur C. Clarke, Eric Frank Russell, A. Bertram Chandler—, y los que probablemente sólo fueran un hombre incansable, que no se llamaba probablemente Astron del Martia y que aún tenía que vender su primera obra a Astounding.

Sabíamos poco. Parece ser que, mientras ocurría todo esto, los alumnos de las universidades de Humanidades del otro lado, o por lo menos los que las frecuentaban, no le estaban haciendo ningún caso a John Campbell Jr., si no era para despreciarle a él y a todos sus seguidores. Por si fuera poco, estaban intrigando y maquinando una revista propia: *New World* (o, como se llamó el primer número, *Novy Mir*).

A la rama occidental de la ciencia ficción le costó bastante tiempo hacerse a la idea. La embestida de esa gente se basaba en listas de lecturas recomendadas por un tipo de catedrático muy diferente y la generaba la misma ferocidad que había hecho salir, furioso, a Lester del Rey de St. Charles, Minnesota (y a Harían Ellison de Shaker Heights, ¿Ohio?). Pero era una ferocidad peor articulada, más intensa y, en algunos casos, más amanerada. También daba la impresión de que a algunos la ciencia ficción no les parecía algo intocable; era un género con el que se podía jugar para demostrar la destreza intelectual, pero en el que no había que crear, que no era un refugio cálido y reconfortante en los momentos difíciles. Eso supuso un batacazo contra los principios de algunos observadores, que se quedaron estupefactos. Para ser sincero, he de decir que sigue sin gustarme la idea.

Tampoco se arreglaron las cosas cuando Kingsley Amis (A) dio una inesperada conferencia en calidad de invitado en Princeton y (B) declaró, para asombro de los asistentes, que la ciencia ficción era ante todo un instrumento de crítica social y que Frederik Pohl, y no Robert Heinlein ni John W. Campbell, Jr., ni siquiera Ray Bradbury, era su máxima eminencia. ¿Frederik Pohl? ¿El antiguo James McCreigh y esporádico Dirk Wylie, el ex agente literario ocasional (obviamente) colaborador de Cyril Kornbluth? ¿Qué demonio había escrito Pohl exceptuando algunos cuentecitos triviales, por su exageración, para la revista *Galaxy*? *Galaxy* había dejado de ser la cabecilla cultural de la ciencia ficción, si es que lo fue alguna vez. ¿Frederik Pohl?

Bueno, Frederik Pohl ha sido desde entonces presidente de la Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción y ha escrito un par de obras más extensas, y también la ciencia ficción actual está llena de elementos de la Nueva Ola y no se nos ha caído el cielo encima. Pero, fíense de mi memoria, por favor: estuvo a

punto de ocurrir. Y a mí sigue sin gustarme la idea. Pero logramos seguir avanzando hacia un nuevo motivo de discordia y, como suele ocurrir, una reclamación conjunta volvió a reconciliar a las dos ramas divididas.

Pero no todo eran mieles, no a todos nos gustaba la influencia de los aficionados al «Star Trek». Inundaron nuestra comunidad, se apoderaron de las convenciones, se pasearon con esas orejas puntiagudas, y su influencia ha sido tan penetrante que todavía hoy existe una escuela subterránea de literatura en la que las escritoras se dedican historias en que Spock y Kirk son amantes.

Más interesante desde el punto de vista literario es que los escenarios de «Star Trek» constituyan el paradigma de la ciencia ficción «moderna», que corresponde a la literatura en prosa de los años cuarenta. Los lectores aficionados al «Star Trek» estaban desfasados, pero había, y hay, tantos, que una ciencia ficción «pseudomoderna», que supera incluso al género novelesco del «Star Trek», continúa proporcionándoles material y existiendo al margen —«adulterando» sería exagerar— de la evolución que ha caracterizado a la literatura en prosa.

También conviene señalar el hecho de que los aficionados al «Star Trek», que finalmente han vuelto a entrar pacíficamente en nuestras filas —perfecto, considerando lo numerosos que son—, fueron probablemente los primeros fans de la ciencia ficción no generados por los libros y revistas. Representaron ciertamente el acontecimiento «no literario» más significativo de la historia de la ciencia ficción. Hasta la Guerra de las Galaxias, por supuesto.

Hasta ese momento las películas de ciencia ficción habían pasado sin pena ni gloria, creando aficionados o detractores del género en cada caso, sin demasiada relevancia, salvo para los seguidores acérrimos de dentro o fuera de la comunidad de la ciencia ficción.

Lo que ha ocurrido desde que George Lucas recogió la antorcha donde la había dejado Planet Stories es mejor considerarlo como un acontecimiento más que como una trilogía de películas.

Se sabe desde hace mucho tiempo que existe un mercado dispuesto a comprar cuentos que combinen un misticismo cuasioriental con astronaves, pistolas de rayos y espadas. Uno de los primeros beneficiarios de este hecho fue Edgar Rice Burroughs, que consiguió mucho dinero con John Carter de Marte mientras ganaba aún más con Tarzán. Probablemente la mejor, y sin duda la más regular cultivadora del género fue Leigh Brackett, que luego participó en la segunda película de la Guerra de las Galaxias. Fue lo menos que pudieron hacer por ella, pues toda la serie —o lo mejor de ella, por lo menos— es puro Brackett, sin el más mínimo pudor.

A algunos nos encantó. A mí desde luego sí me encantó la idea, que la primera película transmitía tan bien. Pero propició que un amplio público nuevo, que por fin comprendía en qué consistía todo eso de la ciencia ficción y la fantasía, empezara a exigir terminantemente óperas espaciales, efectos especiales incluso en películas que quedaban mejor sin ellos, y que se produjera una aficción generalizada, una

estampida podríamos decir, a las aventuras de espadachines. Eso era lo único importante. Cuando las leyendas orientales se agotaron, se recurrió a las célticas. Siguiendo la senda marcada por la princesa Leia, miles de damiselas recogieron su antorcha en la defensa de miles de causas perdidas, sin desesperar jamás. Si no se trataba de El Señor de los Anillos o de La Guerra de las Galaxias, —esto es, de una mala imitación de una de las dos—, se recurría a una mezcla de ambas. Cuando la ciencia ficción «moderna», o el postmodernismo estadounidense, o la Nueva Ola, o incluso la amalgama de todos esos elementos con el «Star Trek», tuvieron un lugar definido en el mercado, el entrechocar de las armaduras y el campaneó de la artificiosidad los sacó a todos del escenario.

Era imposible detenerse y recobrar el aliento. Cada vez que se contemplaba el estado de la ciencia ficción, éste había cambiado. Y en la actualidad, cuando ya creíamos que nos iban a aplastar las trilogías y tetralogías, surge bruscamente el movimiento «ciberpunk», con su máscara escueta, quebradiza y ultratecnológica, que esconde historias románticas, y sus autores que —exceptuando el gran contraste que supone la conducta insegura de su máximo exponente, William Gibson— muestran una marcada tendencia hacia la crudeza, como si no conociéramos el fauvismo.

Pero no: todo eso no está ocurriendo hoy. Eso ya forma parte del pasado. Del entrañable pasado, como señala Steve McQueen en *The Blob*. Solamente en el pasado fuimos vehementes y molestos; hoy somos de repente Nancy Kress. Y, aunque *EL JUEGO DE ENDER* fuera inicialmente una novela sobre el adiestramiento de un niño para la guerra, es una obra profundamente humana, inspirada por la vida y las ideas de un hombre profundamente tierno.

Al verlo posar para la fotografía de grupo con los Nebula en la mano, pensé que todos hablaban con voz suave, aunque, pese a las apariencias, estuvieran muy curtidos. (Casi todos los escritores lo están.) Mi amigo George R. R. Martin, que ha tenido que soportar buen número de mezquindades, es tan manso como un cordero. Y mi amigo Bob Silverberg, que se puede venir abajo sólo con ver una ceja fruncida, se comporta con una suavidad exquisita, aunque no disimule una sonrisa de ironía. Ahora que lo pienso, George habla en realidad como un salteador del Rogers Park. Y Scott Card todavía no ha dado motivos a nadie para desmentir la impresión de que detrás de sus buenos modales se esconden muchas facultades ocultas.

Tengo que conocer mejor a Nancy Kress.

Me produjo una extraña sensación verme sentado en el hotel Claremont Resort que domina la bahía de San Francisco, sorbiendo Old Deductible y contemplando la orilla izquierda del Delaware, como tantas veces me ha ocurrido desde la primera y memorable ocasión.

Nos volveremos a encontrar, pensé, y oiremos nombrar a otros ganadores, y diremos que son excelentes. (O montaremos en cólera y los denostaremos, en un arrebato incontrolable, antes de que nos volvamos a acordar de que ya no somos

niños ni el tipo de nouveaux riches que tanto odian los criados. No estaría bien visto.) Tendremos un año más, y diremos que son cosas excelentes que no nos lo habrían parecido un año antes o un año después.

Pero, a pesar de todo, serán excelentes. No sé qué grado de perfección hemos alcanzado realmente en comparación con las demás comunidades. Pero si nos pinchan, sangramos, y, si nadie nos lo impide, cantamos, hemos cantado, cantaremos.

**HOWARD WALDROP:
«Herederos del Perisferio»**

Howard Waldrop ganó en 1980 un Premio Nebula con su novela corta «The Ugly Chickens» («Los pollos feos»). Sus cuentos cortos han sido publicados en Playboy, Omni, Universe, Light Years and Dark y Afterlives. Doubleday acaba de publicar su antología Howard Who? Acerca de «Herederos del Perisferio» ha escrito:

«Quise hacer esta historia desde que tenía seis años y vi por primera vez fotos de la cápsula del tiempo Westinghou se en la Exposición Universal de 1939. La idea de que se enterraran cosas en el suelo para explicarles a los seres de dentro de cinco mil años cómo éramos, me resultó extraña aunque sólo tuviera seis años. »

Bruce McAllister señaló que este cuento «es una recapitulación de toda la ciencia ficción y también de la cultura americana, y una hermosa recapitulación».

Durante los últimos mil quinientos años las cosas no habían ido demasiado bien en la fábrica.

Una extraña tormenta, una lluvia torrencial y un inesperado relámpago lo modificaron todo.

Cuando cayó el rayo, un generador de emergencia empezó a funcionar tal como fue diseñado para hacerlo en el momento de su construcción, un milenio y medio antes. Arrancó y puso en marcha la cadena de montaje unos pocos minutos, antes de paralizarse y esparcir sus escobillas y armazones en un fino rocío. Había funcionado el tiempo necesario para completar una obra en la sección de diseños a la medida.

La fábrica acabó, revisó apresuradamente y programó erróneamente los tres productos que habían estado en la línea de montaje quince siglos antes. Luego, el lugar volvió a quedar sumido en la oscuridad..

—Gawrsh —dijo uno de ellos—, ¡qué negro está esto!

—Bueno, ju, ju, siempre podemos usar los infrarrojos que nos dieron.

—¡Cuac, cuac, cuac! —dijo el tercero—. ¿Qué idea luminosa se os ocurre?

Los artículos hechos por encargo eran simulacros mecánicos animados. Estaban diseñados para hablar y comportarse como los célebres dibujos animados de un artista multimillonario que, ya maduro, en la segunda mitad del siglo XX, había creado una red de parques de atracciones gigantescos.

Antaño, esos parques gigantes contrataban a personas disfrazadas para hacer de anfitriones. Más tarde, después de la muerte del dibujante, la sociedad directiva había tenido la afortunada idea de construir robots.

A largo plazo, los simulacros resultarían más baratos, nunca llegarían tarde al trabajo, podrían programarse de forma que hablaran varias lenguas y no tratarían de molestar a los sanos chicos y chicas que visitaban los parques.

Estos tres estaban destinados a ser robots anfitriones del tercer parque, el mayor, separado de los otros dos por un océano.

El más alto había empezado por ser un perro dibujado, pero se irguió y le dieron un conjunto de pantalones holgados, zapatos de payaso, una camiseta, una chaqueta negra y guantes blancos. Sobre su cabeza reposaba un som

brero de carpintero en miniatura; le colgaban largas orejas. Tenía dos incisivos prominentes en el hocico, casi dos metros de estatura y respondía al nombre de GUF.

El segundo, un poco más bajo, era un pato blanco con los pies y el pico de un color anaranjado brillante, y la chaqueta y el gorro blanquiazules de un marino. Tenía los ojos grandes, con pequeños cortes en los extremos derechos de las pupilas. Iba desnudo de cintura para abajo y era el único de los tres que no llevaba guantes. Respondía al nombre de DON.

El tercero y más pequeño de todos, con poco más de un metro de altura, era un roedor. Llevaba unos calzones rojos y dos grandes botones dorados en la cintura. No tenía camisa, pero sí dos zapatos que parecían trozos de masa de pan. Una cola larga y estrecha, como un látigo. Los brazos, piernas y pecho desnudos y negros, y la cara ligeramente sonrosada. Sus guantes blancos destacaban especialmente. Su rasgo más sobresaliente eran sus orejas, que giraban sobre un eje, primero hacia un lado y luego hacia el otro, de forma que, se vieran desde el ángulo que se vieran, podían tomarse por círculos negros y sin rasgos.

Su nombre era MIK. Tenía los ojos grandes como GUF, y pupilas como grandes manchas circulares. Su nariz acababa en una perfecta esfera de ónice pulido.

—Bueno —dijo MIK, sacudiéndose el polvo—, creo que deberíamos, ja ja, ponernos a trabajar.

—Ju, jiaak —añadió GUF—. No habrá demasiada gente en el parque con un tiempo parecido.

—¡Hombre! ¡Hombre! —graznó DON—. ¡Lluvia! ¡Cuac, cuac, cuac!

Salió corriendo por una inmensa grieta de la pared de la fábrica, por donde se colaban la lluvia y la neblina.

Detrás iban MIK y GUF, este último andando con parsimonia, las manos en los bolsillos. MIK lo seguía, con

los ultravioletas e infrarrojos conectados, estudiando el paisaje por entre la lluvia.

—Era de esperar, ju, ju, que nos mandaran un camión o algo parecido —dijo—. Supongo que tendremos que ir a pie.

—No he visto a nadie en la fábrica —dijo GUF—. Aunque sea día de fiesta, me imaginaba que algunos de los empleados seguirían trabajando sin parar, porque, a fin de cuentas, los medios de producción deben permanecer en manos de los trabajadores, ¡ju, jiaak!

La especialidad de GUF era tratar con los visitantes de las grandes naciones totalitarias del Oeste. Era particularmente ducho en materialismo dialéctico y en el pensamiento revisado de Mao.

La tormenta cesó tan bruscamente como había comenzado. Las nubes dejaron

caer gruesas gotas y dieron paso a los cirros, a un cielo azul brillante y al resplandor del cálido sol.

MIK paseó la mirada por los alrededores y consultó su programa.

—¡Por aquí, amigos! —dijo, inseguro.

No había señales conocidas. Estaban rodeados de cascotes y, a lo lejos, se veía un océano tranquilo.

Se hacía de noche. Se sentaron los tres sobre un conglomerado de cemento.

—Parece que el parque está cerrado —dijo GUF.

MIK tenía las manos debajo de la barbilla.

—Esto no va bien, tíos —dijo—. Se suponía que debíamos ir a la barraca de programación para recibir las instrucciones del primer día, ¡y ni siquiera hemos encontrado el parque!

—Bueno, ju, jiaak —dijo GUF, creo recordar que, en caso de emergencia, podíamos recurrir a un satélite.

—¡Claro! —replicó MIK, levantándose de un brinco y pegándose un puñetazo en el guante—. ¡Eso es! Veamos, ¿qué frecuencia tenía?

—Seis coma cinco cero cuatro —dijo DON. Miró hacia el Este—. A lo mejor me acerco hasta el océano.

—Mejor será que te quedes aquí hasta que averigüemos algo —le aconsejó GUF.

—Bueno, pues daos prisa —replicó DON.

MIK sintonizó la frecuencia y emitió las letras de identificación.

—Zzzzzz. ¿Qué? ¿HOOSAT?

—Eh, aquí MIK, un simulacro del parque. Estamos intentando entrar en contacto con otro de los parques para pedir, ja, ja, instrucciones.

—¿En qué lengua deseáis comunicaros? —preguntó el satélite.

—Oh, perdón, ja, ja. Entre nosotros hablamos en japonés, pero nos pasaremos al astral si te resulta más sencillo.

GUF y DON también cambiaron de lengua.

—Hacía un montón de tiempo que nadie de ahí abajo me dirigía la palabra. —La voz bien modulada del satélite se oía entre crujidos y chisporroteos—. En realidad —prosiguió HOOSAT—, hacía mucho tiempo que nadie entraba en contacto conmigo desde ninguna parte. Tampoco puedo decir gran cosa de la estabilidad de mi órbita. Una vez estuve a cuarenta mil kilómetros, muy es-table...

—¿Podrías comunicarnos con uno de los parques o con el estudio, mejor? Nos gustaría saber, ja, ja, adonde tenemos que dirigirnos para que nos den trabajo.

—Lo intentaré —dijo HOOSAT. Hubo una pausa e interferencias atmosféricas—. Como era de esperar, no responde ninguna de las estaciones.

—¿Dónde se han metido los colegas? —preguntó GUF.

—No sé. Los satélites y estaciones de señalización solíamos inquietarnos por su suerte. Les ocurrió algo.

—¿Qué? —preguntaron al unísono los tres robots.

—Difícil de comprender —dijo HOOSAT—. Hace diez o quince siglos. Mucho ruido en todos los espectros y luego silencio. La mayoría de las estaciones terrestres dejaron de funcionar al cabo de un año.

Entonces hubo un estallido de descargas atmosféricas.

—¿Hola? ¿HOOSAT? —preguntó el satélite—. Hacía un montón de tiempo que nadie...

—¡Seguimos siendo nosotros! —dijo MIK. Los simulacros del parque. Nosotros...

—Oh, claro. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Dinos adonde se ha ido la gente.

—No tengo ni la menor idea.

—Bueno, pues, ¿dónde podemos averiguarlo? —preguntó MIK.

—Podrías intentarlo en la biblioteca.

—¿Dónde está eso?

—Esperad a que la localice. Puedo daros las coordenadas. ¿Tenéis un programa de navegación estándar?

—¡Claro que sí! —replicó MIK.

—Bueno, esto es lo que vais a hacer..

—Estoy convencido de que solía haber muchos libros aquí —dijo MIK—, pero todo parece reducido a cenizas, ¿no?

—¡Maldita forma de perder el tiempo! —dijo DON.

Se sentó sobre uno de los montones de escombros del gran edificio derruido, que sólo conservaba una inmensa pared. La reciente lluvia había convertido el polvo en un lodazal de papier-mâché.

—Creo que lo único que podemos hacer es registrar este lugar —señaló MIK

—¡Eh, MIK, mira esto! —chilló GUF. Se le acercó corriendo con una caja de acero—. Lo he encontrado aquí.

La caja era lisa, no tenía nada grabado encima. MIK forcejeó con la resistente cerradura.

—Está, ja, ja, encasquillada.

—¡Trae eso! —vociferó DON. La agarró. Al cabo de un rato ya estaba murmurando entre los dientes de su pico—. ¡Puñetera mierda de trasto! —Empujaba y estiraba, mientras su cara y su pico se volvían cada vez más rojos. Cogió la caja con los pies y las manos—. ¡Mierda de trasto! —chilló.

De repente sacó los dientes, hundió la frente, cuadró los hombros y empezó a agitarse, bastante furioso y confuso.

—¡Cuac, cuac, cuac! —gritó.

La caja se abrió de golpe y se dividió en tres partes. El libro que había dentro hizo otro tanto. DON, furioso, seguía destrozándolo todo.

—¡Para! ¡Cuidado, DON! —chilló MIK—. ¡Para!

—¡Gawrsh! —dijo GUF, corriendo tras las páginas que se llevaba la brisa—.

¡Ayúdame, MIK!

DON se quedó sobre los cascotes, con fragmentos de la caja y del libro en cada mano. Simuló respirar hondamente y el sonrojo fue desapareciendo de su cara.

—Está abierta —dijo sosegadamente.

—Bueno, por lo que nos queda —dijo MIK— puede deducirse que éste es El Libro de la Cápsula del Tiempo, y dice que hace mucho, muchísimo tiempo, enterraron un cilindro. Imprimieron cinco mil copias de este libro y lo repartieron por todo el mundo, dejándolo en lugares que consideraron seguros. Lo imprimieron sobre papel a prueba de ácido y cosas parecidas para que no se disolviera.

«Y pensaron que lo que colocaron en la propia cápsula del tiempo serviría para explicar a las generaciones venideras cómo era la gente en su época. Así que me figuro que también a nosotros podrá explicarnos algo.

—Bueno, en marcha —dijo DON.

—Bueno, ja, ja —advirtió MIK—. He hablado con HOOSAT. Le di las coordenadas y parece que, ja, ja, está considerablemente lejos.

—¿Cómo de lejos? —preguntó DON, haciendo aletear las cejas.

—Oh, ja, ja, a unos dieciocho mil kilómetros. La mitad de la circunferencia de la Tierra, más o menos.

—¡Ay, ya me duelen los pies! —gimió DON.

—Eso no es exacto si se considera literalmente —dijo GUF. Se volvió hacia MIK—. ¿De verdad crees que deberíamos ir tan lejos?

—Bueno, no estoy seguro de qué vamos a encontrar. Esas páginas se perdieron cuando DON abrió la caja...

—Lo siento —dijo éste, contrito, con un hilo de voz.

—Pero las personas de esa época estaban convencidas de que todo podría explicarse gracias a lo que había en la cápsula.

—¿Y crees que todavía estará allí? —inquirió GUF.

MIK puso cara de determinación.

—Supongo que lo único que podemos hacer es calarnos las gorras, echar a andar y silbar una canción —dijo.

—Tú no tienes gorra, MIK —observó GUF.

—Bueno, ¡pero eso no quita que pueda silbar! Vamos, colegas —dijo—. ¡Por aquí!

Arrugó los labios y se puso a silbar una canción de trabajo. DON parpó una tonada sobre barcos y agua. GUF tarareó El este es rojo.

Emprendieron su camino por una ruta que atravesaba lo que había sido el fondo del mar del Japón.

Tenían problemas. Tres semanas antes habían apurado las canciones con las que cada uno de ellos fue programado y tuvieron que empezar a repetirse.

Sus lubricantes empezaban a fallar; sus circuitos conectados precipitadamente se recalentaban. A GUF se le levantaba de cuando en cuando un inoportuno extensor del

tobillo, pero seguía andando alegremente, aunque a veces tuviera que apresurar el paso y ponerse a dar saltitos para alcanzar a los demás cuando su pie se negaba a doblarse.

Lo más grave era el frío. Había una considerable diferencia entre el clima para el que habían sido contruidos y el clima con el que se encontraron. El paisaje era rocoso y desolado; el viento soplaba furiosamente y había empezado a nevar.

El terreno era difícil y los mapas que les había dado HOOSAT estaban pasados de moda. Se había producido una modificación drástica del curso de los ríos, de la tierra y de la propia extensión del mar. Perdían el rumbo muy a menudo.

El frío afectaba especialmente a DON. Tenía un aislamiento muy pobre y obligaba a los demás a retrasarse. Hacía cuanto podía por eludir todos los montones de nieve, aunque para ello tuviera que gastar aún más energía.

Se detuvieron en medio de una feroz ventisca.

—¡Oye, MIK! —dijo GUF—, No creo que DON aguante mucho más con este tiempo. Y mi pierna me está causando muchas complicaciones. ¿Crees que podríamos encontrar un sitio para resguardarnos y descansar un poco?

MIK contempló la desolación y la nieve restallante que les rodeaban.

—Creo que tienes razón. Un clima más cálido nos haría bien a todos. Conservaríamos calor y energía. Busquemos un buen sitio.

—Venga, DON —dijo GUF—. ¡A buscar un escondite!

—¡Córcholis! —se alegró DON—. Estoy helado.

Finalmente encontraron el abrigo de una inmensa roca con una hendidura baja por la parte posterior. MIK les hizo recoger toda la vegetación que pudieran y meterla en el refugio. Habló con HOOSAT y luego serpenteando entre montones de matojos se acercó hasta los otros dos.

En el interior de la cueva apenas se notaba el viento y la nieve. Hacía tan sólo un poco más de calor que afuera, pero se sentían encantados porque allí estaban resguardados.

—Le dije a HOOSAT que nos despertara cuando hiciera más calor —les dijo—. Luego encontraremos esa cápsula del tiempo que estamos buscando y nos enteraremos de todo.

—Buenas noches, MIK —dijo GUF.

—Buenas noches, DON —dijo MIK.

—¡Dormid a pierna suelta y no dejéis que os piquen los chinches, cuac, cuac, cuac! —dijo DON.

Se desconectaron.

MIK se despertó. El refugio estaba a oscuras pero también mucho más caliente.

Los matojos se habían deshecho. Un metro de rocas y de polvo cubría el suelo de la cueva, y el cálido viento levantaba polvaredas.

—¡Eh, colegas! —dijo—. Eh, despertad. ¡Ha llegado la primavera!

Los otros dos se revolviéron.

—Vamos a darle las gracias a HOOSAT, a orientarnos y a ponernos en camino — dijo MIK.

Salieron al exterior.

Las estrellas estaban descolocadas.

—Oh, oh —dijo GUF.

—¿Has visto? —preguntó DON.

—Creo que hemos dormido demasiado —reflexionó

MIK—, Oigamos lo que tiene que decir HOOSAT. —¿Eh? ¿HOOSAT?

—Hola. Aquí DON, MIK y GUF.

La voz de HOOSAT parecía la de un tejón silbando entre dientes.

—Me alegro de ver que os habéis despertado —dijo el satélite.

—¡Te pedimos que nos despertaras en cuanto hiciera más calor! —dijo MIK.

—Pues ya lo hace.

—¿De repente? —inquirió GUF.

—Tendríais que haberlo visto —dijo HOOSAT—, Hielo por todas partes. Viejos glaciares. ¿Todavía queréis desenterrar esa cosa, la cápsula?

—Sí —dijo MIK—. Todavía.

—Bueno, os queda un camino cómodo. Ya no hay más montañas.

—¿Y la gente? —preguntó MIK.

—No he oído hablar de nadie. Mi amigo, el satélite militar, dijo que creyó ver algún fuego, algo diminuto, pero sus ojos no eran lo que solían ser. Él ya ha desaparecido también.

—¿Las hogueras podrían haber sido de gente? —preguntó GUF.

—Es posible. No ha hecho tiempo de tormenta —dijo HOOSAT—. Oíd, amiguitos, ¿aún tenéis las coordenadas que os di?

—Creo que sí —replicó MIK.

—Bueno, mejor será que os dé las coordenadas que han surgido de estas nuevas constelaciones. Manteneos en contacto; ya no tengo tan buena puntería como antes. —Vertió una serie de números en la cabeza de MIK—. No seguiré hablando con vosotros demasiado tiempo.

—¿Por qué no? —preguntaron los tres a coro.

—Bueno, es que..., mi órbita... Ahora me siento mejor que hace siglos. Ágil de verdad. Debe de ser la ionización. Empezó hace un par de semanas. Ha sido un placer hablar con vosotros, hermanitos, después de tanto tiempo. Me alegro de haberme acordado de despertaros. Os deseo toda la suerte del mundo. Joder, este aire escuece tanto como la coza de una mula. Tened cuidado. Adiós.

Entre las nuevas estrellas que tenían sobre la cabeza fulguró un punto de luz, dibujó un largo arco y se desvaneció en la oscuridad de la noche.

Bueno —dijo MIK—, nos hemos quedado solos.

—Gawrsh, me siento triste —añadió GUF.

Los meses siguientes el viaje no tuvo nada de memorable. Recorrieron una larga península hasta llegar a un valle rodeado de fragmentos de montaña que aún conservaban glaciares en la cima, cual blancos dientes. Cruzaron una cordillera baja y entraron en un territorio llano, sin mantillo, del que partían cuencas de ríos secos en dirección al sur. Luego llegaron a un terreno en que las plantas florecían después de un largo invierno. Brotaban nuevos arroyos.

Una vez divisaron fuego, pero al acercarse comprobaron que no era más que una mancha de bosque quemado. Volvieron a ver a lo lejos un nuevo foco de luz, pero no se preocuparon por investigarlo, pensando que se trataría de otro incendio en la llanura.

A doscientos kilómetros de su objetivo, el terreno volvió a convertirse en un erial plano y arenoso, tachonado con inmensas rocas. Apenas crecía vegetación. Se veían escasos insectos y animales; sobre todo lagartos, que DON perseguía siempre que podía. El calor parecía sentarle bien.

La pierna de GUF empeoraba. Primero se le envaró el pie, luego empezó a agitarse y a hacer molinetes. GUF continuó tarareando canciones y andando desabridamente.

DON se paró, dio media vuelta y miró por detrás.

—¿Qué ocurre? —le preguntó MIK.

—Tengo la sensación de que nos están siguiendo —dijo DON, agazapándose tras una roca.

Se quedaron los tres espiando un rato, batiendo con la vista todos los rincones del espectro.

—DON, ¿no será que tienes visiones, ju, jiaak? —dijo GUF.

Siguieron caminando, aunque DON se paraba de vez en cuando a mirar hacia atrás.

Cuando pasaron junto a uno de los últimos árboles, MIK les hizo arrancar ramas.

—Podrían resultar útiles para escarbar —dijo.

Se encontraban sobre una llanura de arena y grava, rodeados por grandes montones de escombros. A lo lejos había otro océano y, hacia el norte, una mancha verde, alargada y curvada.

—Llegaremos al mar, DON —dijo MIK—, después de atravesar esto.

Andaba describiendo círculos cada vez más pequeños. Al final se detuvo.

—Bueno, ja, ja, ya estamos —dijo—. Cuarenta grados, cuarenta y cuatro minutos, treinta y cuatro segundos coma cero ocho nueve norte de latitud. Setenta y tres grados, cincuenta minutos, cuarenta y tres segundos coma ocho cuatro dos oeste de longitud, tal como solían indicarlo. La cápsula está aquí debajo, a veintiocho metros de la superficie original. Tendremos que cavar mucho, puesto que no hay forma de calcular cuánta tierra le habrá caído encima. Está en un tubo de cemento, y tendremos que llegar hasta el final para alcanzar la cápsula. A trabajar.

Empezaron a primera hora de la mañana. Después del mediodía descubrieron la

parte superior del tubo, con su tapa de bronce.

—Ahora empieza lo duro —dijo MIK.

Les costó casi una semana de esfuerzo ininterrumpido. Poco a poco, a medida que el agujero se iba agrandando, quedaba al descubierto el tubo. Dado que GUF trabajaba mejor de pie, lo tuvieron cavando todo el tiempo, mientras DON y MIK escarbaban y sacaban rocas y cascotes del cráter.

A mitad de camino se toparon con varas de hierro planas. Tiraron las ramas astilladas y utilizaron el metal, más eficaz.

Al volver de uno de sus muchos viajes para sacar los cascotes del agujero, DON parecía asustado y perplejo.

—Estoy seguro de que he visto algo moverse ahí afuera —dijo—. Cuando lo descubrí se escapó.

—Ya vuelves a empezar —dijo GUF—. Ven, ayúdame a levantar esta roca.

Fue una tarea penosa. Les habían exigido demasiado a sus motores. Llovió y hubo una breve tormenta de polvo.

—Creo que lo mejor —dijo GUF, contemplando la obra— será que hagamos como si fuera un viejo y gigantesco árbol de piedra.

Estaban en el fondo de un gran cráter. En su centro se alzaba el tubo de cemento.

—Hemos llegado hasta los treinta y seis metros —dijo MIK—, La cápsula propiamente dicha debería estar en los dos coma tres ocho uno seis metros inferiores. O sea que tendríamos que cortarlo —hizo un cálculo rápido— a esta altura aproximadamente. —Trazó una línea en torno al tubo con un pedazo de piedra cretácea.

Se pusieron a machacar el cemento con rocas y trozos de hierro y de acero.

—¡Madera! —chilló DON.

La columna que quedaba por encima de la línea se bamboleó y se estrelló estrepitosamente contra una de las paredes del cráter.

—¡Caray! ¡Caray!

—Venga, ven a ayudarme, GUF —dijo MIK.

Dentro del borde aserrado de la tubería restante sobresalía un perno del centro.

Se encaramaron al borde, metieron la mano y sacaron la reluciente cápsula del tiempo, de Cupraloy, de su escondrijo.

A un lado tenía un mensaje para quienes la encontrarán, y justo debajo del perno había una línea con la inscripción: «Cortar por aquí».

—Bueno —dijo MIK, estrechándoles la mano a GUF y a DON—, lo hemos conseguido, ¡recórcholis!

Se quedó mirando un momento la cápsula.

—¿Cómo vamos a abrirla? —inquirió GUF—. ¡Ese metal parece muy resistente!

—Creo que quizá podamos desgastarlo por la línea de corte con arenisca y... bueno, ve a por un trozo de hierro grande y puntiagudo, DON.

Cuando DON volvió con él, MIK le dio el hierro a GUF y apoyó su larga cola

sobre una enorme roca.

—Adelante, GUF —dijo—. No me vas a hacer daño.

GUF le asestó un golpetazo con la barra de hierro.

—¡Ju, jiaak! —gritó—. ¡Un golpe certero!

MIK tomó su cola partida, se sentó con las piernas cruzadas al lado del perno, le echó arena a la línea de corte y se puso a frotarla con el rabo.

Estuvieron un día entero dándole vueltas a la cápsula cada cierto número de horas.

Tiraron del extremo del perno y descubrieron un revoltijo polvoriento y ceroso.

—Esto debe ser lo que queda de la masilla que servía para protegerla del agua —dijo MIK—, Vosotros dos, echadme una mano. —Levantaron la cápsula—, ¡Girad! —dijo.

El metal chirrió.

—¡Ahora, tirad!

Un núcleo, largo y estrecho, de dos metros por treinta centímetros, se deslizó desde la cápsula.

—Perfecto —dijo MIK, dejando el cascarón sobre el suelo y quitando la masilla—. El caparazón interno está compuesto de dos partes. Girad en ese sentido y yo le daré vueltas en el contrario.

Eso hicieron. En su interior había un tubo brillante de cristal sellado en el que vislumbraron vagamente formas y colores.

—¡Guau! —dijo GUF—. ¡Míralo!

—¡Caray! ¡Caray! —dijo DON.

—Es Pirex —dijo MIK—. Cuando lo rompamos habremos acabado.

—Ya lo hago yo —dijo DON, cogiendo una piedra.

—¡Con cuidado! —le previno GUF.

La piedra hizo añicos el cristal. Hubo un ruido sordo cuando el vacío parcial desapareció.

—¡Caray! —dijo DON.

—Vamos a proceder con método —dijo MIK—. Se supone que todo esto tiene un orden establecido.

Lo primero que encontraron fueron cuatro mensajes de otros tantos hombres célebres, y un nuevo ejemplar completo del Libro de la Cápsula del Tiempo. GUF lo cogió.

Había otro libro de tapas negras y con una cruz dorada impresa encima. Luego llegaron a una división llamada «Artículos de Uso Común». El primer paquetito tenía una etiqueta con la inscripción «Para su Conveniencia, Comodidad, Higiene y Seguridad». MIK lo abrió.

Dentro había un despertador, unas gafas bifocales, una cámara, un lápiz, una lima de uñas, un candado con llaves, un cepillo y polvo de dientes, un imperdible, un cuchillo, un tenedor y una regla de cálculo.

El siguiente paquete tenía un rótulo que decía «Para el Aseo y la Coquetería Femenina». Dentro había una caja

con el surtido de coloretos Cyclamen de Elizabeth Arden, un broche con un brillante de imitación y un sombrero de mujer, de acuerdo con la moda del otoño de 1938, diseñado por Lilly Vaché.

—¡Maravilloso! —exclamó DON, y se colocó el sombrero encima de la gorra.

El siguiente paquete era «Para la Diversión, el Uso y la Educación de los Niños».

Lo primero en salir fue un cochecito de juguete movido por resorte, luego una muñeca pequeña y una colección de cubos alfabéticos. MIK metió la mano y sacó un pequeño tazón.

Se quedó largo rato contemplándolo. En un lado del recipiente había una calcomanía con el nombre de la persona que los había creado y un dibujo del propio MIK saludando con la mano.

—Gawrsh, MIK —le dijo GUF—. ¡Si eres tú!

Junto a su pie, la caída de una piedra levantó una pequeña polvareda.

Los tres levantaron la vista.

El borde del cráter estaba lleno de hombres, mujeres y niños vestidos con pellejos desastrados. Esgrimían palos puntiagudos, piedras y garrotes de aspecto poco tranquilizador.

—¡Caray! —dijo DON—. ¡Gente! —Eché a correr hacia ellos—. —¡Hola! —les chilló—. Llevamos un montón de tiempo tratando de localizaros. ¿Sabéis por dónde se va al parque? Queremos saberlo absolutamente todo de vosotros.

Les estaba hablando en japonés.

La turbamulta alzó sus armas. DON escogió otro idioma.

—Como he dicho, venimos en son de paz. ¿Saben cómo se va al parque? —les preguntó en sueco.

Empezaron a bajar por el cráter, lanzando piedras.

—¿Qué os ocurre? —gritó DON—. ¡Cuac, cuac, cuac! —Les amenazó con los puños.

—¡Un momento! —les dijo MIK en inglés—. ¡Somos amigos!

Parte de la multitud se desvió hacia él.

—¡Ay, ay! —dijo GUF, y echó a correr por la zona menos defendida de la depresión.

Y entonces los andrajosos gritaron y cargaron.

Atraparon primero al pato.

Este les hizo frente enseñándoles los puños, saltando sobre un pie y zapateando, enloquecido. Lo atraparon entre varios y uno lo cogió por el pico. Lo golpearon con los garrotes y lo aplastaron con los pedruscos. Hirió a tres de gravedad, antes de que lo redujeran a un montículo blanquiazul y anaranjado.

—¿No podríamos, ju, ju, negociarlo todo? —preguntó MIK.

Le metieron un palo afilado en el mecanismo auditivo, destrozándolo. Tenía

una mano hecha papilla. Replicó con la otra y pegando patadas. Los hirió, pero era demasiado pequeño. Un guijarro le hizo tropezar, y luego se pusieron a bailar sobre su cuerpo.

GUF logró salir del cráter. Había escogido la zona que tenía más niños y éstos, creyendo que los iba a atacar, se replegaron. Cuando vieron que en realidad sólo quería escapar, empezaron a perseguirlo bulliciosamente, lanzando piedras y palos a su silueta renqueante.

—¡Guau! —gritó al ver a más gente corriendo para cerrarle el paso, y patinó hasta detenerse un segundo. Luego subió corriendo un montón de cascotes, largo e inclinado. El cráter seguía vertiendo hombres que se apresuraban a darle caza.

Alcanzó la cima del largo y elevado promontorio que dominaba el borde del cráter. Sus atacantes se detuvieron, lanzándole pedruscos y palos y chillándole.

—¡Socorro! —gritó GUF—. ¡Socooooooooorro!

Una flecha se clavó en el pecho del agresor que estaba más cerca de él.

GUF se dio la vuelta. Más hombres, vestidos con ropas, estaban alineados junto al borde opuesto del cráter. Llevaban arcos y flechas, lanzas con puntas de metal y cuchillos de hierro al cinto.

Mientras GUF los observaba, lanzaron una nueva nube de flechas contra los hombres que habían atacado a los robots.

El ejército de los vestidos con pellejos abandonó precipitadamente el cráter y escapó entre los montículos, dejando tras sí a sus heridos y el contenido esparcido de la cápsula del tiempo.

Les costó un rato, pero el jefe de la tribu, que utilizaba metal, y GUF lograron entenderse entre sí. Hablaban en una mezcla poco ortodoxa de inglés y español.

—Lamentamos no haber sabido antes que estabais aquí —le dijo el hombre a GUF—. Es raro que lleguemos tan lejos, y hasta esta mañana no nos hemos enterado de que estábais aquí. Los otros —hizo una mueca—, los que os siguieron hasta este lugar desde los Desiertos, ya no volverán a molestaros.

Señaló la mancha de verde que había hacia el Norte.

—Ahí están nuestras tierras y nuestro pueblo. Descubrimos este lugar hace veinte años. Es buena tierra, pero «los otros» hacen incursiones siempre que pueden.

GUF bajó la vista y contempló el interior del cráter, su columna derruida y los escombros. Del cilindro de cristal asomaban cigarrillos y tabaco. El micro-film, con todos sus libros y toda su sabiduría, estaba enredado entre los pedruscos. Entre el polvo había destellos de muestras de aluminio, hipernik y ferrovanadio. Cuchillas de afeitar, el cambio de marchas de un aeroplano y tela de vidrio cubrían los lados del socavón.

Había desaparecido el discurso de Grover Whalen que inauguraba la Exposición Universal y los datos necesarios para construir el decodificador de microfilms. El noticiario con las fotos de Howard Hughes, Jesse Owens y Baby Ruth, unos bombardeos en China y un pase de modelos en la playa de Miami estaba desgarrado y

destrozado. Uno de los niños fugitivos se había llevado una pelota de golf en la mano. Los palos, astillados, yacían amontonados junto a cables de tungsteno, peines y lápices de labios. GUF pensó para qué servirían algunos de esos artículos.

—Destruyeron a uno de tu banda —dijo el comandante—, Me parece que el otro todavía está vivo.

—Ya me ocuparé yo de ellos —replicó GUF.

—Os llevaremos a nuestro pueblo —dijo el hombre—. Nos gustaría saber muchas cosas sobre vosotros.

—Lo mismo digo yo —afirmó GUF—. «Los otros» han destrozado casi todo lo que habíamos descubierto.

Recogió el pequeño tazón del suelo y se dirigió hacia el lugar donde se encontraba MIK, incrustado contra una roca.

—Hola, GUF —le dijo éste—. Ja, ja, no debo tener un aspecto demasiado saludable.

El guante izquierdo le colgaba, inútil, del brazo. Tenía las orejas dobladas y la nariz arrugada. Al moverse emitió un ruidoso zumbido.

—Oh, jiaak, jiaak —dijo GUF—. Nos iremos con estas personas tan amables. Tú descansarás y te pondrás fuerte como un toro, te lo garantizo.

—DON no ha sobrevivido, ¿verdad, GUF?

Este permaneció un rato en silencio.

—No, MIK, no ha sobrevivido. No sabes cuánto siento que salieran así las cosas. Voy a echar de menos a ese fanático.

—Yo también —dijo MIK—, ¿Nos lo llevamos con nosotros?

—Por supuesto —dijo GUF. Hizo señas a los hombres más cercanos.

El pueblo estaba en un verde valle regado por dos arroyos rebosantes de peces. En él había pequeños sembrados de judías, tomates y maíz; el ganado y las ovejas pastaban en las lomas de las colinas bajo la protección de guardianes. Había una fábrica de calderería, una choza municipal y muchas casas de madera y piedra.

GUF remontaba la colina en dirección a la casa donde se alojaba MIK.

Llevaban un poco más de dos semanas en el pueblo, hablando con los aldeanos, contándoles lo que sabían. GUF solía jugar con los niños cuando no tenía que estar al lado de MIK, junto a los adultos. Pero desde el día en que enterraron a DON en la cima de una colina, MIK no dejaba de empeorar. Las dos piernas se le paralizaron a la vez, y ahora ya sólo podía ver con los infrarrojos.

—Hola, GUF —le dijo.

—¿Qué tal, compañero?

—No demasiado bien —contestó—. ¿Han progresado algo en el barranco?

Dos días antes, MIK les había explicado cómo sacar agua más provechosamente de uno de los arroyos y conducirla hasta el centro del pueblo.

—Ya casi está acabado —replicó GUF—. Seguro que subirán a darte las gracias cuando hayan terminado.

—No es necesario —dijo MIK.

—Ya lo sé, pero esta gente es encantadora, MIK. Y, entre una cosa y otra, lo han pasado verdaderamente mal. Les gusta hablar contigo.

GUF reparó en las mujeres y niños que, sentados junto a la choza, esperaban para poder hablar con MIK.

—No me quedará demasiado tiempo —dijo—. Tengo que ir a distribuir los equipos de trabajo y de enseñanza, como me han pedido que haga.

—Claro, GUF —dijo MIK—. Yo...

Soltó un estruendoso zumbido y despidió olor a silicona quemada.

GUF apartó la vista.

—Lo que ocurre es que no tienen aquí lo que me hace falta —dijo— para repararte. A lo mejor encontraría algo en el cráter...

—No te preocupes —le pidió MIK—. Dudo de que...

GUF se puso a contemplar el pueblo.

—Oh —dijo, rebuscando entre una bolsa que alguien le había confeccionado—, llevo más de una semana intentando darte esto y siempre lo olvido.

Le tendió a MIK el tazón de la cápsula del tiempo con su dibujo en uno de los lados.

—He estado pensando en él desde que lo encontramos —dijo éste. Lo hizo girar con su mano sana, ya casi incapaz de distinguir su contorno—. Me pregunto si será lo único que perdimos en el cráter.

—Un montón de cosas —replicó GUF—, pero tenemos que conservarlo.

—Estaba hecho para durar mucho tiempo —dijo MIK— y quizá para explicarles a las generaciones venideras cómo eran sus antepasados. ¡O sea que la gente que lo colocó donde lo encontramos debió de admirar profundamente al hombre que nos ideó!

—Totalmente de acuerdo —dijo GUF.

—Me pregunto si a mí también.

—Seguramente a ti más que a ninguno —contestó GUF.

MIK sonrió. La sonrisa se le heló. Los ojos se le quedaron en blanco y de los ejes de las orejas subió una leve nubecilla de condensación. La mano se aferró al tazón.

Fuera, el pueblo empezó a entonar una canción verdaderamente triste.

Hacía una mañana brillante, soleada. GUF depositó unas flores sobre las tumbas de MIK y de DON, en la cima de la colina. Apisonó la tierra con el pie y permaneció un rato erguido, indeciso.

Había sustituido su pie helado por un patín con ruedas de madera, con el que se deslizaba casi con tanta soltura como si caminara.

Permaneció de pie pensando en MIK. Se caló aún más su sombrero de carpintero y silbó una tonadilla.

Recogió su caja de herramientas de madera y echó a andar colina abajo para construirles a los niños un columpio.

NANCY KRESS:
«Entre tantas estrellas brillantes»
Premio Nebula 1985

Nancy Kress ha publicado cuentos cortos en *Omni*, *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* y *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Entre sus libros se cuentan *The Prince of Morning Bells*, *The Golden Grove*, *The White Pipes* y *Trinity and Other Stories*, cuento que fue nominado para el Nebula en 1984. Vive en el centro de Nueva York.

De este relato corto premiado, Kress ha escrito:

«Es una historia acerca de gente que no se encuentra en el centro de la acción. La ciencia ficción tiende a centrarse en serios promotores y activistas: capitanes de astronaves, genios científicos o militares, espías políticos o al servicio de sociedades, hombres que descubren razas alienígenas. Pero eso no guarda ninguna relación con quienes probablemente seremos contactados cuando estemos en casa del dentista. Esta es, por ello, la historia de una persona cuya vida tiene que circunscribirse a sus límites históricos, y no causarlos, como la mayor parte de la Humanidad.»

Así que estoy llenando las botellas de salsa de tomate en plena noche y oyendo la radio que Charlie ha instalado en el techo encima del tabique móvil, cuando entra uno de ellos. Comprendo al punto que se trata de uno de ellos —no hay manera de equivocarse acerca de eso—, aunque lleve un traje de corte impecable y un sombrero como el que lucía Humphrey Bogart en *Casablanca*. Pero no lo acompaña nadie, ni un catedrático de universidad ni un empleado del Gobierno, como en el espectáculo televisivo que organiza la universidad, ni tan siquiera un estudiante. Está completamente solo. Y estamos a muchos kilómetros de la autopista de la universidad.

Se queda en la puerta, parpadeando levemente, mientras le caen gotas de lluvia del sombrero. Kathy, que debería estar limpiando la cafetera detrás del contador, se queda helada, mirándolo fijamente, con el filtro de café levantado en la mano, como si no tuviera que volver a utilizarlo jamás. En ese momento Charlie da una voz desde la cocina:

—Oye, Kathy, ¿le quieres preguntar a alguien quién ha ganado las carreras, para mis apuestas triples?

Ella no le contesta. Se limita a seguir observándolo con la boca abierta, como si fuera a chillar y hubiera olvidado cómo se hace. Y la pareja de viejos del reservado de la esquina, los únicos que quedan del gentío que salió del cine, dejan de masticar su pastel de chocolate y también se quedan mirándolo. Kathy cierra la boca y la vuelve a abrir, haciendo un ruido parecido a «ah-errg... »

Bueno, eso me molestó. A lo mejor intentaba decir «¡uf! » y a lo mejor no, pero ahí está «aquello», de pie en la entrada, con la lluvia goteándole por todas partes, mientras nosotros lo miramos como si fuera un maniquí y no un cliente. Así que se

me ocurre que eso no está bien y que quizá le estemos haciéndole sentir incómodo. A mí no me gustaría que Kathy me observara de esa manera; me seco las manos en el delantal y me acerco a él.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Una mesa para uno —dice «aquello», como si «Charlie» fuera un bonito restaurante de la ciudad. Pero supongo que así son los lugares a los que suelen llevarlos los empleados del Gobierno. Y, además, tiene un tono de voz

educado y fácil de comprender, con algo de acento, pero no tan malo como algunos de la universidad. Comprendo lo que me dice. Lo llevo a un reservado, en la esquina opuesta a la de la pareja de viejos que vienen todos los viernes por la noche y todavía no han dejado propina.

Se sienta despacio. Reparo en que no saca las manos del regazo, pero no sé si es porque no sabe qué hacer con ellas o porque cree que no quiero verlas. Pero ya he visto sus primeros planos en la televisión: a mí no me resultan tan desagradables como a otros. Charlie dice que le revuelven el estómago, pero no comprendo por qué. Pensaba que él había visto cosas peores en Vietnam. Bastante habla del asunto, habla y habla sin parar, y a veces hasta le creemos.

—¿Café, señor? —le digo.

Hace un extraño movimiento con los ojos. No sé interpretarlo, pero me dice con su voz amable:

—No, gracias. Soy incapaz de beber café —y pienso que menos mal, porque me acuerdo de repente de que Kathy ha sacado el filtro.

Pero entonces dice:

—¿Puede traerme una ensalada, por favor? Sin aderezar, por favor.

—Todavía le caen gotas de lluvia del sombrero. Me imagino que los empleados del Gobierno no le habrán dicho que en un restaurante hay que quitarse el sombrero, y la idea me divierte y me hace sentirme muy valiente. Este educado hombre de azul no va a molestar a nadie; el tonto de Charlie estaba fanfarroneando, como de costumbre.

—La ensalada no está demasiado fresca, señor —le digo a modo de prueba, sólo para ver qué me dirá luego.

Yes la pura verdad; la ensalada que queda es de ayer. Pero el tipo me contesta como si le hubiera preguntado otra cosa.

—¿Cómo se llama? —inquire, con tanta educación que comprendo que es mera curiosidad y que no va a liarla. Además, ¿cómo podría liarla, tan azul y con esas manos? A pesar de todo, nunca se sabe...

—Sally —contestó—, Sally Gourley.

—Yo soy John —dice, y vuelve a hacer el mismo movimiento de ojos.

De repente me hace gracia que ese tipo de azul se llame John. Así que me echo a reír, aunque me arrepiento en seguida. A lo mejor he herido sus sentimientos o algo parecido, ¿cómo voy a saberlo?

—Oiga, lo siento —digo, y se saca el sombrero.

Lo hace con toda la parsimonia del mundo, como si sacarse el sombrero fuera algo importante y significara algo, pero debajo no hay más que una cabeza calva y azul. Nada desagradable, como ocurre con las manos.

—No hace falta que se excuse —dice John—. Tengo otro nombre, por supuesto, pero en mi lengua.

—¿Cómo es? —le pregunto, más valiente que una leona, porque de repente me veo contándoselo todo a mi hermana Mary Ellen, que me escucha atentamente.

John hace un ruido con la boca y siento que mi propia boca se abre, porque lo que dice no tiene nada que ver con una palabra; es un sonido maravilloso, como la llamada de un pájaro, sólo que más triste. Lo que pasa es que no me esperaba un sonido tan hermoso en un lugar como el comedor «Charlie». Me ha sorprendido que saliera de esa cabeza azul y calva. Tan sólo fue eso: sorpresa.

Yo no digo nada. John me mira y dice:

—Tiene un significado traducible. Quiere decir... —pero, antes de que me pueda decir qué significa, Charlie sale impetuosamente de la cocina con Kathy detrás.

Aún lleva el programa de las carreras de caballos en la mano, como si hubiera estado estudiando las apuestas triples. Llega rápidamente al reservado, con la cara roja de furia. Entonces veo a la pareja de viejos salir precipitadamente por la puerta, con las chaquetas por delante y la mitad del pastel de chocolate en el plato. Veo que se van a ir sin pagar, pero, antes de que pueda detenerlos, Charlie me coge por el brazo y aprieta tan fuerte que sus uñas se me clavan en la piel.

—¿Qué puñeta crees que estás haciendo? —me espeta.

No es que le eche una mirada; Kathy, con el puño contra la boca, no puede dejar de mirar a John.

Libero mi brazo y me lo froto. Una vez vi a Charlie pegarle un empujón tan fuerte a su mujer que ésta se cayó, se dio contra la cabeza y tuvieron que coserle cuatro puntos. Fui yo precisamente quien la llevó a la casa de socorro.

Charlie vuelve a decir:

—¿Qué puñeta crees que estás haciendo?

—Atendiendo mi mesa. Quiere una ensalada. Grande.

No recuerdo si John la ha pedido grande o pequeña, pero me imagino que cuanto mayor sea el pedido más tranquilo se quedará Charlie. Pero Charlie no quiere tranquilizarse.

—Sácalo de aquí —sisea. Sigue sin mirar a John—, ¿Me oyes, Sally? Echalo fuera. El Gobierno me obliga a servir a vagabundos y a negros, ¡pero no me ordena que le sirva a él!

Miro a John: se está poniendo el sombrero, calándoselo en la calva, medio levantado en el reservado. No puede salir porque Charlie y yo le estorbamos. Esperaba que John pusiera cara de loco o de molesto, pero si no fuera porque tiene tensos los músculos de la cara, su expresión no habría cambiado. Supongo que tiene

que sentirse mal, y bruscamente siento odio contra Charlie, que es un fanfarrón y tiene tanta caridad como una bolsa de basura. Abro la boca para decírselo, junto con un par de cosillas que me he ido callando, cuando la puerta se abre de sopetón e irrumpen cuatro hombres, y que me muera si no llevan los cuatro el sombrero de Humphrey Bogart en Casablanca. En cuanto el primer tipo ve a John, su andar cambia, y se acerca más despacio pero con más determinación, y se pone a hablar con Charlie y con John con el mismo tono de sinceridad de un jefe de redacción al leer las noticias en la televisión.

Veo que se ha hecho con la situación, así que vuelvo a las botellas de salsa de tomate. Todavía me queman, sin embargo, los malos tratos de Charlie y el que Kathy fuera volando a la cocina a avisarle. Es una miedica y siempre lo ha sido.

Charlie asiente frunciendo el ceño. Cuanto más lo frunce, más agradable se hace la voz del empleado del Gobierno. Al poco rato, el empleado está sonriendo, dulce como un pastel. Charlie se escurre en la cocina y los cuatro hombres echan a andar hacia la puerta, con John en medio, como una mêlée de rugby colegial. Al lado de los verdaderos hombres parece más extraño que antes, y advierto cuán plana tiene la cara. Pero cuando la mêlée llega a la mesa que hay enfrente de mis botellas de salsa de tomate, John se escapa y se me acerca.

—Lo siento, Sally Gourley —dice. Y luego—: Se me han presentado pocas oportunidades de demostrarle nuestra simpatía a una persona ordinaria de la Tierra. ¡Distingo tan mal!

Bueno, pues eso me choca. Su voz suena muy triste y, además, yo nunca me había considerado una persona ordinaria. ¿Quién se considera ordinario? Así que me limito a encogerme de hombros y a enjugar una botella de salsa con el delantal. Pero entonces John hace algo raro. Me toca el brazo en el mismo lugar en que me lo apretó Charlie, lo toca con la palma de esa mano. Y no tiene la palma nada viscosa: seca y como fresca, y yo no doy un bote ni nada por el estilo. En lugar de eso, recuerdo el hermoso sonido que emitió al pronunciar su nombre. Luego sale a la calle con tres de los hombres, y la puerta se cierra detrás de ellos con un golpetazo, dejando entrar una ráfaga de lluvia, porque Charlie no ha reparado la cerradura de aire comprimido desde que unos chavales, bromeando, la rompieron la primavera pasada.

El cuarto hombre se queda para interrogarme. Qué dijo el alienígena, qué dije yo. Yo le contesto y él vuelve a comenzar desde el principio, como si no me hubiera creído la primera vez; me está haciendo enloquecer. Además tiene una voz irritante, y veo que se le mueven las cejas cuando me equivoco y digo accidentalmente: «él no lo dijo». Puede que yo no sepa interpretar los movimientos musculares de John, pero como hay Dios que sé leer esas cejas. Por eso me disgusto, y en seguida se va dando un portazo.

Termino las botellas de salsa de tomate y de mostaza, y Kathy acaba con la cafetera. La radio del techo toca un tema instrumental, sin palabras, verdaderamente triste. Kathy y yo empezamos a lavar los reservados con desinfectantes y, como

hacemos lo mismo juntas y no entra nadie, acabo por decirle:

—Es divertido.

—¿Qué es divertido? —replica ella.

—Charlie trató a ese tipo de «él» en seguida. «Nadie me manda que le sirva a 'él', dijo. Y yo al principio pensé en él como «ello», al menos hasta que tuve un nombre con que llamarle. Pero fue Charlie quien lo echó.

Kathy restriega la parte posterior de su reservado.

—Y Charlie ha hecho bien. Esa cosa me ha pegado un susto de muerte entrando de esa manera tan extraña y misteriosa. En un lugar donde se sirve comida, además. —Resopla y echa un poco más de desinfectante.

Yes que es una miedica. Siempre lo ha sido.

—El National Enquirer —continúa— ha contado que tienen una enorme potencia de fuego en la nave esa, la que todavía no ha aterrizado. Mi marido dice que podrían reducirnos a añicos, que son muy poderosos. No sé por qué vienen aquí. Nosotros no los queremos. Ni siquiera sé por qué han venido desde tan lejos.

—Quieren distinguir —digo, pero Kathy sigue bufando y no me escucha.

—El Pentágono los mantendrá a raya; por muchas armas que tengan o por mucho que insistan en calibrar nuestras posibilidades defensivas, el Pentágono no les dejará poner sus garras sobre la Tierra. Eso es lo que dice mi marido. Bastardos de azul.

—¿Puedes cerrar el pico? —le pido.

Me lanza una sucia mirada y se aleja contoneándose. No me importa. Nada de todo esto me afecta lo más mínimo. Tan sólo recuerdo, de pie con el desinfectante en la mano, mirando las ventanas oscuras y escuchando el tema lento y sin palabras de la radio, ese contacto sobre mi mano, tan ligero y tan fresco. Y pienso que no han venido aquí con una potencia de fuego para reducirnos a todos a añicos. No me lo creo, así de sencillo. Pero, ¿cuándo vinieron? ¿Para qué han hecho un viaje desde otra estrella, para entrar en el comedor de Charlie y pedirle a una persona ordinaria de la Tierra una ensalada sin aderezar?

Charlie sale con las llaves para abrir la caja registradora y repasar las facturas. Me acuerdo de la pareja de viejos que se me escapó sin pagar y me maldigo. No fue más que pastel y café, pero me lo descontará igualmente del salario. La radio del techo empieza a tocar otra cosa; ya no es la canción triste, pero tampoco es nada movido. Es una canción de amor, de un tipo que no hace más que dar y a cambio sólo lo tratan como si fuese basura. No me gusta.

—¿Charlie —pregunto—, qué te dijeron los empleados del Gobierno?

Levanta la vista de las facturas con el ceño fruncido:

—¿Y a ti qué te importa?

—Sólo quiero saberlo.

—Pues yo, a lo mejor, no quiero que lo sepas —dice con una sonrisa aviesa.

Mi pregunta le ha puesto de buen humor al muy guarro. De repente me acuerdo de lo que dijo su mujer cuando le ponían los puntos: «La única forma de conseguir

algo de Charlie es dejarle que me dé unas cuantas bofetadas y luego pedírselo desde el suelo. Si cree que soy feliz, no me da más que mierda».

Limpio el resto del restaurante sin decir nada. Charlie lanza improperios al ver los ingresos de la noche: sé que es poca cosa por mis propinas. Kathy se arregla el pelo frente al espejo que hay detrás de los donuts y los pasteles, mientras yo coloco los menús de desayuno. Pero no dejo de pensar entretanto, y no me gustan mis pensamientos.

Charlie echa el cerrojo y salimos todos. En la calle ha dejado de llover, aunque sigue flotando una delicada bruma, preciosa pero fría. Me arrebujó en el jersey y, en el aparcamiento, después de marcharse Kathy, digo:

—Charlie.

Deja de andar hacia su camioneta.

—¿Sí?

Me paso la lengua por los labios. Se me han quedado secos de repente. Lo que voy a decir es como un experimento. Es un experimento.

—Charlie, ¿y si los empleados del Gobierno no hubieran llegado justo entonces y el... hombre de azul no se hubiera querido ir? ¿Qué habrías hecho?

—¿A ti qué te importa?

Me encojo de hombros.

—Nada. Simple curiosidad. Es tu negocio.

—¡Pues claro que es mi negocio! —Veo entre la neblina cómo frunce el ceño—. ¡Lo habría machacado!

—¿Y luego? ¿Y si hubieran llegado los empleados del Gobierno y hubieran armado un escándalo?

—Horrible. Ya sería demasiado tarde, ¿no?

Se echa a reír y me doy cuenta de lo que piensa: el hombre de azul sangrando sobre el linóleo con Charlie de pie, junto a él, frotándose las manos.

Charlie vuelve a reír y se va hasta su camioneta silbando. Anda con algo de chulería. Sigue imaginándose todo, casi como si hubiera ocurrido realmente. Me grita por encima del hombro:

—Son como mariquitas. O chicas. Todo hueso, sin músculos. Hasta tú te habrás dado cuenta.

El tono de su voz es alegre. No hay enfado ni odio ni nada parecido, sino una especie de simpatía en sus palabras. Le oigo silbar un rato más, hasta que el motor de la camioneta arranca y sale disparado del aparcamiento, quemando rueda como un chaval.

Abro la cerradura de mi Chevrolet. Pero antes de entrar levanto la vista al cielo, algo estúpido porque, por supuesto, no puedo ver nada por culpa de la bruma y las nubes. Ninguna estrella.

A lo mejor, el marido de Kathy tiene razón. A lo mejor quieren reducirnos a todos a añicos. No lo creo, ¿pero qué caray puede importar lo que yo crea? Y de sopetón

siento furia contra John, una furia incontenible, me siento más furiosa que nunca en mi vida.

¿Por qué ha tenido que venir aquí, con todas sus llamadas de pájaro y su educación? ¿Por qué no se pueden ir todos a otra parte? Debe de haber un montón de lugares a los que ir entre tantas estrellas brillantes como hay ahí arriba, detrás de las nubes. No tienen por qué venir aquí, a este lugar en el que yo necesito trabajar, y eso significa que necesito a Charlie. Es un fanfarrón, pero quiero mirarlo y no ver en él más que a un fanfarrón. Nada más que eso. Eso es todo lo que quiero ver en Charlie, en los empleados del Gobierno; tan sólo insignificantes fanfarrones, nada especial, ni el espejo de algo ni el futuro de algo. Sólo Charlie. Eso es todo. No quiero ver nada más. No veré nada más.

—Distingo tan mal —me dice.

Sí. Naturalmente.

ORSON SCOTT CARD:

«El margen»

Orson Scott Card ganó el premio conmemorativo John W. Campbell al mejor escritor novel en 1977. Sus cuentos cortos han aparecido en *Omni*, *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* y *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Entre sus novelas se cuentan *Songmaster*, *Hart's Hope* y *Speaker for the Dead*. Ha ganado el Premio Nebula de novela de este año y ha sido nominado en la sección de novela corta. Vive en Carolina del Norte con su mujer y tres hijos.

De la novela premiada, *El juego de Ender* (que también ganó el Premio Hugo de 1986 a la mejor novela), Card ha escrito:

«En 1968, a los diecisiete años, cuando era estudiante de teatro y me dirigía desde Orem, Utah, a la Universidad Brigham Young por la carretera que pasa por la cuenca del antiguo río, en el asiento de atrás del Datsun de mi padre, se me ocurrió por primera vez la idea de inventar juegos de guerra en un espacio sin gravedad para entrenar a los niños a pilotar naves espaciales. Hasta 1975 no empecé de hecho a escribir la historia, tumbado en el césped, frente al Salt Palace de Salt Lake City, mientras esperaba a una amiga que había llevado a los niños de su jefe al circo. La escribí de un tirón de cabo a rabo, igual que hago con mis obras de teatro; cosa que no debe resultar demasiado sorprendente, pues el cuento consistía, en buena medida, en diálogos y directrices escénicas. No lograba decidir si el apellido de Ender sería Wiggin o Wiggins.

»Por imperfecto que fuera, era cuanto podía hacer por aquel entonces, de manera que la mandé a Analog; Ben Bova me contestó con una carta en la que me pedía que la cortara por la mitad y me sugería un cambio de título. Era tan ingenuo que lo consideré un rechazo y se lo envié a otro editor, que lo retuvo cinco meses y —después de que le diera la lata por teléfono todo ese tiempo— me devolvió el cuento con un “no” categórico. Así que el consejo de Ben de que lo revisara acabó por parecerme excelente; le quité una batalla y diez páginas y volví a mandárselo. Lo publicó con el título que yo le había dado, y “*El juego de Ender*” obtuvo una generosa acogida. Años más tarde le vendí una novela que era su segunda parte, *Speaker for the Dead* a la nueva editorial de Tom Doherty, Tor, pero, mientras la escribía, me di cuenta de que la novela corta ‘*El juego de Ender*’ no preparaba para la lectura de *Speaker*. En el congreso de ABA, en Dallas, le pregunté a Tom Doherty si podía ampliar *Ender* hasta convertirla en una novela. Su apretón de manos resultó el mejor contrato que haya firmado jamás.

»Al escribir la novela sólo conservé una frase de la novela corta original, la primera: “Recuerda, la puerta del enemigo está debajo”. Conté con la ayuda de dos buenos editores: Kristine A. Card, un elemento vital de todo lo que escribo, y la editora de Tor, Harriet McDougal. Desde que había escrito la novela, yo también había cambiado un poco. Las estrecheces me habían convertido en un escritor

prolífico. Ronald Reagan me había hecho demócrata y mi familia me había dado suficiente perspectiva como para ver en el cuento de Ender algo más que una simple historia de guerra o de un niño solitario. El libro está dedicado a mi hijo Geoffrey por el mejor de los motivos.»

Sobre «El margen» dice:

«Hace años trabajé en el esbozo de una obra musical llamada Carro de comediantes que iba a instrumentar mi viejo colaborador, el compositor Robert Stoddard. No llegué a acabarla, pero se me quedó grabada la trama: un futuro en el que espesas lluvias han vuelto a llenar el Great Salt Lake, permitiendo hacer labrantíos de los desiertos de artemisa de Utah. (En mi oficina tengo colgado en la pared un mapa del prehistórico lago Bonneville.)

»Cuando John Kessel y Mark Van Name me invitaron a participar en el Taller de Escritores Sycamore Hill, hacía tres años que no vendía un cuento corto y dos que no escribía ninguno. Pero llegué al taller con un par de ideas: el marco de Utah y mis temores y esperanzas acerca del futuro de mi hijo menor, Charlie, que tenía parálisis cerebral de nacimiento. El resultado fue “El margen”, escrito mientras montaba guardia en el sótano de Mark Van Name, cerca de Durham. La inteligencia, el talento, la habilidad y la sabiduría de los escritores con los que viví esos intensos días de enero se convirtieron en el catalizador de la redacción de esta historia y de la que la complementa, “Salvage”.»

El trabajo que LaVon había hecho sobre el libro era una tontería, por supuesto. Carpenter lo sabía incluso antes de preguntarle. Después de la advertencia de Carpenter la semana anterior, sabía que LaVon lo haría, pues su padre nunca hubiera permitido que el muchacho suspendiera. Pero LaVon era demasiado obstinado y muy descarado, y era líder en la actitud desafiante de los alumnos del sexto grado; su desacato a la autoridad no permitiría que Carpenter obtuviera una victoria completa.

—A mí me ha gustado mucho, me ha encantado «Los hombrecitos» —dijo LaVon—. Me puso piel de gallina.

La clase se rió. Una pausa cómicamente perfecta, dijo Carpenter para sus adentros. Pero el único lugar donde la comedia es provechosa aquí, en el país Nueva Tierra, es en los carros de los comediantes gitanos. Para eso te estás preparando tú, LaVon, para una carrera como parásito ambulante, que vive de sorber la risa de los cansados agricultores.

—En este libro todos los buenos tienen un nombre que empieza por D. Demi es un dulce muchachito que nunca hace nada malo. Daisy es tan buena que podría tener siete hijos y seguir siendo virgen.

Se estaba pasando de la raya. A mucha gente no le gustaba que se mencionaran temas sexuales en la escuela, y si algún bobalicón decidía denunciarlo, alguien podría tergiversar el asunto de tal manera que pudiera utilizarse contra Carpenter. Aquí,

junto al margen, la gente necesitaba con gran urgencia entretenerse en algo. Una cruzada para echar a un profesor por corromper la moral de los jóvenes podría ser algo más divertido que un espectáculo ambulante, porque cuando se hubiera ido podrían considerarse justos y a salvo. Carpenter ya conocía eso. No era que él tuviese miedo como los otros profesores. Él tenía una carrera, no importaba cuál. A la universidad le encantaría volver a acogerlo; de hecho pensaron que estaba loco cuando se fue a dar clases a enseñanza media. Mi situación es segura, completamente segura, pensó. No pueden destrozar mi carrera. No voy a hacerme el remilgado por una palabra perfectamente aceptable como virgen.

—Dan parece un grandullón malvado, pero tiene un corazón de oro, aunque a veces diga palabras feas, como diablo.

LaVon hizo una pausa, esperando que Carpenter reaccionara. Así que Carpenter no reaccionó.

—Lo más triste es el pobre Nat, el hijo del violinista callejero. Se esfuerza por integrarse, pero en el libro nunca consigue nada porque su nombre no empieza por D.

Fin. LaVon dejó su hojita, su trabajo, en la mesa de Carpenter y luego volvió a su asiento. Andaba con la cuidadosa elegancia de una araña, moviendo sus largas piernas como si estuvieran desconectadas del resto de su cuerpo, de tal manera que ni siquiera se alteraba su perfecta armonía. El chico conduce su cuerpo igual que yo conduzco mi silla de ruedas, pensó Carpenter. Con suavidad, sin dejarse alterar por su propio movimiento. Pero él es grácil y hermoso; con quince años, ya es un experto en ganarse la veneración de los mentecatos que lo rodean. Él es el enemigo, el torturador, el hombre fuerte y hermoso que necesita reafirmar su perfección depredando a los débiles. Pero yo no soy tan débil como tú crees.

El trabajo de LaVon era arrogante, demasiado breve y flagrantemente rebelde. Y todo eso era deliberado, estaba calculado para enfadar a Carpenter. Por eso mismo no daría la más mínima muestra de enfado. Pero al mismo tiempo también era inteligente, irónico y gracioso. El muchacho, con toda su máscara de languidez y estulticia, tenía cerebro. Se merecía algo mejor que esta ciudad agrícola; podía hacer algo más importante en el mundo que conducir un tractor, trazando toda su vida interminables círculos por los campos. Pero, por la forma en que llevaba siempre colgada a la hija de los Fisher, no cabía duda: tendría un bebé y una esposa y se quedaría aquí para siempre, convertido en un pez gordo como su padre, quizá, pero nunca dejaría una huella en el mundo que atestiguara su paso por él. Una pérdida trágica y estúpida.

Pero nada de mostrar cólera. Los chicos lo interpretarían mal, pensarán que estoy enfadado por el descaro de LaVon, y eso sólo serviría para hacerlo más héroe a sus ojos. Los chicos eligen a sus héroes con indefectible estupidez. A los catorce, quince, dieciséis años, sólo conocen de la vida clases frías y sin libros, interrumpidas de vez en cuando por un año o dos de lucha con esta tierra pedregosa; siempre odian a cualquier adulto que los obligue a trabajar, siempre adoran al primer tonto que les

haga creer que son libres. Los chicos no estáis acostumbrados a sobrevivir entre las ruinas de vuestros propios errores. Los adultos, que conocimos el mundo antes de que se derrumbara, sentimos el peso de sus escombros sobre nuestras espaldas.

Ellos estaban esperando la respuesta de Carpenter. Alargó la mano hacia el teclado del ordenador, unido a su silla de ruedas. Sus manos golpearon como zarpas las descomunales teclas. Tenía los dedos demasiado torpes para poder usarlos de uno en uno. Cuando intentaba moverlos se le tensaban, se agarrotaban en un puño, un pequeño martillo con el que aporrear, destrozar o defenderse; no podía emplearlas para agarrar, ni siquiera para sostener nada. La mitad de los verbos del mundo son imposibles para mí, pensó como tantas otras veces. Los aprendo tal como el ciego aprende las palabras relativas a la vista, de memoria, sin esperanza de llegar a conocer nunca lo que significan verdaderamente.

El sintetizador de habla zumbó las palabras que había tecleado.

—Una composición brillante, señor Jensen. De una ironía acerada, de una fuerza sorprendente. Lamentablemente, también revela la pobreza de su espíritu. El libro de Alcott es irónico, porque lo que ella quería demostrar es que, a pesar de su pequeña estatura, los muchachos de su libro son generosos. Usted, sin embargo, a pesar de su tamaño, tiene el corazón verdaderamente muy pequeño.

LaVon le clavó los ojos, tenía los párpados entornados con dureza. ¿Odio? Sí, eso es lo que había en ellos. Ódiame, chico. Aborréceme hasta el punto de demostrarme que puedes hacer todo lo que te pida. Así te dominaré, así podré sacar algo decente de ti, y finalmente te devolveré a ti mismo convertido en un ser humano merecedor de estar vivo.

Carpenter empujó las dos palancas hacia afuera, y la silla de ruedas retrocedió. La jornada estaba acabándose y sabía que por la noche se iba a producir un hecho doloroso en la ciudad de Reefrock. Porque en cierto sentido los arrestos serían culpa suya, porque el encarcelamiento de un padre causaría trastornos en la familia de algunos de esos chicos, consideraba deber suyo prepararlos, lo mejor posible para que entendieran por qué tenía que ocurrir aquello, por qué a la larga era positivo. Era demasiado pedir que hoy lo comprendieran de verdad; pero algún día podrían recordarlo y perdonar lo que les había hecho y que pronto descubrirían.

Así que de nuevo dio un zarpazo a las teclas.

—Economía —dijo el ordenador—. El señor Jensen ha marcado el final de la clase de literatura por hoy.

Algunas teclas más, y la conferencia empezó. Carpenter grababa todas sus conferencias y las archivaba en la memoria, de manera que podía estar sentado en su silla, inmóvil como el hielo, pudiendo así vigilarlos uno a uno, como desafiándolos a que se distrajeran. Dejar que una máquina hablara por él tenía sus ventajas; hacía muchos años que había aprendido que a la gente le asustaba que una voz mecánica pronunciase sus palabras sin que él moviera los labios. Era monstruoso, le hacía parecer peligroso y extraño. Cosa que, por otra parte, era preferible a lo que de hecho

parecía: débil como un gusano, con el cuerpo flaco, retorcido, paralizado, rígido en su silla; a pesar de resultar tan extraño, su cuerpo inspiraba compasión. Sólo cuando el sintetizador emitía sus palabras ácidas se ganaba el respeto de la gente, que siempre, siempre, tenía que bajar la vista para mirarle.

—Aquí, en los asentamientos, junto al margen —empezó su voz—, no nos podemos permitir el lujo de una economía libre. Las lluvias barren este antiguo desierto y sólo encuentran unas pocas plantas cultivadas en la arena. Hace treinta años, aquí no había nada vivo; hasta los lagartos tenían que vivir donde hubiera alimento para los insectos y agua que beber. Entonces los fuegos que encendimos levantaron una cortina en el cielo y el hielo se desplazó hacia el sur, y las lluvias, que siempre habían caído al norte de nosotros, recorrieron e inundaron por fin el desierto. Fue nuestra oportunidad.

LaVon sonrió afectadamente al ver a Kippie hacer toda una exhibición del despertar sobresaltado. Carpenter tecleó una interrupción en la conferencia.

—Kippie, ¿qué tal dormirás si te mando continuar la siesta en tu casa?

Kippie dio un respingo y se puso rígido, simulando un miedo terrible. Pero la simulación a su vez era también una simulación; tenía miedo, y así, para ocultarlo, simulaba estar simulando tener miedo. Muy complicado; la vida interior de los chicos es muy compleja, pensó Carpenter.

—A medida que los viejos asentamientos iban quedando anegados por la crecida del Great Salt Lake, vuestros padres y madres empezaron a introducirse en el desierto para ganarle terreno. Pero no iban solos. Aquí no podemos hacer nada solos. Los marginios siembran sus pastos. Los pastos dan de comer a los rebaños y echan raíces en la arena. Las raíces se hacen mantillo, rico en nitrógeno. A los tres años un fino cordón de tierra fértil atraviesa el margen. Si los marginios dejan de plantar en algún punto, si en algún punto el cordón se rompe, entonces las lluvias abren canales bajo la tierra y quiebran el margen, y corroen las tierras de labrantío que hay detrás. Y por consiguiente los marginios son todos ellos responsables unos de otros, y de nosotros. ¿Qué pensaríais de un marginio que no plantara?

—Lo mismo que pienso de un marginio que planta — dijo Pope.

Era el más joven de la clase, sólo tenía trece años y le hacía la pelota a LaVon sin ninguna gracia.

Carpenter golpeó tres palabras.

—¿Y qué es? —preguntó su voz mecánica.

El valor de Pope se desvaneció:

—Lo siento.

Carpenter no desaprovechó la oportunidad.

—¿Cómo llamáis a los marginios? —le preguntó.

Los miró uno por uno, pero no encontró los ojos de ninguno. Excepto los de LaVon.

—¿Cómo los llamáis? —repitió.

—Si lo digo me echarán de la escuela —dijo LaVon—. ¿Es que quiere que me echen de la escuela?

—Los acusáis de fornicar con el ganado, ¿no?

Se oyeron unas risitas tontas.

—Sí, señor —dijo LaVon—. Nosotros los llamamos fornicavacas, señor

Carpenter tecleó su respuesta mientras reían los alumnos. Cuando se callaron la conectó.

—El pan que coméis se cultiva en la tierra que ellos hicieron fértil, y el estiércol de sus ganados es la energía de vuestros cuerpos. Sin marginios os estaríais ganando a duras penas una vida miserable a orillas del mar Mormón, comiendo pescado y bebiendo té de artemisa. No lo olvidéis.

Durante el discurso fue bajando progresivamente el volumen del sintetizador, de manera que al final todos tenían que esforzarse por oír lo que decía. Continuó con la conferencia.

—Después de los marginios vinieron vuestras madres y vuestros padres y sembraron las cosechas siguiendo un método científico: dos hileras de manzanos, luego seis metros de trigo, luego otros seis de maíz, seis metros más de pepinos, y así sucesivamente; año tras año, avanzando seis metros por año por detrás de los marginios, ganando más tierra, más comida. Si uno no plantaba lo que le decían y lo cosechaba el día adecuado, si no trabajaba hombro con hombro en los campos cuando era necesario, las plantas se morían, la lluvia se las llevaba. ¿Qué pensáis

del agricultor que no cumple con su deber o que no da ni golpe?

—Escoria —dijo un chico.

Y otro:

—Es un revolcadero, eso es lo que es.

—Para que esta tierra esté viva de verdad debe plantarse de acuerdo con un estricto plan de dieciocho años de duración. Sólo entonces vuestras familias se podrán permitir el lujo de decidir qué cultivo sembrar. Sólo entonces podréis hacer el vago si os apetece, o trabajar mucho más duro y beneficiaros de ello. Entonces, puede que algunos os hagáis ricos y otros pobres. Pero de momento, hoy por hoy, lo hacemos todo juntos, equitativamente, y, por lo tanto, compartimos equitativamente el fruto de nuestro trabajo.

LaVon murmuró algo.

—¿Sí, LaVon? —preguntó Carpenter.

Puso muy alto el volumen del ordenador. Los chicos se sobresaltaron.

—Nada —dijo LaVon.

—Has dicho «excepto los profesores».

—¿Y qué si lo he dicho?

—Tienes razón —dijo Carpenter—. Los profesores no labran ni siembran nada en los campos junto a vuestros padres. A los profesores se les da una tierra mucho más estéril que trabajar, y la mayor parte de las veces las pocas semillas que sembramos

se las lleva el primer chaparrón primaveral. Vosotros sois la prueba viviente de la futilidad de nuestra labor. Pero lo intentamos, señor Jensen, por insensato que sea el esfuerzo. ¿Nos deja continuar?

LaVon asintió con la cabeza. Se había ruborizado. Carpenter estaba satisfecho. El muchacho no era irrecuperable; todavía se avergonzaba de haberse reído del medio de subsistencia de un hombre.

—Entre nosotros hay algunos —prosiguió la conferencia— que consideran que deberían sacar más partido que otros del trabajo de todos. Son los que roban del almacén comunitario y venden las cosechas fruto del trabajo de todos. En el mercado negro se pagan precios elevados por el grano robado y los ladrones se enriquecen. Cuando son lo bastante ricos se van del margen, y vuelven a las ciudades de los valles altos. Sus mujeres llevarán buenos trajes, sus hijos tendrán relojes, sus hijas tierra propia y se casarán bien. Y, entretanto, los amigos y vecinos que confiaron en ellos no tendrán nada, seguirán en el margen, cultivando la comida que alimenta a los ladrones. Decidme, ¿qué pensáis de los estraperlistas?

Observó sus caras. Sí, lo sabían. Advirtió que echaban una mirada subrepticia a los nuevos zapatos de Dick, al reloj de pulsera de Kippie. A la nueva blusa de Yutonna, comprada en la ciudad, a los pantalones de LaVon. Lo sabían, pero se callaban por miedo. O quizá no fuera miedo. Quizá fuera la esperanza de que también sus padres fueran lo bastante inteligentes para robar de la cosecha, de forma que pudieran irse en lugar de desperdiciar esos famosos dieciocho años.

—Algunas personas creen que esos ladrones son inteligentes. Pero yo os digo que son iguales que los bandoleros de los llanos. Son los enemigos de la civilización.

—¿Esto es civilización? —preguntó LaVon?

—Sí —Carpenter tecleó una respuesta—. Aquí vivimos en paz, y vosotros sabéis que lo que hoy es trabajo mañana es pan. Los de la pradera no lo saben. Un bandolero se les comerá mañana el pan, si es que no los mata. No hay confianza en el mundo excepto aquí. Y los estraperlistas se alimentan de esta confianza. La confianza de sus vecinos. Cuando se lo hayan comido todo, chicos, ¿de qué os alimentaréis vosotros?

No lo comprendieron, por supuesto. Cuando se trataba del problema de «un camión se acerca a otro a sesenta kliters y tardan una hora en cruzarse, ¿qué distancia los separa? », entonces esto sí que estaba al alcance de los niños, podían resolverlo laboriosamente con lápiz y papel, entre rezos y blasfemias. Pero las cuestiones importantes les cruzaban por delante como breves remolinos de arena: sus endebles y egocéntricas cabecitas les advertían, pero se quedaban impasibles.

Como deberes les endosó un cuestionario de historia y treinta palabras para buscar en el diccionario, y luego los mandó a casa.

LaVon no se marchó. Se quedó junto a la puerta, la cerró y le dijo:

—Era un libro estúpido.

Carpenter tableteó en el teclado.

—Eso explica por qué hiciste un trabajo estúpido.

—No fue estúpido, sino gracioso. He leído el dichoso libro, ¿no?

—Y yo te he puesto un notable.

LaVon se quedó callado un momento, y luego dijo:

—No me haga favores.

—Nunca lo haré.

—Y deje de hablar con esa maldita voz mecánica. Usted también puede hablar. A mi prima le dio una parálisis y aúlla bajo la luna.

—Ya puede irse, señor Jensen.

—Un día de éstos conseguiré oírle hablar con su voz, señor Máquina.

—Haría mejor en irse en seguida, señor Jensen.

LaVon abrió la puerta para marcharse, pero dio media vuelta bruscamente y se acercó al estrado con doce largas zancadas. Ahora sus piernas parecían bien formadas y poderosas, como las patas de un caballo, y sus brazos fuertes y ágiles. Carpenter lo observó y sintió que se apoderaba de él el viejo miedo de siempre. Si Dios había permitido que naciera de esa forma por lo menos podía mantenerle protegido de torturadores.

—¿Qué quiere, señor Jensen?

Pero antes de que el ordenador hubiera acabado de pronunciar sus palabras, LaVon alargó la mano y sujetó a Carpenter por las muñecas, oprimiéndolas con fuerza. Carpenter no intentó resistirse; de haberlo hecho, se habría quedado encogido y enroscado en la silla, como una babosa en una pala caliente. Que el muchacho le viera retorcerse habría sido una humillación excesiva para su orgullo. Sus manos colgaban inertes de los poderosos puños de LaVon.

—Usted ocúpese de sus asuntos —dijo éste—. Sólo lleva aquí dos años y no sabe nada, ¿entendido? No ve nada, no sabe nada, ¿entendido?

O sea que no tenía nada que ver con su trabajo. LaVon había entendido realmente la conferencia sobre la civilización y el mercado negro, y sabía que su propio padre, más que ningún otro en la ciudad, era culpable. Nephi Delos Jensen, mayoral, pez gordo de Reefrock Farms. ¿Ya han arrestado los alguaciles a tu padre? Mejor será que vuelvas a casa y te enteres.

—¿Entendido?

Pero Carpenter no estaba dispuesto a hablar. No sin su ordenador. Ese muchacho nunca oiría el sonido de su voz, ese quejido, ese balido, como de un perro que forzara la lengua intentando articular sonidos humanos. Tú nunca oirás mi voz, muchacho.

—Intente expulsarme por esto, señor Carpenter, y diré que nunca ha sucedido. Diré que usted la tiene tomada conmigo.

Le soltó las manos y salió de la habitación con un andar majestuoso. Sólo entonces las piernas de Carpenter se envararon, levantándole de la silla de tal modo que, de no ser por el ordenador que tenía en el regazo, se habría caído. Los brazos se le tensaron en forma de cruz, se le torció el cuello y la mandíbula se le abrió al máximo. Así reaccionaba su cuerpo cuando sentía miedo y rabia; por eso intentaba

por todos los medios evitar esas emociones. Era más: las evitaba todas. Desapasionado, eso era él. Vivía la vida de la mente, ya que la vida del cuerpo le estaba vedada. Estaba tieso en su silla de ruedas, como la parodia de un crucifijo, odiando su cuerpo y obligándose a creer que estaba esperando tranquilamente calmarse, relajarse. Y lo consiguió, por supuesto. Tan pronto como recuperó el control de sus manos, sacó al ordenador de la modalidad de «habla» y pidió los datos que había solicitado a Zarahemla la mañana anterior: las previsiones de cosecha para tres años y el peso final del trigo y el maíz, de los pepinos y las bayas, de las manzanas y las judías cosechados. Las previsiones para los dos primeros años estaban dentro del dos por ciento del peso total; para el tercer año las previsiones eran más elevadas, y sin embargo la cosecha seguía siendo la misma. Era sospechoso. Y encima estaban los libros de cuentas del obispo. Era una comunidad enferma. Si hasta el obispo se dejaba tentar por esa clase de cosas, eso significaba que la corrupción llegaba hasta el último rincón de la vida del pueblo. Reefrock Farms parecía no diferir en nada de los cien pueblos restantes que había a ese lado de la orilla, pero estaba envenenado. ¿Sabía Kippie que hasta su padre se dedicaba al estraperlo? Si uno no podía confiar ni en el obispo, ¿en quién podía hacerlo?

Las palabras de sus propios pensamientos le supieron amargas en la boca. Envenenada. No están tan enfermos, Carpenter, se dijo. La civilización siempre ha tenido parásitos y, pese a todo, sobrevive. Pero sobrevive porque se los extirpa cada cierto tiempo, se les elimina y se desinfecta el cuerpo. Y sin embargo, erige en héroes a los ladrones y desprecia a quienes los denuncian. Nadie me va a agradecer lo que he hecho. No es amor lo que voy a conseguir. Siento que no es amor. ¿Acaso puedo pretender que no soy más que un cuerpo enfermo y deforme, que se venga de los que son lo suficientemente sanos como para engendrar familias, lo suficientemente sanos como para tratar de conseguir todos los privilegios posibles para ellas?

Tiró hacia sí de la palanca y la silla empezó a rodar. Sorteó los pupitres con habilidad, pero tardó casi un minuto en llegar a la puerta. Soy un caracol. Un gusano que vive en un caparazón de metal. Un caracol de agua que se arrastra por el borde de una pecera, intentando que los excrementos de los peces no le ensucien. Yo soy el aborrecible; ellos, los peces dorados que brillan en el agua espumosa. Ellos son aquéllos cuya muerte se llora. Pero sin mí morirían. Yo soy tan responsable de su belleza como ellos. Más, porque yo trabajo para sustentarla y ellos simplemente... son.

Siempre que trataba de encontrarle una justificación a su vida, llegaba a la misma conclusión. Fue rodando por el pasillo hasta la puerta principal de la escuela. Tenía clara conciencia de que su trabajo en la rotación y coordinación de cultivos había sido la llave que abrió los vastos Campos de Tierra Nueva, aquí, en la parte oriental del desierto de Utah. ¿No habían inventado una medalla civil para él? Aún más, ¿no le habían dado la misma medalla que concedieron a los «jinetes de la libertad» por conseguir traer sin percance las caravanas de inmigrantes hasta las montañas? Yo,

este gusano en su casa-silla de ruedas, era un héroe, eso dijeron. El gobernador Monson le había mirado con unos ojos distantes y compasivos. También él vio al gusano; Carpenter podía ser un héroe, pero no por ello dejaba de ser Carpenter.

Le habían construido una rampa de hormigón para la silla cuando los estudiantes destrozaron por segunda vez la rampa de madera y le obligaron a pedir auxilio a través de la red de conexiones aéreas computerizadas. Se recordaba sentado en el saliente del porche, mirando hacia las cabañas del pueblo. Si es que alguien lo vio, dejó que se quedara confinado allí, porque no acudió a ayudarlo nadie. Pero Carpenter lo comprendió perfectamente. Era miedo a lo extraño, a lo desconocido. No se sentían cómodos cerca del señor Carpenter, con su voz mecánica y su silla eléctrica rodante. Él lo comprendía. Lo comprendía perfectamente; también él era humano, ¿o no? Incluso estaba de acuerdo con ellos. Haz como si no estuviera Carpenter, y a lo mejor se larga.

El helicóptero llegó cuando ya iba rodando por el asfalto de la calle. Aterrizó entre el almacén y la capilla. Bajaron cuatro alguaciles y se dispersaron por toda la ciudad.

Sucedió que Carpenter pasaba por delante de la casa del obispo Anderson cuando el alguacil llamó a la puerta. No esperaba que lo arrestaran mientras él estaba bajando la calle. Su primer impulso fue acelerar para no presenciar la detención. No quería verla. Le gustaba el obispo Anderson. En cualquier caso, se había acostumbrado a él. No le deseaba ningún mal. Si el obispo no hubiera metido las manos en la cosecha, si no hubiera traicionado su confianza, no se habría asustado al oír llamar a la puerta y ver la placa en la mano del alguacil.

Carpenter oyó llorar a la hermana Anderson cuando se llevaron a su marido. ¿Estaría Kippie mirando? ¿Se dio cuenta de que el señor Carpenter pasaba por la calle? Carpenter sabía lo que todo eso suponía para aquella familia. No sólo vergüenza, aunque pasaran mucha. Lo peor sería que perderían a sus padres durante años, y que los hijos tendrían mucho más trabajo. Destrozar una familia era algo terrible, porque el hijo inocente tendría que pagar un precio tan alto como el culpable, su padre, y eso no era justo para ellos, pues no habían hecho nada malo. Pero era una necesidad de fuerza mayor para que la civilización sobreviviera.

Carpenter redujo la velocidad de su silla de ruedas, forzándose a quedarse a escuchar los llantos en la casa del obispo, dejando que lo miraran con odio, si es que sabían que había sido él. Y lo sabrían: él había rehusado explícitamente el anonimato. Si puedo castigarlos en virtud de un imperativo de fuerza mayor, entonces no debo eludir las consecuencias de mis propios actos. Soportaré todo lo que tenga que soportar, como ellos: el dolor, el resentimiento y la rabia de las pocas familias a las que he perjudicado en beneficio de las demás.

Antes de que la silla de Carpenter llegara a casa de éste, el helicóptero había despegado, chisporroteando por encima de su cabeza y desapareciendo entre las primeras nubes. Mañana otra vez lluvia, desde luego. Tres días secos y tres días

húmedos: ése había sido el clima de toda la primavera. La lluvia empezaría a caer rabiosamente por la noche. Cuatro horas hasta que oscureciera. Quizá la lluvia no empezara a caer hasta entonces.

Levantó la vista del libro. Había oído pasos fuera de la casa. Y cuchicheos. Fue rodando hasta la ventana y miró al exterior. El cielo estaba más oscuro. El ordenador marcaba las cuatro treinta. Se estaba levantando viento. Pero los ruidos que había oído no eran del viento. Cuando los alguaciles llegaron eran las tres treinta. Ahora eran las cuatro treinta, y se oían pasos y cuchicheos fuera de la casa. Sintió que se le envaraban los brazos y las piernas. Tranquilo, se dijo: No hay nada que temer. Tranquilo, quieto. Sí. Se relajó. El corazón le latía con fuerza, pero el ritmo se iba haciendo más lento.

La puerta se abrió estrepitosamente. Al punto se quedó rígido. Ni siquiera pudo llegar con las manos a las palancas para darse la vuelta y ver quién era. Se quedó en su silla, inútil, mientras las fuertes pisadas se aproximaban.

—Ahí está.

Era la voz de Kippie.

Una manos le agarraron por los brazos, tirando de él; la silla osciló hacia un lado. No podía relajarse.

—Hijo de puta. Está tieso como una estatua.

Era la voz de Pope.

—Vete de aquí muchachito, dijo Carpenter, te estás metiendo en algo demasiado peligroso para ti. Pero, naturalmente, ellos no le oyeron puesto que no podía llegar con los dedos al teclado, donde guardaba su voz.

—Quizá sea esto lo que hace cuando no está en la escuela. Se sienta aquí y hace de estatua frente a la ventana —se rió Pope.

—Está tieso de miedo, eso es lo que le pasa.

—Sacadlo, rápido —la voz de LaVon tenía autoridad.

Intentaron levantarlo de la silla pero tenía el cuerpo demasiado rígido; al tirar le hacían daño, le apretujaban los muslos contra el ordenador y le retorcían cruelmente los brazos.

—Sacadlo con la silla —dijo LaVon.

Cogieron la silla y lo empujaron hacia la puerta. Los brazos se le atascaron en el marco.

—Es como si estuviera muerto o algo parecido —dijo Kippie—. No suelta prenda.

Él les gritaba, pero lo hacía mentalmente. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Os tomáis una especie de venganza? ¿Creéis que castigarme os devolverá a vuestros padres, idiotas?

Sacaron la silla y la metieron en la furgoneta que tenían aparcada enfrente. La furgoneta del obispo; Kippie no tendría demasiado tiempo para utilizarla. ¿Cuánto grano robado habrían transportado con ella?

—Con la silla podrá volver —dijo Kippie.

—Vuélcalo —propuso LaVon.

Carpenter sintió que la silla salía volando; por suerte aterrizó de tal manera que no le cayó contra el brazo izquierdo. De haber sido así se le habría roto. Tal y como fueron las cosas, el impacto contra el suelo le dobló violentamente el brazo pese a la firmeza de sus músculos, tensados por el espasmo y sintió que algo se desgarraba. De la garganta le salió un sonido extraño, a pesar de sus esfuerzos por soportarlo todo en silencio.

—¿Habéis oído eso? —dijo Pope—. Tiene voz.

—Pero no por mucho tiempo —observó LaVon.

Sólo entonces advirtió Carpenter que no sólo tenía que temer al dolor. Ahora, una hora después de que sus padres hubieran sido detenidos, mucho antes de que el tiempo aplacara su ira, el asesinato ya latía en sus corazones. En la ciudad la carretera era llana pero pronto se hizo desigual y accidentada. Por ello supo Carpenter que se estaban dirigiendo hacia el margen. Sentía contra su cara el metal frío del suelo estriado de la furgoneta; los dolorosos latidos de su brazo se estaban estabilizando. Relájate, tranquilízate, cálmate, se dijo. ¿Cuántas veces en tu vida has deseado morir? La muerte no significaba nada para ti, idiota —eso lo decidiste hace años—, la muerte no supondrá más que liberación de este cadáver. Por lo tanto, ¿de qué tienes miedo? Tranquilízate, cálmate. Por fin logró doblar los brazos, y las piernas se le relajaron.

—Se está ablandando de nuevo —anunció Pope.

En el asiento delantero de la furgoneta, Kippie se rió a carcajadas.

—Pequeño pero retorcido. El señor Chinche. Nosotros siempre te llamamos así, ¿me oyes Chinche? Siempre has sido dos personas. El señor Máquina y el señor Chinche. El señor Máquina era perverso, duro e inteligente, pero el señor Chinche era débil, viscoso y regordete, con las patas colgantes. Nos entraban ganas de vomitar sólo con mirar al señor Chinche.

De pequeño me torturaron auténticos maestros del oficio, Pope Griffith. Tú sólo eres un patético reflejo de su talento. Las palabras de Carpenter fueron inaudibles hasta que sus manos encontraron las teclas. Desde la caída tenía la mano izquierda demasiado débil para utilizarla, así que codificó las palabras torpemente, sólo con la mano derecha.

—Si yo desaparezco el día del arresto de su padre, señor Griffith, ¿no le parece que sospecharán quién me ha secuestrado?

—¡Que no toque las teclas! —gritó LaVon—, No le dejéis tocar la computadora.

En cuanto se salieron de la calzada, la furgoneta dio un bandazo y un bote tremendo. Ahora iban rebotando por un camino mal acabado y lleno de baches. La cabeza de Carpenter rebotaba contra el suelo metálico una y otra vez. El dolor que esto le producía hizo que se pusiera rígido; afortunadamente, los espasmos le torcían la cabeza hacia la derecha, de modo que su misma rigidez impidió que tanto golpe lo

dejara inconsciente.

Pronto cesó el traqueteo. El motor se apagó. Carpenter oía susurrar el viento sobre el vasto desierto. Habían dejado atrás los campos y los huertos, habían rebasado los pastizales del margen. Las puertas de la furgoneta se abrieron. Aparecieron LaVon y Kippie y lo sacaron afuera, con silla y todo. Arrastraron la silla hasta el borde de una poza. Todavía estaba seca.

—Tiradle ahí abajo —dijo Kippie—. Rompedle su cue llecito espástico.

Carpenter no había sospechado que la llama de la ira pudiera avivarse tanto en aquellos lánguidos y burlones muchachos.

Pero LaVon no parecía arder. Permanecía sereno y frío como la nieve.

—No quiero matarlo todavía. Primero quiero oírle hablar.

Carpenter alargó la mano para cifrar una respuesta. LaVon se la retiró de un manotazo, agarró el ordenador, puso un pie sobre la silla de ruedas y lo arrancó del soporte. Lo lanzó a la hondonada y se estrelló en el lado opuesto. Luego cayó rodando a la poza. Probablemente, no se habría deteriorado, pero no era el ordenador lo que preocupaba ahora a Carpenter. Hasta ese momento había conseguido aferrarse a la esperanza de que sólo tenían intención de asustarle. Pero si LaVon aún tenía algo de civilizado, resultaba increíble que tratara así a su precioso equipo electrónico.

—Con su voz, señor Carpenter. No con la máquina, con su propia voz.

Usted no lo verá, señor Jensen. No pienso humillarme ante usted.

—Venga —dijo Pope—. Acordaos de lo que hemos hablado. Lo tiramos a la poza y que se quede allí.

—Lo mandaremos por la vía rápida —dijo Kippie.

Empujó la silla y la dejó balanceándose sobre el borde.

—¡Lo vamos a bajar! —gritó Pope—. ¡No a matarlo! ¡Lo habéis prometido!

—Ni que hubiera tanta diferencia —dijo Kippie—. Tan pronto como llueva en las montañas, este mamón se llenará de agua y se dará el baño de su vida.

—No lo vamos a matar —insistió Pope.

—Venga —dijo LaVon—. Déjalo caer.

Carpenter estaba concentrado en no ponerse rígido cuando empezaron a llevar la silla cuesta abajo. Las paredes de la poza no eran demasiado altas, pero sí lo suficientemente escarpadas como para que la bajada no fuera fácil. Intentaba pensar en problemas de matemáticas para que no le entrara pánico, y no darles un segundo espectáculo de ataque espástico. La silla se quedó en el fondo de la poza.

—¿Te crees que puedes decidir quién es bueno y quién es malo, no? —dijo LaVon—. ¿Crees que puedes decidir desde tu pequeño trono qué padre tiene que ir a la cárcel, no es eso?

Las manos de Carpenter descansaban sobre el soporte retorcido que servía para sujetar el ordenador. Sin aquella voz ácida y aterradora con que hacerles entrar en razón a palos, se sentía desnudo, indefenso. LaVon hacía bien en privarle de su voz. Sabía lo que Carpenter podía hacer con las palabras.

—Todos lo hacen —dijo Kippie—. Tú eres el único que no roba de la cosecha, pero sólo porque no puedes.

—Es fácil ser honrado cuando no se tiene forma de conseguir nada bajo cuerda —dijo Pope.

Nada es fácil, señor Griffith. Ni siquiera la honradez.

—¡Mi padre es bueno! —gritó Kippie—. ¡Es el obispo, por el amor de Dios! ¡Y lo has metido en la cárcel!

—Si es que no lo han fusilado —dijo Pope.

—Ya no fusilan a los estraperlistas —intervino LaVon—, Eso era en los viejos tiempos.

Los viejos tiempos. Tan sólo hacía cinco años. Pero éstos eran los viejos tiempos para estos chicos. Los niños son inocentes a los ojos de Dios, tuvo que recordarse Carpenter. Intentaba creer que estos muchachos no sabían lo que estaban haciendo con él.

Kippie y Pope empezaron a remontar la cuesta de la poza.

—Venga —dijo Pope—. Vamos, LaVon.

—Un minuto, —replicó éste.

Se acercó a Carpenter y se puso a hablarle con suavidad y firmeza, echándole el aliento caliente y hediondo a la cara, rociándosela con pequeñas motas de saliva.

—Ruégame —dijo—. Sólo quiero que abras la boca y me lo supliques, hombrecito, y te llevaré otra vez a la furgoneta. Ellos te perdonarán la vida si yo se lo pido, y tú lo sabes.

Lo sabía. Pero también sabía que LaVon no se lo pediría.

—Suplíqueme, señor Carpenter. Pídame que le deje vivir y vivirá. Mire, hasta le devolveré su maquineta de hablar.

—Recogió el ordenador y lo lanzó fuera de la poza. Pasó rozando la cabeza de Kippie en el momento en que éste salía de la hondonada.

—¿Qué coño haces, me quieres matar?

LaVon volvió a susurrarle algo al oído.

—¿Sabes cuántas veces me has humillado tú? Y ahora me voy a pasar toda la vida marcado; gracias a ti, mi padre se ha convertido en un presidiario; tengo hermanos y hermanas pequeños... Aunque a mí me odies, ¿qué tienes contra ellos, dime?

Una gota de lluvia salpicó la cara de Carpenter. Cayeron más.

—¿Lo has notado? —dijo LaVon—. Cuando llueve, el agua de las montañas siempre inunda esta poza. Humíllate ante mí, Carpenter, y te prometo que te sacaré de aquí.

Carpenter no se sentía especialmente valiente, por mucho que mantuviera la boca cerrada. Si hubiera creído que LaVon iba a mantener su promesa de verdad, se habría tragado el orgullo y habría empezado a implorarle. Pero LaVon estaba mintiendo. A estas alturas, ya no podía permitirse el lujo de salvarle la vida a Carpenter, aunque

quisiera. Las cosas habían llegado demasiado lejos y las consecuencias serían demasiado desastrosas. Carpenter tenía que morir ahogado accidentalmente, sin testigos, como el desgraciado que era, como el héroe que era. Nadie conocía mejor que él a los tres chicos que lo habían llevado al lugar donde había de morir.

Si le suplicaba y gimoteaba con su voz perruna, gatuna, su voz monstruosa y bestial, LaVon le sonreiría triunfalmente y le llamaría mamón en voz baja. Carpenter conocía al muchacho demasiado bien. Mañana le remordería la conciencia, naturalmente, pero ahora no iba a ablandarse. Solamente quería que su triunfo fuera completo y por eso simulaba concederle una última oportunidad. Quería verlo retorcerse como un gusano, oírle gimotear como un podenco antes de morir. Por esa razón, el silencio de Carpenter era su victoria. Que me recuerde en sus pesadillas de culpable, que recuerde que tuvo el valor de no echarme a lloriquear.

LaVon le escupió y el salivazo le dio en el pecho.

—Ni siquiera le he dado en su fea carita de gusano —dijo.

Luego le dio un empujón a la silla y trepó por la ladera de la poza.

Por un momento la silla se mantuvo en equilibrio, pero en seguida volcó. Esa vez Carpenter cayó relajado. Salió a rastras de debajo de la silla sin nuevas heridas. Tenía la espalda contra la ladera de la poza por la que habían trepado los chavales, y no podía ver si le estaban espiando o no. Así que se quedó inmóvil con una pequeña contracción del brazo izquierdo, el que tenía herido. Al cabo de un rato la furgoneta se alejó.

Sólo entonces empezó a alargar los brazos y a dar zarpazos sobre la arena de la hondonada. Las piernas le resultaban completamente inútiles, las llevaba a rastras, pero sin silla no estaba totalmente indefenso. Controlaba los brazos y, extendiéndolos e izando después el cuerpo sobre los codos, podría avanzar un buen trecho. ¿Cómo se imaginaban que se metía en la cama o en el baño? ¿No le habían visto usar las manos y los brazos? Claro que sí, pero suponían que por el hecho de tener los brazos débiles habían de serle inútiles.

Consiguió llegar a la pared de la hondonada y se dio cuenta de que eran inútiles. En cuanto había montículo que salvar, el brazo izquierdo le hacía ver las estrellas.

Y la cuesta era muy escarpada. Si no lograba agarrar una artemisa o el brote de un árbol, no tendría la menor esperanza de salir de allí.

Un rayo centelleó a lo lejos. Oyó su trueno. La lluvia era un constante plic, plic, plic sobre la arena, un imperceptible repiqueteo sobre las escasas hojas que había en la poza. En las montañas ya debía de estar lloviendo a raudales. Pronto llegaría el agua hasta la poza.

Se izó un metro más, a pesar del dolor. La arena le arañaba los codos cada vez que los clavaba para auparse un poco más. La lluvia era ahora constante y las gotas más grandes, pero todavía no era un aguacero. Un mísero consuelo para Carpenter. El agua empezaba a caer por las paredes de la hondonada, formando charcos en su cauce.

Se imaginó con amargura diciéndole a Dean Wintz: «Bien pensado, no quiero ir a dar clases de sexto grado. Prefiero enseñar a los que dejan las tareas agrícolas. A los pocos que quieren seguir estudiando después de sexto grado, los que quieren una educación universitaria. Los que aprecian los libros, los números y las lenguas. Los que comprenden qué es civilización y quieren mantenerla viva. Quiero chicos con ganas de aprender en vez de estos pobres rebañatierras que sólo van a la escuela porque la ley les obliga, antes de que cumplan quince años, a pasar seis como cautivos en la prisión de la enseñanza».

¿Por qué salen los valentones a buscar viejos emplazamientos de misiles y arriesgan sus vidas desmontándolos? Para preservar la civilización. ¿Por qué los jinetes de la libertad abandonan la comodidad de sus hogares y se van a conducir a los refugiados desamparados y asustados al abrigo de las montañas? Para preservar la civilización.

¿Y por qué había delatado Timothy Carpenter a los estraperlistas que desenmascaró en Reefrock Farms? ¿Fue, realmente, para preservar la civilización?

Sí, se dijo con energía.

El agua corría ahora por el fondo de la poza. Tenía los pies cerca de la corriente. Se izó dolorosamente un metro más. Tenía que mantener el cuerpo bien pegado a la pared de la poza para que no le arrastrara el río que se estaba formando.

Descubrió que, pataleando a su manera espasmódica e incontrolable, podía hundir la punta de los zapatos en la arena para aliviar un poco la fuerza que hacía con los brazos, aunque sólo fuera por un segundo.

No, se dijo. No era sólo por preservar la civilización. Era por las actitudes arrogantes de sus hijos, por su altanería, la altanería del niño que se siente protegido. Ellos sí que tenían para dar y tomar, mientras que los infelices que los rodeaban andaban angustiados pensando si habría bastante comida para pasar el invierno, si su madre tendría lo bastante para que no le faltara nada al niño que estaba criando, y si los zapatos les durarían otro verano. Los ladrones podían pagarse el billete de tren hasta la distante Price, o incluso hasta Zarahemla, la resplandeciente ciudad que había a orillas del mar Mormón, mientras que los hijos de los hombres honrados nunca verían otra cosa que no fuera el polvo, la arena y las rojas montañas del margen.

Carpenter los odiaba por eso, por todas las diferencias que había en el mundo, por los chicos que tenían piernas y no iban a ningún lugar importante, por los que tenían voz y la usaban para decir estupideces, los que tenían dedos diestros y rápidos y los empleaban para asustar y abusar de los débiles. Los odiaba por todas las desigualdades del mundo y quería que pagaran por ello. No podían ir a la cárcel por tener brazos, piernas y lenguas obedientes, pero se les podía condenar por robar la cosecha duramente ganada por los hombres y mujeres que les otorgaban su confianza. Cualesquiera que fueran los verdaderos motivos de Carpenter, ésa era una razón lo bastante poderosa para considerar su acto como de justicia.

El nivel del agua crecía ahora varios centímetros por minuto. La corriente le

tiraba de los pies. Desclavó los codos para ganar un nuevo trecho, para elevarse un poco más por la pared, pero al estirar los brazos resbaló y la corriente tiró de él con mayor fuerza. Le costó un esfuerzo ímprobo regresar al punto de partida. Le ardía el brazo izquierdo, tenía los músculos desgarrados. Pero por lo menos seguía con vida, ¿no? El codo izquierdo le sostenía mientras extendía el brazo derecho y escalaba más alto todavía, y luego otra vez, ganando un poco de altura con cada impulso. Trató de utilizar también los dedos para aferrarse a la tierra, a una rama, a una piedra, pero no consiguió abrir los puños cerrados que aporreaban la arena en vano.

¿Soy vengativo, cruel, rencoroso? A lo mejor. Pero, cualquiera que fuera el motivo que me impulsara a hacerlo, ellos eran unos ladrones y no tenían derecho a seguir entre las personas a las que habían traicionado. Para los hijos era duro, cruel, hacer que las autoridades arrancaran a sus padres del hogar. Pero ¿no sería mucho peor que los padres se quedaran en casa, y que los hijos aprendieran que la confianza es cosa de estúpidos y el honor cosa de débiles? ¿Qué clase de sociedad sería la nuestra si los chicos supieran leer y escribir, pero no fueran capaces de aguantarle el plato a nadie sin robarle comida?

El agua le llegaba a la cintura. La corriente le hacía oscilar ligeramente, empujándole corriente abajo. Ahora las piernas flotaban por detrás de él y el agua caía por la ladera, ablandando la tierra en la que tenía clavados los codos. De manera que los chicos, furiosos, querían verle muerto. Moriría por una buena causa, ¿no?

Al ver que el nivel del agua crecía, que la corriente se hacía más fuerte, decidió que el martirio no era tan bueno como lo pintan. Bien mirado, tampoco la vida era algo a lo que renunciar a la ligera por unos cuantos inconvenientes. Se las arregló para trepar unos cuantos centímetros más, pero topó con un saliente de tierra que le cerraba el paso. Alguien con manos las habría alargado y se habría agarrado a la artemisa que había encima de él.

Apretó los dientes con fuerza y levantó el brazo por encima del saliente de barro. Intentó escarbar un punto de apoyo para el antebrazo, pero la tierra estaba resbaladiza. Al intentar cargar algo de peso sobre el brazo, se deslizó de nuevo.

Ahí estaba, ahí estaba su muerte, lo sentía, y en un repentino ataque de miedo el cuerpo se le envaró. Casi en seguida, los pies se engancharon en el lecho rocoso del río y evitaron que siguiera resbalando. Aunque espásticas, las piernas le servían para algo. Dio manotazos por encima de él, con el brazo derecho, arañándose el puño con el tallo de la artemisa al intentar abrir su mano agarrotada.

Y después de tanto esfuerzo desesperado, lo consiguió.

Todos los dedos de la mano, excepto el meñique, se abrieron lo bastante como para agarrar el tallo. Ahora, el agarrotamiento le servía de ayuda. Usaba su brazo izquierdo sin contemplaciones, haciendo caso omiso del dolor, aupándose un poco más sobre el saliente; todavía tenía los pies en el agua, pero la cintura ya no, y la corriente no ejercía tanta fuerza sobre él.

Era una victoria, pero ¡vaya victoria! El agua ni siquiera tenía todavía un metro de

profundidad, la corriente no era aún lo bastante fuerte como para arrastrar su silla de ruedas, pero era suficiente para matarle si no hubiera llegado tan arriba. Con todo, ¿en qué consistía su victoria? En tormentas como ésta, el agua suele llegar hasta el borde; cuando el agua empezara a bajar llevaría una hora muerto.

Oyó, a lo lejos, un vehículo que se acercaba por la carretera. ¿Habían regresado para verlo morir? No podían ser tan estúpidos. ¿A qué distancia estaba esta poza de la carretera? No muy lejos..., después de desviarse de ella habían andado poco trecho de mal camino hasta llegar aquí. Pero eso no significaba nada. Nadie lo vería, ni siquiera el ordenador que estaba tirado entre las plantas rodadoras y la arenisca, en la ladera de enfrente.

Podían oírle. Era posible. Si llevaban las ventanillas abiertas..., ¿en plena tormenta? Si su motor era silencioso... y al mismo tiempo lo bastante ruidoso para saber cuándo los tenía encima. Imposible, imposible. Además, podían ser otra vez los muchachos, que venían a ver si le oían chillar y llorar por su vida; no voy a gritar ahora, después de tantos años de silencio...

Pero sus ansias de vivir, descubrió, eran más fuertes que la vergüenza; la voz le salió espontáneamente de la garganta. Los labios y la lengua y los dientes, que en la infancia habían repetido industriosamente palabras que sólo su familia podía entender, ahora volvieron a construir una palabra: «¡Socorro!». Era una palabra difícil, pues no lograba abrir la boca y, además, estaba demasiado tenso para oír algo. Así que simplemente ladró, sin proferir más que el terrible sonido de su voz.

El vehículo se detuvo con una sacudida y un chirrido largo y ruidoso. El motor se apagó. Carpenter ladró de nuevo. Las puertas del coche se cerraron de golpe.

—Te digo que hay un perro en alguna parte, el perrito de alguien...

Carpenter volvió a ladrar.

—Perro o no, ¿está vivo, no?

Recorrieron el borde de la hondonada y uno de ellos lo descubrió.

—¡Un crío!

—¿Qué estará haciendo ahí abajo?

—¡Vamos, niño, no me digas que no puedes trepar por aquí!

He estado a punto de matarme trepando hasta aquí, idiotas, si pudiera trepar, ¿no os parece que lo habría hecho? ¡Socorro!, gritó de nuevo.

—No es un niño. Tiene barba...

—¡Vamos, sujétate, ya bajamos!

—Hay una silla de ruedas en el agua...

—Debe de ser un tullido.

Eran varias voces, algunas de mujer, pero fueron dos hombres fuertes los que lo agarraron, chapoteando con los pies en el agua. Lo cogieron por debajo de los brazos y lo subieron hasta el borde.

—¿Puede levantarse? ¿Se encuentra bien? ¿Puede levantarse?

Carpenter hizo un gran esfuerzo para arrancarse la palabra «no».

La mujer más vieja tomó las riendas.

—Tiene una parálisis, cualquier idiota se puede dar cuenta. Baja a por su silla de ruedas, Tom, no tiene sentido hacer que espere a que le den otra. ¡Venga, baja! No es tan peligroso, todavía no ha llegado la crecida.

Su voz era vigorosa y clara, su pronunciación perfecta, casi extranjera de tan precisa. Ella y la mujer joven lo llevaron al camión. Era un camión viejo y grande, de plataforma, de los viejos tiempos, y en la parte de atrás había una pila cubierta de lonas con una forma extraña. En las lonas Carpenter leyó las palabras «Prodigiosa Compañía de Sweetwater»; gentes de la farándula, que se apresuraban a llegar a la ciudad huyendo de la lluvia, y que habían oído su llamada como por milagro.

—Pobres brazos —dijo la mujer joven, quitándole la grava y la arena que le habían despellejado los codos—, ¿Ha trepado tanto, sólo con sus brazos?

Los jóvenes salieron de la hondonada enfangados y maldiciendo, pero traían la silla de ruedas. La ataron rápidamente a la parte trasera del camión; uno de ellos había encontrado el ordenador y lo metió en la cabina. Era a prueba de golpes y, para alivio de Carpenter, todavía funcionaba.

—Gracias —dijo su voz mecánica.

—Les dije que había oído algo y ellos me contestaban que estaba loca —dijo la vieja—. ¿Vive usted en Reefrock?

—Sí —contestó su voz.

—Es asombroso lo que pueden hacer estas máquinas; ni con tanta lluvia se ha estropeado —dijo la mujer—. Bueno, ha estado cerca de la muerte, pero ya está a salvo y es cuanto se puede pedir. Lo llevaremos al médico.

—Sólo quiero que me lleven a casa. Por favor.

Eso hicieron, pero insistieron en ayudarle a lavarse y en prepararle la cena. Cuando acabaron, caía una cortina de agua.

—Lo único que tengo es suelo —dijo—, pero pueden quedarse.

—Mejor que intentar plantar las tiendas de campaña con la lluvia que está cayendo.

De manera que se quedaron.

Aunque estuviera exhausto, a Carpenter le dolían demasiado los brazos para poder dormir. Se quedó despierto pensando en la corriente que lo arrastró, imaginando qué le habría podido ocurrir, hasta dónde habría llegado corriente abajo antes de ahogarse, dónde habría acabado su cuerpo. Enganchado en un tronco quizás, o bien columpiándose de una rama o una roca cuando bajara el nivel del agua. La corriente habría dejado su reblandecido cuerpo tirado, secándose al sol. Muy lejos, en algún lugar del desierto quizás. O tal vez lo habría llevado por

la ruta que conducía al Colorado, revoleándolo por los rápidos, haciéndole pasar por los cañones, llevándole más allá de las ruinas de los antiguos embalses para acabar en el Golfo de California. Pasaría por el territorio navajo y el protectorado hopi, y por las zonas que los chihuahuas reivindican, amenazando incluso con

ponerse en pie de guerra. Habría visto más mundo que en toda su vida.

Esta noche he visto más mundo, pensó, del que nunca hubiera imaginado. He visto la muerte y he visto cuánto la temía.

Y se analizó, preguntándose cuánto habría cambiado.

Cuando por fin despertó, ya avanzada la mañana, los comediantes se habían marchado. Claro, tenían una actuación y debían representar una especie de pasacalles para que la gente se enterara. Las clases hoy acabarían antes, para que se pudiera representar el espectáculo sin gastar demasiada luz. Esa tarde la escuela estaría cerrada. Pero ¿y las clases de la mañana? Debían de haberse extrañado al ver que no aparecía; le habrían llamado y, al no contestar el teléfono, habrían ido a buscarlo. Quizá los comediantes estuvieron todavía en casa cuando llegaron. En el colegio habría corrido la voz de que todavía estaba vivo.

Trató de imaginarse a LaVon y a Kippie y a Pope cuando oyeran que el señor Máquina, el señor Chinche, el señor Carpenter seguía vivo. Les entraría miedo, naturalmente. Quizá lo hubieran confesado todo. No, eso no. LaVon los tendría callados. Estaría pensando en cómo salir del atolladero. Quizás incluso trazando un plan de huida, aunque les sería muy difícil encontrar un lugar adonde ir que no estuviera bajo la jurisdicción de Utah.

Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Planeando cómo pueden escapar mis enemigos de su merecido castigo? Debería llamar otra vez a los alguaciles y contarles lo que ha ocurrido, si es que nadie los ha llamado todavía.

Su silla de ruedas le esperaba al lado de la cama. Los comediantes le habían quitado todo el barro y se la habían dejado flamante. Hasta la enderezaron los soportes del ordenador y lo montaron; era una chapuza, pero bastaba. ¿Funcionaría el motor después de haber estado bajo el agua? Vio que hasta le habían cambiado la batería y le habían dejado la vieja al lado. Eran buena gente. Nada que ver con lo que cuentan las historias de gitanos comediantes. Aunque ninguna ley natural dice que quienes ayudan a los tullidos no vayan a seducir a todas las jóvenes del pueblo...

Le dolían los brazos y tenía el izquierdo débil y trémulo, pero se las arregló para sentarse en la silla. El dolor le trasladó al día anterior. Hoy estoy vivo, y sin embargo, hoy parece exactamente igual a la semana pasada, en la que también estaba vivo. Haber estado al borde de la muerte no era suficiente; la única transformación es morir.

Comió, pues ya casi era mediodía. Eldon Finch fue a verle con el comisario.

—Soy el nuevo obispo —dijo Eldon.

—Veo que no has perdido el tiempo —dijo Carpenter.

—Has de saber, hermano Carpenter, que hoy los ánimos están agitados. Ayer también, desde luego, especialmente por los ángeles vengadores que bajaron del cielo a arrestar a personas en las que todos confiábamos. Hay quienes dicen que no deberías haber hablado, quienes dicen que has hecho bien, y quienes no dicen nada porque tienen miedo de que se diga algo de ellos. Malos tiempos, malos tiempos

éstos en que la gente roba a sus vecinos.

El comisario Budd tomó finalmente la palabra.

—Tan malos que merecen no ser recordados.

El obispo asintió.

—Seguro que sabes a qué hemos venido el comisario y yo; venimos a averiguar quién lo hizo.

—¿Hizo qué?

—Arrojarte a la poza. No me irás a decir que saliste tú solo, con la silla de ruedas, del margen. ¿Qué, corrías tan deprisa que perdiste el control y volcaste? Desahógate, hermano Carpenter, confía en mí.

El obispo y el comisario se echaron a reír. Qué divertido.

Ahora es el momento, pensó Carpenter, de citar los nombres. Mis motivos son claros: debe hacerse justicia. Ellos te han hecho pasar por el peor infierno de tu vida, te han hecho gritar pidiendo socorro, te han hecho probar el sabor de la muerte. Ahora te toca desquitarte.

Pero no tecleó sus nombres en el ordenador. Pensó en la madre de Kippie llorando en la puerta. Cuando cesaran los llantos, todavía quedarían muchos años. Mucho tiempo hasta que pudieran sacarle partido a la tierra. Kippie terminaría con la escuela; nunca volvería a levantar cabeza, nunca saldría de la prisión. La responsabilidad de los adultos recaía ahora sobre esos muchachos, que eran demasiado jóvenes. ¿Podrían sus familias soportar aún más penalidades, cuando una nueva generación se les fuera a la cárcel? Carpenter no tenía nada que ganar y muchos inocentes tenían demasiado que perder.

—Hermano Carpenter —dijo el comisario Budd—. ¿Quién fue?

Tecleó su respuesta.

—No pude verlos.

—Pero ¿no reconoció sus voces?

—No.

El obispo lo miró fijamente.

—Han intentado matarlo, hermano Carpenter. No es cosa de broma. Si esa gente de la farándula no hubiera pasado por allí, habría muerto. Tengo mis propias ideas sobre quién fue; basta con comprobar quién tenía ayer una razón para odiarlo hasta el punto de querer matarlo.

—Como usted mismo ha dicho, mucha gente piensa que un forastero como yo no debería meter las narices en los asuntos de Reefrock.

El obispo lo miró con el ceño fruncido.

—¿Le asusta que lo vuelvan a intentar?

—No.

—No puedo hacer nada —dijo el comisario—. Creo que es un maldito idiota, hermano Carpenter, pero si ni siquiera a usted le importa yo no puedo hacer nada.

—Gracias por venir.

No fue a la iglesia el domingo. Pero el lunes volvió a la escuela a la misma hora de siempre. Y allí estaban LaVon, Kippie y Pope, sentados en sus asientos. Pero no como siempre. Se habían acabado las chanzas. Cuando les preguntaba, contestaban si podían, y si no podían no contestaban. Cuando los miraba apartaban la vista.

No sabía si era vergüenza o miedo de que algún día los delatara, pero no le importaba. Estaban marcados. Algún día se casarían, se irían a nuevas tierras, por detrás de ese margen en continua progresión, tendrían hijos, trabajarían hasta que sus cuerpos quedaran exhaustos y entonces se dejarían caer en la tumba. Pero recordarían que un día abandonaron a un tullido a la muerte. No tenía ni idea de lo que eso podía significar para ellos. Pero lo recordarían.

A las pocas semanas LaVon y Kippie se fueron de la escuela; sin padres, había demasiado trabajo en el campo y la escuela era un lujo que sus familias no se podían permitir. Pope tenía un hermano mayor en casa, así que pudo acabar el curso.

Una vez estuvo a punto de hablarle. Era un día ventoso; la arena repiqueteaba contra la ventana de la clase. La tempestad que venía del sur parecía ser de las desagradables. Cuando acabó la clase, la mayoría de los chicos, protegiéndose la cabeza en los abrigos, salieron corriendo a la calle, apresurándose para llegar a casa antes de que comenzara el aguacero. Sin embargo, algunos se quedaron para hablar con Carpenter sobre esto y aquello. Cuando se fue el último, Carpenter vio que Pope todavía estaba allí, haciendo garabatos con el lápiz sobre una hoja de papel. Miró a Carpenter, dejó el lápiz, recogió los libros y echó a andar hacia la salida. Se detuvo un momento con la mano en el pomo de la puerta. Carpenter esperaba que dijera algo, pero lo único que hizo el muchacho fue abrir la puerta y salir.

Carpenter fue rodando hasta la puerta y miró cómo se alejaba. El viento le hinchaba la chaqueta. Como una cometa, pensó, lo está levantando.

Pero no era verdad. El muchacho ni se elevó ni echó a volar. Y ahora Carpenter vio en el viento una corriente que fluía por la calle, arrastrando a Pope a su paso. A todos los cuerpos del mundo atrapados en esa misma corriente, ese mismo viento, flotando por los mismos ríos, las mismas calles, y finalmente encontrando reposo en algún tronco, en alguna sepultura. Sólo Dios sabe dónde o por qué.

ROBERT SILVERBERG:

«Rumbo a Bizancio»

Premio Nebula 1985

Robert Silverberg recibió en 1969 su primer Premio Nebula por el cuento corto «Pasajeros» (en Lo mejor de Silverberg). En 1971 ganó otros dos Nebula, esta vez por su cuento corto «Buenas noticias del Vaticano» (en Lo mejor de Silverberg), y por su novela Tiempo de cambios. En 1974 volvió a conseguir este premio con su novela corta «Nacido con los muertos» (en Viajeros del tiempo), con el premio de este año se ha convertido en el único autor que ha ganado el Nebula cinco veces. Entre sus muchas novelas cabe destacar Muero por dentro, El castillo de Lord Valentine, Gilgamesh the King y Tom O'Bedlam. Star of Gypsies es su novela más reciente.

Sobre su viaje a Bizancio escribe:

«En total me he pasado por lo menos cuatro o cinco años de mi vida como turista. Dos semanas aquí y tres semanas allá suman al final un buen montón de tiempo. Mis viajes me han llevado a Estambul y Jerusalén, a Roma y París, a Sidney, Melbourne y Adelaida, a Nairobi, Túnez y Marrakesh. La primera vez que comí lenguado de Dover fue en el aeropuerto de Niza; la primera vez que vi televisión en color fue en un motel de Evansville, Indiana. En definitiva, he recorrido una buena porción del planeta, y pongo todo mi empeño en terminar de recorrer la que me falta. Siempre como turista, desde luego, como si fuera un visitante que se deja caer desde un algún mundo lejano, curioso y bien dispuesto a deambular y ver todas las catedrales, museos y mercados. Nunca he pretendido creer, ni hacer creer a nadie que podría llegar a ser alguna vez residente habitual de los lugares que visito.

»Mis viajes conforman en gran medida mis narraciones, de lo contrario, éstas se hubieran quedado en mera diversión sin sentido. Mis personajes se desplazan de un lugar a otro, unas veces por propia voluntad y otras algo forzados a ello, lo que les da un conocimiento práctico de las complejidades de hoteles y aeropuertos. Y cuando describo alguna remota ciudad de este mundo, o incluso de otro, lo hago con un sentido del detalle que proviene de haber visto de cerca tantos lugares exóticos.

»La idea para “Rumbo a Bizancio” surgió precisamente de todo este viajar. ¿Qué pasaría si existiera toda una sociedad, todo un mundo, que viviera en permanente estado de turismo? ¿Qué pasaría si nadie tuviera un hogar de ver-dad, si todo el mundo viajara de un lugar a otro, por un circuito interminable alrededor del mundo? ¿Y qué pasaría si ninguno de estos lugares fuera real, sino únicamente maquetas elegantes pero efímeras de glorías pasadas? Me vi escribiendo: Aquel año las cinco ciudades eran Chang-an, Asgard, Nueva Chicago, Timbuctú y Alejandría”, y el resto empezó a adquirir forma.

»Cbang-an ya no existe, Nueva Chicago todavía no existe, Asgard nunca existió. Timbuctú y Alejandría son reales, aunque su apariencia actual no es tan espectacular como las copias que se describen en la historia. Dudo mucho de que viva para ver Nueva Chicago, y no confío en visitar Asgard. Pero los mapas están desplegados y el

lugar para este año está pendiente de elección: ¿Atenas? ¿Lisboa? ¿Senegal? ¿Malí? El planeta es tan grande y el tiempo tan corto... »

Se levantó al amanecer y salió a la terraza para echar la primera ojeada a Alejandría, la única ciudad que le quedaba por ver. Aquel año las cinco ciudades eran Changan, Asgard, Nueva Chicago, Timbuctú y Alejandría, la habitual mezcla de eras, culturas y realidades. Gioia y él habían llegado tarde la noche antes, bastante después de la puesta de sol, y, tras el largo vuelo desde Asgard, allá en el lejano norte, se habían ido directamente a dormir. Ahora, a la luz de la mañana, de suaves matices albarico que, las almenas y agujas de aspecto amenazador de Asgard le parecían ya parte de un sueño.

De cualquier modo, corría el rumor de que Asgard estaba acabada. Según había oído, dentro de poco la iban a derribar para reemplazarla, en cualquier otra parte, por Mohenjo-daro. Nunca podía haber más de cinco ciudades a la vez, pero éstas cambiaban constantemente. Recordaba una época en la que tuvieron la Roma de los Césares en lugar de Chang-an, y Río de Janeiro en vez de Alejandría. Aquella gente consideraba inútil conservar las cosas mucho tiempo.

No le resultaba fácil adaptarse a la intensidad sofocante de Alejandría después de los helados esplendores de Asgard. La brisa, procedente del mar, era a la vez fresca y tórrida, y las olas, leves y de color turquesa, chocaban contra las escolleras. Sus sentidos se veían acometidos por la presencia de poderosos elementos: el cielo pesado y ardiente, el olor picante de la roja arena de las tierras bajas flotando en la brisa, el aroma triste y encenagado del mar vecino; todo ello temblaba y resplandecía a la luz del alba. Su hotel estaba situado en un emplazamiento magnífico, en lo alto de la ladera norte del enorme monte artificial conocido como el Paneio y consagrado al dios de las patas de cabra. Desde allí tenían una vista completa de la ciudad, de los amplios y nobles bulevares, de los altísimos obeliscos y monumentos, del palacio de Adriano justo al pie de la colina, de la majestuosa e impresionante Biblioteca, del templo de Poseidón, del abarrotado mercado, del pabellón real que Marco Antonio mandó construir tras su derrota en Actium. Y, desde luego, del Faro, de ese sobrecogedor Faro que era la séptima maravilla del mundo, esa gigantesca mole de mármol, caliza y granito rosado de Asuán que, con sus innumerables ventanas, se elevaba majestuoso al final del camino de acceso. El humo negro que despedía la hoguera situada en lo más alto del faro subía al cielo en perezosa espiral. Mientras tanto, la ciudad despertaba. Aparecieron algunos eventuales vestidos con blancos fustanes que empezaron a recortar los setos, oscuros y apretados que bordeaban los grandes edificios públicos. Algunos ciudadanos, con amplias túnicas de un estilo que recordaba vagamente el griego, paseaban por las calles de la ciudad.

Había espectros, quimeras y fantasías por todas partes. Dos centauros, macho y hembra, de fina y elegante estampa, pastaban en la ladera de la colina. En el pórtico

del templo de Poseidón apareció un fornido luchador que agitaba una de las cabezas de la Gorgona en su mano, sin dejar de reír. Un poco más abajo de la entrada del hotel, tres esfinges rosas, no mayores que gatos domésticos, empezaban a merodear por la acera, después de haberse sacudido la somnolencia de encima. Una esfinge más grande, del tamaño de un león, y seguramente madre de las otras, vigilaba desde un callejón. A pesar de la distancia, podía oír con claridad su ronroneo.

Con los ojos entrecerrados para protegerlos de la luz, proyectó la mirada más allá del Faro y del mar. Esperaba ver las borrosas costas de Creta y Chipre al norte, o quizá la gran curva negra de Anatolia. «Llévame a ese gran Bizancio» —pensó— «Donde todo es antiguo, y canta mientras remas. » Pero sólo pudo ver el mar infinito y vacío, luminoso y cegador, a pesar de que la mañana apenas acababa de empezar. Nada estaba ya donde él esperaba que estuviera. Los centinelas no ocupaban ya sus lugares correspondientes, como había podido comprobar hacía tiempo, cuando Gioia le había ofrecido un paseo en su pequeño volador. La punta de Sudamérica había sido cortada y desprendida, Pacífico adentro. Africa tenía una extraña postura en escorzo. Una ancha lengua de océano separaba Europa de Asia. Australia parecía no existir en absoluto. Quizá hubieran socavado sus cimientos y utilizado el territorio con otro fin. No quedaba ni rastro del mundo que él había conocido en otro tiempo. Estaba en el siglo cincuenta. «¿El siglo cincuenta, después de qué? » había preguntado muchas veces, pero nadie parecía saberlo, o nadie se molestaba en responder.

—¿Es muy bonita Alejandría? —preguntó Gioia desde dentro.

—Sal y lo verás.

Todavía desnuda y somnolienta, salió a la terraza de baldosas blancas y se acurrucó a su lado. Encajaba perfectamente bajo su brazo.

—¡Sí, sí! —dijo en voz baja—. Es preciosa, ¿verdad? ¡Mira, ahí están los palacios, la Biblioteca, el Faro! ¿Adónde iremos primero? Al Faro, supongo. Y después al mercado. Quiero ver a los negros egipcios. Y al circo, las carreras, ¿crees que hoy habrá carreras? ¡Oh, Charles, quiero verlo todo!

—¿Todo? ¿Todo el primer día?

—Todo el primer día, sí —respondió—. Todo.

—Pero si tenemos mucho tiempo, Gioia.

—¿Lo tenemos?

Él sonrió ante su impaciencia y la estrechó con más fuerza.

—El tiempo suficiente —dijo amablemente.

La amaba por su impaciencia, por su avidez alegre y chispeante. Gioia no se parecía mucho a los demás en este sentido, aunque era como ellos en todos los demás. Era de pequeña estatura, ágil y bella, de piel y ojos oscuros, con las caderas estrechas y los hombros anchos. Todos eran así, sin mayores diferencias que pudieran distinguir a uno de otro, como millones de hermanos iguales; un mundo de pequeños y ágiles mediterráneos de aspecto infantil, hechos para las piruetas y las danzas taurinas rituales, para el dulce vino blanco al mediodía y el fuerte vino tinto de la

noche. Tenían todos el mismo cuerpo delgado, la misma boca ancha, los mismos ojos brillantes. No había visto nunca a ninguno que aparentara menos de doce años o más de veinte. De alguna forma; Gioia era algo diferente, aunque no podía decir en qué, pero sabía que era esa imperceptible pero importante diferencia la que le hacía amarla. Y seguramente, también era esa diferencia la que hacía que ella le amara a él.

Dejó que su vista vagara del Oeste al Este, desde la Puerta de la Luna, bajando por la amplia calle Canopo hasta el puerto y la tumba de Cleopatra en la punta del estrecho Cabo Lochias. Allí estaba todo y todo era perfecto: los obeliscos, las estatuas y columnatas de mármol, los patios, los bosquecillos, los santuarios, el propio Alejandro en su ataúd de oro y cristal, una ciudad pagana con todo su brillo y esplendor. Sin embargo, había algunos elementos extraños, como la inconfundible mezquita junto a los jardines públicos y lo que parecía ser una iglesia cristiana no muy lejos de la Biblioteca. Y aquellos navios en el puerto, con todas aquellas velas rojas y mástiles erguidos; seguro que eran medievales o, afinando aún más, de finales de la Edad Media. Ya había podido apreciar estos anacronismos en otros lugares. Sin duda, esta gente los encontraba divertidos. La vida era para ellos un juego, y jugaban a él sin descanso. Roma, Alejandría, Timbuctú. ¿Por qué no iban a poder crear un Asgard de puentes translúcidos y palacios resplandecientes rodeados de hielo, y, cuando ya estuvieran cansados de ella, deshacerse de esa ciudad y reemplazarla por Mohenjo-daro? ¿Por qué no? Le parecía lamentable destruir esos nobles salones de fiesta nórdicos para levantar una ciudad chata y brutal, de ladrillos pardos achicharrados por el sol, pero esta gente no veía las cosas como las veía él. Sus ciudades eran sólo temporales. Alguien había dicho en Asgard que Timbuc tú sería la próxima en desaparecer, para levantarse Bizancio en su lugar. Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué no? Podían tener todo lo que quisieran; después de todo, estaban en el siglo cincuenta. La única regla era que no podía haber más de cinco ciudades a la vez. «Los límites —le había informado Gioia con solemnidad, la primera vez que viajaron juntos— son muy importantes. » Pero ella no sabía por qué, o no se molestó en decírselo.

Miró una vez más hacia el mar.

Se imaginó una ciudad nueva formándose entre las brumas, con sus torres relucientes, grandes palacios con hermosas cúpulas, mosaicos dorados. No supondría ningún esfuerzo para ellos. Bastaría con hacer salir del tiempo todos los ingredientes: el emperador en su trono y la soldadesca del emperador, borracha, armando gresca por las calles, el estruendo metálico del gong de la catedral abriéndose paso a través del Gran Bazar, los juegos de los delfines a cierta distancia de los pabellones de la playa. ¿Por qué no? Tenían Timbuctú, tenían Alejandría. ¿Deseáis Constantinopla? ¡Pues ved Constantinopla! O Avalon, o Lyonesse, o Atlantis. Podían tener cualquier cosa que desearan. Esto es aquí puro Schopenhauer: el mundo como voluntad e imaginación. ¡Sí! Esta gente, esbelta y de ojos oscuros, que viajan infatigables de milagro en milagro. ¿Por qué no hacer que Bizancio sea la siguiente? ¡Sí! ¿Por qué

no? «Que no es un país para los viejos, pensó. Los jóvenes en los brazos de los jóvenes, los pájaros en los árboles». ¡Sí, sí! Todo lo que quisieran. Incluso le tenían a él. De repente sintió miedo. Las preguntas que había dejado de hacer mucho tiempo atrás estallaron en su cerebro. «¿Por qué existo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién es esta mujer que está a mi lado?

—Qué callado te has quedado de pronto, Charles, —dijo Gioia, que no podía soportar el silencio mucho rato—. ¿Quieres hacer el favor de hablarme? Quiero que me digas algo. Dime qué estás buscando ahí afuera.

Se encogió de hombros.

—Nada.

—¿Nada?

—Nada en concreto.

—Pude ver que mirabas algo.

—Bizancio —dijo—. Me imaginaba que podía ver Bizancio al otro lado del mar. Intentaba ver las murallas de Constantinopla.

—Pero si no podrías ver nada a esa distancia. Absolutamente nada.

—Ya lo sé.

—Y, en cualquier caso, Bizancio no existe.

—Todavía no, pero existirá. Pronto llegará su turno.

—¿De verdad? —dijo—. ¿Lo sabes de buena tinta?

—De la mejor. Lo oí en Asgard —le explicó—. Pero, aunque no hubiera sido así, Bizancio sería inevitable, ¿no crees? Su turno tiene que llegar. ¿Cómo podríamos dejar de hacer Bizancio, Gioia? Seguro que haremos Bizancio, tarde o temprano. Sé que lo haremos. Es sólo cuestión de tiempo. Y tenemos todo el tiempo del mundo.

Una sombra cruzó la cara de Gioia:

—¿Lo tenemos? ¿Lo tenemos?

Sabía muy poco de sí mismo, pero sabía que no era uno de ellos. De eso sí que estaba seguro. Sabía que se llamaba Charles Phillips y que, antes de ir a vivir entre esa gente, había vivido en el año 1984, cuando existían cosas como los ordenadores y los aparatos de televisión, el béisbol y los aviones, y cuando el mundo estaba lleno de ciudades, no únicamente cinco, sino miles de ellas: Nueva York, Londres, Johannesburgo y París, Liverpool y Bangkok, San Francisco y Buenos Aires, y un montón más, todas al mismo tiempo. En aquel entonces había en el mundo cuatro mil quinientos millones de personas; ahora dudaba mucho de que hubiera más de cuatro millones y medio. Casi todo había cambiado tanto que resultaba incomprensible. La Luna parecía la misma, y también el Sol, pero cuando se hacía de noche buscaba en vano las constelaciones que conocía. No tenía ni idea de cómo le habían traído a este tiempo desde el suyo, ni por qué. Tampoco valía la pena preguntar, pues nadie tenía respuestas que darle. Nadie que pareciera comprender lo que intentaba averiguar. Después de algún tiempo había dejado de hacer preguntas; después de algún tiempo casi había dejado de desear conocer las respuestas.

Gioia y Phillips subían al Faro. Ella se adelantó corriendo, con su prisa acostumbrada, y él la siguió más despacio. Cientos de turistas como ellos, la mayoría en grupos de dos o tres, subían por las rampas de losas, riendo y llamándose a gritos. Cuando algunos de ellos se daban cuenta de la presencia de Phillips, se paraban a mirarle y se hacían señas entre sí. Ya estaba acostumbrado. Era más alto que ninguno de ellos, era claramente distinto. Cuando le señalaban, sonreía. A veces, incluso, hacía un ligero gesto de saludo.

No había nada que despertara su interés en el nivel inferior, una inmensa estructura cuadrada de más de sesenta metros de alto construida con gigantescos bloques de mármol. En el interior de sus frías y mohosas arcadas había cientos de pequeñas habitaciones oscuras que albergaban las oficinas de los fareros y de los mecánicos, los barracones de la guarnición y las cuadras para los trescientos asnos que subían el combustible hasta el fanal. Nada de aquello le parecía demasiado interesante. Siguió avanzando sin detenerse, hasta que llegó al balcón que conducía al siguiente nivel. Aquí, el Faro se hacía más estrecho y de forma octogonal. Su fachada, ahora de granito y con un bonito acanalado, se erguía con una altura sorprendente por encima de él.

Gioia le esperaba en ese lugar.

—Esto es para ti —dijo, alargándole un trozo de carne en una broqueta de madera—. Cordero asado. Absolutamente delicioso. Ya me he comido uno mientras te esperaba.

Le ofreció también una copa de una especie de sorbete verde y frío, y salió corriendo a comprar una granada. Docenas de eventuales deambulaban por el balcón, ofreciendo refrescos de todo tipo.

Pegó un mordisco a la carne. Estaba muy tostada por fuera, mientras que por dentro estaba tierna y jugosa. Mientras comía, uno de los eventuales se le acercó y se le quedó mirando afablemente. Era un varón regordete y moreno que no llevaba encima más que una tira de paño rojo y amarillo alrededor de la cintura.

—Vendo carne —dijo—. Excelente carne de cordero asado, sólo cinco dracmas.

Phillips le señaló el trozo que se estaba comiendo.

—Ya tengo —le respondió.

—Es una carne buenísima, muy tierna. Ha estado en adobo tres días, con jugos de...

—Perdona —dijo Phillips—. No quiero comprar más carne ¿Te importaría marcharte?

Al principio se había sentido confuso y desconcertado ante esos eventuales, y todavía quedaba mucho por aclarar con respecto a ellos. No eran máquinas; parecían criaturas de carne y hueso, pero no eran como los seres humanos, y nadie los trataba como si lo fueran. Suponía que eran construcciones artificiales, productos de una tecnología tan avanzada que ni siquiera se podía percibir. Aunque algunos parecían más inteligentes que otros, ninguno se comportaba con más autonomía que la de los

personajes de una representación teatral, y eso eran esencialmente. Había muchísimos en cada una de las cinco ciudades, encargados de representar la más variada gama de papeles: pastores y porqueros, barrenderos, comerciantes, barqueros, vendedores de carne asada y bebidas frescas, regateadores del mercado, escolares, carreteros, policías, mozos de cuadra, gladiadores, monjes, artesanos, prostitutas, carteristas y marineros. Todo lo necesario para mantener la ilusión de un centro urbano activo y populoso. La gente de los ojos oscuros, la gente de Gioia, no trabajaba nunca. No eran bastantes para mantener en funcionamiento una ciudad, y en cualquier caso eran estrictamente turistas que vagaban con el viento de ciudad en ciudad, allí donde los llevara el capricho. De Chang-an a Nueva Chicago, de Nueva Chicago a Timbuctú, de Timbuctú a Asgard, de Asgard a Alejandría. Pero adelante, siempre adelante.

El eventual no le dejaba en paz. Phillips se alejó de él, pero le siguió, acorralándolo contra la pared del balcón. Cuando, unos minutos después, llegó Gioia, con los bonitos labios manchados graciosamente de zumo de granada, el eventual seguía revoloteando a su alrededor, empeñado, con una insistencia demencial, en venderle una broqueta de cordero. Se le acercaba tanto que casi podía notar su aliento, sin dejar de mirarle con sus tristes y grandes ojos vacunos, mientras seguía recitando con lúgubre apremio las alabanzas de su mercancía. Phillips había tenido problemas con eventuales anteriormente, en una o dos ocasiones, exactamente como ahora ocurría. Gioia rozó el codo de la criatura y le dijo en un tono seco y cortante que Phillips nunca le había oído emplear:

—No quiere nada. Aléjate de él.

Se marchó al instante. Y a Phillips le dijo:

—Tienes que ser firme con ellos.

—Eso es lo que pretendía. Pero parecía no escucharme.

—¿Le ordenaste que se fuera y se negó?

—Le pedí que se fuera. Amablemente. Quizá demasiado amablemente.

—Con todo —dijo Gioia—, debería haber obedecido a un humano, de cualquier modo.

—Tal vez pensó que yo no era humano —sugirió Phillips—. Por mi aspecto, mi estatura, el color de los ojos. Habrá pensado que yo era también algún tipo de eventual.

—No —dijo Gioia con el ceño fruncido—. Un eventual no aborda a otro eventual. Pero tampoco desobedece a un ciudadano. Existe una frontera muy clara para que no pueda darse nunca esa confusión. No puedo entender por qué siguió molestándote.

A Phillips le sorprendió su agitación, exagerada para la poca importancia que él mismo le daba al incidente. Una máquina tonta, quizá mal conectada, con un excesivo entusiasmo a la hora de ofrecer sus mercancías. ¿Y qué había de malo? ¿Qué podía haber de malo? Al cabo, Gioia pareció llegar a la misma conclusión. Encogiéndose de hombros, dijo:

—Estará defectuoso. Es probable que estas cosas sucedan más a menudo de lo que sospechamos, ¿no crees?

Un tono algo forzado en las palabras de la joven le inquietó.

Ella sonrió y le tendió su granada.

—Toma, Charles, muerde. Está dulcísima. Ya sabes que se habían extinguido estas frutas. ¿Subimos?

La zona intermedia del Faro de forma octogonal, debía medir varias decenas de metros. Se trataba de un tubo lúgubre y claustrofóbico, ocupado casi por completo por dos amplias rampas en espiral que subían rodeando la inmensa caja del centro del edificio. La ascensión era lenta, con un grupo de asnos que, unos metros delante de ellos, marchaban a paso lento y cansino, cargados con haces de leña para el fanal. Por fin, cuando Phillips ya empezaba a sentir desasosiego y mareo, Gioia y él llegaron al segundo balcón, el que marcaba la transición entre la sección octogonal y el piso superior del Faro, cilíndrico y muy estrecho.

La joven se asomó por la barandilla.

—¡Charles! ¡Mira qué vista! ¡Mírala!

Era algo impresionante. A un lado podían distinguir la ciudad entera, el pantanoso lago Mareotis y la polvorienta llanura egipcia al otro lado del lago, y por el otro la vista se perdía a lo lejos, en el Mediterráneo gris y picado. Phillips hizo gestos, señalando los innumerables arrecifes y bajíos que infestaban la entrada del puerto.

—No me extraña que necesitaran aquí un faro — dijo — Si no hubieran contado con algún tipo de señal gigantesca, les habría resultado imposible encontrar el camino de entrada desde el mar.

De repente, algo semejante a un bufido terrible pareció estallar por encima de su cabeza. Miró hacia arriba, atónito. De las esquinas de este nivel del Faro surgían inmensas estatuas de Tritones que blandían trompetas. El ruido que tan bruscamente se había dejado oír había procedido del más cercano a ellos. «Una señal», pensó. Un aviso para los barcos que intentaran franquear los peligros de ese difícil paso. Pudo observar que el sonido era producido por algún mecanismo a vapor manejado por grupos de sudorosos eventuales, apiñados en torno a las hogueras que había al pie de cada tritón.

Volvió a sentir admiración por la sabiduría empleada por esa gente para realizar sus reproducciones de la antigüedad. ¿«O no eran reproducciones»? se preguntó. No terminaba de comprender de qué manera volvían a la vida aquellas ciudades.

Por lo que él sabía, aquel lugar era la auténtica Alejan

dría, extraída de su tiempo exactamente igual que lo habían sacado a él. Quizás éste fuera el verdadero y primitivo Faro, y no una copia. Ignoraba cuál era la respuesta, y cuál sería, en su caso, la hazaña más sorprendente.

—¿Cómo subimos a lo más alto? —preguntó Gioia.

—Por ahí, supongo. Por esta puerta.

Las rampas en espiral terminaban aquí. Las cargas de combustible para la linterna

seguían su camino ascendente por medio de un dispositivo de ascensor situado en el hueco del centro. Los visitantes seguían avanzando por una diminuta escalera, tan estrecha en la parte superior que uno no se podía dar la vuelta mientras estaba subiendo. Gioia, incansable, marchaba delante. Phillips se aferró al pasamanos y empezó a subir trabajosamente, llevando la cuenta de las pequeñas troneras para aliviar el aburrimiento del ascenso. La cuenta llegaba casi a cien cuando por fin se encontró en el vestíbulo de la cámara del Faro. Una docena de turistas se apiñaban en ella. Gioia se encontraba en el extremo opuesto, junto a la pared abierta al mar.

A esa altura a Phillips le parecía que los edificios se balanceaban en el aire. ¿A qué altura estarían? ¿Ciento cincuenta metros, doscientos, trescientos? La cámara del Faro era alta y estrecha, con una pasarela que la dividía en dos secciones, superior e inferior. Abajo, una cadena de eventuales transportaban la madera desde el ascensor hasta la misma hoguera. Phillips notaba el intenso calor, que desprendía desde donde se encontraba, al borde de la plataforma en la que colgaba un inmenso espejo de metal pulido. Las lenguas de fuego subían a trompicones y bailaban ante el espejo que, a su vez, mandaba su deslumbrante rayo de luz mar adentro. El humo escapaba por un respiradero. En lo más alto de todo había la estatua de Po seidón, erguida, severa, feroz y amenazadora, sobre la linterna.

Gioia avanzó sigilosamente por la pasarela hasta llegar a Phillips.

—El guía estuvo hablando antes de que llegaras —dijo, señalándolo—. ¿Ves ese lugar que hay allí, bajo el espejo? Si te pones ahí y miras al espejo, puedes ver los barcos que hay en el mar y que no se pueden ver a simple vista. Lo amplía todo.

—Y tú te lo crees?

La joven inclinó la cabeza hacia el guía:

—Eso es lo que dijo. Y también nos contó que, si lo miras de cierta forma, puedes ver, más allá del mar, la ciudad de Constantinopla.

«Es como una niña —pensó Phillips—. Todos lo son.»

Ydijo:

—Tú misma me dijiste esta mañana que no es posible ver tan lejos. Además, Constantinopla no existe todavía.

—Existirá —replicó Gioia—. Tú me lo has dicho esta misma mañana. Y, cuando eso ocurra, se reflejará en el espejo del Faro. Ésa es la verdad, estoy segura de ello.

Se dio media vuelta bruscamente hacia la entrada de la cámara del Faro.

—¡Mira, Charles! ¡Por ahí se acercan Nissandra y Ara mayne! ¡Y ahí está Hawk! ¡Y Stengard! —Gioia reía, saludando con la mano y llamándoles a gritos—. ¡Están todos aquí! ¡Todos!

Se acercaron abriéndose paso con dificultad en la abarrotada cámara, donde algunos de los que ya estaban antes se vieron obligados a amontonarse escalones abajo en el extremo opuesto. Gioia se movía entre ellos, repartiendo besos y abrazos. Phillips apenas podía distinguir unos de otros —bastante difícil le era ya distinguir entre hombres y mujeres, vestidos como iban todos con la misma túnica suelta—,

pero reconoció algunos de los nombres. Eran los amigos especiales de Gioia; su grupo, con el que había viajado de ciudad en ciudad, en un interminable itinerario de alegría, en aquellos viejos tiempos antes de que él entrara en su vida. Había conocido a algunos con anterioridad, en Asgard, en Río, en Roma. El guía del fanal, un viejo eventual achaparrado y ancho de espaldas, que se cubría la calva con una corona de laurel, había vuelto a aparecer, reanudando la disertación tantas veces repetida, pero nadie le escuchaba; estaban todos demasiado ocupados con sus saludos, sus abrazos y sus risas. Algunos se acercaban como podían a Phillips y, levantándose de puntillas, le rozaban la mejilla con la punta de los dedos, con aquella extraña manera suya de saludar.

—Char-les —le decían serios, separando su nombre en dos sílabas, como hacía a menudo esa gente—. ¡Qué alegría volver a verte! ¡Qué estupendo! Gioia y tú hacéis una pareja tan encantadora.

¿Era eso cierto? Phillips suponía que sí.

La cámara bullía de conversaciones. Al guía no se le oía en absoluto. Stengard y Nissandra contaban que habían estado en Nueva Chicago para los bailes acuáticos. Aramayne habló de una fiesta en Chang-an que había durado días y días. Hawk y Hekna habían estado en Timbuctú para ver la llegada de la caravana de la sal y pensaban volver pronto allí. Una fiesta para celebrar la despedida de Asgard que no había que perderse. Los planes para la nueva ciudad, Mohenjo-daro. «Tenemos hechas ya las reservas para la inauguración, no nos la perderíamos por nada del mundo.» «Sí, ya es definitivo que después van a levantar Constantinopla. Los planificadores estaban ya metidos de lleno en la investigación de Bizancio» «¡Qué alegría verte! ¡Tienes siempre un aspecto maravilloso!» «¿Habéis estado ya en la Biblioteca? ¿En el Zoo? ¿En el Templo de Serapis?»

A Phillips le preguntaban: «¿Qué piensas de nuestra Alejandría, Charles? Me imagino que la debiste de conocer muy bien en tu tiempo. ¿Es como la recuerdas?» Siempre le preguntaban cosas como ésa. No parecían comprender que, en su tiempo, ya hacía muchos años que la Alejandría del Faro y la Biblioteca se habían perdido para entrar a formar parte de la leyenda. Como Phillips sospechaba, para ellos todos los lugares que traían de nuevo a la vida eran más o menos contemporáneos: la Roma de los Césares, la Alejandría de los Ptolomeos, la Venecia de los Dux, la Chang-an de los T'angs, la Asgard de los Aesir. Ninguna era más o menos real que la anterior, sino simplemente una faceta del pasado lejano, del pasado fantástico e inmemorial, como una manzana escogida al azar del oscuro y abismal saco del tiempo. No tenían contextos para separar una era de otra. Para ellos, el pasado era un reino sin fronteras de espacio o tiempo. Así, ¿cómo no iba a haber visto el Faro antes, él que había llegado a esta era desde la Nueva York de 1984? No había podido explicárselo nunca. Julio César y Aníbal, Helena de Troya y Carlomagno, la Roma de los gladiadores y la Nueva York de los Yankees y los Mets, Gilgamesh, y Tristán, Otelo y Robin Hood, y George Washington y la reina Victoria eran para ellos todos igualmente reales o

irreales; ninguno era más que una figura luminosa que se movía entre las otras sobre un cuadro. El pasado. El esquivo e inestable pasado. Para ellos se trataba de un lugar único al que siempre se podía llegar y con el que siempre se podía comunicar. Era lógico que pensarán que él había visto antes el Faro. Pero sabía que no valía la pena tratar de explicar nada.

—No —dijo—. Ésta es la primera vez que vengo a Alejandría.

Se quedaron allí todo el invierno y parte de la primavera. Alejandría no era una ciudad en la que se pudieran observar claramente los cambios de estaciones: tampoco se hacía demasiado patente el paso del tiempo cuando uno se pasaba la vida entera como turista.

De día, siempre había algo nuevo que ver. El jardín zoológico, por ejemplo. Un espléndido parque, milagrosamente verde y fresco en un clima tan cálido y seco, en el que los más asombrosos animales pastaban en recintos vallados, tan grandes que no parecían jaulas. Había camellos, rinocerontes, gacelas, avestruces, leones y asnos salvajes; y también, junto a ellos y como de forma casual, había los hipogrifos, los unicornios, basiliscos y dragones lanzadores de llamas y escamas con los colores del arco iris. ¿Había tenido el Zoo original de Alejandría dragones y unicornios? Phillips lo dudaba. Pero éste sí los tenía. Evidentemente, para los artesanos de entre bastidores no era mucho más difícil fabricar estas bestias míticas que fabricar camellos y gacelas. En cualquier caso, para Gioia y sus amigos, tanto unos como otros eran igualmente míticos; su sorpresa era la misma ante un rinoceronte que ante un hipogrifo. Por lo que Phillips había logrado descubrir, no había sobrevivido ninguna de las especies aladas o mamíferas de su era, a excepción de algunos gatos y perros, aunque muchas habían sido reconstruidas.

¡Y la Biblioteca! ¡Todos esos tesoros perdidos que habían liberado de las garras del tiempo! Paredes magníficas de mármol adornadas con columnas, salas de lectura de altos techos abovedados, inmensas estanterías oscuras que se extendían hasta el infinito. Los puños de marfil de setecientos mil rollos de papiro sobresaliendo de los estantes. Sabios y bibliotecarios deslizándose silenciosos aquí y allá, con suaves sonrisas de erudición en sus rostros, pero con la mente puesta en serios asuntos intelectuales. Todos eran eventuales, observó Phillips. Simples figurantes que formaban parte de la ilusión. ¿Acaso también eran los rollos parte de la ilusión?

—Estas son las obras completas de Sófocles —dijo el guía, señalando con la mano estantes y estantes repletos de textos.

Sólo siete de sus ciento veintitrés obras teatrales habían logrado sobrevivir a los sucesivos incendios padecidos por la Biblioteca en la antigüedad, y provocados por romanos, cristianos y árabes. ¿Estarían aquí las obras perdidas, el Triptolemo, la Nausicaa, el Jason y todas las demás? ¿Encontraría también los otros tesoros desaparecidos de la literatura antigua, milagrosamente recuperados? ¿Las memorias de Ulises, la historia de Roma de Catón, la biografía de Pericles por Tucídides, los volúmenes perdidos de Tito Livio? Sin embargo, cuando preguntó si podía curiosear

entre los estantes, el guía, disculpándose con una sonrisa, le dijo que en ese momento todos los bibliotecarios estaban ocupados.

—¿En otra ocasión, quizá?

—Quizá —le contestó el guía.

En realidad tampoco importaba demasiado, decidió Phillips, porque aunque esa gente hubiera podido recuperar de alguna manera esas obras maestras de la antigüedad, ¿cómo las iba a leer él? Phillips no sabía griego.

La ciudad bullía y palpitaba, llena de vida, a su alrededor. Era un lugar deslumbrante y hermoso: la enorme bahía plagada de velas; las grandes avenidas que, con su trazado tan recto, se extendían de Este a Oeste y de Norte a Sur; la luz del sol que casi se podía oír reverberar en los brillantes muros de los palacios de reyes y dioses. «Lo han hecho muy bien —pensó Phillips—. Muy bien.» En el mercado, comerciantes de mirada dura regateaban en media docena de misteriosas lenguas el precio del ébano, del incienso árabe, del jade y de las pieles de leopardo. Gioia compró un perfume egipcio de fragancia almizcleña, en un delicado y estrecho frasco de cristal. Magos, acróbatas y escribanos llamaban con gritos estridentes a los transeúntes, rogando un momento de atención y unas monedas por su trabajo. Empezó la subasta de esclavos musculosos, negros, morenos y algunos que podrían haber sido chinos, a los que se les obligaba a doblar los músculos, a enseñar los dientes y desnudar los torsos y los muslos ante los posibles compradores. En el gimnasio, atletas desnudos se dedicaban a lanzar jabalinas y discos, y a luchar con terrible denuedo. Stengard, el amigo de Gioia, llegó corriendo con un regalo para ella, un collar de oro que no hubiera desdeñado ni una Cleopatra. Una hora más tarde ya lo había perdido, o quizá lo había regalado mientras Phillips estaba entretenido en cualquier otra parte. Al día siguiente se compró otro incluso mejor. Cualquiera podía tener el dinero que deseara, pues sólo tenía que pedirlo. Para esta gente, era tan fácil obtenerlo como el mismo aire.

La vida aquí es de lo más parecido al cine, se dijo Phillips. Una película diferente cada día, sin mucho argumento, pero con unos efectos especiales majestuosos y un detallismo que difícilmente podía ser superado. Una megapelicula, un vasto espectáculo que jamás terminaba y que era protagonizado por toda la población del planeta. Todo se realizaba sin esfuerzo, de manera espontánea.

Ytal como cuando iba al cine, no se preocupaba por los miles de técnicos que había detrás de cada escena, de los cámaras, de los diseñadores de vestuario, de los constructores de decorados, ni de los técnicos en luminotecnia, maquetistas u operadores de jirafas, también aquí prefirió no preguntar qué medios habían utilizado para poner Alejandría ante sus ojos. Parecía real. Era real. Cuando bebía el áspero vino tinto, sentía un agradable cosquilleo. Si saltara desde el panal suponía que moriría, aunque pudiera ser que no por mucho tiempo. Sin duda tenían algún medio de volverlo a traer cuantas veces fuera necesario. La muerte no parecía condicionar la vida de esta gente.

De día hacían turismo. De noche, Gioia y Phillips asistían a fiestas, en el hotel, en villas al borde del mar, en los palacios de la alta nobleza. Acudían los de siempre, Hawk y Hekna, Aramayne, Stengard y Shelimir, Nissandra, Asoka, Afonso, Protay. Solía haber cinco o más eventuales por cada ciudadano en estas fiestas, algunos simplemente como sirvientes, otros como anfitriones o incluso como falsos invitados, mezclándose entre los ciudadanos libremente y a veces algo atrevidos. Pero todos sabían en todo momento quién era ciudadano y quién un simple eventual. Phillips empezó a pensar que su propio status se encontraba en algún punto intermedio. Desde luego, le trataban con una cortesía que no hubieran dispensado nunca a un eventual y, sin embargo, había una cierta actitud condescendiente en sus maneras que indicaba que, no sólo no era uno de ellos, sino que se trataba de algo o alguien totalmente ajeno a su orden de existencia. El hecho de que fuera el amante de Gioia hizo mejorar algo su situación ante los demás, pero no demasiado. Siempre iba a ser un intruso, pintoresco, ancestral y primitivo.

Por ese motivo pudo observar que la misma Gioia, aunque fuera miembro indudable del grupo era considerada también en cierta medida como una intrusa, como la bisnieta de un comerciante en una reunión de Plantagenets. Gioia no siempre se enteraba a tiempo de las mejores fiestas a las que ir; sus amigos no siempre le devolvían los saludos con el mismo calor; a veces la había visto esforzándose por pescar algún cotilleo que parecía que no querían compartir con ella. ¿Sería porque le había elegido a él como amante? ¿O era, al contrario, que ella le había escogido como amante precisamente porque no era miembro de pleno derecho de su casta?

El hecho de ser un primitivo le daba, por lo menos, algo de qué hablar en las fiestas.

—Habíanos de la guerra —le pedían—. Habíanos de las elecciones, del dinero, de la enfermedad.

Querían saberlo todo, aunque no parecían prestar mucha atención, desviando la mirada hacia cualquier cosa que de repente les atrajera más. Y sin embargo preguntaban. Les describió atascos de tráfico, materias políticas, desodorantes, comprimidos de vitaminas. Les habló de cigarrillos, periódicos, pasos subterráneos, guías de teléfono, tarjetas de crédito, baloncesto...

—¿Cuál era tu ciudad? —preguntaban.

—Nueva York.

—¿En qué época? Creo que dijiste el siglo VII, ¿no?

—El siglo XX.

Intercambiaban unas miradas y asentían.

—Tendremos que hacerla. El World Trade Center, el Empire State Building, el Citicorp Center, la catedral de St. John the Divine. ¡Qué fascinante! El Yankee Stadium, el Puente Verrazano. Claro que lo tenemos que hacer. Pero antes le toca a Mohenjo-daro. Y creo que después Constantinopla. ¿Tenía muchos habitantes tu ciudad?

—Siete millones —contestaba Phillips—. Contando sólo los cinco distritos.

Asentían, pero sin sorprenderse ante la cifra.

Suponía Phillips que lo mismo les daba que fueran siete que setenta millones. Les bastaba con producir la cantidad de eventuales que precisaran. Se preguntaba qué tal llevarían a cabo esta empresa. A fin de cuentas, no era un buen juez para las Alejandrías y las Asgards. No le importaba en realidad que tuvieran unicornios e hipogrifos en el Zoo. Su Alejandría imaginaria era tan buena o mejor que la histórica. Pero qué triste, qué decepcionante sería que en el Nueva York que conjuraran estuvieran el Greenwich Village al norte y Times Square en el Bronx, y que los neoyorquinos, amables y educados, hablaran con el almibarado acento de Savannah o Nueva Orleans.

Bueno, no tenía por qué preocuparse por eso por el momento. Era muy probable que sólo trataran de ser corteses al hablar de hacer su Nueva York. Tenían toda la inmensidad del pasado para elegir: Nínive, la Menfis de los faraones, el Londres de Victoria, Shakespeare o Ricardo III, la Florencia de los Médicis, el París de Eloísa y Abelardo o el París de Luis XIV, el Tenochtitlán de Moctezuma y el Cuzco de Atahualpa. Damasco, San Petersburgo, Babilonia, Troya. Y luego había las ciudades como Nueva Chicago, fuera ya del tiempo de Phillips, pero historia antigua para ellos. Con esa riqueza, con esa infinidad de posibilidades, incluso el gran Nueva York tendría que esperar mucho tiempo hasta que le llegara su turno. ¿Estaría todavía entre ellos cuando llegara ese momento? ¿Quizá para entonces se habrían cansado de él y lo habrían devuelto a su propia era. O, posiblemente, él habría envejecido y muerto. Incluso aquí, pensaba, tendría que morir al final, aunque no pareciera que ése fuera el fin de aquella gente. No lo sabía. Se dio cuenta de que en realidad no sabía nada.

El viento norte sopló durante todo el día. Enormes bandadas de ibis aparecieron en el cielo de la ciudad, huyendo del calor del interior y cruzando el aire con sus chillidos. Estas aves sagradas de cuello negro, cayendo a miles, se apiñaban en cualquier cruce de caminos, lanzándose sobre arañas y escarabajos, sobre los ratones y los desechos de carnicerías y panaderías. Eran hermosas, pero llegaba a fastidiar su constante presencia. Para colmo, estampaban sus excrementos contra los edificios de mármol que cada mañana tenían que limpiar concienzudamente cuadrillas de eventuales. Ahora, Gioia le dirigía poco la palabra. Estaba triste, fría, distante. Tenía un algo intangible, como si poco a poco se estuviera haciendo transparente. Phillips pensó que invadiría su intimidad si le

preguntaba el motivo. Quizá se sentía tan sólo un poco desasosegada. Se había vuelto religiosa y presentaba costosas ofrendas en los templos de Serapis, Isis, Poseidón, Pan. Fue a la Becrópolis, al oeste de la ciudad para depositar coronas en los nichos de las catacumbas. En un solo día subió tres veces al Faro sin mostrar ningún signo de fatiga. Una tarde, al volver de la Biblioteca, la encontró desnuda en la terraza. Se había untado todo el cuerpo con algún bálsamo verde aromático. Dijo de repente:

—Creo que ya es hora de que nos marchemos de Alejandría, ¿no?

Gioia quería ir a Mohenjo-daro, pero Mohenjo-daro no estaba todavía lista para recibir visitantes. En lugar de eso, volaron hacia el Este, a Changan, donde hacía muchos años que no habían estado. Fueron por sugerencia de Phillips, que esperaba que la llamativa y cosmopolita capital de los T'ang le levantara el espíritu.

En esta ocasión iban a ir como invitados del emperador; un privilegio poco habitual que había que solicitar con mucho tiempo de antelación. Pero Phillips había hablado con algunos amigos bien situados de Gioia sobre la infelicidad de la joven, e inmediatamente había quedado todo arreglado. Los recibieron en la Puerta de la Virtud Resplandeciente, en la muralla sur de la ciudad, tres funcionarios que vestían unas amplias túnicas amarillas con fajines púrpura y que no paraban de hacer reverencias, y los condujeron a su pabellón, cerca del palacio imperial y del Jardín Prohibido. Era un edificio ligero y alegre con finos muros de ladrillos enlucidos, adornados con esbeltas columnas de madera oscura y olorosa. En el tejado, verde y amarillo, fuentes que parecían cantar derramaban su agua en una eterna lluvia de agua fresca. Las balaustradas eran de mármol tallado y de oro los remaches de la puerta.

Cada uno disponía de un conjunto de habitaciones privadas, aunque compartirían el hermoso dormitorio adamascado situado en el centro del pabellón. Nada más llegar, Gioia le dijo que debía ir a sus habitaciones a darse un baño y vestirse.

—Esta noche nos van a ofrecer una recepción oficial —dijo—. Dicen que son más espléndidas de lo que nadie pueda imaginar, y quiero estar a su altura.

Según información de Gioia, el emperador y todos sus ministros los recibirían en el Salón del Supremo Absoluto; se daría un banquete para mil personas y habría actuaciones de bailarinas persas y de los famosos acróbatas de Chung-nan. Después llevarían a todos los invitados al fantástico paisaje del Jardín Prohibido, para ver carreras de dragones y fuegos artificiales.

Phillips se retiró a sus aposentos. Dos pequeñas y delicadas doncellas lo desnudaron y lo bañaron con esponjas de dulce fragancia. El pabellón contaba con once eventuales que habrían de ser sus sirvientes, una réplica perfecta y verosímil de criados chinos de voz suave y aspecto felino, con el pelo negro y liso y la piel resplandeciente, adiestrados para no molestar. Phillips se preguntaba a menudo qué les pasaría a los eventuales cuando la ciudad para la que fueron creados dejara de existir. ¿Estarían reciclando en este momento a los altísimos héroes nórdicos de Asgard en enjutos dravidianos de piel morena para Mohenjo-daro? Cuando le llegara la hora a Timbuctú, ¿convertirían a sus guerreros negros, vestidos con llamativos ropajes, en complacientes bizantinos que poblaran las arcadas de Constantinopla? ¿O acaso desechaban simplemente los viejos eventuales, amontonándolos en almacenes como se hace con los accesorios teatrales que ya no sirven y produciendo la cantidad adecuada necesaria para el nuevo modelo? Lo ignoraba y, cuando le preguntó a Gioia sobre el tema, ésta se había mostrado incómoda e imprecisa.

A la joven no le gustaba que la sondeara en busca de información, seguramente porque tenía muy poca que dar. Esta gente parecía no preguntarse por el funcionamiento de su propio mundo. La curiosidad de Phillips era muy del siglo XX, como tan a menudo le achacaban, aunque, eso sí, con aire protector y amable. Pensó en preguntar a las pequeñas doncellas que le estaban frotando con sus esponjas dónde habían servido antes de Chang-an. ¿En Río? ¿Roma? ¿La Bagdad de Harun al Raschid? Pero estaba convencido de que sólo conseguiría que las frágiles jovencitas huyeran entre risas. Interrogar a los eventuales no sólo era poco digno, sino también inútil; era como interrogar a las maletas.

Cuando estuvo bañado y vestido con suntuosas sedas rojas, deambuló un rato por el pabellón, admirando los colgantes de jade que tintineaban en el pórtico, las columnas oscuras y lustrosas, los matices multicolores de vigas y soportes que se entrelazaban complicadamente en el tejado. Al poco tiempo, cansado de estar solo, se dirigió a la cortina de bambú que cubría la entrada a la suite de Gioia. Un mozo y una de las doncellas, de pie en el umbral, le indicaron que no debería entrar, pero Phillips sólo tuvo que arrugar un poco el ceño para que desaparecieran como la nieve entre dos dedos. Un rastro de incienso le llevó, cruzando el pabellón, hasta el vestidor más alejado. Al llegar a la puerta se detuvo.

Gioia estaba sentada desnuda, de espaldas a la puerta, ante un tocador fabricado con una hermosa y extraña madera del color del fuego traceada con franjas de porcelana verde y naranja. Se estudiaba con detenimiento en un espejo de bronce pulido que sostenía una de las doncellas, separando su cabello con los dedos, como haría una mujer que estuviera buscándose canas.

Aquello era extraño. ¿Canas Gioia? ¿Canas un ciudadano? Quizás un eventual pudiera mostrar ciertos rasgos de envejecimiento, pero en un ciudadano, esto era impensable. Los ciudadanos permanecían siempre jóvenes. La propia Gioia parecía una niña. Su cutis era suave y terso, su cuerpo era firme y su pelo negro. Y eso valía para todos los ciudadanos que había podido ver. Aun así, no había equivocación posible sobre el gesto de Gioia. La joven cogió un cabello, frunció el ceño, lo estiró y, reconociéndolo, lo arrancó. Otro. Y otro. Hundió luego la punta del dedo en su mejilla, como si estuviera comprobando su elasticidad. Se pellizcó la piel debajo de los ojos. Pequeños gestos normales de vanidad, pero tan fuera de lugar aquí, pensó, en ese mundo de los eternamente jóvenes. ¿Estaría Gioia preocupada por la vejez? ¿Es que no se había fijado nunca en los signos del paso del tiempo que pudieran marcarse en ella? ¿O es que ella luchaba a sus espaldas por esconderlos? Tal vez fuera así. ¿Estaría entonces equivocado respecto a los ciudadanos? Quizás envejecían como la gente de eras menos privilegiadas, aunque a cambio supieran cómo ocultarlo mejor. ¿Y qué edad tendría Gioia? ¿Treinta? ¿Sesenta? ¿Trescientos años?

Parecía haberse quedado satisfecha. Apartó el espejo y se levantó, ordenando que le trajeran las ropas para el banquete. Phillips, cuya presencia junto a la puerta seguía pasando inadvertida, la contempló con admiración: las nalgas pequeñas y redondas,

algo masculinas, la línea elegante de su columna, la sorprendente anchura de los hombros. «No —pensó—, no está envejeciendo en absoluto. Su cuerpo es todavía el de una niña. Está igual de joven que cuando nos conocimos», aunque no pudiera precisar cuánto tiempo había pasado desde entonces. Era difícil llevar aquí la cuenta del tiempo, pero estaba seguro de que ya habían pasado varios años desde que habían empezado a salir juntos. Aquellas canas, aquellas arrugas y bolsas que había estado buscándose con ese desesperado detenimiento no podían ser más que imaginarios, meros artificios de la vanidad. Así pues, incluso en aquella lejana época del futuro, la vanidad seguía viva. Se preguntó por qué estaría tan preocupada por la vejez. ¿Pura afectación? Sacaría aquella gente intemporal algún perverso placer del temor a la posibilidad de envejecer? ¿O acaso era algún secreto temor de Gioia, otro síntoma de aquella misteriosa depresión que la asaltó en Alejandría?

Como no quería que Gioia pensara que la había estado espiando, cuando lo único que en realidad había pretendido era hacerle una visita, se marchó sigilosamente a vestirse para la noche. Una hora después, fue ella a verle a sus habitaciones, espléndidamente vestida, envuelta de pies a cabeza en un brocado de vivos colores todo él bordado con hilos de oro. Su cara estaba maquillada y llevaba el pelo recogido y apretado, sujeto con peinetas de marfil. Parecía sin duda la primera dama de la corte. Los sirvientes de Phillips también le habían dejado magnífico. Llevaba, bajo una sobrepelliz negra brillante bordada con dragones dorados, una amplia túnica de seda blanca resplandeciente que le llegaba hasta los pies. Además iba adornado con un collar y un dije de coral rojo, y un sombrero de fieltro gris de cinco picos que se erguía, torre sobre torre, como si se tratara de un zigurat. Gioia, con una sonrisa burlona, le tocó la mejilla con los dedos.

—¡Estás maravilloso! —le dijo—. ¡Como un gran mandarín!

—Y tú como una emperatriz —contestó él—. La emperatriz de algún país lejano, Persia, India, que ha venido a hacerle una visita de ceremonia al Hijo del Cielo.

Una oleada repentina de amor le embargó el espíritu y, cogiéndola suavemente por la muñeca, la atrajo hacia sí, tan cerca como lo permitía lo aparatoso de sus ropajes. Al inclinarse hacia delante para frotar sus labios, con toda suavidad y ternura, contra la nariz de Gioia, advirtió algo anómalo, extraño e inesperado. La capa de maquillaje blanco que cubría su rostro parecía resaltar, más que ocultar, los contornos de su piel, poniendo claramente de relieve detalles que no había observado nunca hasta entonces. Vio una trama de líneas delgadas que partían del rabillo de sus ojos; el inequívoco principio de una arruga en la mejilla, junto a la comisura derecha de su boca, y quizás el leve trazado de unos surcos en aquella frente tan tersa. Un escalofrío le recorrió ante el espejo. Así que no era mera afectación su atenta exploración ante el espejo. Verdaderamente, el paso del tiempo estaba empezando a reclamar su tributo en la joven y, pese a toda su fe ciega en la eterna juventud de aquellas gentes, ahora ya no estaba tan seguro. Gioia se apartó un solo paso hacia atrás, quizá porque había sentido la mirada inquietante de Phillips, y desaparecieron

las líneas que a éste le había parecido ver. Las buscó, pero únicamente volvió a ver la tersura adolescente. ¿Ilusión óptica? ¿Producto de una imaginación sobreexcitada? Se sentía completamente desconcertado.

—Vamos —dijo Gioia—. No debemos hacer esperar al emperador.

Cinco guerreros de largos bigotes, con armaduras de acolchado blanco, y siete músicos que tocaban platillos y flautas los escoltaron hasta el Salón del Supremo Absoluto. Allí se encontraron con toda la corte ya dispuesta: príncipes y ministros, altos funcionarios, monjes de amarillo y un enjambre de concubinas imperiales. En el lugar de honor, a la derecha de los tronos reales que se elevaban como doradas tribunas por encima de todo lo demás, había un grupito de hombres con expresión seria que llevaban vestimentas extranjeras. Eran los embajadores de Roma y Bizancio, de Siria y Arabia, de Corea, Japón, Tíbet y Turquestán. En braseros esmaltados se quemaba incienso. Un poeta cantaba una melodía vibrante y delicada, acompañándose sólo con una pequeña harpa. En ese momento entraron el emperador y la emperatriz, dos diminutos viejecitos como figuras de cera, que se movían con una infinita lentitud, avanzando con pasos no más largos que los de un niño. Sonaron las trompetas mientras subían a sus tronos. Cuando el pequeño emperador, que parecía, allá arriba, un muñeco descolorido, viejo y arrugado, y que, sin embargo, irradiaba una fuerza extraordinaria, hubo tomado asiento, extendió las manos y dos enormes gongs empezaron a sonar. Era una escena de asombroso esplendor, magnífica y abrumadora.

Todos son eventuales, comprendió al punto Phillips. Sólo vio a un puñado de ciudadanos, ocho, diez, doce como mucho, diseminados aquí y allá por la inmensa sala. Los distinguía por sus ojos, oscuros, brillantes e inteligentes. Miraban el espectáculo imperial, pero también los miraban a él y a Gioia. Gioia, con secreta sonrisa, los saludaba inclinando imperceptiblemente la cabeza, agradeciendo su presencia y su interés. Aquellos pocos eran los únicos seres vivos con autonomía propia. Todos los demás, la espléndida corte al completo, los grandes mandarines y los grandes guerreros, los funcionarios, las gorjeantes concubinas, los vistosos y altivos embajadores, incluso los viejos emperadores, simplemente formaban parte del decorado. ¿Había presenciado la Humanidad alguna vez un espectáculo tan grandioso? Toda esta pompa, todo este aparato, montado cada noche para diversión de una docena de espectadores.

En el banquete, el reducido grupo de ciudadanos se sentaron juntos en una mesa aparte, una losa redonda de ónice vestida con seda verde translúcida. En total, incluyendo a Gioia, eran diecisiete, y la joven parecía conocerlos a todos, aunque ninguno, por lo que sabía Phillips, era miembro del grupo que él conocía. Gioia no hizo ningún ademán de presentarle. Ni siquiera fue posible conversar durante la cena, por el ruido de fondo que reinaba en la sala. Tres orquestas diferentes actuaban a la vez junto a grupos de músicos que tocaban paseando de mesa en mesa, y un ir y venir de monjes que cantaban sutras en voz alta y agitaban incensarios al ensordecedor son

de tambores y gongs. El emperador no bajó del trono para unirse al banquete. Parecía dormir, aunque de vez en cuando movía la mano al compás de la música. Esclavos gigantes de piel morena y medio desnudos, con pómulos muy marcados y bocas anchísimas, eran los encargados de servir la comida: lenguas de pavo real y pechugas de fénix sobre montañas de arroz condimentado con azafrán, presentado todo en frágiles fuentes de alabastro. Como palillos les entregaron unas delgadas varillas de jade oscuro. El vino, servido en relucientes jarras de cristal, era dulce y espeso, y dejaba al final un regusto a pasas, y no se permitía que ninguna jarra estuviera mucho rato vacía.

Phillips empezó a marearse. Cuando salieron las bailarinas persas, no podía distinguir si eran cinco o cincuenta, y, en medio del torbellino de su complicada ejecución, se le antojaba que sus delgadas siluetas apenas cubiertas por las muselinas se superponían y mezclaban entre sí. Le asustó su maestría y quiso dejar de mirar, pero no pudo. Los acróbatas de Chung-nan que salieron a continuación demostraban la misma pericia, la misma temeridad, arrojando al aire guadañas, antorchas encendidas, animales vivos, jarrones de fina porcelana, hachas de jade rosa, campanas de plata, copas doradas, ruedas de carro y vasijas de bronce, sin que nunca se les escapara ni una pieza. Los ciudadanos aplaudían, corteses, pero no parecían demasiado impresionados. Después de los acróbatas volvieron a salir las bailarinas, esta vez sobre zancos, mientras los camareros traían fuentes de carne humeante con un extraño color azul pálido y de una textura y sabor poco habitual. Quizá se tratara de filetes de camello o pernil de hipopótamo o, tal vez, chuletas de dragón lechal. También trajeron más vino y, aunque Phillips intentó rechazarlo débilmente, los sirvientes fueron implacables. Esta vez se trataba de una variedad más seca, de color pardo verdoso, sobrio, de paladar áspero. Lo acompañaba una bandeja de plata, helada como un glaciar, sobre la que se servían trozos de helado flameados con un fuerte aguardiente. Se percató de que los acróbatas habían salido por segunda vez. Pensó que iba a enfermar y miró desconsolado a Gioia, que, sobria, parecía presa de una excitación feroz, casi maníaca con los ojos ardiendo como rubíes. La joven le tocó cariñosamente la mejilla.

De improviso, una ráfaga de aire frío cruzó el salón; habían abierto toda una pared, revelando el jardín exterior, la noche, las estrellas. Afuera había una colosal rueda de papel engrasado sobre un armazón de madera. Seguramente la habrían levantado una hora antes. Medía cuarenta metros o más y de ella colgaban miles de faroles que destellaban como luciérnagas gigantes. Los invitados empezaron a abandonar la habitación. Phillips se dejó arrastrar hasta el jardín, en el que, bajo una extraña luna amarilla, se perfilaban siniestros árboles de ramas retorcidas plagadas de hojas negras. Gioia apoyó su brazo en el de Phillips. Se encaminaron a un estanque burbujeante de un líquido rojizo y se pararon a observar las aves escarlatas de más de tres metros, parecidas a los flamencos, que picoteaban con desgana anguilas color turquesa. También pudieron observar con asombro un gigantesco Buda, de más de

veinte metros de altura y un vientre prominente de cerámica azul. Entre cabriolas se acercaba un caballo de crines de oro, haciendo saltar chispas encendidas siempre que sus cascos tocaban el suelo. En un bosquecillo de limoneros que parecían poder agitar sus ramas a voluntad, Phillips se acercó al emperador, que se encontraba solo, balanceándose atrás y adelante.

El viejo cogió a Phillips por la mano, poniéndole algo en la palma y cerrándole los dedos con fuerza; cuando, unos instantes después, abrió el puño, vio la palma de la mano llena de perlas grises e irregulares. Gioia se las arrebató y las arrojó al aire, y las perlas explotaron como petardos, despidiendo luces de colores. Poco después, Phillips notó que no llevaba ya ninguno de sus ropajes. Gioia también estaba desnuda. Le atrajo con gentileza a una alfombra de musgo azul y húmedo donde estuvieron haciendo el amor hasta el amanecer, con fiereza al principio y después despacio, lánguidamente, como entre sueños. Cuando salió el sol, Phillips la miró con ternura y vio que algo andaba mal.

—¿Gioia? —dudó.

Ella sonrió.

—Ah, no. Gioia está con Fenimon. Yo soy Belilala.

—¿Con... Fenimon?

—Son viejos amigos. Hacía muchos años que no le veía.

—Comprendo. ¿Y tú eres...?

—Belilala —repitió la joven, rozándole la mejilla con los dedos.

Era algo normal, le había dicho Belilala. Ocurría siempre, lo raro era que no le hubiera sucedido antes. Las parejas se formaban, viajaban juntas un tiempo, se marchaban cada uno por su lado y, al final, se volvían a encontrar. Esto no significaba que Gioia le hubiera dejado para siempre. Sólo que ahora había decidido estar con Fenimon, pero regresaría. Mientras tanto, él no se encontraría solo.

—Nos conocimos en Nueva Chicago —le contó Belilala—. Y luego nos volvimos a ver en Timbuctú. ¿No te acuerdas? ¡Sí! Veo que lo has olvidado.

Se reía de una manera muy atractiva y no parecía ofendida en absoluto.

Se parecía lo suficiente a Gioia como para ser su hermana. Pero, claro, todos los ciudadanos le parecían más o menos iguales. Y, aparte de su semejanza física, como pudo comprobar en seguida, la verdad era que Belilala y Gioia no se parecían demasiado. Belilala poseía una tranquilidad, una profunda reserva de serenidad de las que Gioia, siempre ávida, voluble e impaciente, carecía. Paseando con Belilala por las abarrotadas calles de Changan, no pudo advertir en ella la inquieta y casi enfebrecida necesidad de conocer siempre lo que había más y más allá. Cuando visitaron el Palacio de Hsing-ch'ing, Belilala no empezó a preguntar a los cinco minutos escasos el camino a la Fuente de Hsuang-tsung o a la Pagoda del Ganso Silvestre, como hubiera hecho seguramente Gioia. Belilala, a diferencia de Gioia, no se consumía de curiosidad. Creía a pies juntillas que siempre tendría tiempo suficiente para ver todo lo que le interesara ver. Algunos días, Belilala prefería no

salir para nada y se conformaba con quedarse en el pabellón haciendo solitarios con fichas de cerámica o mirando las flores del jardín.

A su pesar, Phillips descubrió que estaba disfrutando del descanso de las intensas ansias devoradoras de mundo de Gioia, pero deseaba que regresara. Belilala — hermosa, amable, tranquila, paciente— era demasiado perfecta para él. No parecía real, sino tan impecable y resplandeciente, como uno de aquellos jarrones Sung de un verde pálido, demasiado perfectos para haber sido modelados y barnizados por manos humanas. Tenía algo de inexpresivo: un acabado immaculado por fuera, y nada en absoluto por dentro. Pensó que Belilala casi podría haber sido una eventual, aunque sabía que no lo era. Podía explorar con ella los pabellones y palacios de Chang-an; podía tener con ella una agradable conversación durante la cena; podía, desde luego, disfrutar haciendo el amor con ella, pero no podía amarla, ni siquiera pensar en esa posibilidad. Era difícil imaginarse a Belilala estudiándose preocupada ante un espejo, en busca de canas y arrugas. Belilala nunca podría ser más vieja de lo que era ahora; ni podría nunca haber sido más joven. La perfección no evoluciona de acuerdo con un eje temporal. Pero la perfecta y reluciente superficie de Belilala hacía su ser más profundo impenetrable para Phillips. Gioia era más vulnerable, tenía más defectos y eran más evidentes sus cambios de humor, su desasosiego, su vanidad y sus temores, por lo cual era más accesible para su propia e imperfecta sensibilidad siglo XX.

De vez en cuando veía a Gioia cuando paseaba por la ciudad, o al menos eso creía. Pudo divisarla un momento entre los vendedores de prodigios del Bazar persa, en las afueras del templo de Zoroastro y, otra vez, junto al estanque de peces de colores en el Parque de la Serpiente. Pero nunca estaba completamente seguro de que la mujer que veía era realmente Gioia, y nunca se pudo acercar lo suficiente como para comprobarlo. La joven parecía tener el poder de desvanecerse cuando él se acercaba, como si se tratara de una Lorelei enigmática que lo atrajera una y otra vez a una persecución sin esperanza. Al cabo del tiempo, supo que no la iba a encontrar hasta que ella no estuviera dispuesta para ello.

Phillips perdió la noción del tiempo. ¿Habían pasado semanas, meses, años?

No tenía ni idea. En esa ciudad de lujo exótico, misterio y magia, todo era un constante fluir y pasar, y los días resultaban irregulares e inestables. Derribaban edificios e incluso calles enteras en una tarde para, a los pocos días, volverlos a levantar más allá. Nuevas y grandiosas pagodas brotaban como hongos durante la noche. Llegaban ciudadanos de Asgard, Alejandría, Timbuctú y Nueva Chicago; se quedaban un tiempo, desaparecían y regresaban de nuevo. Había una serie constante de recepciones cortesananas, banquetes y acontecimientos teatrales, cada uno casi igual al anterior. Los festivales en honor de antiguos emperadores podían haber dado algo de orden al año, pero parecía como si se celebraran de forma caprichosa. La ceremonia que conmemoraba la muerte de T'ai Tsung se repetía dos veces al año, o, por lo menos, así se lo parecía a Phillips, una en la época de las nieves y otra en pleno verano, y la que conmemoraba la subida al trono de la emperatriz Wu tenía lugar dos

veces durante la misma estación. Quizá no había llegado a comprender del todo los mecanismos de esta gente. Pero sabía que era inútil preguntar.

Un día, de improviso, dijo Belilala:

—¿Por qué no vamos a Mohenjo-daro?

—No sabía que ya estuvieras preparada para recibir visitas —contestó Phillips.

—Claro que sí. Desde hace bastante tiempo.

Phillips vaciló. Aquello le había pillado desprevenido. Dijo con cautela:

—Gioia y yo pensábamos ir juntos, ¿sabes?

Belilala sonrió afablemente, como si el tema a discutir sólo fuera la elección del restaurante para aquella noche.

—¿De veras?

—Sí. Lo dispusimos todo mientras estábamos en Alejandría. Ir contigo en vez de ella. No sé qué decirte, Belilala —Phillips notaba que su nerviosismo iba en aumento—. Sabes que me gustaría ir. Contigo. Pero, por otro lado, no puedo evitar pensar que no debería ir hasta haberme reunido con Gioia. Si es que vuelvo a reunirme con ella. «¡Qué estúpido suena todo esto! —pensó—. ¡Qué torpe, propio de un adolescente!» Se dio cuenta de que le costaba mirarla de frente. Incómodo, con algo de desesperación en la voz, dijo:

—Se lo prometí. Había un compromiso, un acuerdo firme de que iríamos juntos a Mohenjo-daro...

—Pero es que Gioia... ¡ya está allí! —contestó Belilala de la manera más inocente.

Phillips boqueó como si le hubiera dado un puñetazo.

—¿Qué?

—Fue de las primeras en ir cuando la inauguraron. Hace un montón de meses. ¿No lo sabías? —preguntó con un tono de sorpresa no excesiva—. ¿En serio no lo sabías?

Aquello le dejó perplejo. Se sentía desconcertado, traicionado, furioso. Seguía boquiabierto y las mejillas empezaban a arderle. Sacudió la cabeza una y otra vez, tratando de despejar la confusión. Tardó un rato en poder volver a hablar.

—¿Que ya está allí? —preguntó por fin—. ¿Sin esperarme? Después de todo lo que hablamos de ir juntos..., después de haber decidido...

Belilala se echó a reír.

—Pero, ¿cómo iba ella a resistir la tentación de ver la ciudad más nueva? ¡Ya sabes lo impaciente que es Gioia!

—Claro —contestó él.

Estaba aturdido. Apenas podía pensar.

—Es como todos los cortos-de-tiempo. Va corriendo a un lado, va corriendo a otro. Lo tiene que hacer todo ahora, ahora, en seguida, de inmediato, al instante. No debes pretender que te espere mucho tiempo para nada. Le da un arrebató y allá se va. Seguro que a estas alturas ya sabes eso de ella.

—¿Cortos-de-tiempo? No había oído nunca ese término.

—Sí. Ya lo sabías. Ya lo deberías saber.

Belilala esgrimió su sonrisa más dulce. Nada indicaba en ella que comprendiera el pesar de Phillips. Sacudió la mano con energía y dijo:

—Entonces, ¿qué? ¿Nos vamos, tú y yo? ¿A Mohenjo- daro?

—Naturalmente —dijo Phillips con voz apagada.

—¿Cuándo te gustaría partir?

—Esta noche —respondió. Hizo una pausa—. ¿Qué es un corto-de-tiempo, Belilala?

Las mejillas de la joven se llenaron de color.

—Es obvio, ¿no? —preguntó.

¿Podría haber, en toda la faz de la tierra, un lugar más horroroso que la ciudad de Mohenjo-daro? A Phillips le resultaba difícil dar con alguno. No podía entender tampoco por qué, de todas las ciudades que han existido, esa gente había elegido devolver a la vida ésta precisamente. Más que nunca, los consideraba ajenos a él, inescrutables, incomprensibles.

Desde la terraza más alta de la ciudadela de varios pisos, Phillips lanzó la mirada sobre la siniestra y claustro fóbica Mohenjo-daro y sintió un escalofrío. Lo más parecido a esta ciudad triste y desoladora era una colonia- prisión prehistórica. Como una tortuga incómoda, se apretaba, achaparrada y compacta, contra la llanura, gris y monótona, del río Indo. Cientos de paredes de ladrillo ennegrecidas por el sol formaban cientos de calles atterradoramente ordenadas, trazadas siguiendo un espantoso diseño cuadrículado rayano en la precisión del maniático. Las mismas casas tenían también un aspecto deprimente e inhóspito, como racimos de habitáculos de ladrillo en torno a pequeños e irrespirables patios. Allí no había ventanas, sólo unas puertas bajas que se abrían, no a los paseos principales, sino a los estrechos y misteriosos callejones que se formaban entre los edificios. ¿Quién había diseñado esa horrible metrópolis? ¿Qué almas tan secas y amargas tenía esa gente, atemorizada y atemorizante, para crearse, en las llanuras de fértil exuberancia de la India, una ciudad tan digna del Soviet Supremo!

—¡Qué encantadora! —murmuró Belilala—. ¡Qué fascinante!

Phillips la miró con asombro.

—¿Fascinante? Sí —dijo—. Puede ser. De la misma manera que fascina la sonrisa de una cobra.

—¿Qué es una cobra?

—Serpiente venenosa depredadora —le respondió Phillips—. Posiblemente extinguida. O, más probablemente, en otro tiempo extinguida. No me extrañaría que hubieseis vuelto a crear unas cuantas y las hubieseis soltado en Mohenjo para darle mayor realismo y animación.

—Pareces enfadado, Charles.

—¿Lo parezco? Pues no es cómo me siento.

—¿Y cómo te sientes?

—No lo sé —dijo después de una larga pausa. Se encogió de hombros—. Perdido, supongo. Muy lejos de casa.

—Pobre Charles.

—Aquí en esta horrible ciudad que parece formada por barracones, oyéndote decir lo preciosa que es..., jamás me he sentido tan solo en toda mi vida.

—Echas mucho de menos a Gioia, ¿verdad?

Volvió a dirigir a la joven una mirada atónita.

—Gioia no tiene nada que ver. Seguro que también ella se habrá extasiado ante la belleza de Mohenjo, como tú. Como todos vosotros. Me imagino que soy el único que no puede descubrir su belleza, su encanto. Soy el único que mira a su alrededor y sólo ve horror, y se pregunta cómo es que nadie más lo ve, cómo es que, de hecho, alguien pudo erigir un lugar como éste por diversión, por placer...

Los ojos de la joven lanzaban chispas:

—¡Estás enfadado! ¡Estás enfadado de verdad!

—¿También eso te fascina? —incredulo—. ¿La demostración de una auténtica emoción primitiva? ¿Un estallido típico y original del siglo XX? —Recorrió la muralla con pasos cortos y rápidos, lleno de angustia—. Ya, ya. Creo que ahora lo entiendo, Belilala. Naturalmente. Soy parte de vuestro espectáculo circense, soy la estrella del espectáculo secundario. De hecho, soy el primer experimento para cuando se levante el próximo escenario.

Los ojos de Belilala estaban abiertos como platos. La repentina dureza y la violencia de su voz parecían alarmarla y excitarla al unísono. Aquello le enfurecía aún más. Continuó con rabia:

—Recobrar ciudades enteras del pasado fue divertido durante un tiempo, pero le falta algo de autenticidad, ¿no? Por alguna razón, no pudisteis traer también a sus habitantes; no pudisteis sacar unos cuantos millones de seres prehistóricos de Egipto, de Grecia o de la India y descargarlos en vuestra era, supongo que porque os hubiera resultado muy difícil controlarlos, o quizá porque os hubierais cansado de ellos. Por eso tuvisteis que crear eventuales para que poblaran vuestras ciudades antiguas. Pero ahora me tenéis aquí. Soy más real que un eventual, y eso es para vosotros una novedad fantástica, y por lo que más suspiráis es por la novedad; quizás es por lo único que suspiráis. Y aquí estoy yo, complejo, impredecible, nervioso, capaz de sentir ira, miedo, tristeza, amor y todas esas cosas que se extinguieron en la antigüedad. ¿Por qué quedarse en la arquitectura pintoresca cuando también se pueden tener emociones pintorescas? ¡Lo divertido que os debo resultar a todos! Y si decidís que yo era realmente interesante, quizá me devolváis a donde pertenezco y traigáis otros tipos antiguos. Tal vez un gladiador romano, o un Papa del Renacimiento, o incluso uno o dos hombres de Neanderthal...

—Charles —dijo ella llena de ternura—. Oh, Charles, Charles. ¡Qué solo te debes sentir, qué perdido, qué apenado! ¿Me podrás perdonar alguna vez? ¿Nos podrás

perdonar a todos alguna vez?

Una vez, Belilala le había sorprendido. Parecía sincera de verdad, solidaria. ¿Lo era? ¿Lo era de verdad? No estaba seguro de haber percibido nunca una muestra de auténtica preocupación en ninguno de ellos, ni siquiera en Gioia. Tampoco podía creer a Belilala ahora. Tenía miedo de ella, de todos ellos, de su fragilidad, de su disimulo, de su elegancia. Ojalá pudiera acercarse a ella y hacer que le cogiera entre sus brazos, pero en ese momento se sentía demasiado parecido a un hirsuto ser prehistórico como para arriesgarse a pedirle ese consuelo.

Dio media vuelta y empezó a caminar por el borde de la inmensa muralla de la ciudadela.

—¿Charles?

—Déjame solo un momento —respondió.

Siguió andando. Sentía punzadas en su frente y el corazón le latía con violencia. «Todos los mecanismos del stress disparados» pensó. Glándulas invisibles vertiendo litros de sustancias inflamatorias en su caudal sanguíneo. El calor, su propia confusión, el aspecto repulsivo del lugar...

«Trata de comprender —se dijo—. Relájate. Mira a tu alrededor. Procura disfrutar de tus vacaciones en Mohenjo- daro.»

Se asomó con precaución al borde del muro. Nunca había visto una muralla como ésa. Su base debía tener unos doce metros de anchura, incluso más, suponía Phillips, cada ladrillo perfectamente tallado y colocado con toda meticulosidad. Al otro lado de la muralla, pero muy cerca del muro, habían desecado los pantanos para su aprovechamiento agrícola. Vio unos diligentes labradores de piel morena que, allá abajo, se afanaban con el trigo, la cebada y los guisantes. Vacas y búfalos pastaban a lo lejos. El aire era pesado, húmedo y malsano. Todo estaba en calma. Desde algún lugar no muy lejano llegaban las notas de algún instrumento de cuerda, rasgando el aire lastimero, y un cántico monótono y machacón.

Poco a poco se sintió invadido por la paz. Su ira remitió. Sintió que volvía a estar tranquilo. Miró otra vez la ciudad, el rígido entrecruzado de las calles, el laberinto de callejones interiores, las ristas de millones de ladrillos colocados con exacta precisión.

«Es un milagro —se dijo Phillips— que esta ciudad esté aquí, en este momento y en este lugar. Y es un milagro que yo esté aquí para verla.»

Atrapado un instante por la magia de lo sombrío, creyó que había empezado a comprender la admiración y el asombro de Belilala, y ahora se arrepentía de haberle hablado con tanta aspereza. La ciudad estaba viva. El que se tratara de la verdadera Mohenjo-daro de hacía miles y miles de años, pescada del pasado con algún anzuelo maravilloso, o que simplemente fuera una reproducción muy hábil, no importaba en absoluto. Real o no, ésta era la auténtica Mohenjo-daro. Había estado muerta y ahora, por un momento, volvía a recobrar la vida. Esta gente, estos ciudadanos, podían ser triviales, pero reconstruir Mohenjo-daro no era ninguna hazaña trivial. Y carecía de

importancia el que la ciudad que habían reconstruido fuera opresiva y siniestra. Nadie estaba ya obligado a vivir en Mohenjo-daro. Hacía mucho que su tiempo había sido y que se había acabado. Aquellos campesinos de piel oscura, allá abajo, aquellos comerciantes y artesanos eran simples eventuales, simples seres inanimados que habían sido conjurados como zombies para reforzar la ilusión. No necesitaban su compasión. Ni él mismo necesitaba su propia compasión. Sabía que debería estar agradecido por poder ver esas cosas. Algún día, cuando acabara su sueño y sus anfitriones lo devolvieran al mundo del metro, los ordenadores, el impuesto sobre la renta y las cadenas de televisión, pensaría en Mohenjo-daro tal como lo vio una vez, con sus altos muros de ladrillos negros y apretados bajo el cielo plomizo, y sólo recordaría su belleza.

Mirando hacia atrás, buscó a Belilala y por un instante no la pudo encontrar. La vio al cabo de un rato bajando con cuidado por una estrecha escalera que formaba ángulo con la cara interior del muro de la ciudadela.

—¡Belilala! —gritó.

La joven se detuvo un momento y lo miró, protegiéndose los ojos del sol con la mano.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—¿Adonde vas?

—A los baños —le contestó ella—. ¿Quieres venir?

—Sí. Espérame, ¿quieres? Voy en seguida.

Phillips asintió con la cabeza.

Y corrió por el borde de la muralla, hacia Belilala.

Los baños estaban anexos a la ciudadela. Se trataba de un gran aljibe abierto, del tamaño de una piscina de grandes dimensiones y revestido de ladrillos colocados de canto con argamasa de yeso e impermeabilizado con asfalto, y otros ocho aljibes, más pequeños, al norte del anterior, situados en una especie de arcada cubierta. Phillips imaginó que en tiempos remotos todo el conjunto debía de tener alguna finalidad ritual, y que el aljibe mayor era utilizado por la gente corriente y los otros, cubiertos, reservados para las abluciones privadas de sacerdotes o nobles. Ahora, los baños parecían conservados exclusivamente para placer de los ciudadanos visitantes. Mientras se acercaba por el corredor que conducía al baño principal, Phillips pudo ver unos quince o veinte flotando en el agua o deambulando lánguidamente, mientras unos eventuales, con la piel oscura al modo de Mohenjo-daro, les servían bebidas y pequeños bocados de carne con abundantes especias, como si se tratara de una instalación turística de lujo. Lo que de hecho era. Los eventuales llevaban unos taparrabos de algodón blanco. Los ciudadanos estaban desnudos. En su vida anterior se había encontrado en alguna ocasión con esa despreocupada desnudez pública, en California o en el sur de Francia, y siempre se había sentido ligeramente incómodo. Pero aquí ya se estaba empezando a acostumbrar.

Los vestuarios eran pequeñas cabinas de ladrillo unidos al patio que rodeaba el

aljibe central por hileras de escalones muy juntos. Entraron en uno de ellos y Belilala se despojó con rapidez de la amplia túnica blanca de algodón que llevaba desde su llegada esa misma mañana. Con los brazos cruzados, le esperó, apoyada en la pared. Al rato, Phillips también se quitó su túnica y salió con ella. Se sentía un poco ridículo, andando por ahí desnudo delante de todos.

Yendo hacia la zona principal, pasaron junto a los baños privados, de los que ninguno parecía estar ocupado. Eran habitaciones de elegante construcción, con el suelo de ladrillos unidos con refinamiento y un meticuloso trazado de desagües para el exceso de agua, que desembocaban, por el corredor, en el tubo principal de desagüe. Phillips se sintió lleno de admiración ante la maestría de aquellos arcaicos ingenieros. Se paró a mirar las habitaciones para observar la disposición de cañerías y conductos de ventilación, y cuando llegó a la última descubrió, sorprendido y avergonzado, que alguien la estaba utilizando. En ella había un hombre de ancha complexión y músculos bien desarrollados, con un cabello espeso que le llegaba hasta los hombros, de color rojizo, y una llamativa barba recortada en punta, que no paraba de reír y palmoear en el agua con dos mujeres. Phillips tuvo una fugaz visión del alegre amasijo de brazos, piernas, pechos y nalgas.

—Lo siento —murmuró. Sus mejillas se sonrojaron. Se escabulló con celeridad, farfullando disculpas—. No me di cuenta de que la habitación estaba ocupada..., no era mi intención molestar...

Belilala había seguido avanzando por el corredor y Phillips se apresuró a alcanzarla. A sus espaldas oía sonoras carcajadas graves junto a las risitas más agudas de las mujeres y el chapotear del agua. Seguramente, ni siquiera habían advertido su presencia.

De repente, Phillips se detuvo, perplejo, volviendo atrás con su imaginación a lo visto fugazmente en la habitación. Había algo que no encajaba. Aquellas mujeres, no había duda posible, eran ciudadanas: criaturas esbeltas, de cuerpo pequeño y aniñado y pelo oscuro, el modelo habitual. Pero ¿y el hombre? ¿Aquella larga maraña de pelo rojizo? No podía ser la de un ciudadano. Los ciudadanos no llevaban el pelo hasta los hombros. ¿Y rojo? Y tampoco había visto nunca un ciudadano tan fornido, con una musculatura tan poderosa. Ni a ninguno que llevara barba. Pero tampoco podía ser un eventual. Phillips no podía encontrar ningún motivo que justificara la presencia en Mohenjo-daro de un eventual con ese aspecto tan anglosajón, y, desde luego, estaba fuera de toda posibilidad que un eventual retozara así con ciudadanos.

—¿Charles?

Miró al frente. Belilala estaba al final del corredor, perfilada su silueta como en un nimbo por la resplandeciente luz del sol.

—¿Charles? —volvió a decir—, ¿Te has perdido?

—Estoy aquí, detrás de ti —contestó Phillips—. Ya voy.

—¿A quién has visto?

—A un hombre con barba.

—¿Con qué?

—Con barba —dijo Phillips—. Pelos rojos que le salían de la cara. Me pregunto quién será.

—Nadie que yo conozca —dijo Belilala—, El único que conozco que tenga pelo en la cara eres tú, y el tuyo es negro y te afeitas todos los días. —Lanzó una carcajada—. ¡Venga, vamos! Veo a unos amigos en la piscina.

Phillips la alcanzó y, cogidos de la mano, llegaron hasta el patio. Inmediatamente se les acercó un camarero, un obsequioso y pequeño eventual que llevaba una bandeja con refrescos. Phillips lo despidió con la mano y se dirigió con la joven hacia la piscina. Se sentía terriblemente desnudo; se imaginaba que los ciudadanos se divertían aquí observándole con atención, estudiando su cuerpo primitivo y velludo como si se tratara de alguna criatura mítica, algún Minotauro, algún hombre lobo que hubieran traído como diversión. Belilala se alejó para hablar con alguien y él se metió en la piscina, contento al poderse ocultar así. El agua era honda, templada, reconfortante.

Recorrió el aljibe con unas brazadas rápidas y potentes.

Un ciudadano, que estaba apoyado con gracia en el borde de la piscina, le sonrió:

—Así que por fin has venido, ¿eh, Charles?

Char-less. En dos sílabas. Era alguien del grupo de Gioia: ¿Stengard, Hawk, Aramayne? No podía recordar exactamente cuál. Eran tan parecidos...

Phillips le devolvió la sonrisa sin mucho entusiasmo y de modo evasivo. Buscó algo que decir y por fin preguntó:

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Semanas, tal vez meses. Qué bien conseguida está esta ciudad, ¿verdad, Charles? Qué unidad más absoluta de formas, qué manifestación tan totalizadora de una estética con un único motivo...

—Desde luego. Con un único motivo. Es una expresión acertada —dijo Phillips con sequedad.

—Es una frase de Gioia, en realidad. Sólo la repetía.

Gioia. Sintió como si le acabaran de dar una puñalada.

—¿Has visto últimamente a Gioia? —preguntó Phillips.

—La verdad, no. Fue Hekna quien la vio. Recuerdas a Hekna, ¿no? —Señaló con la cabeza hacia dos mujeres desnudas, de pie en la plataforma de ladrillo que rodeaba la piscina, charlando y dando pequeños mordiscos a sus trozos de carne. Hubieran podido ser dos hermanas gemelas—. Ésa es Hekna, la que está con tu Belilala.

«Hekna, sí. Así que éste debe de ser Hawk», pensó Phillips, a no ser que hubiera habido algún cambio de parejas...

—Es muy dulce tu Belilala —dijo Hawk—, Gioia tomó una buena decisión cuando la eligió para ti.

Otra puñalada. Aún más profunda.

—¿Fue así? —preguntó—. ¿Gioia eligió a Belilala para mí?

—¡Hombre, naturalmente! —Hawk parecía sorprendido—, Evidentemente, ni que decir tiene. ¿Qué esperabas? ¿Que Gioia se marchara sin más, dejando que te las arreglaras solo?

—No, claro. No Gioia.

—Es muy tierna, muy amable, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Belilala? Sí, mucho —respondió Phillips cautelosamente—. Una mujer adorable, maravillosa. Pero, claro, espero volver pronto con Gioia. —Hizo una pausa—. Dicen que está en Mohenjo-daro casi desde que la inauguración, ¿no?

—Estaba aquí, sí.

—¿Estaba?

—Ya conoces a Gioia —contestó con despreocupación—. Ya se ha marchado, naturalmente.

Phillips se echó hacia adelante.

—Naturalmente —dijo. Su voz se volvió tensa y dura—. ¿Dónde ha ido esta vez?

—A Timbuctú, creo. O a Nueva Chicago. No recuerdo a cuál de las dos. Nos dijo que deseaba ir a Timbuctú para la fiesta de despedida. Pero Fenimon tenía algún poderoso motivo para ir a Nueva Chicago. Y no recuerdo cuál fue la que decidieron al final —Hawk hizo un gesto de pena—. De cualquier modo, es una lástima que se fuera de Mohenjo-daro antes de la llegada del nuevo visitante. Disfrutó tanto contigo, al fin y al cabo, que estoy seguro de que también habría tenido mucho que aprender de él.

Este término desacostumbrado hizo sonar una señal de alarma en lo más profundo del cerebro de Phillips.

¿Visitante?—dijo, torciendo la cabeza bruscamente hacia Hawk—. ¿De qué visitante hablas?

—¿No lo conoces todavía? Bueno, claro que acabas de llegar.

—Creo que lo he visto. ¿Es pelirrojo y tiene una barba como la mía?

Phillips se humedeció los labios.

—¡Ése es! Willoughby, así se llama. Es, espera, sí, un vikingo, un pirata o algo así. Tiene una fuerza y un vigor increíbles. ¡Es extraordinario! Creo que deberíamos tener muchos visitantes así. Todo el mundo está de acuerdo en que son muy superiores a los eventuales. Hablar con un eventual es casi como hablar con uno mismo, ¿no crees? No sacas nada importante o de provecho. Pero un visitante, alguien como ese Willoughby, o como tú, Charles, un visitante puede resultar verdaderamente instructivo, un visitante puede cambiar tu visión de la realidad...

—Discúlpame —dijo Phillips. Empezó a sentir punzadas en la frente—. Quizá podamos seguir con esta conversación más tarde, ¿eh? —Subió al borde de la piscina dándose un impulso—. En la cena, tal vez, o más tarde, ¿no? ¿De acuerdo?

Se alejó a buen paso hacia el corredor que llevaba hasta los baños privados.

Cuando Phillips entró en la zona cubierta de la edificación, sintió que se le secaba la garganta y que respiraba con dificultad. Cruzó con pasos rápidos la antesala y

metió la cabeza en la pequeña habitación con la piscina privada. El hombre barbudo seguía allí, sentado dentro del agua y asomando sólo el pecho. Pasaba cada brazo por encima de cada una de las mujeres. Sus ojos brillaban con fiereza en la penumbra. Reía con maravillada complacencia. Parecía rebosar fuerza, seguridad, placer.

«Ojalá sea lo que creo que es —rezó Phillips. Ya he estado lo suficientemente solo entre esta gente.»

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—¡He, compañero! —gritó el hombre, con voz de trueno—. ¡Por mi vida! ¡Pasa y trae también a tu chica! ¡Por los colmillos de Dios! ¡Aquí hay sitio de sobra para muchos más!

Al oír ese tremendo rugido, Phillips sintió una inmensa alegría. ¡Qué voz tan salvajemente alegre! ¡Qué intensa, qué poderosa! ¡Qué poco parecida a la de los ciudadanos!

¡Y todas esas expresiones arcaicas! ¿Por los colmillos de Dios? ¿Por mi vida? ¿Qué manera de hablar era ésa? ¡No podía ser nada más que la pura y musical pronunciación isabelina! Desde luego, tenía algo del ritmo y el fervor de Shakespeare. ¿Y el acento? ¿Sería irlandés? No, no, en absoluto. Era inglés, pero un inglés como nunca lo había oído antes Phillips.

Los ciudadanos no hablaban de esa manera. Pero un visitante tal vez sí.

Así que era cierto. Su alma se llenó de alivio. ¡No estaba solo! Otra reliquia de una época pasada, otro viajero perdido, un compañero en el caos, un hermano en la adversidad, un compañero de viaje, arrastrado desde más lejos que él por las tormentas del tiempo...

El barbudo se rió con fuerza y le hizo señas a Phillips con la cabeza.

—¡Bueno, amigo, únete a nosotros, únete a nosotros! Es formidable volver a ver una cara inglesa entre todos estos moros y portugueses. Pero ¿qué has hecho con tu chica? No se tienen nunca bastantes mozas, ¿no estás de acuerdo?

Su fuerza y vigor eran extraordinarios, casi excesivos. Rugía, bramaba, tronaba. Se ajustaba tanto al modelo de lo que era, que más parecía un personaje de una película de piratas que otra cosa; tan fanfarrón y tan real que parecía de mentira. Un tipo teatral de la época isabelina, más completo que si perteneciera a la vida real, un joven y violento Falstaff sin barriga.

—¿Quién eres tú? —preguntó Phillips con voz ronca.

—¡Cómo! Soy Francis, hijo de Ned Willoughby, de Plymouth. Anteriormente al servicio de Su Altísima Majestad Protestante, y ahora secuestrado de la manera más infame por las fuerzas de las tinieblas y arrojado entre estos moros negros, hindúes o lo que sean. Y tú, ¿quién eres?

—Charles Phillips —y, después de vacilar un instante, añadió—: Soy de Nueva York.

—¿'Nueva York? ¿Qué lugar es ése? En verdad, hermano, que no lo conozco.

—Una ciudad de América.

—¡Una ciudad en América, santo Cristo! ¡Qué cosa tan fantástica! ¿En América, dices? ¿Y por qué no en la Luna o, por un casual, bajo el mar? —Willoughby se dirigió ahora a las mujeres —¿Le habéis oído? ¡Es de una ciudad de América! Con la cara de un inglés, aunque no se comporte ni hable como tal. ¡Una ciudad en América! Una ciudad. Por la sangre de Cristo, ¿qué más tendré que oír?

Phillips tembló. Empezaba a sentir un temor reverente. Ese hombre quizá había caminado por las calles del Londres de Shakespeare. Había dado patadas a las latas con Marlowe, Essex o Walter Raleigh; había visto cómo los barcos de la Armada Invencible se hundían en el Canal. El extraño sueño en el que estaba inmerso veía duplicada su rareza. Se sentía como el nadador agotado y jadeante que tiene que luchar contra las inmensas olas y el aturdimiento. El ambiente cerrado y sofocante del baño le producían una sensación de vértigo. Ya no había duda posible: él no era el único primitivo —el único visitante— que vagaba perdido por el siglo cincuenta. Estaban llevando a cabo otros experimentos, además. Se agarró al borde de la puerta para recuperar el equilibrio y dijo:

—Cuando hablas de su Altísima Majestad Protestante, ¿te refieres a Isabel I, no?

—¡Isabel, sí! Y en cuanto a primera, es toda la verdad, pero, ¿por qué te tienes que molestar en llamarla así? Sólo hay una. Primera y Última, lo juro, Dios salve a la reina, que no hay otra.

Phillips examinó al otro con cautela. Sabía que debía actuar con sumo cuidado. Un paso en falso en ese momento y echaría al traste cualquier posibilidad de que Willoughby lo tomara en serio. Al fin y al cabo, ¿qué cantidad de asombro metafísico sería capaz de asimilar ese hombre? ¿Qué sabía, qué sabría cualquiera de sus coetáneos, acerca del pasado, presente y futuro y de la idea de que se podía ir de uno a otro tan fácilmente como de Surrey a Kent? Aquella era una idea del siglo XX, de finales del XIX como mucho, una especulación fantástica que seguramente nadie había tenido en cuenta hasta que Wells mandó a su viajero del tiempo a contemplar el sol enrojecido del último crepúsculo sobre la tierra. El mundo de Willoughby era un mundo de Católicos y Protestantes, de reyes y reinas, de diminutos barcos de vela, de espadas en la cintura y carretas de bueyes en los caminos. Aquel mundo le parecía a Phillips más ajeno y lejano que este mundo de ciudadanos y eventuales. El peligro de que Willoughby no llegara a comprenderle era grande.

Sin embargo, Phillips y aquel hombre eran aliados naturales frente a un mundo que ellos no habían hecho. Phillips decidió arriesgarse.

—Isabel I es la reina a la que sirves —le explicó—. Pero a su debido tiempo habrá otra en Inglaterra con su mismo nombre. En realidad ya la ha habido.

Willoughby sacudió la cabeza como un león desconcertado.

—¿Otra Isabel, dices?

—La segunda, y nada parecida a la primera. Después de tu Reina Virgen vendrá la otra. Ella reinará en lo que para ti son los días venideros. Eso lo sé con toda certeza.

El inglés le miró y frunció el ceño.

—¿Puedes ver el futuro? ¿Eres, pues, un adivinador? ¿Quizá un nigromante? ¿O uno de los mismísimos demonios que me trajeron a este lugar?

—Desde luego que no —contestó Phillips amablemente—. Sólo un alma perdida como tú.

Entró en la pequeña habitación y se agachó, hasta ponerse de cuclillas, junto al borde de la piscina. Las dos ciudadanas le miraban con tibia fascinación. Ignorándolas, le dijo a Willoughby:

—¿Tienes alguna idea de dónde estás?

El inglés había adivinado, con toda razón, que estaba en la India. «Estoy firmemente convencido de que esta gente moruna, bajita y morena, son hindúes», había dicho. Pero sólo a esto alcanzaba su comprensión de cuanto le había sucedido.

No se le había ocurrido pensar que ya no vivía en el siglo XVI. Y, por supuesto, no había sospechado siquiera que esta sombría y extraña ciudad de ladrillos en la que se hallaba era una ciudad que había salido de una época aún más remota que la suya propia. «¿Habría alguna manera —se preguntaba Phillips— de hacérselo ver?»

Llevaba aquí sólo tres días. Pensaba que los diablos se lo habían llevado.

—Vinieron a por mí mientras dormía —dijo—. Mefistófeles, Satanás y sus secuaces se apoderaron de mí —sólo Dios sabe por qué— y me trajeron a este reino tórrido desde Inglaterra, donde me encontraba reponiendo fuerzas con mis amigos y familiares. Pues estaba entre viaje y viaje, enténdeme, esperando el barco de Drake. ¿Conoces a Drake, al glorioso Francis? ¡Sangre de Cristo, ése sí que es todo un marino! Teníamos que volver a Main, él y yo, y en cambio me encuentro aquí, en este otro lugar... —Willoughby se acercó un poco más y dijo—: A ti te pregunto, adivino, ¿cómo puede ser que un hombre se acueste en Plymouth y se despierte en la India? Es sumamente extraño, ¿no?

—Sí que lo es —contestó Phillips.

—Pero aquel que está en un baile tiene que bailar, aunque sólo dé saltos, ¿eh? Así lo creo yo. —Señaló a las dos mujeres con un gesto—. Por lo tanto, para consolarme en esta tierra pagana he encontrado algo de diversión entre esas mujercitas portuguesas...

—¿Portuguesas? preguntó Phillips.

—¿Qué otra cosa pueden ser, sino portuguesas? ¿No son los portugueses los que dominan todas las costas de la India? Mira, aquí la gente es de dos clases, los moros y los otros, los de piel blanca; los amos y señores que utilizan estos baños. Si no son hindúes, y yo creo que no lo son, entonces tienen que ser portugueses.

Se echó a reír y apretó más a las mujeres contra sí, acariciando sus senos con fuerza, como si pasara la mano sobre el lomo de un animal.

—¿Acaso no es eso lo que sois, mis desvergonzadas papistas desnudas? ¿Un par de portuguesas?

Ellas se reían, pero no respondieron.

—No —dijo Phillips—. Esto es la India, pero no la India que tú conoces. Y estas mujeres no son portuguesas.

—¿Que no son portuguesas? —exclamó Willoughby, lleno de perplejidad.

—No más que tú; estoy completamente seguro de eso.

Willoughby se acarició la barba.

—Reconozco que me parecían muy raras para ser portuguesas. No he escuchado de sus bocas ni una sola palabra en portugués. Y también me resulta extraño que corrieren desnudos como Adán y Eva por estos baños y que me dejen robarles con toda libertad sus mujeres, lo cual no es muy propio de los portugueses, Dios lo sabe. Pero yo dije para mí: esto es la India, habrán decidido vivir de otra manera aquí...

—No —le dijo Phillips—. Te puedo asegurar que no son portugueses ni de ningún otro país europeo que tú conozcas.

—¡Demonio! Entonces, ¿qué son?

Empezó a explicar: «Ten ahora mucho tacto —advirtió Phillips—. Mucho tacto.»

—No está muy lejos de la verdad pensar que son espíritus de algún tipo, demonios incluso. O hechiceros que nos han sacado por arte de magia de nuestros lugares en el mundo. —Se detuvo un instante, buscando algún medio de compartir con Willoughby, de forma que éste lo pudiera asimilar, el misterio que los había envuelto. Tragó una gran bocanada de aire—. No sólo nos han traído del otro lado del mar, sino también a través del tiempo. Hemos sido los dos arrastrados a la profundidad de los días futuros.

Willoughby le miró completamente perplejo.

—¿Los días futuros? ¿Tiempos que aún no han venido, quieres decir? ¡Pues no entiendo nada!

—Trata de comprender, amigo. Somos náufragos en el mismo barco. Pero no hay manera de que nos podamos ayudar si no consigo hacerte ver...

Willoughby murmuró, sacudiendo la cabeza:

—En verdad, querido amigo, que considero tus palabras una soberana locura. Hoy es hoy y mañana es mañana. ¿Cómo puede un hombre saltar de uno a otro hasta que el mañana se haya hecho hoy?

—No tengo ni idea —contestó Phillips.

En el rostro de Willoughby se reflejaba la batalla que estaba sosteniendo, aunque seguramente no comprendía más que un ligero esbozo, como mucho, de lo que Phillips estaba intentando explicarle.

—Pero lo que sí sé es que hace mucho tiempo que murió tu mundo y todo lo que en él había. Y también el mío, a pesar de que nací cuatrocientos años después que tú, en tiempos de Isabel II.

Willoughby resopló con sorna:

—Cuatrocientos años...

—¡Tienes que creerme!

—¡No, no!

—Es la verdad. Tu tiempo es sólo historia para mí. Y mi tiempo y el tuyo son historia para ellos, historia antigua. Nos llaman visitantes, pero en realidad somos prisioneros.

Phillips notó que temblaba por la intensidad de su esfuerzo. Era consciente de que aquello le debía parecer una locura a Willoughby. También empezaba a parecérselo a él mismo.

—Nos han robado de nuestros propios tiempos, hurtándonos como gitanos en la noche...

—¡Oye, amigo! ¡Estás delirando como un lunático!

Phillips sacudió la cabeza. Se acercó aún más y agarró con fuerza la muñeca de Willoughby.

—¡Te lo ruego, escúchame!

Las ciudadanas observaban con atención, cuchicheando en voz baja y riendo.

—¡Pregúntales! —gritó Phillips—. ¡Que te digan en qué siglo estamos ahora! ¡Tú crees que en el XVI? ¡Pregúntales a ellas!

—¿En qué siglo vamos a estar? En el siglo dieciséis de la era de nuestro Señor.

—Ellas te dirán que en el cincuenta.

Willoughby le miró con compasión.

—Amigo, amigo, ¡qué lástima me das! ¡El cincuenta, desde luego! —Se echó a reír—. Compañero, escúchame tú ahora. No hay más que una Isabel, sana y salva en su trono de Westminster. Esto es la India. Estamos en el año 1591. Venga, robamos un barco a estos portugueses y volvamos a Inglaterra y quizás allí puedas regresar de alguna manera a tu América.

—No existe Inglaterra.

—¿Cómo puedes decir eso y no estar loco?

—Las ciudades y los países que conocíamos han desaparecido. Esas gentes viven como magos, Francis.

Era inútil ocultarle nada ya, pensó Phillips desanimado. Sabía que había perdido.

—Hacen aparecer ciudades de hace mucho tiempo y las construyen aquí y allá a su antojo, y cuando se cansan de ellas las destruyen y vuelven a empezar con otras nuevas. No existe Inglaterra. Europa está vacía, lisa, yerma. ¿Sabes qué ciudades hay? Sólo hay cinco en todo el mundo: la Alejandría de Egipto, Timbuctú en Africa, Nueva Chicago en América. Existe una gran ciudad en China, en Catay como creo que tú la llamarías. Y hay este lugar que llaman Mohenjo-daro y que es mucho más antiguo que Grecia, que Roma, que Babilonia.

—No. Todo esto es de lo más absurdo. Dices que estamos en un mañana lejano y después dices que estamos viviendo en una ciudad de hace muchísimos años —respondió Willoughby con voz pausada.

—Un conjuro, únicamente —contestó él, sumido en la desesperación—. Una copia exacta de esa ciudad, a la que esta gente le ha dado forma para su propio entretenimiento. Para lo mismo que estamos tú y yo aquí, para entre-tenerlos. Sólo

para entretenerlos.

—Estás completamente loco.

—Ven conmigo entonces. Vayamos a hablar con los ciudadanos que están junto a la piscina. Pregúntales en qué año estamos; pregúntales por Inglaterra; pregúntales cómo fue que llegaste hasta aquí. —Phillips volvió a cogerle la muñeca—. Deberíamos ser aliados. Si trabajamos juntos puede que descubramos alguna manera de escapar de este lugar, y...

—Déjame en paz, amigo.

—Por favor.

—¡Déjame en paz! —rugió Willoughby, librándose de golpe del apretón de Phillips. Sus ojos echaban chispas de rabia. Se incorporó en el agua y miró en torno, como buscando un arma. Las ciudadanas se escabulleron, acobardadas y al mismo tiempo encantadas por el estallido de fiereza del grandullón—. ¡Vete tú! ¡Vete, pero a la Casa de Locos! ¡Déjame en paz, chiflado! ¡Déjame en paz!

Lleno de tristeza, Phillips se pasó horas deambulando solo por las calles polvorientas y sin asfaltar de Mohenjo-daro. Su fracaso con Willoughby le había dejado el corazón desolado y sombrío. Había albergado la esperanza de luchar codo a codo con el isabelino contra los ciudadanos, pero veía que ya no iba a ser posible. Lo había estropeado todo, en ningún momento había sido posible lograr que Willoughby viera la verdad de su situación.

Bajo un calor sofocante erró entre los callejones, todos iguales y congestionados, entre las casas de techo plano, sin ventanas y de paredes lisas, hasta que salió a un amplio mercado. La ciudad se arremolinaba allí en un torbellino de loca actividad. Seudoactividad, mejor dicho, protagonizada por las intrincadas operaciones de miles de eventuales que no eran más que muñecos a los que se les había dado cuerda para ofrecer la ilusión de que la India de antes de los Vedas seguía siendo una realidad viva. En los puestos se vendían pequeños y hermosos sellos de piedra tallada con figuras de tigres y monos y de unas extrañas vacas con joroba, y las mujeres regateaban a voces con los artesanos por el precio de adornos de marfil, oro, cobre y bronce. Mujeres con aspecto fatigado ofrecían su mercancía, montañas de cacharros de loza rojiza con diseños en negro, sentadas en cuclillas. Nadie le prestaba atención. Él era allí el intruso, ni ciudadano ni eventual. Ellos, en cambio, estaban en su ambiente.

Siguió andando y pasó junto a los enormes graneros en los que se descargaban sin cesar carros de trigo y de grano molido sobre grandes plataformas redondas de ladrillo. Se metió en un restaurante atestado de clientes serios y silenciosos, de pie, apretujados ante pequeños mostradores de ladrillo. Phillips tomó una especie de pan redondo sin levadura, como una torta plana relleno de una carne picada tan fuerte que le quemó los labios. Después de comer, siguió andando y bajó por una amplia escalinata de bajos escalones de madera que llevaba a la parte baja de la ciudad. Allí vivían los campesinos en minúsculas habitaciones, hacinados como hormigas.

Era una ciudad opresiva, pero no sucia. La enorme preocupación por la higiene le llenaba de sorpresa. En todas partes había pozos, fuentes y retretes públicos, y de cada edificio salían desagües que desembocaban en pozos negros cubiertos. No había esas alcantarillas abiertas ni esos canalones al aire que él sabía que todavía se podían ver en la India de su época. Phillips se preguntó si la antigua Mohenjo-daro había sido en realidad tan escrupulosa, o si los ciudadanos la habían vuelto a diseñar para satisfacer sus propias necesidades de limpieza. No. Lo más seguro era que fuese auténtico lo que veía, concluyó, una faceta más de la disciplina obsesiva que había dado a la ciudad esa rigidez de formas. Si Mohenjo-daro hubiera sido un agujero infecto y maloliente, seguro que los ciudadanos la hubieran recreado exactamente de esa manera, y les hubiera encantado y les hubiera fascinado su asquerosa inmundicia.

No es que Phillips hubiera percibido siempre una preocupación excesiva por la autenticidad en los ciudadanos.

Mohenjo-daro, como todas las otras ciudades restauradas que había visitado, estaba llena de los anacronismos habituales. Pudo ver imágenes de Shiva y de Krishna desperdigadas en las paredes de los edificios que pensó podían ser templos, y la cara benigna de la diosa madre Kali dibujada en las plazas. Con toda probabilidad, aquellas divinidades habían surgido en la India mucho después de que desapareciera la civilización de Mohenjo-daro. ¿Es que los ciudadanos eran indiferentes a los asuntos de la cronología? ¿O bien los ciudadanos sentían un travieso placer al mezclar las épocas: una mezquita y una iglesia en la Alejandría griega, dioses hindúes en la Mohenjo-daro prehistórica? Podía ser que los archivos que conservaban del pasado se hubieran contaminado con errores de este tipo en el transcurso de tantos miles de años. No le hubiera extrañado nada haber visto pancartas con retratos de Gandhi y Nehru sacadas en procesión por las calles.

Y también había fantasías y quimeras campando a sus anchas, como si los ciudadanos no tuvieran el más mínimo problema en saltarse la frontera entre la historia y el mito: pequeños y gordos Ganezas con cabeza de elefante metiendo alegremente sus trompas en las fuentes; una mujer con seis brazos y seis cabezas tomando el sol en una terraza de ladrillo. ¿Por qué no? Seguro que éste era el lema de esa gente: ¿por qué no?, ¿por qué no?, ¿por qué no? Podían hacer lo que se les antojara, y lo hacían. Sin embargo, Gioia le había dicho mucho tiempo atrás: «Los límites son muy importantes». ¿En qué?, se preguntaba Phillips. ¿En qué se ponía límites esta gente salvo en el número de ciudades? ¿Acaso habían fijado un contingente de «visitantes» a los que podían secuestrar del pasado? Hasta hoy creía que él era el único, pero ahora sabía que por lo menos había otro y posiblemente había más en otras partes, algunos pasos por detrás o por delante suyo, haciendo el circuito con los ciudadanos que viajaban sin cesar de Nueva Chicago a Chang-an, de Chang-an a Alejandría. «Deberíamos unir nuestras fuerzas —pensó Phillips— y obligarles a que nos devolvieran a nuestras épocas.» ¿Obligarles? ¿Cómo? ¿Presentando quizás una demanda en masa? ¿Manifestándonos por las calles? Pensó

con tristeza en su fracaso para hacer causa común con Willoughby. «Somos aliados naturales —pensó—. Juntos, quizá habríamos conseguido que esta gente se hubiera compadecido de nosotros.» Pero para Willoughby debía resultar literalmente impensable que su Buena Reina Isabel y sus súbditos estuvieran separados por una gruesa barrera de siglos. Preferiría creer que Inglaterra estaba sólo a unos meses de viaje, al otro lado del Cabo de Buena Esperanza, y que sólo tenía que capitanear una nave y poner rumbo a casa. Pobre Willoughby, probablemente no volvería a ver nunca su casa.

El mismo pensamiento asaltó de repente a Phillips:

«Tampoco tú.»

Y después:

«Si pudieras, ¿querrías de verdad irte a casa?»

Una de las primeras cosas que había advertido en ese lugar era que apenas conocía nada importante de su existencia anterior. Su mente estaba bien surtida de detalles sobre la vida en el Nueva York del siglo XX, eso seguro, pero de sí mismo no sabía mucho más de que se llamaba Charles Phillips y que procedía de 1984. ¿Profesión? ¿Edad? ¿Sus padres? ¿Tenía mujer? ¿Hijos? ¿Un perro, un gato, aficiones? Ningún dato; nada. Posiblemente los ciudadanos le habían sustraído todos esos recuerdos cuando lo trajeron aquí, para evitarle la pena de la separación. Quizás eran capaces de esa gentileza. Conociendo tan poco de lo que había perdido, ¿cómo iba a echarlo de menos? Willoughby parecía recordar muchas más cosas de su vida anterior y por ello las echaba más de menos. De eso se había librado Phillips. ¿Por qué no quedarse aquí, viajar de una ciudad a otra, viendo todas las maravillas del pasado a medida que los ciudadanos las fueran conjurando a la vida? ¿Por qué no? ¿Por qué no? De cualquier modo, su posibilidad de elegir era nula.

Dirigió sus pasos de vuelta a la ciudadela y los baños. Se sentía un poco como un fantasma andando por una ciudad de fantasmas.

Belilala parecía no haberse dado cuenta de que Phillips había estado fuera casi todo el día. Estaba sentada sola en la terraza de los baños, sorbiendo con placidez una bebida espesa y lechosa, espolvoreada por encima con una especia oscura. Cuando le ofreció un poco, él lo rechazó con la cabeza.

—¿Te acuerdas que mencioné haber visto un hombre barbudo y pelirrojo esta mañana? —preguntó Phillips—. Es un visitante, me dijo Hawk.

—¿Sí? —dijo Belilala.

—¿Procedente de una época cuatrocientos años anterior a la mía. Piensa que los demonios lo trajeron aquí. —Phillips dirigió a la joven una mirada indagadora—. Yo también soy un visitante, ¿verdad?

—Claro, cariño.

—¿Y cómo me trajeron aquí? ¿Los demonios, también?

Belilala sonrió sin inmutarse.

—Le tendrás que preguntar a otro. A Hawks, quizá. La verdad es que no me he

enterado de esos detalles muy bien.

—Ya. ¿Sabes si hay muchos visitantes aquí?

—No muchos, no —dijo con un movimiento lánguido de los hombros—. La verdad es que no muchos. Sólo sé de tres o cuatro, aparte de ti. En este momento ya debe de haber otros, supongo. —Posó su mano con suavidad sobre la de Phillips—. ¿Te lo estás pasando bien en Mohenjo, Charles?

Phillips ignoró la pregunta, hizo como si no la hubiera oído.

—Le pregunté a Hawk por Gioia —dijo.

—¿Oh?

—Me dijo que ya no está aquí. Que se había ido a Timbuctú o a Nueva Chicago, no estaba muy seguro de cuál de las dos.

—Eso es muy probable. Como sabe todo el mundo, Gioia no se suele quedar mucho tiempo en el mismo lugar.

Phillips asintió.

—Dijiste el otro día que Gioia es corta-de-tiempo. Eso significa que va a envejecer y va a morir, ¿no?

—Creía que eso ya había quedado claro, Charles.

—Pero tú no envejecerás, ¿no? Ni Hawk, ni Stengard, ni ningún otro de vuestro grupo, ¿no?

—Viviremos tanto tiempo como queramos —dijo Belilala—. Pero no envejeceremos, no.

—¿Qué hace que una persona sea corta-de-tiempo?

—Nacen así, creo. Algún gen perdido, algún gen extra, no lo sé en realidad. Es extraordinariamente raro, y nada se puede hacer para ayudarlos. El envejecimiento es muy lento, pero nada puede detenerlo.

Phillips volvió a asentir.

—Debe de ser muy desagradable —dijo— ver que eres la única persona que envejece en un mundo en el que todos son siempre jóvenes. No me extraña que Gioia sea tan impaciente. No me extraña que siempre vaya corriendo de un lugar a otro. No me extraña que se uniera con tanta rapidez al bárbaro y peludo visitante del siglo XX, en el que todos eran cortos-de-tiempo. Ella y yo tenemos algo en común, ¿no crees?

—Es una manera de decirlo, sí.

—Nosotros comprendemos la vejez, la muerte. Dime, Belilala, ¿es probable que Gioia muera pronto?

—¿Pronto? ¿Pronto? —preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿Qué es pronto? ¿Y cómo te lo podría decir? Lo que para ti es pronto no es exactamente igual a lo que es pronto para mí, Charles. —Entonces cambió su actitud. Por primera vez parecía estar prestando atención a lo que él decía—. No, no, Charles. No creo que se vaya a morir pronto.

—Cuando ella me dejó en Chang-an, ¿fue porque se había cansado de mí?

Belilala negó con un gesto.

—Simplemente estaba impaciente. No tuvo nada que ver contigo. Nunca se cansó de ti.

—Pues entonces voy a ir a buscarla. Allá donde pueda estar, en Timbuctú, Nueva Chicago, la encontraré. Gioia y yo nos pertenecemos.

—Quizá sea así —dijo Belilala—. Sí. Sí, creo que sí. —Su voz no sonaba triste, ni parecía sentirse abandonada o rechazada—. Sea como sea, Charles, ve con ella. Síguela. Encuéntrala. Dónde quiera que esté.

Ya habían empezado a desmontar Timbuctú cuando Phillips llegó. Mientras se hallaba todavía en el volador, sobrevolando la llanura leonada y polvorienta en la que el río Níger se encuentra con las arenas del Sáhara, se sintió invadido por una intensa emoción al mirar hacia abajo y ver los edificios de la gran capital del desierto, con sus estructuras cuadradas de ladrillos de barro y sus tejados planos. Pero cuando aterrizó vio robots recubiertos de un brillante metal por todas partes, como un aguerrido enjambre de relucientes insectos gigantes que devorasen todo lo que encontraban a su paso.

Phillips no había visto ni oído hablar nunca de esos robots. O sea que así era cómo se llevaban a cabo todos aquellos milagros, con un ejército de obedientes máquinas. Los podía ver saliendo de la tierra cada vez que necesitaran sus servicios, surgiendo de algún solitario almacén subterráneo para levantar Venecia, Tebas, Knossos, Houston o cualquier lugar que se deseara, esmerándose hasta los más pequeños detalles para luego, un poco más tarde, volver y deshacer todo lo que habían creado. Podía verlos derrocando diligentemente las paredes de adobe, demoliendo los portones claveteados, derribando con excavadoras los asombrosos laberintos de calles y callejones, destruyendo el mercado. La última vez que estuvo en Timbuctú, había visto ese mercado lleno hasta rebosar de tus regs embozados y de moros fanfarrones, de negros sudaneses, de astutos comerciantes sirios, y todos ellos dedicados a regatear el precio de camellos, caballos, burros, bloques de sal, de enormes melones, de pulseras de plata, de espléndidos Coranes en vitela. Todos se habían ido ya, toda aquella multitud de eventuales de piel morena. Y tampoco quedaban ciudadanos. El polvo de la destrucción hacía el aire irrespirable. Uno de los robots se acercó a Phillips y le dijo con una voz áspera y zumbona, como de insecto.

—Usted no debe estar aquí. Esta ciudad está clausurada.

Phillips se quedó mirando los centelleos de la banda de scanners y sensores sobre lo que se podría considerar la boca reluciente de la criatura.

—Estoy tratando de encontrar a una persona, a una ciudadana que quizá haya estado recientemente por aquí. Su nombre es...

—Esta ciudad está clausurada —repitió el robot.

No le dejarían quedarse ni una hora.

—No hay comida aquí —dijo el robot—, ni agua, ni cobijo. Esto ya no es ningún sitio. No debe quedarse. No debe quedarse. No debe quedarse.

Esto ya no es ningún sitio.

Quizás entonces la podría encontrar en Nueva Chicago. Volvió a subir al volador en dirección noroeste sobre el inmenso vacío. La tierra que podía ver a sus pies se curvaba hacia el difuso horizonte, desnuda y estéril. ¿Qué habían hecho con los vestigios del mundo que les había precedido? ¿Habrían soltado a su ejército de escarabajos metálicos para que lo arrasaran todo? ¿No había por ninguna parte ruinas, auténticas ruinas de la antigüedad? ¿Ninguna piedra de Roma, ningún recuerdo de Jerusalén, ningún trocito de la Quinta Avenida? A sus pies todo era desolación. Un escenario vacío a la espera del siguiente decorado. El volador trazó un amplio arco sobre la prominente joroba de África y después sobre lo que debía de ser el sur de Europa. El pequeño vehículo lo hacía todo, dejándolo dormir o mirar a su antojo. A lo lejos veía pasar continuamente otros voladores, como gotas aladas oscuras y lejanas apenas perfiladas contra la cegadora claridad del cielo. Hubiera deseado poder contactar con ellos por radio, pero no tenía ni idea de cómo se hacía. Ni siquiera de lo que iba a decir. Sólo quería oír una voz humana en medio de esa soledad tan absoluta. Podría haber sido perfectamente el último hombre sobre la tierra. Cerró los ojos y pensó en Gioia.

—¿Así? —preguntó Phillips.

En una habitación ovalada y revestida de marfil, a sesenta pisos sobre las calles suavemente iluminadas de Nueva Chicago, Phillips acercó a su labio superior un pequeño y frío recipiente de plástico y apretó un botón que había en la parte de abajo. Oyó un sonido de espuma y, al poco rato, un humo azul le llegó hasta la nariz.

—Sí —dijo Cantilena—. Así es como se hace.

Phillips percibió un débil aroma a canela y clavo y a algo que bien hubiera podido ser langosta a la plancha. De repente, sintió que le invadía un espasmo de vértigo y su cabeza se empezó a llenar de visiones: catedrales góticas, las pirámides, Central Park recién nevado, los áridos laberintos de ladrillo de Mohenjo-daro, y otros mil lugares diferentes al mismo tiempo. Un delirante viaje en montaña rusa a través del tiempo y el espacio, que parecía durar siglos. Por fin, su cabeza se aclaró y miró a su alrededor, parpadeando, dándose cuenta de que todo aquello había durado apenas un instante. Cantilena seguía a su lado. Los demás ciudadanos que estaban en la habitación, unos quince o veinte, no se habían movido. El extraño hombrecillo de piel color verdosa, situado junto a la pared opuesta, seguía mirándole.

—¿Y bien? —preguntó Cantilena— ¿Qué te parece?

—Increíble.

—Y muy real. Es una nueva droga de Nueva Chicago. La fórmula exacta. ¿Quieres otro?

—Ahora no —dijo Phillips, un poco incómodo.

Vaciló y tuvo que esforzarse para recobrar el equilibrio. Inhalar aquello no había sido muy buena idea, pensó.

Llevaba en Nueva Chicago una semana, o tal vez dos, y todavía padecía la falta de orientación que siempre le provocaba esa ciudad. Era la cuarta vez que la visitaba,

y cada vez le había sucedido lo mismo. Nueva Chicago era la única de las ciudades reconstruidas de este mundo en un momento posterior a su propia época. Para él era un avance del futuro inaprensible. Para los ciudadanos, era una pintoresca reproducción del pasado arqueológico. Aquella paradoja le dejaba sumido en un torbellino de confusión y angustia.

Lógicamente, le era imposible averiguar lo que le había sucedido a la vieja Chicago. Lo que sí estaba claro era que había desaparecido sin dejar rastro: ni la Water Tower, ni Marina City, ni el edificio del Tribune, ni un fragmento, ni un átomo. Pero era inútil preguntarle a algún habitante del millón y pico que tenía Nueva Chicago, acerca de su predecesora. Eran sólo eventuales, no sabían más que lo que tenían que saber, y lo único que tenían que saber era cómo cumplir con los requisitos de aquello que servía para crear la ilusión de ciudad real. No necesitaban saber historia antigua.

Y tampoco era muy probable que le pudiera sacar nada a un ciudadano. A los ciudadanos no parecían preocuparles demasiado los datos eruditos. No le habían dado motivo para creer que el mundo no fuera para ellos más que un parque de atracciones. Pero, sin duda, en alguna parte debería haber alguien dedicado al estudio concienzudo de las civilizaciones antiguas perdidas, porque ¿cómo, si no, iban a poder reconstruir las ciudades con esa maestría? «Los planificadores —había oído decir una vez a Nissandra o a Aramayne— están ya metidos de lleno en la investigación de Bizancio.» Pero ¿quiénes eran los planificadores? No tenía ni idea. Por lo que había visto, eran los robots. Quizá los robots fueran los amos verdaderos de toda esta época, los que construían las ciudades, no para que se divirtieran los ciudadanos, sino en un empeño por comprender la vida del mundo que había terminado. Una especulación algo fantasiosa, sí, pero con su algo de lógica, pensó.

A Phillips le agobiaba la animación que, por todas partes, se veía en la fiesta.

—Necesito un poco de aire —le dijo a Cantilena, y se dirigió a la ventana.

Era muy estrecha, pero dejaba pasar una brisa agradable. Se detuvo a contemplar la extraña ciudad que había a sus pies.

Lo único que tenían en común la nueva y la vieja Chicago era el nombre. Por lo menos, la habían construido a lo largo de la orilla occidental de un gran lago interior que tal vez fuera el lago Michigan, aunque cuando lo había sobrevolado le había parecido más ancho y menos alargado que el lago que recordaba. La ciudad en sí era una delicada fantasía de edificios esbeltos y de colores suaves que terminaban en insólitos ángulos y que estaban unidos por puentes aéreos ligeramente ondulados. Las calles eran como largos paréntesis que tocaban el lago en sus extremos norte y sur, doblándose en un elegante arco al Oeste en mitad de su recorrido. En medio de cada gran avenida se extendía una vía para el transporte público, unos vehículos aerodinámicos con forma de burbuja que se deslizaban sobre ruedas silenciosas. Y a cada lado de la vía, dos zonas ajardinadas exuberantes. Era hermoso, asombrosamente hermoso, pero sin alma. Había demasiadas sedas y púrpuras.

Alguien se había acercado a Phillips y le dijo con una voz suave:

—¿Se encuentra mal?

Phillips se dio la vuelta. El hombre de color verde estaba junto a él. Un hombre compacto y preciso, de aspecto ligeramente oriental. Su piel tenía un curioso color gris verdoso que Phillips no había visto jamás, y una textura extraordinariamente suave, como si fuera de porcelana.

—No —dijo—. Sólo un poco mareado. Esta ciudad siempre me aturde.

—Supongo que puede llegar a ser desconcertante —replicó el hombrecillo.

Hablaba con una voz pastosa y velada y su inflexión era poco corriente. Tenía algo de felino. Un aspecto vigoroso, duro, casi amenazador.

—¿Visitante, no?

Phillips le examinó un instante.

—Sí —respondió.

—También yo, naturalmente.

—¿En serio?

—Desde luego. —El hombrecillo sonrió—, ¿Cuál es tu época? ¿El siglo veinte? El veintiuno como mucho, diría yo.

—Soy de 1984. 1984 de la era cristiana.

Otra sonrisa, esta vez de complacencia.

—No he fallado por mucho, entonces. —Y, con un movimiento brusco de cabeza—: Y'ang-Yeovil.

—Perdone, ¿cómo dice? —preguntó Phillips.

—Y'ang-Yeovil. Mi nombre. Ex coronel Y'ang-Yeovil de la Tercera Septentriada.

—¿Está eso en otro planeta? —preguntó Phillips, un poco desconcertado.

—Oh, no, en absoluto —dijo Y'ang-Yeovil con afabilidad—. En este mismísimo mundo, se lo aseguro. Soy de origen completamente humano. Ciudadano de la República del Alto Han, nacido en la ciudad de Port Ssu. Y usted... perdone... ¿su nombre?

—Ah, disculpe. Phillips. Charles Phillips. De la ciudad de Nueva York, antes.

—¡Hum, Nueva York! —La cara de Y'ang-Yeovil se iluminó al creer reconocer el nombre, pero el brillo se apagó rápido—. Nueva York... Nueva York era muy famosa, lo sé.

«¡Qué extraño es todo esto! —pensó Phillips, y sintió aún mayor compasión por el pobre y atónito Willoughby—. Este hombre procede de un tiempo tan posterior al mío que apenas sabe nada de Nueva York. De hecho, debe de ser contemporáneo de la verdadera Nueva Chicago. Me gustaría saber si encuentra fidedigna esta versión... y sin embargo para los ciudadanos este Y'ang-Yeovil es igual de primitivo, una curiosidad de la antigüedad.»

—Nueva York era la ciudad más grande de los Estados Unidos de América —dijo Phillips.

—Sí, claro. Muy famosa.

—Pero deduzco que prácticamente olvidada en tiempos de la República del Alto Han.

—Hubo algunos disturbios entre su época y la mía —dijo Y'ang-Yeovil un poco incómodo—, Pero de ningún modo quiero que saque la impresión por mis palabras que su ciudad fue...

De repente resonó una carcajada en toda la habitación.

Acababan de llegar cinco o seis personas a la fiesta. Phillips miró, abrió la boca y quedó atónito. Con toda certeza se trataba de Stengard... y Aramayne a su lado... y aquella otra mujer, medio oculta tras ellos...

—Si me disculpa un momento... —dijo Phillips, alejándose bruscamente de Y'ang-Yeovil—. Por favor, perdone. Es que acaba de llegar... una persona que he estado buscando mucho tiempo.

Y se echó a correr hacia ella.

—¿Gioia? —llamó—. ¡Goia, soy yo! ¡Espera! ¡Espera!

Stengard estaba en medio. Aramayne, que había vuelto en busca de un puñado de los pequeños inhaladores de Cantilena, también le bloqueaba el paso. Phillips pasó entre medias a empujones, como si no estuvieran allí. Gioia, que casi salía ya por la puerta, se detuvo y le miró como un ciervo asustado.

—No te vayas —y la cogió de la mano.

Phillips estaba sorprendido por su aparición. ¿Cuánto tiempo hacía desde su extraña separación aquella noche llena de misterios en Chang-an? ¿Un año? ¿Año y medio? Eso creía. ¿O había perdido la noción del tiempo? ¿Era su percepción del paso de los meses en aquel mundo tan poco digna de confianza? Ella parecía diez o quince años mayor. Quizá sí hubiera pasado ese tiempo; quizá los años se le habían pasado aquí como en un sueño, sin darse cuenta. Se la veía cansada, marchita, ajada. Desde una cara enflaquecida y extrañamente cambiada, sus ojos le dirigieron una mirada llena de fuego y parecían decirle, casi desafiantes: ¿ Ves? ¿ Ves qué fea me he vuelto?

—Te he estado persiguiendo... no sé cuánto tiempo, Gioia. En Mohenjo, en Timbuctú, ahora aquí. Quiero volver a estar contigo —le dijo Phillips.

—No es posible.

—Belilala me lo explicó todo en Mohenjo. Sé que eres una de los que llaman cortos-de-tiempo... sé lo que esa expresión significa, Gioia. Pero ¿y qué? Te estás volviendo un poco vieja. ¿Y qué? Sólo tendrás trescientos o cuatrocientos años, en lugar de toda la eternidad. ¿No crees que yo también sé lo que significa ser un corto-de-tiempo? Sólo soy un simple viejo del siglo veinte, ¿recuerdas? Sesenta, setenta, ochenta años es todo lo que tenemos. Tú y yo padecemos la misma desgracia, Gioia. Eso fue lo primero que te atrajo en mí. Estoy completamente seguro de ello. Y por eso debemos estar juntos ahora. Por poco que sea el tiempo que nos quede, lo podemos pasar juntos, ¿no te das cuenta?

—Tú eres el que no te das cuenta, Charles —dijo Gioia con dulzura.

—Quizá. Quizá siga sin comprender ni una maldita cosa de este lugar. Excepto que tú y yo..., que yo te quiero..., que creo que tú me quieres...

—Te quiero, sí. Pero no lo comprendes. Precisamente porque te quiero, tú y yo..., tú y yo no podemos...

Con un suspiro lleno de desesperanza, Gioia se soltó de su mano. Phillips quiso volver a cogerla, pero ella se escabulló e hizo ademán de volver al pasillo.

—¡Gioia!

—Por favor —dijo ella—. No. Nunca habría venido si hubiera sabido que estabas aquí. No me sigas. Por favor. ¡Por favor!

Se dio la vuelta y salió corriendo.

Phillips se quedó largo rato mirando cómo se alejaba. Cantilena y Aramayne se le acercaron y le sonrieron como si nada hubiera pasado. Cantilena le ofreció un frasco que contenía un líquido chisporroteante color ámbar, pero Phillips lo rechazó con brusquedad. «¿Adónde puedo ir ahora? —se preguntó— ¿Qué puedo hacer?» Lentamente, volvió a la fiesta.

Y'ang-Yeovil se le unió.

—Sufre usted una gran aflicción —murmuró el hombrecillo.

—Déjeme en paz.

Phillips le dirigió una mirada llena de ira.

—Tal vez pueda ayudarle en algo.

—No hay ayuda posible —dijo Phillips.

Miró a su alrededor y vio una bandeja llena de aquellos frascos. Cogió uno y se tragó de golpe su contenido. Le hizo sentirse como si fuera dos personas, una a cada lado de Y'ang-Yeovil. Se tragó otro, y ahora era cuatro.

—Estoy enamorado de una ciudadana —dijo de repente. Le pareció que estaba hablando a coro.

—Amor. Ah. ¿Y ella le quiere?

—Eso creía. Eso creo. Pero ella es un corto-de-tiempo. ¿Sabe qué quiere decir eso? Que no es inmortal como los otros. Que envejece. Está empezando a hacerse vieja y, por eso, está huyendo de mí. No quiere que yo vea cómo está cambiando. Supongo que ella piensa que me dará asco. He intentado recordarle que yo tampoco soy inmortal, que podríamos envejecer juntos, pero ella...

—Oh, no —dijo tranquilamente Y'ang-Yeovil—. ¿Por qué piensa que va a hacerse viejo? ¿Ha envejecido algo en todo el tiempo que lleva aquí?

Phillips estaba anonadado.

—Claro que sí. Yo..., yo...

—¿De verdad? —Y'ang-Yeovil sonrió—. Escuche. Mírese. Hizo un movimiento extraño con los dedos y entre ellos apareció un campo brillante de luz semejante a un espejo. Phillips se miró en este reflejo, y una cara joven le devolvió la mirada. Entonces, era verdad. Realmente no había pensado nunca en ello. ¿Cuántos años llevaba en ese mundo? El tiempo había ido pasando. Un montón de tiempo, aunque

no sabría calcular cuánto. Esta gente no parecía llevar la cuenta, ni tampoco él. «Pero han debido de ser muchos años», pensó. Todo ese incesante viajar arriba y abajo del planeta; tantas ciudades que habían sido y habían desaparecido: Río, Roma, Asgard, las tres primeras que le vinieron a la memoria. Y hubo otras; apenas podía recordarlas todas. Años. Su rostro no había sufrido ningún cambio. El tiempo había marcado cruelmente el de Gioia, sí, pero no el suyo.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Por qué no me vuelvo viejo?

—Porque no es real —contestó—. ¿Es que no lo sabía?

—¿No soy... real? —parpadeó Phillips.

—¿Piensa que lo iban a sacar de su tiempo con su forma corporal? —preguntó el hombrecillo—. No, no, no pueden hacer eso de ninguna manera. No somos verdaderos viajeros del tiempo. Ni usted, ni yo, ni ninguno de los visitantes. Creía que ya lo sabía. Quizá su época sea demasiado anterior como para tener una comprensión adecuada de estos fenómenos. Estamos muy bien hechos, amigo mío. Somos ingeniosas construcciones que han rellenado magistralmente con los pensamientos, actitudes y avatares de la época de cada cual. Somos su hazaña más lograda, mucho más complejos que cualquiera de las ciudades. Estamos un paso por delante de los eventuales. Más que un paso: montones de pasos. Los eventuales sólo hacen lo que se les ha instruido que hagan, su campo es muy limitado. En realidad, sólo son máquinas. Mientras que nosotros tenemos autonomía. Nos movemos guiados por nuestra propia voluntad; pensamos, hablamos, incluso, según parece, nos enamoramos. Pero no envejecemos. ¿Cómo podríamos envejecer? Sólo somos una red de reacciones mentales. Somos simples ilusiones, tan bien hechas que nos engañamos incluso a nosotros mismos. ¿No lo sabía? ¿De verdad qué no lo sabía?

Phillips estaba en pleno vuelo, pulsando al azar los selectores de destino. En cierto momento se vio encaminándose de regreso a Timbuctú. La ciudad está cerrada.

Esto ya no es un lugar. No le importaba. ¿Por qué tenía que importarle nada?

En su interior sintió ira y una sofocante desesperación. «Soy un programa —pensó Phillips—. No soy más que un programa.»

No somos reales. Muy bien hechos. Una ingeniosa construcción. Una mera ilusión.

No se veía ni rastro de Timbuctú desde el aire, pero aun así aterrizó. La tierra, arenosa y gris, estaba lisa, sin revolver, como si nunca hubiera habido nada sobre ella. Algunos robots seguían allí, realizando cualquier tipo de tarea final que exigiera el cierre definitivo de una ciudad. Dos de ellos corrieron hacia él. Dos inmensos insectos con una reluciente piel de plata, nada amistosos.

—Aquí no hay ciudad —dijeron—. Este no es un lugar autorizado.

—¿Autorizado por quién?

—No hay motivo para que esté aquí.

—No hay motivo para que esté en ninguna parte —dijo Phillips.

Los robots se agitaron, emitiendo zumbidos y siniestros chasquidos, moviendo

inquietos las antenas. «Parecen preocupados —pensó—. Parece que no les gusta mi actitud. Quizá corro el peligro de que me lleven donde desarmen el material software defectuoso.»

—Ya me voy —les dijo—. Gracias. Muchas gracias.

Se alejó de ellos y subió al volador. Pulsó más selectores de destino.

Nos movemos guiados por nuestra propia voluntad. Pensamos, hablamos, incluso nos enamoramos.

Aterrizó en Chang-an. En esta ocasión no había comité de bienvenida esperándole en la Puerta de la Virtud Resplandeciente. La ciudad parecía más grande y más brillante. Pagodas nuevas, palacios nuevos. Parecía invierno por el viento que soplaba, frío y cortante. El cielo estaba despejado; su claridad deslumbraba. En los escalones de la Terraza de Plata se encontró con Francis Willoughby, su corpachón grande y pesado envuelto en magníficos ropajes brocados, y acompañado de dos pequeñas y delicadas eventuales, bonitas como estatuillas de jade, cobijadas bajo sus brazos.

—¡Milagros y maravillas! ¡Mi pobre y lunático amigo también está aquí! —rugió Willoughby—. ¡Vaya, vaya, hemos venido los dos a la lejana Catay!

«No estamos en ninguna parte —pensó Phillips—. Somos meras ilusiones, tan bien hechas que incluso nos engañamos a nosotros mismos.» Pero a Willoughby le dijo:

—Pareces un emperador con esos ropajes, Francis.

—¡Sí, como el preste Juan! —gritó Willoughby—. Como el mismísimo Tamburlaine. ¡Eh?, ¿no estoy majestuoso?

Le propinó a Phillips una jocosa palmada en el hombro, un golpe tan fuerte y festivo que casi le hizo girar sobre sí mismo, tosiendo y jadeando.

—¡Volamos por el aire, como las águilas, como los demonios, como los ángeles! ¡Subimos como los ángeles!

Se acercó a Phillips, dibujando su sombra contra él.

—Me hubiera ido a Inglaterra, pero esa moza, Belilala, me dijo que un encantamiento me apartaría de Inglaterra por el momento. Así que nos hemos venido a Catay. Dime, amigo, ¿querrás confirmar mi testimonio cuando volvamos a Inglaterra? ¿Para jurar que todo lo que nos ha ocurrido nos ha ocurrido de verdad? Porque me temo que dirán que estoy tan loco como Marco Polo, cuando les cuente que he volado hasta Catay.

—¿Un loco avalando a otro? —preguntó Phillips—. ¿Qué quieres que te diga? Sigues creyendo que podrás llegar a Inglaterra, ¿verdad? —Estaba a punto de estallar de cólera—. Francis, Francis, ¿conoces a tu Shakespeare? ¿Vas al teatro? Nosotros no somos reales, no somos reales. Somos de la materia con la que están hechos los sueños, los dos. Eso es todo lo que somos. ¡Oh, valiente mundo nuevo! ¿Qué Inglaterra? ¿Dónde? No existe Inglaterra. No existe Francis Willoughby. No existe Charles Phillips. Lo que somos es...

—Déjale en paz, Charles —le cortó una voz fría.

Phillips dio media vuelta y vio a Belilala que bajaba por las escaleras de la Terraza de Plata, vestida con las ropas de una emperatriz.

—Sé la verdad —le dijo con amargura—. Y'ang-Yeovil me la contó. El visitante del siglo veinticinco. Le vi en Nueva Chicago.

—¿Viste también a Gioia? —preguntó Belilala.

—Fugazmente. Ha envejecido mucho.

—Sí, lo sé. Estuvo aquí hace poco.

—Y supongo que se habrá vuelto a marchar, ¿no?

—Sí, otra vez a Mohenjo. Ve con ella, Charles. Deja al pobre Francis en paz. Le dije a Gioia que te esperara. Le dije que te necesita, y que tú la necesitas a ella.

—Eres muy amable. Pero ¿de qué sirve, Belilala? Yo ni siquiera existo y ella se va a morir.

—Tú existes. ¿Cómo puedes dudar de que existes? ¿Sientes, no? Sufres. Quieres. Quieres a Gioia, ¿no? Y Gioia te quiere a ti. ¿Podría Gioia querer a alguien que no es real?

—¿Tú crees que me quiere?

—Lo sé. Ve con ella, Charles. Ve. Le dije que te esperara en Mohenjo.

Phillips asintió sin decir palabra. ¿Qué podía perder?

—Ve con ella —volvió a decir Belilala—. Ahora mismo.

—Sí —dijo Phillips—. Me iré ahora.

Se volvió hacia Willoughby.

—Si alguna vez nos vemos en Londres, amigo, testificaré en tu nombre. No temas. Todo saldrá bien, Francis.

Se alejó de ellos y puso rumbo a Mohenjo-daro, en parte esperando ver allí a los robots derribándola. Sin embar

go, Mohenjo-daro seguía en su sitio, y no más atractiva que antes. Se dirigió a los baños con la idea de hallar en ellos a Gioia, pero en lugar de Gioia se encontró con Nisandra, Stengard, Fenimon.

—Se ha ido a Alejandría —le contó Fenimon—, Quería volver a verla antes de que la cierren.

—Están a punto de abrir Constantinopla —le explicó Stengard—. Ya sabes, la capital de Bizancio. La gran ciudad a orillas del Cuerno de Oro. Claro, cuando se abra Bizancio se llevarán Alejandría. Dicen que va a ser maravilloso. Te veremos allí para la inauguración, ¿no?

—Naturalmente —dijo Phillips.

Voló hasta Alejandría. Se sentía cansado y sin rumbo. «Esto es una locura sin sentido —se dijo—. No soy más que una marioneta dando saltos, cogida a sus hilos.» Pero cuando volaba por encima del reluciente corazón del Mar de Arabia, algo que Belilala le había dicho empezó a adquirir su más profundo significado y sintió que su amargura, su rabia, su desesperación empezaban a abandonarle. Tú existes. ¿Cómo

puedes dudar de que existes? ¿Podría Gioia querer a alguien que no es real? Desde luego. Desde luego. Y'ang-Yeovil estaba equivocado: los visitantes eran algo más que simples ilusiones. Por supuesto que Y'ang-Yeovil había dicho la verdad, pero sin comprender en realidad lo que estaba diciendo: Pensamos, hablamos, nos enamoramos. Desde luego. Ése era el fondo de la cuestión. Tal vez que los visitantes fueran artificiales, pero eran reales. Era justamente lo que Belilala le había intentado explicar la noche anterior. Tú sufres. Quieres. Quieres a Gioia. ¿Podría Gioia querer a alguien que no fuera real? Por supuesto que él era real o, por lo menos, lo suficientemente real. Él era algo nada corriente, algo que probablemente le hubiera resultado poco menos que incomprensible a la gente del siglo veinte. Esa gente que él, Phillips, emulaba porque así había sido diseñado. Pero eso no significaba que no fuera real. ¿Acaso tenías que nacer de una mujer para ser real? No. No. No. La clase de realidad a la que él pertenecía era una realidad autosuficiente. No tenía por qué sentirse avergonzado de ello. Y, una vez comprendido eso, Gioia no tenía por qué envejecer y morir. Existía una forma de que ella se pudiera salvar: bastaba con que quisiera. Si ella quisiera...

En cuanto aterrizó en Alejandría se dirigió al hotel que había en la ladera del Paneio, aquél en el que se alojaron en su primera visita, tanto tiempo atrás. Y allí estaba Gioia, sentada en silencio en una terraza con vistas al puerto y al Faro. Su manera de estar sentada reflejaba cierta tranquilidad y resignación. Se había rendido. No le quedaban fuerzas para seguir huyendo de él.

—Gioia —la llamó con ternura.

Estaba aún más envejecida que cuando la vio en Nueva Chicago. Tenía la cara pálida y macilenta y los ojos hundidos. Ni parecía molestarse en luchar contra los mechones blancos que le asomaban entre la oscuridad de su cabello, produciendo un fuerte contraste. Se sentó a su lado y puso sus manos sobre las de ella. Por fin, después de pasear la mirada por los obeliscos, los palacios, los templos, el Faro, le dijo:

—Ahora ya sé lo que soy en realidad.

—¿Sí, Charles? —su voz sonaba distante.

—En mi época lo llamábamos programa. Sólo soy un conjunto de órdenes, respuestas, referencias que pone en funcionamiento una especie de cuerpo artificial. Es un programa infinitamente más perfecto y complicado de lo que nunca hubiéramos podido imaginar. Pero, al fin y al cabo, sólo estábamos empezando a aprender. Funciono con el comportamiento adecuado, los deseos adecuados, las locuras adecuadas, la adecuada agresividad. Alguien debe de saber muy bien cómo es un hombre del siglo veinte. También hicieron un buen trabajo con Willoughby, con toda esa retórica y fanfarronería isabelinas.

Y me imagino que habrán acertado con Y'ang-Yeovil. Por lo menos eso cree él, ¿y quién mejor como juez? El siglo veinticinco, la República del Alto Han, gente con piel gris verdosa, mitad chinos y mitad marcianos. Hay alguien que sabe. Hay alguien

aquí que es muy brillante en programación, Gioia.

Ella no le miraba.

—Tengo miedo, Charles —dijo con tono distante.

—¿De mí? ¿De lo que estoy diciendo?

—No, de ti no. ¿No ves lo que me ha sucedido?

—Te veo a ti. Has cambiado.

—He vivido mucho tiempo preguntándome cuándo empezaría a cambiar. Pensé que quizá nunca, en serio. ¿Quién quiere creer que va a envejecer? Pero empecé cuando visitamos Alejandría por primera vez. En Chang-an aumentó. Y ahora..., ahora...

—Stengard me ha dicho que muy pronto inaugurarán Constantinopla —dijo Phillips de repente.

—¿Y?

—¿No quieres estar allí para la inauguración?

—Me estoy volviendo vieja y fea, Charles.

—Iremos juntos a Constantinopla. Nos iremos mañana, ¿de acuerdo? ¿Qué dices? Alquilarémos un barco. En un salto estaremos al otro lado del Mediterráneo. ¿Rumbo a Bizancio! ¿Sabes? En mi época había un poema... No se ha perdido, supongo, porque me lo han programado. Tantos miles de años y todavía hay alguien que se acuerda del viejo Yeats. Los jóvenes en los brazos de los jóvenes, los pájaros en los árboles. Gioia, ven conmigo a Bizancio.

Ella se encogió de hombros.

—¿Con este aspecto? ¿Volviéndome más horrorosa cada hora que pasa, cuando ellos son eternamente jóvenes? ¿Cuándo tú... —vaciló, su voz se quebró y guardó silencio.

—Termina la frase, Gioia.

—Por favor, déjame.

—Ibas a decir: «Cuando tú también serás siempre joven, Charles», ¿no? Siempre has sabido que yo no iba a cambiar nunca. Yo no lo sabía, pero tú sí.

—Sí, lo sabía. Hice como que no era verdad, como si tú envejecieras al hacerlo yo. Fue muy estúpido por mi parte. En Chang-an, cuando empecé a descubrir las primeras señales reales fue cuando decidí que no podía seguir contigo. Porque te miraría, siempre joven, siempre aparentando la misma edad, y luego me miraría y... —hizo un gesto de resignación con las manos—. Así que te puse en manos de Belilala y huí.

—Todo tan innecesario, Gioia.

—No creí que lo fuera.

—Pero no tienes por qué hacerte vieja. No, si no quieres.

—No seas cruel, Charles —dijo con voz apagada—. No hay forma de escapar a mi destino.

—Sí que la hay.

—No sabes nada de estas cosas.

—La verdad es que no mucho —dijo Phillips—. Pero sé cómo se puede lograr. Tal vez sea una solución primitiva y rudimentaria propia del siglo veinte, pero creo que puede funcionar. He estado jugando con esa idea desde que me marché de Mohenjo. Dime, Gioia, ¿por qué no vas a ellos, a los programadores, a los creadores, a los planificadores, quienes quiera que sean los que crean las ciudades, los eventuales y los visitantes, y les dices que te conviertan en algo como yo?

La joven le miró sorprendida.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Ellos pueden recomponer a un hombre del siglo veinte con apenas unos archivos fragmentarios, y hacer que resulte verosímil, ¿no? O a alguien de la época isabelina, o de cualquier otra época, y resulta auténtico, convincente.

Entonces, ¿por qué no iban a poder hacer un trabajo incluso mejor contigo? ¿Fabricar una Gioia tan real que ni siquiera Gioia pudiera distinguirlas? Pero una Gioia que nunca envejeciera, una Gioia —construcción, una Gioia programa, una Gioia-visitante. ¿Por qué no? Dime por qué no, Gioia.

Ella temblaba.

—Nunca he oído que se haya hecho algo así

—Pero ¿no crees que es posible?

—¿Cómo lo voy a saber?

—Claro que es posible. Si pueden crear visitantes, pueden coger a un ciudadano y hacerle un doble de forma que...

—Nunca se ha hecho, estoy segura. No me puedo imaginar a ningún ciudadano que aceptara hacer una cosa así. Abandonar el cuerpo..., dejar que te conviertan en..., en...

Movió la cabeza, pero el gesto tenía tanto de asombro como de negativa.

—Claro. Abandonar tu cuerpo. Tu cuerpo natural, el que envejece, se encoge y se degrada. Tu cuerpo corto-de-tiempo. ¿Qué hay de horrible en ello? —dijo Phillips.

Gioia estaba muy pálida.

—Es una locura, Charles. No quiero seguir hablando de eso.

—A mí no me parece una locura.

—No creo que puedas entenderlo.

—¿No puedo? Claro que entiendo el miedo a la muerte. No me cuesta mucho comprender lo que siente alguien que es de los pocos que va a morir en un mundo en el que nadie se hace viejo. Lo que no puedo entender es por qué ni siquiera estás dispuesta a considerar la posibilidad de que...

—No —dijo Gioia—. Te aseguro que es una locura. Se reirían de mí.

—¿Quiénes?

—Todos mis amigos, Hawk, Stengard, Aramayne... —Volvió a apartar la mirada de Phillips—, Sin darse cuenta pueden ser muy crueles. Desprecian todo lo que les parece torpe, todo lo que les parece miserable, desesperado, cobarde. Los ciudadanos

no hacen nada miserable, Charles, y esto les parecería miserable. Suponiendo que se pueda hacer en cualquier caso. Serán muy condescendiente conmigo, muy tiernos — sí, querida Gioia, cuánto nos alegramos por ti—, pero en cuanto me diera la vuelta se reirían. Dirían las cosas más perversas de mí. No podría soportarlo.

—Ya pueden reírse —dijo Phillips—. Es muy fácil tener valor y serenidad ante la muerte cuando sabes que vas a vivir siempre. Es muy delicado por su parte, pero ¿por qué ibas a tener que ser la única que se vuelve vieja y muere? Y, de todas maneras, no se reirán. No son tan crueles como crees. Superficiales, tal vez, pero no crueles. Se alegrarán de que encuentres una manera de salvarte. Por lo menos ya no tendrán que sentirse culpables por ti y seguro que eso les agradará. Puedes...

—Ya basta —dijo Gioia.

Se levantó, se dirigió a la barandilla de la terraza y se puso a mirar el mar. Phillips fue tras ella. En el puerto, las velas rojas, el sol brillando tras el Faro, los palacios de los Ptolomeos que recortaban su blancura contra el cielo. Phillips apoyó su mano con suavidad sobre el hombro de Gioia, que se encogió como si quisiera escapar de él.

—Pues entonces tengo otra idea —dijo Phillips tranquilamente—. Si no quieres ir a los planificadores, yo lo haré. Les diré: vuelvan a programarme. Hagan lo que sea para que empiece a envejecer al mismo ritmo que tú. Así será más auténtico, si se supone que hago el papel de un hombre del siglo veinte. Con los años aparecerán lentamente algunas arrugas en mi cara, mi pelo se hará gris, camina

ré un poco más despacio... nos haremos viejos juntos, Gioia. Al infierno tus queridos amigos inmortales. Nos tenemos el uno al otro. No los necesitamos.

Ella se le encaró. Sus ojos miraban con horror.

—¿Estás hablando en serio, Charles?

—Por supuesto.

—No —murmuró—. No. Todo lo que me has dicho es un disparate monstruoso. ¿No te das cuenta?

Phillips le cogió la mano.

—Lo único que pretendo es encontrar una forma de que tú y yo...

—No digas nada más. Por favor.

Con la rapidez de quien se aparta de una llama de fuego que ha surgido de improviso, Gioia retiró la mano y la escondió tras la espalda. A pesar de que sus caras apenas estaban separadas unos centímetros, parecía como si un abismo se estuviera abriendo entre ellos. Se miraron un instante. Después, ella le rodeó, ausente, y salió corriendo de la terraza.

Aturdido, la vio bajar por el largo pasillo de mármol y perderse de vista. Era una tontería seguirla, pensó. La había perdido, estaba claro; estaba fuera de toda duda. La había aterrorizado, ¿por qué causarle más angustia? Sin embargo, se encontró corriendo a través de los salones del hotel, por el camino ondulado del jardín hacia los bosques, verdes y frescos, del Paneio. Creyó haberla visto en el pórtico del palacio de Adriano, pero cuando llegó los resonantes salones de piedra estaban

vacíos.

—¿Has visto venir hacia aquí a una mujer? —le preguntó a un eventual que estaba barriendo las escaleras.

Sólo recibió como respuesta una mirada vacía y hosca.

Phillips lanzó un juramento y se alejó de allí.

—¡Gioia! —llamó—. ¡Espera! ¡Vuelve!

¿Sería aquella, la que entraba en la Biblioteca? Pasó corriendo junto a los silenciosos y atónitos bibliotecarios y entre las estanterías, mirando por encima de las montañas de rollos, hacia los pasillos sombríos.

—¡Gioia! ¡Gioia!

Era una profanación gritar de esa manera en aquel silencioso lugar, pero no le importaba lo más mínimo.

Salió por una puerta lateral y caminó ligero hasta el puerto. ¡El Faro! El terror se apoderó de él. Gioia podría estar subiendo por la rampa hacia el parapeto, desde el cual pudiera arrojarse al mar. Apartando de su camino eventuales y ciudadanos como si fueran de paja entró corriendo en él. Empezó a subir sin detenerse un instante para recobrar el aliento, aunque sus pulmones sintéticos clamaban por un poco de aire y su corazón, tan magníficamente diseñado, bombeaba con desesperación. En el primer balcón creyó verla, pero lo recorrió entero sin encontrarla. Adelante, arriba. Llegó a lo más alto, a la propia cámara del Faro; ni rastro de Gioia. ¿Habría saltado? ¿Habría bajado por una rampa mientras él subía por la otra? Se agarró a la barandilla y miró hacia afuera, buscando en la base del Faro, en las rocas más alejadas de la orilla, en el camino. Ni rastro de Gioia. «La encontraré en alguna parte —pensó—. Seguiré buscando hasta que la encuentre.» Bajó corriendo por la rampa, llamándola. Cuando llegó al nivel del suelo echó a correr otra vez hacia el centro de la ciudad. ¿Ahora adonde? ¿Al templo de Poseidón? ¿A la tumba de Cleopatra?

Se paró en mitad de la calle Canopo, aturdido y mareado.

—¿Charles? —dijo ella.

—¿Dónde estás?

—Aquí. A tu lado.

Parecía como si se hubiera materializado en el aire. Su rostro no estaba congestionado, ni su ropa tenía rastros de sudor. ¿Había estado persiguiendo un fantasma por toda la ciudad? Ella se le acercó y le cogió de la mano.

—¿Hablabas en serio, decirles que te hagan envejecer? —dijo Gioia con ternura.

—Si no hay otra posibilidad, sí.

—Es que la otra es demasiado espantosa, Charles.

—¿Lo es?

—No puedes entender hasta qué punto.

—¿Más espantosa que envejecer? ¿Que morir?

—No lo sé —dijo Gioia—. Supongo que no. De lo único que estoy segura, Charles, es de que no quiero que te vuelvas viejo.

—Pero no tengo por qué, ¿no? —Phillips la miró fijamente.

—No. No tienes por qué. Ninguno de los dos.

Phillips sonrió.

—Deberíamos irnos de aquí —dijo tras un instante—. Vámonos a Bizancio, Gioia, ¿sí? Apareceremos en Constantinopla para la inauguración. Tus amigos estarán allí y les contaremos la decisión que has tomado. Ellos sabrán qué hay que hacer. Alguien lo sabrá.

—Suenas tan raro —dijo Gioia—. Convertirme en una visitante, en una visitante de mi propio mundo.

—Sin embargo, eso es lo que has sido siempre.

—Tal vez, en cierto modo. Pero por lo menos he sido real hasta ahora.

—¿Y yo no lo soy?

—¿Lo eres, Charles?

—Sí, tan real como tú. Me puse furioso al principio, cuando me enteré de la verdad. Pero llegué a aceptarla. En algún lugar entre Mohenjo y Alejandría llegué a la conclusión de que no está mal ser lo que soy. Percibo cosas, elaboro ideas, saco conclusiones. Estoy muy bien diseñado, Gioia. No veo la diferencia entre ser lo que soy y estar completamente vivo y, para mí, eso es ser lo suficientemente real. Pienso, siento, soy capaz de experimentar dolor y alegría. Soy tan real como necesito serlo. Y tú también lo serás. Nunca dejarás de ser Gioia. De lo único que te desprenderás es del cuerpo, de ese cuerpo que te ha jugado esa mala pasada —le acarició la mejilla—. Hace mucho tiempo que alguien lo dijo por nosotros:

*Libre de la naturaleza nunca tomaré
Mi forma corporal de cosa natural,
Mas formas como aquellas que el orfebre griego
Forjara en oro y en oro esmaltara
Para que el somnoliento emperador no se durmiera;*

—¿Es el mismo poema de antes? —preguntó Gioia.

—Sí, el mismo poema. Ese antiguo poema que todavía no se ha olvidado.

—Termínalo, Charles.

*O cantaré, posado en la rama dorada,
Para damas y señores de Bizancio
De aquello que es pasado, pasando o por venir.*

—Qué hermoso. ¿Qué significa?

—Que no es necesario ser mortal, que podemos dejar que nos unan en una eternidad artificial, que podemos ser transformados e ir más allá de la carne. Yeats no lo dice en el mismo sentido que yo, no hubiera podido comprender nada, ni una palabra, de lo que estamos hablando, y sin embargo, sin embargo la verdad que está

latente es la misma. ¡Vive, Gioia! ¡Conmigo! —Phillips la miró y vio que el color empezaba a teñirle las pálidas mejillas—. Lo que propongo tiene sentido, ¿no? Lo intentarás, ¿verdad? Se puede convencer a quienquiera que sea el que hace los visitantes para que te rehaga, ¿no? ¿Qué te parece, Gioia, se puede?

Gioia afirmó con un movimiento apenas perceptible.

—Eso creo —dijo en un susurro—. Es muy raro, pero creo que debe ser posible. ¿Por qué no, Charles? ¿Por qué no?

—Sí —dijo él—. ¿Por qué no?

Por la mañana alquilaron un barco en el puerto, una falúa plana y brillante con una vela roja como la sangre y un eventual con aspecto de bribón y sonrisa irresistible, como capitán.

Phillips, protegiéndose del sol con la mano, miró al Norte, al otro lado del mar. Pensó que casi podía distinguir la silueta de la gran ciudad extendida sobre sus siete colinas, la Nueva Roma de Constantino a orillas del Cuerno de Oro, la magnífica cúpula de Hagia Sophia, las sombrías murallas de la ciudadela, los palacios e iglesias, el Hipódromo, y a Cristo resucitado dominándolo todo desde la resplandeciente luz de los mosaicos.

—A Bizancio —dijo Phillips—. Llévanos por el camino más corto y más rápido.

—Encantado —dijo el marinero con inesperada amabilidad.

Gioia sonrió. No le había visto con ese aspecto tan vivo y vibrante desde aquella noche de la fiesta imperial en Chang-an. La cogió de la mano para ayudarla a subir al barco y sintió que sus finos dedos temblaban ligeramente.

JOE HALDEMAN:
> «Más que la suma de sus partes»

Joe Haldeman recibió el Nebula en 1975 por su primera novela de ciencia ficción *La guerra interminable*. Además ha sido galardonado con los Premios Hugo, Ditmar, Galaxy y Rhysling. Entre sus libros destacan *Mundos* (Barcelona. Acervo, 1983), *Mundos Aparte* (Barcelona. Ultramar, 1987), *Recuerdo todos mis pecados* (Barcelona. Edhasa, 1978), *El año de la guerra* (*War Year*), *Sueños infinitos* (*Infinite Dreams*) y *Comerciendo con futuros* (*Dealing in Futures*). Imparte clases de redacción en el Massachusetts Institute of Technology y reparte su tiempo entre Boston y su casa de Florida.

Acerca de este cuento corto que ha sido nominado, escribe:

«Esta historia me demostró con bastante claridad la verdad de la afirmación de que muy pocas veces conocemos con exactitud o admitimos el origen de nuestros argumentos. Creía estar muy seguro del origen del que aquí me ocupa, pero estaba muy, muy equivocado.

»La historia fue en principio una demostración llevada a cabo con mis alumnos del MIT sobre la procedencia de las alucinantes ideas literarias. Ellos me proporcionaron un tema escogido al azar, el de los ciborgs, y yo elegí un modelo a imitar, “*Flowers for Algemon*”. Les dije que se podía perfectamente escribir una historia buena y original aun contando con esas limitaciones. El resultado fue un escabroso relato lleno de dolor y locura en torno al trasplante de genitales a un hombre que los había perdido en un accidente. Me gustó mucho la historia y también a Alice Tumer de Playboy. Llegó a convertirse en mi ejemplo favorito del origen de las historias: cualquiera y ninguno. Si escribes a diario, las ideas fluyen y son ellas las que te encuentran a ti.

»Un año después, dando clases en otro taller de literatura en MIT, nos pusimos a hablar del dolor como tema literario. Concretamente, de la cirugía. Les conté que ése era un tema sobre el que podría escribir un libro porque, estando en Vietnam, una mina disimulada me produjo unas heridas gravísimas que supusieron cien puntos en los genitales y una larga y penosa hospitalización. ¡La de terminaciones nerviosas que hay ahí abajo! “¡Oh —dijo uno de mis alumnos—, de ahí viene la historia de Playboy!”.

»Evidentemente, el alumno tenía razón. Pero no se me había ocurrido nunca. Sirva, pues, de muestra.»

Creo que los aspectos más destacables de este cuento son, además de su integridad amarga e inflexible, aquellas líneas escalofriantes que tratan sobre la manipulación del componente animal del hombre.

21de agosto, 2058

Me han dicho que debo llevar un diario detallado de mis sentimientos y sensaciones a medida que me voy acostumbrando a mis partes nuevas. Con ese fin me han proporcionado un aparato como el que los ciegos utilizan para escribir, algo así como un cuaderno con guías metálicas. Resulta extraño, pero no podría usar una grabadora porque de momento no tengo boca, ni podría escribir a máquina ciego y con una sola mano.

Me he despertado sin sentir dolor. Interesante. Parece increíble que sólo hayan transcurrido cinco días desde el accidente. Para que conste en el diario, diré que soy, o era, el doctor Wilson Cheetham, ingeniero jefe encargado del control de calidad en la estación de la Factoría Espacial Americana de Aceros, una planta orbital que produce espuma de acero y materiales de deposición en fase vapor para la comunidad cislunar. Pero si estás leyendo estas páginas, ya conocerás todos estos detalles.

Hace cinco días, cuando estaba llevando a cabo una inspección en la planta de aluminio de deposición, sufrí un accidente muy grave. Fallaron los mandos de mi asiento propulsor y de repente me vi volando directamente hacia el interior del enorme chorro de vapor de aluminio. Un infierno. Apenas tardaron un segundo en cortarlo, pero fue tiempo suficiente para que el chorro rasgara el traje y me abrasara las tres cuartas partes del cuerpo.

Por lo visto, tuve suerte de que se encontrara allí mismo una burbuja de rescate. Había perdido el conocimiento, naturalmente. Me han dicho que mi corazón se detuvo con el shock, pero consiguieron salvarme. He perdido la pierna y el brazo izquierdos, y la cara. Ya no tengo mandíbula inferior, ni nariz, ni orejas, aunque puedo oír algo y dentro de una semana, más o menos, tendré ojos.

Yaseguran que me van a fabricar unos testículos y un pene.

Debo de estar atiborrado de tranquilizantes, porque me siento demasiado relajado. Si fuera yo mismo, sea cual sea la parte de mi persona que aún conservo, tal vez lucharía contra la infamia de verme convertido en un ser medio máquina y sin sexo.

En fin, ésta será una máquina que se podrá desconectar a sí misma.

22 de agosto, 2058

Durante muchos días sólo he dormido o padecido. Era cuando estaba en la sala de ingravidez de Mercy. Para mi desgracia, la anestesia tiene sus límites y cuando me desprendieron la piel muerta, trocito a trocito, intenté gritar, pero descubrí que no tenía cuerdas vocales. Al final decidieron no tratar de salvarme el brazo y la pierna, lo que me ahorró más sufrimiento.

Cuando pude volver a oír, me explicaron que la Factoría tenía en tanta estima mis servicios que estaba decidida a subvencionarme una transformación ciborg. La delegación de Interface Biotech en la Luna se encargaría de la mitad de los gastos. Y todo el mundo podrá desgravar a mi costa.

Éste será, pues, el programa: primero, una pierna y un brazo nuevos. Algo

bastante normal. Una vez trabajé con una mujer que tenía dos brazos ciborg, y la verdad es que tardé semanas en mirarla sin sentir pena o asco. Después, intentarán fabricarme una mandíbula y una boca que sean capaces de ejecutar su función, algo que se ha hecho muy pocas veces y con no muy buenos resultados, e intentarán reconstruir la tráquea, las cuerdas vocales y el esófago. Así podré hablar y beber. Pero excepto algunos alimentos blandos, no podré comer con normalidad porque las glándulas salivares todavía están muy lejos de sus facultades normales. Y nada de membranas mucosas. Bueno, una cura drástica para mi sinusitis crónica.

Resulta sorprendente, por lo menos para mí, que la reconstrucción de un pene sea un proceso bastante sencillo y en el que tienen mucha práctica. Parece que siempre los están pegando en sitios diferentes. Aquí están especialmente entusiasmados con mi caso, por el reto que supone recuperar la sensibilidad además de la funcionalidad. La próstata está intacta y confían en poder instalar el complicado juego de cañerías necesarias para la eyaculación. Restaurar la función urinaria es algo casi trivial, por lo que dicen.

(El biotecnólogo encargado de la fase urogenital del proyecto estuvo hablando conmigo más de una hora, dándome una serie de detalles escabrosos e innecesarios. Parece ser que este tipo de sustitución se había realizado en algunas ocasiones, incluso antes de contar con algún sustituto mecánico. Lo que hacían, sencillamente, era seccionar una costilla corta y trasplantarla recubierta con un injerto de piel procedente de cualquier otra parte del cuerpo. De esta manera, el sujeto receptor era agraciado con una erección permanente, aunque —no todo podía ser bueno— con un aspecto un tanto extraño y escasa sensibilidad. Mi prótesis se parecerá mucho a, ¿cómo lo diría?, la cosa real. Y se supone que, con los nuevos avances en mecánica de tracción e interacción biónica, se conseguirá darle un comportamiento muy semejante al real.)

No sé qué es lo que debo sentir ante todo esto. Ojalá dejaran en paz la química de mi sangre para que pudiera sentir horror y tristeza de verdad, y no esta plácida espera.

>4 de septiembre, 2058

Después de trece días inconsciente, me he despertado con ojos. También están ya en su sitio la pierna y el brazo, pero todavía sin activar. Me pregunto cómo serán los ojos. (No me dejarán un espejo hasta que tenga la cara completa.) Los noto como si fueran cristal húmedo. Son unos ojos extraordinarios. Tengo la posibilidad de, además de ver normalmente, utilizar un mando que amplía mis facultades ópticas. Tiene dos selectores: uno sirve para el control voluntario de la dilatación de la pupila, con lo cual puedo ver en una oscuridad casi completa, o, si se me antoja, puedo mirar directamente el sol sin sentir molestias. El otro modifica la reacción a la frecuencia de la luz, con lo que puedo ver tanto en infrarrojo como en ultravioleta. La habitación del hospital se ve prácticamente igual en ultravioleta, pero en infrarrojo adquiere un

aspecto completamente distinto. En esta frecuencia, la iluminación de la habitación procede de unas franjas brillantes en la pared, que supongo debe tratarse de la calefacción mediante paneles radiantes. Mi brazo real muestra un arabesco de venas y arterias latiendo al impulso de la sangre. El otro, naturalmente, sólo se distingue por el reflejo, azul oscuro, que emite.

(Más tarde). Es raro que no me haya dado cuenta antes de que estaba en la Luna. Pensé que se trataba de una sala de escasa gravedad en Mercy. Mientras dormía me han bajado a Biotech. Tenía que habérmelo imaginado.

5 de septiembre, 2058

Han conectado el brazo y la pierna «sociales» y han empezado con los ejercicios de aprendizaje de conducta. Me dicen que piense en un movimiento determinado y que lo realice con la pierna o el brazo derechos a la vez que intento hacer lo mismo, simétricamente, con su correspondiente izquierdo. El entrenador me ayuda a estirar la unidad ciborg y entonces siento algo así como un tirón, aunque no se parece a ningún dolor muscular natural. Quizá sea lo mismo que sienten los circuitos cuando van sobrecargados.

Al término de la sesión era capaz de cerrar el puño sin ayuda, aunque apenas con fuerza suficiente para coger un lápiz. Todavía no puedo levantar la pierna, pero muevo los dedos de los pies.

Hoy me han quitado parte de los vendajes, desde el hombro hasta la cadera y, desde luego, la piel artificial tiene un aspecto mucho más real de lo que me había preparado para ver. Sin vello y algo brillante, pero han logrado a la perfección el mismo tono de mi propia piel. En infrarrojo se ve diferente, con un color más uniforme que el de la piel «real». Supongo que será porque no ha sufrido un envejecimiento de cuarenta años como la otra.

Mientras me hacía las pruebas, el especialista no paraba de salmodiar las virtudes de mi nuevo brazo, de mis nuevos brazos en realidad. Estoy haciendo ejercicios con el «social», el cual resulta mucho más convincente que los que lucía mi compañera de trabajo hace diez años (sin duda cuestión de dinero y no de avance tecnológico). El brazo «funcional», que todavía no he podido ver, será todo él de metal y lo podré llevar fuera del traje espacial. Además de disfrutar de estos dos brazos, podré interactuar con diferentes waldos diseñados para funciones específicas.

Afortunadamente, soy más ambidextro que el resto de las personas normales, porque me rompí la muñeca cuando estaba en el colegio estudiando el segundo curso y volví a rompérmela varias veces en tercero, así que no tuve más remedio que aprender a escribir con las dos manos. Siempre he escrito mejor con la izquierda.

Dicen que me están reduciendo la medicación. Si es verdad, parece que me voy adaptando bastante bien. Pero, al no haber pasado nunca antes por nada parecido, no puedo establecer una comparación y quizás esta tranquilidad enmascara un estado

latente de histeria.

6 de septiembre, 2058

Hoy he podido hacer un nudo sencillo. También puedo esbozar, aunque no con mucha claridad, las letras del abecedario; las hago con un trazo grande e infantil, pero indudablemente es mi propia y característica letra.

He empezado a andar un poco, apoyándome entre dos barras paralelas. (La debilidad de la mano es un problema neurológico, no muscular; cuando están rígidos, los miembros artificiales son tan fuertes como dos muletas de hierro.) Cuando estoy haciendo prácticas, es divertido observar la reacción de la gente que entra en la habitación, de la gente que no cobra por ocultar el horror que les produce ser estudiados por dos frías lentes clavadas en algo que no es una cabeza sobre una mortaja de vendas.

Mañana empiezan a construirme la cara. Básicamente, estaré inconsciente algo más de una semana. Mientras duerma dicen que seguirán con los ejercicios de aprendizaje de los miembros artificiales.

14 de septiembre, 2058

Cuando era pequeño, mi madre me disfrazaba todas las noches de Halloween y me llevaba a recorrer el rascacielos entero para pedir caramelos. Una vez llevé la careta de un niño galáctico, que era un personaje muy famoso de aquella época en el cubisor. Aquel armatoste de plástico en el que llevaba metida la cabeza comprimía las redondeces propias de mi cara y me daba un aspecto más cercano al ideal platónico de belleza infantil.

La cara de ahora es como aquélla. Es, sin duda, mi cara, pero la piel está rígida y tensa y cualquier intento de expresión se reduce a una mueca.

Ya casi puedo agarrar cosas con normalidad, aunque la mano sigue estando un poco torpe. Como calculaban, la respuesta sensorial de palmas y dedos parece más afinada que la de mi mano «buena». Cuando paso el dedo índice nuevo por la muñeca derecha percibo cada uno de los poros de la piel y noto también un cambio de temperatura si pasa sobre un tendón o una vena. A pesar de esta extremada sensibilidad, el brazo y la mano tendrán en su momento una fuerza sobrehumana.

Me toco la cara y no noto poros. Han conseguido superar a la propia naturaleza en lo que se refiere a regulación térmica.

22 de septiembre, 2058

Otra semana durmiendo mientras me instalaban los nuevos genitales. Cuando pasó el efecto de la anestesia noté desde luego algo; no era dolor, pero tampoco el peso natural del órgano. Estaba todo recubierto de gasas y vendas y me habían puesto

un catéter, así que incluso una persona normal notaría algo extraño.

(Más tarde.) Ha llegado un enfermero y me ha quitado los vendajes con mucho cuidado. Se ha puesto colorado. No creo que determinados mimos entren dentro de sus obligaciones profesionales. He sentido una pequeña punzada de dolor y luego alivio cuando me ha retirado el catéter.

No es una reproducción muy fiel que digamos. En la reconstrucción de la cara pudieron consultar cientos de fotografías y de cintas de cubisor, pero nunca se me hubiera ocurrido que algún día me resultaría útil tener una colección de fotografías de mis partes más privadas en sus diferentes fases. Los especialistas optaron por traerme una montaña de fotografías extraídas de manuales de urología y de publicaciones pornográficas, y allí me tuvieron, mirándolas una a una con detenimiento, hasta encontrar las más parecidas.

No estaba muy preparado para esa tarea, ni por experiencia ni por inclinación. Aunque suene extraño en esta época de desenfreno hedonista, no he visto a ningún hombre desnudo, y no digamos en erección, desde que terminé el bachillerato, hace veinticinco años. (Estuve dieciocho meses destinado en Farside y nunca me acerqué a un bar erótico. Preferí siempre una interlocutora única, aunque tuviera que contratar sus servicios, lo que era generalmente el caso.)

Por lo tanto, éste es bastante más largo que su predecesor (¿no exageraremos los hombres sin darnos cuenta?) y en erección sólo guarda un ligero parecido con el otro. Ah, el lado más sobresaliente de un hombre joven.

Aunque sea de mal gusto, tengo que escribir sobre el tema de la masturbación. Al principio no funcionaba. Con la mano derecha era como estar cogiendo el pene de otro hombre, lo cual nunca me ha atraído. Con la mano nueva el proceso se desarrolló con normalidad, aunque admito que con cierto elemento voyeurista. Las sensaciones fueron agudas e intensas. La eyaculación, la más potente que recuerdo desde mi juventud.

Me da qué pensar. Hace poco leí un libro sobre reacciones químicas cerebrales en el que el autor hacía hincapié en lo equivocado de la idea de equiparar cerebro y mente. Venía a decir que, en cierto modo, el cerebro es sólo el segmento más voluminoso y complejo del sistema nervioso que sirve para coordinar nuestra conciencia, pero que lo que es en sí la mente está repartida por todo el cuerpo en una intrincada red de ganglios. De hecho, tomaba la sexualidad como ejemplo. Cuando un hombre se lamenta de que su pene parece pensar por sí mismo, está diciendo algo en parte cierto.

Yo sí que tengo realmente cerebros en mis partes nuevas, los biochips que procesan la información sensorial que me llega de fuera y las órdenes de actuación de regreso. ¿Son estos cerebros parte de mi conciencia, como lo es el resto de mi sistema nervioso? La experiencia masturbatoria indica que quizá trabajen por su cuenta.

Digamos que esto es una especulación prematura. Ya veremos cómo funciona cuando me incorpore a un entorno más complejo en el que no esté tan pendiente de

mí mismo.

23de septiembre, 2058

Esta noche ha saltado un detonador. Por la mañana me he despertado con los miembros ciborg llenos de fuerza. Una de las barras de la cama estaba totalmente retorcida, justo por donde, sin darme cuenta, me he debido agarrar mientras dormía. Le he devuelto su forma original con la misma facilidad.

Por algún oscuro motivo me siento inclinado a mantener en secreto, por el momento, esta facultad desconocida. Los especialistas creían que yo podría adquirir una fuerza tres o cuatro veces superior a la normal, pero, desde luego, esto demuestra que es aún mayor.

Pero, ¿por qué conservarlo en secreto? No lo sé. Que me expliquen ellos a mí cómo es esto posible. Al fin y al cabo, parece que se trata de un récord de adaptación oinadaptación, psicológica.

(Más tarde.) Los especialistas se han quedado boquiabiertos y como en éxtasis. Les he hecho una demostración estirando el tensómetro hasta los 90 kilos. Si hubiera dado un buen tirón de verdad habría arrancado el tensímetro de la pared. Mañana probaré con 110 e iré subiendo hasta 125.

Está claro que debo tener cuidado con el calibre de mi fuerza. Si ejerzo demasiada potencia sobre las partes blandas de mi cuerpo puedo ocasionarles un daño irreversible. Con el puño de metal podría hacer un agujero en una de las macizas compuertas de aire, pero seguramente me arrancarían la prótesis de cuajo. Todavía siguen vigentes las leyes de Newton.

Son otras las leyes que habrán de ser formuladas de nuevo.

24de septiembre, 2058

Hoy he salido a trabajar con tres waldos. Ha sido una experiencia de lo más emocionante.

El primero consistía en el dispositivo que utilizan para adiestrar a gente normal en el manejo de los waldos, compuesto de un brazo y una mano sujetos a una peana. La diferencia está en que yo no necesito la manga de conexión que se utiliza para transmitir órdenes al doble mecánico, sino que puedo enchufarme directamente en él.

He venido utilizando waldos en mi trabajo desde que me licencié, pero nada parecido a lo de ahora. Dentro de la manga de conexión obtienes una sensación poco precisa procedente de los generadores de campos de energía insertos en el plástico. Utilizando directamente el brazo ciborg, la sensación es exactamente igual a la que una persona percibe cuando toca un objeto con una sensibilización aún mayor. La primera vez que me dijeron que cogiera un huevo, lo lancé al aire y lo atrapé, sin riesgo alguno de rotura o de caída. (Reconozco que no resulta una gran hazaña de coordinación dada la gravedad lunar, pero lo hubiera podido hacer con la misma

facilidad con la gravedad normal de la Tierra.)

El segundo waldo era una enorme excavadora utilizada en la Estación Grimaldi por Minas Occidentales. Resultó muy interesante, no sólo por las dimensiones de la máquina, sino por la ligera demora en las comunicaciones. Aunque Grimaldi sólo está a unos pocos kilómetros de distancia, no quedan suficientes canales libres de datos entre esta zona y aquélla para poder utilizar la línea de superficie y comunicar con la mano excavadora. Tuve que enlazar vía Comsat, por lo que hubo una demora de unos diez segundos entre la idea y su ejecución. Una estupenda sensación de poder, aunque algo desconcertante. Ahuequé la mano, dándole la forma de la excavadora, e inicié el movimiento, y sólo un segundo después sentí la resistencia del regolito y que, como quien no quiere la cosa, estaba sujetando varias toneladas de piedras y escombros con la mano. Había gente por ahí observando la maniobra. Con un pequeño giro de la muñeca los hubiera podido sepultar a todos, pero, como un chico obediente, desposité mí carga en la cinta del convertidor.

Sin embargo, el waldo que más me cautivó fue el micro. Había empezado a utilizarse apenas unos meses atrás. Yo había oído hablar de él, pero nunca había tenido la oportunidad de verlo en acción. Se trata de una mano totalmente articulada que mide escasamente una décima de milímetro. Me serví además de un microscopio electrónico de exploración de baja potencia para observar el recorrido del waldo por la superficie de un microcircuito. Ampliado por el microscopio, parecía una mano en el extremo de una larga varilla que deambulaba por los pasillos de un edificio cuyas paredes eran unas veces de estuco sin pulir, otras de metal liso y otras como pintadas de gris y llenas de ampollas, y todas ellas cruzadas por una trama de gruesos cables de oro. Cuando así lo requería, podía usar otra mano que manejaba con la derecha mediante una manga de conexión, como ayuda en trabajos sencillos de carpintería y mecánica que, en el mundo real, habrían supuesto una modificación enorme de las propiedades cuánticas y electrodinámicas del circuito.

Éste era el verdadero poder. No el de retorcer tubos de hierro o levantar toneladas de piedras, sino el de obligar a los electrones a obedecer mis órdenes. Mi primer doctorado fue en ingeniería eléctrica y ahora, de la noche a la mañana, resulta que soy el primer ingeniero eléctrico de verdad de la historia.

Al cabo de dos horas me hicieron parar. Decían que empezaba a mostrar signos de cansancio. Me sentaron en una silla de ruedas y la verdad es que me quedé dormido durante el trayecto hasta mi habitación, soñando sueños de infinito poder microcósmico.

25de septiembre, 2058

El brazo metálico. Creía que lo iba a sentir de una manera básicamente diferente al brazo social, pero no ha sido así. A fin de cuentas, los circuitos no son más que eso: circuitos. La diferencia surge en condiciones de esfuerzo extremo. La mano artificial

blanda me produce una sensación parecida al dolor al acercarme a la tensión máxima que puede soportar sin resultar dañada. En cambio, con la mano metálica puedo desgajar un trozo de acero de un centímetro de espesor y no sentir más que el esfuerzo «muscular» realizado. Si tuviera dos brazos de metal, podría hacer maravillas.

La pierna mecánica no se ha visto tan favorecida. Tiene unos reguladores que limitan su fuerza y capacidad de movimiento a los de una pierna normal, lo cual me parece razonable. Incluso una persona normal se da de vez en cuando con el techo, a causa de la escasa gravedad lunar, así que, sin los reguladores, podría olvidarme de tener cuidado al ponerme de pie y producirme una conmoción o algo más serio.

A pesar de todo, me gusta el brazo metálico. Dicen que cuando esté más fuerte (¡ja!) me dejarán salir a probarlo con un traje espacial. Y lanzar algo al horizonte.

A partir de hoy mismo empezaré a incorporarme, con lentitud en principio, a algo parecido a la vida normal. Me quedaré en Biotech todavía otras siete u ocho semanas, pero ya he empezado a trabajar en mi oficina, en la Factoría, sacándome de encima todo el papeleo atrasado. Dos horas por la mañana y dos por la tarde. Es distraído, pero tengo que reconocer que no pongo el corazón en ello. Preferiría estar jugando con el micro. (Lo he reservado tres horas para mañana.)

26de septiembre, 2058

Han cosido una fibra óptica en el dedo meñique del micro para que pueda observar su progresión a través de una pantalla, sin tener que limitarme al campo visual del microscopio electrónico. La imagen es algo borrosa mientras el waldo está en movimiento, pero si lo paro unos segundos el ordenador auxiliar ofrece una imagen muy nítida. Lo he utilizado para recorrer toda mi mano y mi brazo derechos y ha sido algo increíble. Los pelos eran como una selva de troncos rígidos y negros; los poros, como pequeños cráteres inundados, y por todas partes se veía claramente la lenta muerte de la piel por las montañas transparentes de células descamadas.

Ahora utilizo más el brazo metálico que el social. No me molesta que la gente me mire. El brazo metálico me será muy útil en mi trabajo y quiero adquirir la mayor práctica posible. Y, claro, no puedo negar que también es por la sensación de poder que da.

27de septiembre, 2058

Hoy he salido al exterior. Al principio, mis movimientos eran torpes. Mis reflejos no funcionaban como debían, pues en los últimos once años he utilizado el traje sólo con un sexto de gravedad.

Fue una experiencia estimulante, pero también algo frustrante porque no pude demostrar toda mi fuerza. Hubo un momento en el que casi me dejé llevar por ella, cuando empezaba a volcar una enorme roca. Antes de que terminara de caer, me di

cuenta de que con la bota izquierda había hecho un agujero de diez centímetros en el regolito, por la fuerza que estaba desarrollando en el pro-ceso. No tuve más remedio que retroceder y retirar con discreción el pie para rellenar el agujero delator.

Desde luego que podría lanzar una roca al horizonte. Con una honda sería capaz de poner una pequeña en órbita. Hasta podría ofrecerme como lanzadera lunar.

(Más tarde.) Me ha ocurrido algo sumamente interesante. Una bonita enfermera que trabaja en el proyecto desde el principio ha venido a mi habitación después de la cena y me ha propuesto el experimento obvio. El resultado ha sido de lo más satisfactorio.

Mi nuevo cuerpo sigue el esquema normal, excitación- clímax-orgasmo, pero ahí acaba todo parecido. No sufro la fase de retracción, sino que puedo mantener el proceso de erección completamente bajo mi control. Lo que podría convertirme en el hombre más popular de la Luna.

La piel artificial del pene es tan sensible al reconocimiento táctil como lo son las puntas de los dedos ciborg. De repente, me he convertido en el que más sabe de topografía íntima femenina entre todos los hombres que han existido jamás. Y de todas las mujeres.

Creo que mañana haré un viaje hasta Farside.

28de septiembre, 2058

Farside tiene nueve bares eróticos. Eché un vistazo a - 208 - las descripciones que ofrece la guía y pedí que me recomendaran algunos de ellos. Me decidí por un local muy oportunamente llamado «Jugos».

El nombre no era achacable tan sólo a una velada de connotación erótica, sino que de hecho era lo único que servían: zumos y frutas, la mayoría importados de la Tierra a unos precios exorbitantes. Me gasté toda la paga de un día en un néctar de pera y me puse a buscar la mujer más atractiva.

Lo que fue una equivocación. Mi atractivo físico no era de destacar antes del accidente y la ciencia no había hecho más que reproducir con toda fidelidad la fealdad del rostro y la barriga incipiente. Así que fui rechazado.

Me trasladé al otro extremo del bar y busqué entonces a la mujer más fea. Me sería más útil para mi experimento. Antes del accidente siempre exigía, y pagaba, la perfección física, y si ahora podía repetir la hazaña de anoche con una mujer que no me atrajera sexualmente, entonces quedaría fuera de toda duda la independencia de mi órgano sexual con respecto al resto del sistema nervioso.

Segundo error. Nunca se me ha dado bien la conversación intrascendente y, cuando localicé al ideal de fealdad y empecé a hablarle sobre el accidente y el don singular que poseía como resultado del mismo, ella recordó de repente una cita en otro lugar.

No fui tan explícito con la siguiente mujer, también fea. Me preguntó qué me

había pasado en la cara y le conté sólo la mitad de la verdad. La mujer reaccionó de una manera compasiva y casi maternal, pero no por ello la quise más. Era el sujeto perfecto para la demostración. Dejamos la parte social del bar y nos dirigimos al llamado salón del amor.

La atmósfera tenía un olor acre que imaginé se debería a la mezcla de incienso y sudor, pero, claro, mi nariz seca era incapaz de identificar verdaderos olores. Por primera vez me alegré de ese defecto. Seguro que la habitación olía como el vestuario de un equipo de futbolistas.

Bajo las luces mortecinas, de color rojo, azul, blanco, una docena de parejas se entretenían en diferentes ejercicios amorosos, más o menos activos. Algunos miraban abiertamente lo que hacían los demás, pero la mayoría se entregaban absortos a sus propios asuntos o practicaban el voyeurismo furtivo. Casi todos estaban en el suelo, cubierto por una moqueta mullida y tibia, aunque algunos preferían utilizar mesas y sillas en las más variadas y originales posturas, en su mayoría imposibles de practicar, al menos sin peligro, en la gravedad terrestre.

Nos desnudamos y la mujer me dirigió un cumplido por la evidente rapidez de reacción. Un espectador, a nuestro lado, también hizo una observación cargada de envidia. El cuerpo de mi pareja era flácido y pegajoso y con mis antiguos miembros no creo que hubiera sido capaz de mantener el entusiasmo. Pero no hubo ningún problema; de hecho, disfruté bastante. La mujer necesitó pocos preliminares y en seguida me encontré sintiendo de nuevo la extraña sensación que me producía la hipersensible exploración de las interioridades femeninas: mi particular espeleología ginecológica.

La mujer resultó tener gustos eróticos muy variados y, aunque aguantó menos de una hora, atrajimos bastante la atención. Cuando, ya sin aliento, rechazó pesarosa más actividad, una mujer que había estado de observadora, una joven rubia bastante atractiva, me ofreció compartir sus diferentes posibilidades. La complací porque, aunque el pozo estaba seco, la manivela permanecía incólume.

A lo largo de mi actuación pude advertir que el placer que sentía no era sexual en el estricto sentido de la palabra. Puede que sensual, en la medida en que una excelente comida es una experiencia sensual, pero de una naturaleza sutil que no soy capaz de describir. Quizá tenga una relación más que metafórica con el epicureísmo. Ya que no puedo saborear alimentos, una gran parte de mi cerebro desocupado en este menester se encuentra disponible para evaluar otras sensaciones. Tal vez sea que el cerebro se está reorganizando para sacar el máximo provecho de mis nuevas habilidades.

Apenas había comenzado a languidecer la energía de la rubia, cuando ya otras mujeres mostraban su interés por mi satiriasis. Pero me resistí a la tentación de intentar hallarle el límite a la capacidad de aguante de este órgano, si es que lo tiene. Me dolía la espalda y mi rodilla derecha empezaba a darme avisos de cansancio, así que envié la orden mental de desconexión y me desinflé. Aún hice algo de relación

social; la primera mujer insistió en invitarme a tomar algo en el bar, y me decidí por un plátano.

29de septiembre, 2058

Ahora que tengo ojos y manos, no hay razón para que siga arañando este diario con un bolígrafo y lo voy a llevar por ordenador. Pero voy a hacer dos versiones diferentes.

He transcrito todo hasta este mismo punto y he preparado el original que entregaré a Biotech. Es muy comedido y seguirá manteniendo ese mismo tono. No incluiré, por ejemplo, lo siguiente:

Después de realizar la anotación de anoche, vi que me encontraba todavía lleno de vitalidad y puse en práctica un plan al que había estado dando vueltas en mi cabeza.

Sobre las dos de la mañana bajé y me colé en los laboratorios de los waldos. La entrada está protegida por una cerradura con combinación de cinco dígitos, lo que, naturalmente, no era obstáculo para mí. Mis dedos hipersensibles podían percibir con toda claridad cada vez que encajaba en su sitio una de las guardas.

Monté el microwaldo y me saqué la pierna artificial. Dirigí luego el waldo por la red de circuitos de la pierna y desactivé con facilidad los reguladores. No empleé en toda la operación ni veinte minutos.

Tenía que poner mucho cuidado al andar, porque al principio o bien me levantaba por el aire o, para compensar esa tendencia, cojeaba, pero cuando llegué a la habitación ya lo tenía perfectamente controlado. Una vez más, estaban equivocados acerca de la limitación de mi capacidad.

Para comprobar la fuerza de la pierna le di una patada, sólo a media potencia, a la pared interior metálica del armario, produciéndole una enorme abolladura. Tendré que esperar a poder salir al espacio, solo, para ver lo que soy capaz a plena potencia.

Con una patada igual de mi pierna de carne y hueso, no sólo no conseguí abollar lo más mínimo la pared, sino que encima me hice daño en el dedo gordo.

30de septiembre, 2058

Ahora me encuentro mucho más a gusto con mi cuerpo que en los últimos veinte años. ¿Y quién no? Con estos miembros y órganos nuevos soy eternamente joven. Si una parte muestra signos de desgaste, basta con reemplazarla.

Esta mañana, en la junta de seguimiento de Biotech, me he puesto de mal humor. Se me ocurrió preguntarles si sería posible que me reemplazaran también la pierna y el brazo derechos y todos se horrorizaron. Bueno, todos menos uno al que pareció divertirle la idea. No me olvidaré de él.

Creo que los muy estúpidos van a ordenarme que abandone Nearside dentro de un par de días y que vuelva a Mercy para recibir «ayuda» psiquiátrica. Me iré cuando y

como yo quiera.

1 de octubre, 2058

Esto es una grabación efectuada en el Centro de Control Ambiental de Nearside. Son las 10.32, es decir, que tienen menos de noventa minutos para acceder a mis demandas. Pero empezamos por el principio.

Anoche, después de la correspondiente anotación en el diario, sentí de pronto un irrefrenable impulso sexual, así que cogí el transbordador y fui de nuevo al bar Jugos de Farside.

La fea de la otra noche estaba por allí esperando, por si yo volvía a aparecer. Se mostró encantada cuando le sugerí que para ahorrar dinero, y por el poco recato que aún nos quedara, podíamos irnos a mi habitación.

No fue mi intención matarla. Ni se me había pasado por la imaginación. Pero supongo que en medio de la pasión, o el abandono, apoyé sin darme cuenta la pierna artificial en la pared y apreté con demasiada fuerza. El caso es que de pronto oí un ruido seco y como si algo se desgarrara. La mujer dio un gritito y me encontré lleno de sangre de cintura para abajo. Le había partido la columna y la había reventado toda por dentro. Debió de perder el conocimiento en seguida, aunque su corazón no dejó de latir hasta casi un minuto después.

No me resultó difícil deshacerme del cuerpo. En la lavandería encontré un saco para la ropa lo bastante grande para poder llevarlo con comodidad. Volví a la habitación y metí en él el cuerpo y la sábana llena de sangre.

De haber sido de día, me habría resultado difícil llevar mi carga hasta el reciclador porque, desde luego, tenía toda la pinta de un saco de lavandería con un cadáver dentro. Pero a esas horas el pasillo estaba desierto.

Abrir la puerta del reciclador fue un juego de niños. La puerta del crematorio me dio más lata, no porque fuera difícil abrirla, sino porque tenía una abertura de apenas veinticinco centímetros.

Por ello no tuve más remedio que despedazar el cadáver. Para no tener luego que andar limpiando, llevé a cabo la operación dentro del saco, lo que entorpecía la manipulación y la visión de tan fascinante proceso.

Estaba tan absorto en lo que hacía que no oí cómo se abría la puerta. Pero sí que oí, a pesar de los chasquidos de los huesos, el apagado barboteo del hombre que acababa de entrar. Me acerqué a él de un salto y lo maté de una sola patada.

Tengo que reconocer que en ese momento se me había nublado el juicio. Cerré la puerta y volví a poner manos a la obra. Una vez reciclada toda la mujer, repetí el proceso con el hombre, algo mucho más sencillo. Despedazar el torso de la mujer había resultado una operación bastante resbaladiza por culpa de la capa de grasa que había bajo la piel.

En el fondo fue una pérdida de tiempo, aunque, mientras estaba en ello, iba dando

los últimos retoques al plan que ahora llevo a efecto. Podía haber dejado perfectamente los dos cadáveres en el suelo. La patada que le di al hombre fue tan potente que, además de arrojarme a mí mismo al suelo y magullarme la cadera derecha, le abrió en canal desde la entrepierna hasta el corazón. Lo cual, de por sí, era ya bastante para ponerlo todo perdido aunque no hubiera complicado las cosas chocando contra el techo. Nunca habría podido limpiar bien la sangre ahí arriba y no creo que esa mancha hubiera pasado inadvertida mucho tiempo.

En fin, sólo perdí veinte minutos, menos de lo que hubiera perdido inutilizando la cerradura del cuarto de reciclaje. Lo recogí todo, me cambié de ropa, entré un instante en el laboratorio de los waldos y cogí la cinta transportadora que llevaba hasta el Centro de Control Ambiental.

No había más que un joven trabajando a esas horas en el CCA. Inercambiamos algunas frases de cumplido y después le di un puñetazo en el corazón, no demasiado fuerte para que no llenara aquello de sangre. Puse el cadáver donde no me distrajera y me concentré en el problema de la puerta.

No es realmente una puerta, sino un muro de emergencia que se corre hasta cerrarse si se produce una bajada de presión. Tecleé un programa de comprobación simulando una emergencia, y el muro obedeció. Después estuve desconectando algunos conmutadores. Nadie podría entrar en el centro, a menos que lo intentara con un soplete.

Sentado, me dolía la cadera que me había golpeado en el percance del crematorio, pero encontré una postura relativamente cómoda ante la consola y me pasé como una hora estudiando programas de lógica y de cableado. Arranqué una placa de acceso e introduje el microwaldo en el laberinto de pensamiento electrónico. El intercomunicador empezó a zumbear sin cesar, pero no permití que me hiciera perder la concentración.

Nearside está protegido contra los meteoritos o, algo mucho más probable, contra los fallos estructurales, por un conjunto de ciento veintiocho mamparos que, como el muro de emergencia, se deslizan hasta cerrar y aislar por completo cualquier zona que haya sufrido una bajada de presión. Como es natural, esto se realiza de forma automática, aunque también se puede controlar desde aquí.

Básicamente, lo que he hecho es informar a cada mamparo de que está siendo objeto de reparación y de que no debe cerrarse bajo ningún concepto. Inmediatamente después, he deslizado el waldo por los circuitos que controlan las ocho compuertas de aire de la ciudad y, valiéndome de una microcirugía bastante delicada, he traspasado el control de las ocho exclusivamente al botón que tengo ahora mismo en mi mano izquierda.

Se trata de un interruptor de protección que he sacado de una sierra mecánica. Mientras lo tenga apretado, las compuertas interiores permanecerán cerradas, pero si levanto el dedo, se abrirán todas inmediatamente. Las compuertas exteriores están siempre abiertas porque son las que comunican las cámaras de descompresión con

aquellas en las que nos ponemos los trajes espaciales. Si levantara el dedo, nadie tendría tiempo de ponerse el traje. En treinta segundos se habría producido el vacío en todos los pasillos. Todos aquellos que estuvieran al otro lado de las compuertas podrían elegir entre una muerte lenta por asfixia o reventar por descompresión.

También se incluye en el plan el conectarme el interruptor de protección al pulso para tener la mano libre y poder dormir. Lo de dormir tendrá que esperar. Terminada la conexión, activé el intercomunicador y anuncié que estaba dispuesto a hablar sólo con el coordinador, con nadie más.

Cuando por fin me pusieron con él, le dije lo que había hecho y le sugerí que lo comprobara, lo cual no le llevó mucho tiempo. Entonces le presenté mis demandas: una operación para reemplazar los demás miembros de mi cuerpo, naturalmente. La operación se debería realizar en estado consciente (un interruptor de protección controlado por los latidos del corazón se podría trastocar con un marcapasos) y tendría que realizarse aquí mismo, para asegurarme de que nadie pudiera rectificar los cambios provocados en los circuitos.

Llamaron a los médicos, quienes insistieron en que una operación tan complicada no se podría hacer con anestesia local. Mentían, claro; la amputación era algo normal antes incluso de que se inventaran los anestésicos. De acuerdo, decían, pero podría desmayarme. Les dije que no me desmayaría y que, de cualquier modo, estaba dispuesto a correr el riesgo. Que al fin y al cabo era asunto mío.

(Todavía no he mencionado que el plan completo incluye la sustitución de todos mis órganos internos además de las extremidades, o, por los menos, aquellos órganos que al deteriorarse pueden provocar la muerte. De esta manera me convertiré en un auténtico ciborg, un cerebro humano en un cuerpo «artificial» con miles de años de vida por delante. Con unas docenas, o cientos, de años de investigación podría descubrir algo para subsanar las debilidades cerebrales. Podría incluso llegar a conectarme con la Red de Datos Terrestres y así tener a mi disposición todo el saber humano, y conseguir que mis facultades lógicas y de memoria no se vieran frenadas por el ritmo tan lento del proceso natural electroquímico de las neuronas.)

Un psiquiatra, desde la Tierra, intentó convencerme de lo equivocado de mi actitud. Que el horrible trauma de mi accidente «evidentemente» me había desquiciado, y que la implantación ciborg no había conseguido más que empeorar mi trastorno mental. Demostró, o por lo menos se demostró a sí mismo, que mi comportamiento coincidía con cierto modelo clásico de locura. Teniendo todo esto en cuenta, dijo, si deponía mi actitud se me perdonarían los crímenes y me acogerían los brazos siempre abiertos de la institución psiquiátrica.

Invertí el tiempo necesario para hacerle ver los errores básicos de su planteamiento. Creía que había perdido mi identidad precisamente por haber perdido la cara y los órganos sexuales y que, en el fondo, yo era una «buena» persona que había visto cómo mi esencia humana había resultado pervertida por una alienación tanto física como existencial. Falso. Empleando su misma terminología, yo soy en

realidad una persona «mala» cuya verdadera naturaleza ha quedado al descubierto por el afortunado accidente, liberándome así del parentesco existencial con el vulgar rebaño.

Y malo es la palabra exacta, no inadaptado, amoral o criminal. A los ojos de los humanos, soy tan malo como lo es cualquier humano a los ojos de un animal que es criado para servir de comida, y la analogía no puede ser más exacta. Sacrificaré otros seres humanos no sólo para sobrevivir, sino por comodidad, curiosidad o diversión. Sólo dejaré con vida a aquellos que no me molesten y recompensaré con generosidad a los que me brinden su ayuda.

Ya no les quedan más que cuarenta minutos. Saben que yo...
(Fin de la grabación).

EXTRACTO DEL INFORME SUMARIO
1 OCTUBRE. 2058

Soy el doctor Henry Janovski, jefe del equipo quirúrgico que trabajó en la desgraciada ampliación ciborg del doctor Wilson Cheetham.

Tuvimos suerte de que la locura del doctor Cheetham anulara su natural preciso y minucioso. De haber tenido más tiempo para preparar su plan, estoy convencido de que nos hubiera puesto en un auténtico apuro.

Tendría que haberse dado cuenta de que el muro protector que lo mantenía a salvo del resto de Nearside era de acero, excelente conductor eléctrico. Si se hubiera rodeado de un buen material aislante habría podido escapar a su destino.

El waldo que utilizaba Cheetham es un instrumento maravilloso, pero también, básicamente, un mecanismo seudointeligente que obedece órdenes precisas transmitidas por frecuencia de radio. Lo único que tuvimos que hacer fue anular las señales que le llegaban desde el sistema nervioso de Cheetham.

Colgamos un potente amplificador en el muro de acero, a modo de inmenso transmisor de radio. Para generar la señal que queríamos ampliar, uno de nuestros técnicos se puso una manga de conexión para waldos sujetando un mando parecido al botón de protección de Cheetham. Le atamos la mano cerrada, conectamos el amplificador y le dijimos al técnico que se golpeará lo más fuerte que pudiera en la barbilla.

El técnico se dio un puñetazo tan fuerte que perdió el conocimiento durante unos segundos. La acción se transmitió hasta Cheetham y su eco, quizá cien veces más potente, le abrió el cráneo desde la misma barbilla.

Afortunadamente, el costoso brazo ciborg no sufrió desperfecto alguno. En sí, no es ni malo ni bueno, ni loco ni cuerdo, tal como me encargaré de demostrar.

Los experimentos seguirán aunque, como es lógico, a partir de ahora tendremos más cuidado al elegir los sujetos. Parece evidente, analizando lo ocurrido, que no debemos utilizar como sujetos aquellas personas que hayan sufrido un accidente traumático del tipo del de Cheetham. Tendremos que utilizar voluntarios dispuestos a

ello; yo mismo, por ejemplo.

No soy joven y mis manos, algo débiles y temblorosas, limitan ya el número de operaciones que podría realizar, cuando por mis conocimientos y afición podría realizar todas las que quisiera. Haré que me sustituyan el brazo izquierdo, que es el que empieza a fallar más, y me implanten la maravilla mecánica de Cheetham, y seguiré los mismos ejercicios de adiestramiento, todo ello, desde luego, en bien de la Humanidad y no en su perjuicio.

¡La de milagros que voy a obrar con el bisturí!

GEORGE R. R. MARTIN:
«Retratos de sus hijos»

George R. R. Martin, Premio Nebula 1985, recibió el Premio Nebula en 1979 por su cuento «Los reyes de la arena». Son algunos de sus libros: La muerte de la luz, The Armageddon Rag, Fevre Dream, Songs of Stars and Shadows, Una canción para Lya y Nightflyers. Tiene su residencia en Nuevo México.

Acerca del cuento que ha recibido este año el galardón, escribe:

«Es cierto que los escritores mantenemos una relación especial con nuestros personajes. En más de un sentido son nuestros hijos. Nacen de nuestra imaginación, se nutren en gran medida de nosotros mismos y son la encarnación de nuestros sueños de inmortalidad.»

»No puedo decir que yo sea una excepción. Abner Marsh y Joshua York; Sandy, Maggy y Froggy; Val “Sólo un ala” y Bretan Braith “el de la media cara”; Kenny y su mono; la pobre y ajada Melody; la modelo en alza Melantha Jhirl y el insensible Simon Kress; y, por supuesto, mi perdida Lya. Puedo ver sus rostros mientras escribo sus nombres.»

»Esta es la historia de un escritor, desde luego, y más verídica de lo que a muchos les gustaría admitir.»

Richard Cantling encontró el paquete apoyado en la puerta principal de su casa una tarde de finales de octubre, cuando salía para dar su acostumbrado paseo. Le puso de mal humor. Le había dicho mil veces al cartero que llamara al timbre cuando tuviera que entregar un paquete que no pasara por la ranura del buzón, y el hombre seguía abandonándolos en el porche para que cualquiera que los viera pudiera llevárselos. Aunque, para ser justos, la casa de Cantling se encontraba bastante apartada, encima de la alta y escarpada orilla del río, al final de una calle sin salida y una tupida pantalla de árboles que la ocultaba del resto de la calle. Pero también había el peligro de la lluvia, del viento y de la nieve.

El disgusto de Cantling apenas duró un segundo. La forma del paquete, envuelto en papel de embalar y cuidadosamente cerrado con cinta adhesiva, lo decía todo. Se trataba, evidentemente, de un cuadro. Y la letra con la que se había escrito la dirección en grueso rotulador verde y caracteres de imprenta, era inconfundiblemente la de Michelle. Debía de tratarse entonces de otro autorretrato. Michelle debía de sentir remordimientos.

Tenía que reconocer que aquello era una sorpresa. Siempre había sido un cabezota capaz de guardarle rencor a alguien durante años, docenas de años, y le costaba muchísimo admitir un error. Y Michelle, que era hija única, parecía haber heredado de su padre esas mismas cualidades. Nunca hubiera esperado ese detalle de ella. Era realmente..., ¿por qué no?, enternecedor.

Dejó el bastón para meter el paquete en casa, donde pudiera abrirlo a gusto, a

resguardo del ventarrón y la humedad de octubre. Media casi un metro y era más pesado de lo que parecía a simple vista. Cerró la puerta con el pie y lo arrastró como pudo, a duras penas, por el gran vestíbulo, hasta su estudio. Las cortinas color marrón estaban echadas y sumían la habitación en una completa oscuridad, y el ambiente de la habitación estaba cargado de polvo. Cantling tuvo que soltar un momento el paquete para buscar la luz.

No había utilizado su estudio desde la noche, hacía ya dos meses, en que Michelle se fue de forma tan violenta. Su autorretrato seguía colgado sobre la campana de pizarra de la chimenea. Chimenea que pedía a gritos una limpieza a fondo, como aquellos libros que, en las estanterías empotradas del estudio, estaban polvorientos y desordenados. Cantling miró el viejo cuadro y sintió que volvía a invadirle la ira, y después la tristeza. Había sido algo muy desagradable por parte de Michelle. El cuadro era realmente bueno, mucho más de su gusto que las deformes abstracciones que a Michelle le gustaba pintar para ella misma o que las cubiertas simplonas para libros de bolsillo con las que se ganaba la vida. Lo pintó cuando tenía veinte años, como regalo de cumpleaños para su padre, y él le había cogido mucho cariño. Había captado la imagen de la joven como ninguna fotografía lo había hecho, y no sólo las líneas del rostro, los pómulos altos y marcados, el azul de sus ojos o su pelo rubio ceniza siempre revuelto, sino también la imagen interior de su personalidad. Reflejaba su juventud, su frescor, su seguridad, y la sonrisa le recordaba tanto a la de Helen, a la forma en que sonreía el día de su boda... Muchas veces le había comentado a Michelle lo mucho que le gustaba esa sonrisa.

Por eso fue por la sonrisa por donde empezó su hija. Utilizó un puñal antiguo que formaba parte de la colección de Cantling para recortar con cuatro tajos la boca. Le arrancó después los inmensos ojos azules como si quisiera cegar el retrato, y, cuando Cantling llegó al estudio, Michelle estaba haciendo trizas el lienzo con cuchilladas largas y torpes. Cantling no podía olvidar aquella escena tan espantosa. Hacerle aquello a una de sus propias obras..., no le cabía en la cabeza. Había intentado imaginarse a sí mismo mutilando uno de sus libros; había buscado la causa capaz de llevar a alguien a hacer una cosa así. Inútil. Era algo incomprensible que no cabía ni en la imaginación.

El cuadro mutilado seguía colgado en su sitio. Cantling era demasiado orgulloso para bajarlo de allí, pero tampoco soportaba su vista. Decidió pues dejar de utilizar el estudio. No importaba demasiado porque la casa era enorme y con más habitaciones de las que necesitaba, viviendo, como vivía él, solo. Su construcción databa del siglo anterior, cuando Perrot era una próspera ciudad ribereña y, según decían, en ella habían vivido varios capitanes de aquellos vapores que hacían su recorrido por el río. Su arquitectura gótica, con una ornamentación recargada y llena de referencias a aquellos vapores, conjuraba la visión de la época de esplendor del Mississippi, del que había una magnífica vista desde las ventanas del tercer piso y la azotea.

Después del incidente, Cantling trasladó su mesa de trabajo y la máquina de

escribir a uno de los dormitorios desocupados y allí se instaló, decidido a dejar el estudio tal como lo había dejado Michelle hasta que volviera a pedir perdón.

Pero no esperaba que sucediera tan pronto, o, al menos, no de esta manera. Quizás una llamada llorosa, pero no otro retrato. Sin embargo, así era más bonito, más personal. Y era un detalle, el primer paso hacia la reconciliación. Richard Cantling sabía demasiado bien que era incapaz de dar ese primer paso, por muy solo que se sintiera. Y se sentía muy solo, no pretendía engañarse a ese respecto. Dejó atrás todos sus amigos de Nueva York cuando se fue a vivir a esta ciudad ribereña de Iowa, y no se había hecho nuevos amigos que sustituyeran a aquéllos. Nada extraño, teniendo en cuenta que no era un hombre demasiado sociable. La timidez lo apartaba de todos, incluso de aquellos pocos amigos que había logrado reunir. Incluso de su familia. Helen le había acusado a menudo de preocuparse más por sus personajes que por la gente de carne y hueso, acusación que hizo suya Michelle desde la adolescencia. Helen también se había marchado. Hacía diez años de su divorcio y cinco de su muerte. Por muy irritante que fuera Michelle, era en realidad lo único que le quedaba. La echaba de menos; echaba de menos hasta las continuas peleas.

Pensaba en Michelle mientras quitaba el papel del envoltorio. La llamaría, naturalmente. La llamaría y le diría lo bueno que era el nuevo retrato, lo mucho que le había gustado. Le diría que la echaba de menos y la invitaría a pasar con él el Día de Acción de Gracias. Sin duda, ésa era la mejor manera de resolver el problema. Ni una sola mención a la discusión. No quería reanudarla, y ni él ni Michelle eran de los que se volvían atrás con facilidad. Aquel orgullo obstinado e intransigente era un rasgo de familia, tan arraigado como los pómulos altos y la mandíbula cuadrada. Parte de la herencia Cantling.

Vio que el marco era antiguo, de madera laboriosamente labrada y muy pesado, precisamente como le gustaban. Iría muy bien con la decoración victoriana, mejor que el delgado marco de bronce del retrato viejo. Cantling tiró del envoltorio con avidez, deseando ver lo que su hija había hecho. Michelle tenía ahora casi treinta años. ¿O pasaba ya de los treinta? Nunca había sabido su edad con exactitud, ni se acordaba siquiera de la fecha de su cumpleaños. En cualquier caso, ahora pintaba mucho mejor que cuando tenía veinte. Seguro que el cuadro era magnífico. Arrancó el último trozo del envoltorio y le dio la vuelta.

Su primera reacción fue pensar que se trataba de una obra realmente buena, quizá lo mejor que había hecho Michelle Cantling en toda su vida. Al instante, ese primer sentimiento de admiración dejó paso a la ira. No era ella. No era Michelle. No era un autorretrato que reemplazara el que había destrozado tan concienzudamente. Era... algo distinto.

Alguien distinto.

Nunca había visto ese rostro y, sin embargo, lo reconoció con la misma rapidez que si lo hubiera tenido delante infinidad de veces. Desde luego que sí.

El hombre del cuadro era joven. Veinte años, o quizá aún más joven, aunque su

pelo moreno y rizado estuviera ya salpicado abundantemente de canas. Un pelo rebelde, desordenado como si el joven se acabara de levantar de la cama, caía sobre unos ojos verde claro, de mirada algo perezosa, en los que brillaba una secreta guasa. Tenía los pómulos altos de los Cantling, pero la línea de la mandíbula no era la de un miembro de la familia. Bajo una nariz chata y ancha, sonreía con ironía. Todo su cuerpo tenía una actitud algo insolente. Iba vestido con un peto descolorido y una camiseta toda deshilachada, y sujetaba una cebolla mordisqueada en una mano. El fondo era una pared de ladrillo llena de pintadas. Lo había creado Cantling.

Edward Donohue. Dunnahoo, como lo llamaban sus amigos y compinches, los personajes de su primera novela, Callejeando.

Dunnahoo era el protagonista. Un chico listo con una lengua acerada, más inteligente de lo que le convenía. Volvió a mirar el cuadro. Cantling sintió que lo conocía desde hacía mucho tiempo, y que lo quería de la forma especial en que los escritores quieren a algunos de sus personajes.

Michelle lo había retratado exactamente tal como era. Cantling miró el cuadro con detenimiento y le volvieron a la memoria todos los hechos que había derramado sobre el libro tanto tiempo atrás, todas las personas que había inventado y descrito con tanto cariño y cuidado. Se acordó de Jocko, del Pulpo, de Nancy, de la pizzería de Ricci, donde transcurría gran parte de la acción de la novela (podía reconstruirla entera mentalmente), de la aventura de Arthur y la moto y de la apoteósica batalla de pizzas. Y se acordó de Dunnahoo, sobre todo de él. Siempre ingenioso, siempre haciendo el tonto, holgazaneando y haciéndose un hombre. «Que se jodan si no saben aceptar una broma» decía, y lo repetía por lo menos una docena de veces. Eran las últimas palabras del libro.

Por un instante, Cantling sintió cómo iba creciendo en él un enorme y extraño afecto, como si acabara de encontrarse con un viejo amigo que había perdido.

Pero en seguida, tras aquel sentimiento, surgió el recuerdo de las palabras tan duras que se habían lanzado padre e hija aquella noche y todo cobró sentido. La cara de Cantling se endureció.

—¡Zorra! —gritó furioso, buscando inútilmente un blanco para su ira.

—¡Zorra! —volvió a decir, y salió del estudio dando un portazo.

La había llamado «zorra».

Michelle se volvió hacia él con el cuchillo en la mano. Sus ojos estaban húmedos y rojos de haber llorado, y tenía la sonrisa en la mano. Hizo una pelota con ella y se la arrojó a la cara.

—Toma, cabrón. ¿No te gustaba tanto la maldita sonrisa? Pues ahí la tienes.

La pelota rebotó en la mejilla de su padre. Cantling notó que empezaba a ponerse rojo.

—Eres igual que tu madre. También a ella le gustaba romperlo todo.

—Le dabas buenos motivos, ¿no?

Cantling no hizo caso de la observación.

—¿Qué puñetas te pasa? ¿Qué puñetas crees que vas a conseguir con esta actitud estúpida y melodramática? Porque eso es lo que es, un mal melodrama. ¿Quién puñetas te crees que eres, un personaje de alguna obra de Tennessee Williams? Déjalo ya, Michelle. Si yo escribiera una escena como ésta en alguno de mis libros, la gente se reiría de mí.

—¡Esto no es uno de tus malditos libros! —gritó su hija—. Esto es la vida real. Mi vida. Soy una persona de carne y hueso, hijo de puta, ¡no un personaje de uno de tus malditos libros!

Le dio la espalda y empezó otra vez a asestar cuchilladas al cuadro.

Cantling se cruzó de brazos mientras la observaba.

—Espero que por lo menos estés disfrutando con este ejercicio tan inútil.

—Me lo estoy pasando de puta madre —le contestó Michelle a gritos.

—Estupendo. Me disgustaría pensar que no consigues nada con todo esto. Se pueden sacar muchas conclusiones. Es tu propia cara la que estás destrozando. No creía que pudieras odiarte tanto.

—Sí, me odio. Sabemos muy bien quién tiene la culpa, ¿no?

Había terminado. Se acercó a su padre y tiró el cuchillo. Empezó a llorar otra vez, respirando entrecortadamente.

—Me voy, maldito cabrón. Te juro que deseo que seas feliz pudriéndote aquí.

—No he hecho nada para merecer esto —dijo Cantling con un gran esfuerzo.

No era una gran manera de disculparse, de tender un nuevo puente hacia la comprensión mutua, pero era cuanto sabía hacer. A Cantling no le resultaba fácil pedir perdón.

—¡Te mereces mil cosas peores! —gritó Michelle.

La ira deformaba aquella cara tan bonita de la joven.

¡Qué estupidez lo de que la gente está más guapa cuando se enfada, qué error!

Cantling se alegró de no haber empleado nunca ese tópico en ninguno de sus libros.

—Se supone que eres mi padre —dijo Michelle—. Se supone que me quieres. Se supone que eres mi padre y tú, cerdo, me has violado.

Cantling tenía el sueño ligero. Se despertó mediada la noche y se sentó en la cama temblando, con la sensación de que algo no andaba bien.

La habitación estaba a oscuras y en silencio. ¿Qué podía ser? Quizás era un ruido; se solía despertar al más mínimo ruido. Cantling apartó la sábana, se deslizó fuera de la cama y se puso las zapatillas. Del fuego que había disfrutado antes de irse a dormir sólo quedaban algunas brasas y la habitación estaba helada. A los pies de la cama, un mueble antiguo con baldaquín, tenía la bata escocesa. Se la puso, se ató el cinturón y se encaminó a la puerta del dormitorio. Era una puerta que a veces crujía un poco; por eso la abrió muy lentamente, con mucho cuidado, y se paró a escuchar.

Había alguien abajo. Podía oír cómo se movía de aquí para allá.

El miedo le mordió la boca del estómago. No tenía ninguna pistola, ni nada que se

le pareciera. No creía en las armas. Además, se suponía que no corría ningún peligro. Esto no era Nueva York; estaba en un lugar seguro, en Perrot, Iowa. Y ahora tenía un ratero en casa, lo que no le había ocurrido en todos los años que pasó en Manhattan. ¿Qué diablos tenía que hacer en un caso así?

La policía, pensó. Cerraría la puerta con llave y llamaría a la policía. Retrocedió hasta la cama y alargó la mano hacia el teléfono.

El teléfono sonó.

Richard Cantling se quedó mirando el aparato. Tenía dos líneas, un número público, conectado al contestador automático, y un número privado que no figuraba en la guía y que sólo daba a los amigos muy íntimos. Las dos luces estaban encendidas, así que se trataba del teléfono privado. Vaciló un momento y por fin lo descolgó.

—Diga.

—El hombre en persona —dijo la voz—. No te hagas el tonto, papi. Ibas a llamar a la poli, ¿verdad? Qué idiota. Si soy yo, hombre. Baja y hablaremos un rato.

Cantling notó que tenía un nudo seco en la garganta. No había oído nunca esa voz y, sin embargo, estaba seguro de conocerla, completamente seguro.

—¿Quién es? —preguntó impaciente.

—No hagas preguntas estúpidas —respondió el otro—. Sabes quién soy.

Lo sabía, pero preguntó:

—¿Quién?

—¿Quién iba a ser? Dunnahoo —Cantling recordó haber escrito aquella frase.

—No eres real.

—Eso mismo dijeron de mí algunos críticos. Recuerdo que entonces eso te jodió mucho.

—No eres real —repitió Cantling.

—No me fastidies —dijo Dunnahoo—. Si no soy real la culpa es tuya. Así que deja de meterte conmigo, ¿vale? Mueve el culo y baja y nos enrollaremos. —Y colgó.

Las luces del teléfono se apagaron. Cantling se sentó en la cama, totalmente perplejo. ¿Qué conclusión podía sacar? ¿Que se trataba de un sueño? No estaba soñando. ¿Qué podía hacer?

Bajó.

Dunnahoo había encendido un fuego en la chimenea del salón y se había acomodado en el gran sillón de piel de Cantling, bebiendo a morro una cerveza Pabst Blue Ribbon. Cuando Cantling apareció bajo el arco de la entrada, le dirigió una sonrisa indolente.

—El hombre —dijo—. Qué pinta de moribundo. ¿Quieres una cerveza?

—¿Quién diablos eres? —le espetó Cantling.

—Oye, que ya le hemos dado a eso. No me fastidies. Pilla una cerveza y aparca cerca del fuego.

—Actor —dijo Cantling—, Tienes que ser un maldito actor. Fue Michelle quien

te metió en esto, ¿verdad? Dunnahoo se rió con sorna.

—¿Actor? Un poco retorcido, ¿no? Dime la verdad, ¿meterías un pegote así de gordo en una de tus novelas? Ni hablar, Nicolás. No lo harías tú en la vida y, si alguien lo hiciera, en clase o en uno de esos libros de los que haces reseñas, lo desollarías vivo.

Richard Cantling fue adentrándose despacio en la habitación, mirando al joven tumbado en su sillón. No era un actor. Era Dunnahoo, el chico de su libro, la cara del cuadro. Cantling, sin dejar de mirarlo, se instaló en un sillón alto y excesivamente mullido.

—No entiendo nada —dijo—. Parece un cuento de Dickens.

Dunnahoo soltó una carcajada.

—Que esto no es ningún cuento navideño, viejo; te juro que no soy ningún fantasma de Navidad.

Cantling frunció el ceño. Quienquiera que fuese, aquellas palabras se salían del papel.

—Ahí te has equivocado —le soltó—. Dunnahoo no ha leído a Dickens. Batman y Robin, desde luego, pero nunca Dickens.

—He visto la película, papi —dijo Dunnahoo.

Se llevó la botella a la boca y le pegó un buen trago.

—¿Por qué me sigues llamando papi? —preguntó Cantling—. Tampoco es lo correcto. Es anacrónico. Dunnahoo era un chico de la calle, no un beatnik.

¿Y me lo dices a mí? ¿Qué te crees, que no lo sé de sobra? —se echó a reír—. Eres un mierda, ¿qué otra cosa podría llamarte?

Se pasó los dedos por el pelo, para apartarlo de los ojos.

—Al fin y al cabo, sigo siendo tu primogénito, quieras o no.

Ella quería llamarle Edward si era niño.

—No digas estupideces, Helen —le contestó Cantling.

—Creía que te gustaba el nombre de Edward —dijo la mujer.

Lo que no sabía Cantling era qué estaba haciendo ella en su oficina. Se suponía que estaba trabajando, o tratando de trabajar. Le había dicho que nunca entrara allí cuando estuviera delante de la máquina de escribir. De recién casados, Helen lo respetaba al pie de la letra, pero no hubo manera de tratar con ella desde que se quedó embarazada.

—Claro que me gusta el nombre de Edward —le dijo, tratando a duras penas de hablar con una voz tranquila. Odiaba que le interrumpieran—. Edward me gusta muchísimo. Me encanta ese maldito nombre. Por eso lo estoy utilizando para mi protagonista. Edward, se llama Edward. Edward Donohue. O sea que no podemos utilizarlo para el niño porque ya lo he utilizado. ¿Cuántas veces quieres que te lo explique?

—¡Pero si nunca le llamas Edward en el libro! —protestó Helen.

Cantling frunció el ceño.

—¿Has estado leyendo el libro otra vez? Maldita sea, Helen te he dicho que no me gusta que andes revolviendo en el manuscrito hasta que esté terminado.

Helen no consintió que cambiara de tema.

—Nunca le llamas Edward —repitió.

—No —dijo Cantling—. Tienes razón. Nunca le llamo

Edward. Le llamo Dunnahoo, porque es un chico de la calle y ése es su nombre en la calle y no le gusta que le llamen Edward. Pero resulta que sigue siendo su nombre, ya ves. Edward es su nombre. No le gusta, pero es su puñetero nombre y, al final, le dice a alguien que su nombre es Edward, y resulta que es importante. Por eso no podemos llamar al niño Edward porque el otro ya se llama Edward y estoy harto de esta discusión. Si es niño le podemos llamar Lawrence, como mi abuelo.

—Pues yo no quiero ponerle Lawrence —llovió Helen—, ¡Está tan pasado de moda! Y encima la gente le llamaría Larry y es un nombre que odio. ¿Por qué no le pones Lawrence al personaje de tu libro?

—Porque su nombre es Edward.

—Es el de nuestro hijo, que llevo dentro —le dijo, y se puso la mano sobre su vientre abultado, como si Cantling necesitara un recordatorio visual.

Estaba cansado de peleas, de discusiones, de que le interrumpieran a cada momento. Se echó hacia atrás en la silla.

—¿Cuánto tiempo hace que estás embarazada?

Helen le echó una mirada sorprendida.

—Ya lo sabes, ahora hace siete meses. Y una semana.

Cantling se echó hacia adelante y dio un manotazo a la montaña de hojas manuscritas apiladas junto a la máquina de escribir.

—Pues yo estoy embarazada de este niño, desde hace tres malditos años. Éste es el cuarto puñetero borrador, y será el último. Se llamó Edward en el primero, en el segundo y en el tercero, y te puedo asegurar que se llamará Edward cuando el maldito libro salga. Lleva llamándose Edward años antes de aquella noche de aciaga memoria, en que decidiste darme una sorpresa tirando el diafragma y quedándote embarazada.

—No es justo —se quejó la mujer—. Él sólo es un per sonaje y éste que cobijo en mi seno es nuestro hijo.

—Justo? ¿Quieres que sea justo? Muy bien. Lo seré. Nuestro primer hijo se llamará Edward. ¿Te parece bastante justo?

La cara de Helen se suavizó y sonrió tímidamente.

Cantling levantó una mano antes de que ella pudiera decir nada.

—Naturalmente, me imagino que sólo me queda un mes para terminar esa mierda, si es que alguna vez dejas de interrumpirme. A ti te queda un poco más. Pero es todo lo justo que puedo ser. Si pares antes de que yo escriba FIN, el nombre es tuyo. Si no —le dio otra palmada al manuscrito—, éste será nuestro primogénito.

—No puedes... —empezó a decir Helen.

Pero Cantling se puso a teclear.

—Mi primogénito —dijo Richard Cantling.

—En persona —dijo Dunnahoo. Levantó la botella de cerveza en un brindis—
¡Por padres e hijos!

Apuró la cerveza de un trago y lanzó la botella zigzagueando contra la chimenea, donde se estrelló.

—Estoy soñando —dijo Cantling.

Dunnahoo le hizo una mueca burlona.

—Mira, viejo, hazte a la idea. Estoy aquí —se levantó—. El hijo pródigo que ha vuelto —dijo, haciendo una reverencia—. ¿Dónde están los agasajos y todas esas gilipolleces? Lo menos que podías haber hecho era encargarme una pizza.

—Muy bien, te seguiré el juego —dijo Cantling—. ¿Qué quieres de mí?

Dunnahoo se echó a reír.

—¿Qué? ¿Quién, yo? ¿Quién coño lo sabe? Nunca supe lo que quería, como tú bien sabes. Nadie, en todo el maldito libro, sabía lo que yo quería.

—De eso se trataba —dijo Cantling.

—¡Ah, ya lo he entendido! —exclamó Dunnahoo—. No soy un idiota. El hijo del viejo Dicky Cantling lo es todo menos idiota, ¿no?

Se dirigió a la cocina.

—Quedan más cervezas en la nevera. ¿Quieres una?

—¿Por qué no? —dijo Cantling—. No viene todos los días mi hijo mayor a visitarme. Traeme una Dos Equis con una rodaja de lima, por favor.

—Ahora te da por beber cerveza suave de señoritos, ¿eh? Menuda mierda. ¿Y qué pasa con la Piéis? Antes te tragabas una detrás de otra.

Desapareció por la puerta de la cocina. Cuando regresó, llevaba dos botellas de Dos Equis cogidas por el cuello y con los dedos bien metidos en las bocas abiertas. En la otra mano tenía una cebolla cruda. Las botellas tintineaban al chocar entre sí.

Le dio una a Cantling.

—Toma. Yo también beberé un poco de cultura.

—Se te ha olvidado la lima —dijo Cantling.

—Tráete tú esa mierda —dijo Dunnahoo—. ¿Qué piensas hacer, cortarme la asignación?

Se echó a reír. Lanzó la cebolla al aire, la atrapó y le dio un buen mordisco.

—Cebollas —dijo—. Esa te la guardo, papi. Ya es una coña que tenga que comer cebollas crudas, esa mierda, pero es que encima hiciste que ni siquiera me gustaran. Hasta lo dices en el maldito libro.

—Claro —dijo Cantling—. La cebolla tiene una doble función. De puertas afuera, lo hacías para demostrar lo duro que eras. Era algo que ninguno de los otros que holgazaneaban en el local de Ricci se atrevían a hacer. Te daba cierta categoría. Pero en tu fuero interno, cuando mordías una cebolla era como una afirmación simbólica de tu hambre de vida, de tu hambre de todo, de lo dulce y lo amargo.

Dunnahoo le dio otro mordisco.

—Qué gilipollez —dijo—. Debería hacerte comer una de esas cebollas de mierda para que vieras lo buena que está.

Cantling tomó un sorbo de su cerveza.

—Era joven. Se trataba de mi primer libro. En aquel momento me parecía una buena imagen.

—Y que te la comieras cruda —dijo Dunnahoo, zampándose la cebolla.

A Richard Cantling le pareció que la entrañable escena familiar duraba ya demasiado.

—¿Sabes, Dunnahoo, o quienquiera que seas? —dijo en un tono amigable—. La verdad es que no eres como yo esperaba.

—¿Y qué esperabas, viejo?

Cantling se encogió de hombros.

—Te creé con mi inteligencia, no con mi esperma. Tienes más de mí que ninguno de los hijos que hubiera podido tener de carne y hueso. Tú eres yo.

—¿Qué? —dijo Dunnahoo—. No me eches el muerto encima. No sería tú ni en coña.

—No tienes elección. Tu historia está basada en mi propia adolescencia. Todas las primeras novelas son así. La pizzería de Ricci era en realidad Pizzas Pom-peya, de Newark. Tus amigos eran mis amigos. Y tú eras yo.

—¿Eso crees? —dijo Dunnahoo, con una sonrisa irónica.

Richard Cantling asintió.

Dunnahoo soltó una carcajada.

—Eso sí que sería tener suerte, papi.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Cantling con brusquedad.

—Vives en el país de la fantasía, viejo, ¿no lo sabías? Quizá te guste creerte que eres como yo, pero de ahí a que sea verdad, nada de nada. Yo era el ídolo de Ricci.

En Pompeya, tú eras el cuatro ojos que se pasaba el día delante del billar automático. A los dieciséis ya me habías exprimido los huevos. Tú, a los veinte, por mucho que acabaras de salir de aquella Facultad, no habías tocado todavía una sola teta. Tardaste semanas en inventarte las gracias que me obligabas a soltar cada puñetera vez que aparecía. De todas las locuras y trastadas que yo hacía en el libro, unas le ocurrieron a Dutch, otras a Joey y otras no ocurrieron nunca, pero, desde luego, ninguna te ocurrió a ti, o sea que no me hagas reír.

Cantling se sonrojó.

—Estaba escribiendo un libro, era ficción. Es posible que fuera un desastre en la juventud, pero...

—Un acojonado —dijo Dunnahoo—. No lo quieras arreglar.

—No tenía nada de acojonado —dijo Cantling, dolido—. Callejeando contaba la verdad. Era lógico que utilizara un personaje que centrara más la acción que yo en la vida real. El arte toma sus bocetos de la vida, pero tiene que perfilarlos, corregirlos,

darles una estructura. No puede quedarse en una mera copia. Y eso es lo que yo hice.

—Ni hablar. Lo que hiciste fue chupar de Dutch, de Joey y de todos los demás. Te serviste de sus vidas, tío, y te lo quedaste todo para ti. Incluso te inventaste esa extraña idea de que yo me basaba en ti y llevas tanto tiempo pensando que es cierto que al final te lo has creído. Eres una sanguijuela, papi. Un asqueroso ladrón.

Cantling estaba furioso.

—¡Sal de aquí! —gritó.

Dunnahoo se puso en pie y se desperezó.

—Joder, qué pena que me da. ¡Arrojar así a tu pobre hijo al frío de la noche de Iowa! ¿Qué pasa? Con lo que te gustaba tenerme en ese coñazo de libro, para poder controlar todo lo que decía y hacía, ¿eh? Ahora que soy real, veo que no te gusto tanto. Allá tú. Nunca te ha gustado la vida real ni la mitad de lo que te gustaban tus libros.

—Me gusta la vida cuanto me da la gana, gracias —soltó Cantling.

Dunnahoo sonrió. Allí, de pie, parecía de repente que se iba desdibujando, perdiendo materialidad.

—¿Ah, sí? —dijo.

Su voz sonaba con menor intensidad que antes.

—¡Sí! —contestó Cantling.

Ahora Dunnahoo se iba desvaneciendo. Su cuerpo había perdido todo el color; parecía casi transparente.

—Haz la prueba —dijo—. Entra en la cocina y dale un buen mordisco a tu cebolla de la vida.

Se echó el pelo atrás y soltó una carcajada; se rió y no paró de reír hasta que desapareció del todo.

Richard Cantling se quedó mirando el lugar que había ocupado el joven tanto tiempo. Al cabo de un rato, muy cansado, subió a su dormitorio.

A la mañana siguiente se preparó un enorme desayuno. Zumo de naranja, café recién hecho, un montón de bollos bien untados de mantequilla y mermelada de moras, tortilla de queso y seis gruesas lonchas de tocino ahumado. Pensaba que cocinando y comiendo se distraería, pero no funcionó. Estuvo todo el rato pensando en Dunnahoo. Tenía que ser un sueño, un sueño sin sentido. Claro que no les encontraba explicación a los trozos de cristal de la chimenea ni a las botellas de cerveza vacías del salón, aunque al final dio con una. Seguro que había sufrido un ataque de sonambulismo, mezcla de locura y alcohol, decidió Cantling, provocada por la tensión de su pelea con Michelle, naturalmente, y con el remate del cuadro.

Tal vez debería consultar con alguien lo sucedido, un médico o un psicólogo, o algo por el estilo.

Después de desayunar, Cantling fue directamente al estudio, decidido a enfrentarse directamente con el problema y resolverlo. El retrato mutilado de Michelle seguía colgado sobre la chimenea. Una herida infectada, pensó, que le había

contagiado. Ya era hora de que se deshiciera de él. Cantling encendió un fuego y, cuando estuvo bien avivado, bajó lo que quedaba del cuadro, le quitó el marco de metal, como hombre práctico que era al fin y al cabo, y arrojó al fuego el lienzo roto y desfigurado. El humo grasiendo de la pintura le hizo sentirse otra vez limpio.

Quedaba el retrato de Dunnahoo. Cantling empezó a examinarlo con atención. La verdad, era un trabajo excelente. Su hija había conseguido plasmar al personaje. Podía quemarlo, pero eso sería participar en el juego destructivo de Michelle. Cantling había dejado su huella en el mundo creando, no destruyendo, y era demasiado viejo para cambiar. El cuadro había sido pintado como un cruel sarcasmo, pero Cantling decidió devolverle la broma a Michelle haciendo del cuadro un espléndido homenaje. Lo colgaría, y lo colgaría en el lugar más destacado. Ya sabía cuál iba a ser su sitio.

En lo alto de las escaleras había un largo rellano con una barandilla de madera labrada que daba al gran vestíbulo. El rellano medía casi cinco metros de longitud y la pared opuesta a la barandilla estaba totalmente vacía. Cantling pensó que serviría estupendamente como galería de retratos. Cualquiera que entrara en la casa podría ver el cuadro y todo el mundo tendría que pasar por delante de él al subir a las habitaciones del segundo piso. Buscó un martillo y unos clavos y colgó a Dunnahoo en el sitio de honor. Cuando Michelle volviera para hacer las paces, lo vería allí y sin duda sacaría la conclusión de que Cantling no había entendido el verdadero significado del regalo. Tenía que acordarse de agradecerle el detalle efusivamente.

Richard Cantling empezaba a sentirse mucho mejor. La conversación de la noche anterior iba quedando reducida a un mal recuerdo. Lo apartó con decisión de su cabeza y se pasó el día escribiendo cartas a su editor y su representante. Al final del día, sintiendo una agradable fatiga, hizo un alto para disfrutar de una taza de café y unas galletas de hojaldre que tenía reservadas en la nevera. Después se marchó para dar su paseo acostumbrado, un paseo de más de hora y media por la orilla del río, sintiendo el aire frío y puro en la cara.

A su regreso le aguardaba en el porche un gran paquete cuadrado.

Lo dejó apoyado sobre un sillón mientras él se sentaba en la mecedora para estudiarlo. Se sentía incómodo. No cabía duda de que producía el efecto que buscaba. Cantling notaba la erección junto a la pierna y oprimiéndole el pantalón.

El retrato era... bueno, francamente erótico.

La mujer estaba desnuda y tendida en una cama, una cama grande y antigua con baldaquín, muy parecida a la suya. Estaba medio de espaldas, con la cabeza vuelta y mirando por encima del hombro derecho, dejando ver la suave línea de su columna y la curva del pecho, grande, bien moldeado, lindísimo, con la aureola ancha y rosada y el pezón erecto. Hacía el ademán de estirar una sábana arrugada hacia la barbilla, pero poco era lo que la tapaba. El cabello era de un color dorado rojizo, los ojos verdes, la sonrisa, traviesa. Su piel, joven y suave, tenía un ligero tono enrojecido, como si en ese mismo momento acabara de batirse en un duelo amoroso. Tenía

tatuado el símbolo de la paz en la nalga derecha. Podía apreciarse que era muy joven. Richard Cantling sabía exactamente lo joven que era: dieciocho años, una niña-mujer atrapada en el precioso paso de la inocencia a la sabiduría, cuando el sexo es un simple y emocionante juguete nuevo. Claro que sabía mucho de ella. La conocía muy bien.

Cissy.

Colgó su retrato al lado de Dunnahoo.

Cantling había titulado el libro Flores muertas, pero su editor lo cambió por el de Rosas negras; más evocador, le explicó, más romántico, más original. Cantling luchó contra la modificación con las armas del arte, y perdió. Más tarde, cuando el libro subió a las listas de libros más vendidos, admitió su error a regañadientes y le envió a Brian una botella de su vino favorito.

Era su cuarta novela y su última oportunidad. Callejeando había obtenido críticas excelentes y se había vendido bastante bien. Pero la crítica había hundido sus dos libros siguientes, y los lectores los habían ignorado. Tenía que hacer algo diferente, y lo hizo. Rosas negras levantó una gran polémica. Algunos críticos lo adoraban, otros lo aborrecían, pero no paró de venderse y, gracias a la venta de los derechos para libro de bolsillo y para el cine (aunque nunca se llegara a hacer la película), salió de apuros económicos por primera vez en toda su vida. Por fin pudieron pagar una entrada para una casa, cambiaron a Michelle a un colegio privado y le pusieron aquel aparato para corregir los dientes. El dinero que sobró lo invirtió lo mejor que supo. Estaba orgulloso de Rosas negras y contento del éxito. Le dio la fama que ahora tenía.

Helen odiaba de todo corazón aquel libro.

No pudo ocultar su satisfacción el día en que la novela desapareció de la última de las listas de éxito.

—Ya sabía yo que no iba a durar siempre —dijo.

Cantling dio un manotazo furioso al periódico.

—Ha durado lo suficiente. ¿Qué diablos te pasa? Antes tampoco estabas contenta, cuando íbamos tirando con lo justo. Todo el día con «la niña necesita un aparato», «la niña necesita ir a un colegio mejor», «la niña debería comer todos los días algo que no fueran esos asquerosos bocadillos de mantequilla de cacahuete y mermelada». Muy bien, todo eso ya pasó y estás más cabreada que nunca. Deberías estar orgullosa, ¿o preferías estar casada con un fracasado?

—Lo que no me gusta es estar casada con un escritor de pornografía —dijo Helen, intentando herirle.

—Que te jodan —repuso Cantling.

Helen le dirigió una sonrisa desagradable.

—No sé quién. Hace semanas que no me pones la mano encima. Prefieres joder con tu Cissy.

Cantling la miró fijamente.

—¿Estás loca o qué? Ella sólo es un personaje de una novela que yo he escrito. Nada más.

—¡Vete a la mierda! —exclamó Helen llena de rabia—. Me consideras imbécil. ¿Crees que no sé leer? ¿Crees que no lo sé? He leído tu mierda de libro. No soy tonta. La esposa Marsha, la sosa, ignorante y aburrida Marsha, la gris y torpe Marsha, esa vaca, esa quejica, ese enorme grano en el culo, soy yo. ¿Crees que no me reconozco? Claro que me reconozco, y también mis amigos. Todos me compadecen. Me quieres tanto como Richardson quería a Marsha. Cissy será únicamente un personaje, de acuerdo, pero es un demonio, un maldito demonio.

Empezó a llorar.

—Estás enamorado de ella, cabrón. Ella es la musa de tus banales sueños eróticos. Si entrara ahora mismo en la habitación, me repudiarías tan rápido como Richardson a la pobre Marsha. Niégalo. ¡Vamos, atrévete a negarlo!

Cantling miraba a su mujer sin dar crédito a sus ojos.

—No puedo creerlo. Estás celosa del personaje de mi libro. Estás celosa de alguien que no existe.

—Ella existe en tu cabeza, el único lugar que verdaderamente te importa. Naturalmente que tu libro ha sido un gran éxito, pero ¿crees que ha sido por tu habilidad literaria? Ha sido por el sexo, ¡ha sido por ella!

—El sexo es una parte importante de la vida —dijo Cantling en su defensa—. Es un tema artístico perfectamente legítimo. ¿Pretendes que corra una cortina cada vez que mis personajes se van a la cama, es eso? Rosas negras es, exclusivamente, un estudio sobre la sexualidad, nada más, pero claro, había que ser algo explícito. Si no fueras una maldita mojigata, te habrías dado cuenta.

—¡No soy una mojigata! —dijo Helen a gritos—. ¡No te atrevas a llamarme así!

Cogió uno de los platos del desayuno y se lo arrojó a Cantling. Cantling lo esquivó, y el plato fue a estrellarse contra la pared que tenía a su espalda.

—Que no me guste tu maldito y asqueroso libro no significa que sea una mojigata.

—La novela no tiene nada que ver con esto —dijo Cantling. Se cruzó de brazos, pero procuró mantener un tono de voz normal—. Eres una mojigata por lo que haces en la cama. ¿O deberías decir por lo que no haces? —y sonrió.

Helen se había puesto roja —como un centollo, pensó Cantling—, y le dio asco por vieja, por superficial.

—Sí, claro, pero ella hará todo lo que le pidas, ¿verdad? —su voz era tan corrosiva como el ácido—. Cissy, la preciosa y pequeña Cissy. Se pondrá un tatuaje sexy en el culo si se lo pides, ¿no? Y hará el amor en la calle, en los lugares más extraños, rodeada de gente. Llevará ropa interior de lo más estrafalario, porque es muy divertido. Siempre está dispuesta y no tiene arrugas, y tiene las tetas de los dieciocho años; siempre tendrá las tetas de los dieciocho años, ¿verdad? ¿De qué manera crees que puedo luchar contra eso, eh? ¿De qué manera? ¿DE QUÉ

MANERA?

A diferencia de su mujer, la ira de Cantling adoptaba la forma de un sarcasmo dominado y cruel. Se plantó en medio de su furia y le sonrió con dulzura.

—Lee el libro —dijo—. Toma notas.

Se despertó de pronto, todavía de noche, al notar el roce ligero de una piel contra su pie.

Cissy se había subido al estribo de la cama, envuelta en una sábana de satén rojo y hurgando con una pierna larga y esbelta por entre las mantas. Juguetecía con el pie y sonreía con picardía.

—¿Qué hay, papi?

Cantling había temido este momento. No había dejado de pensar en ello toda la tarde, y después le había costado mucho dormirse. Apartó el pie y trató de sentarse en la cama.

Cissy hizo un mohín de disgusto.

—¿No quieres jugar? —preguntó.

—No puedo creer que esto esté ocurriendo —dijo—. No puede ser real

—Pero puede ser divertido —dijo ella.

—Pero ¿qué está haciendo Michelle conmigo? ¿Cómo puede suceder esto?

La joven se encogió de hombros y la sábana resbaló un poco, con lo que asomó un pecho perfecto de dieciocho años, tocado de rosa.

—Tus pechos siguen teniendo dieciocho años —dijo Cantling—. Siempre tendrán dieciocho años.

Cissy se rió.

—Claro. Te los puedo prestar si quieres, papi. Apuesto a que se te ocurrirá algo interesante que hacer con ellos.

—Deja de llamarme papi —dijo Cantling.

—¡Si es que eres mi papá! —protestó Cissy con su voz de niña.

—¡Basta ya! —ordenó Cantling.

—Pero ¿por qué? Si tú quieres, papi, puedes jugar con tu niñita —guiñó un ojo—. Follar no está mal, pero me quedo con el incesto. La familia que juega unida, permanece unida.

Recorrió el cuarto con la vista.

—Me gustan las camas con baldaquín. Papi, ¿quieres atarme? Me encantaría.

—No —dijo Cantling.

Apartó el cobertor, saltó de la cama y se puso las zapatillas y la bata. Notaba la erección latiendo contra la pierna. Tenía que alejarse, poner distancia entre él y Cissy, o de lo contrario... no quería ni pensar en la posibilidad. Intentó distraerse encendiendo la chimenea.

—Me encanta —dijo Cissy, cuando ésta empezó a arder—. ¡Son tan románticas las hogueras!

Cantling se dio la vuelta para mirarla.

—¿Por qué tú? —preguntó, tratando de conservar la calma. Richardson era el protagonista de Rosas negras, no tú. ¿Y por qué ese salto hasta el cuarto libro? ¿Por qué no alguno de los personajes de El árbol familiar o de Lluvia?

—¿Esas cacatúas? —dijo Cissy—. Ninguno era real. Y no te hubiera apetecido Richardson, ¿verdad? Yo soy mucho más divertida.

Se levantó y dejó que la sábana de satén acabara de caer al suelo, formando un pedestal a sus pies. Los pliegues reflejaban el brillo de las llamas. Su cuerpo era suave, dulce, joven. Apartó la sábana con el pie y avanzó hacia Cantling.

—No sigas, Cissy —suplicó Cantling con la voz ronca.

—No muerdo —dijo Cissy, riendo con malicia—. A no ser que me lo pidas. ¿Quieres que te ate a ti?

Le rodeó con los brazos y lo abrazó, levantando la cabeza para que la besara.

—Déjame —rogó Cantling débilmente.

Qué agradable era sentir sus brazos, sentir cómo se apretaba contra él. Hacía mucho tiempo que no tenía a una mujer en sus brazos, no quería ni pensar cuánto. Y nunca había tenido una mujer como Cissy, nunca, nunca. Pero estaba asustado.

—No puedo hacerlo —dijo—. No puedo, no quiero.

Cissy metió la mano por la abertura de la bata y la hundió en sus calzoncillos, apretando con delicadeza.

—Mentiroso —dijo—. Me deseas, siempre me has deseado. Apuesto a que cuando llegabas a las escenas eróticas, dejabas de escribir y te masturbabas.

—No —dijo Cantling—. Nunca.

—¿Nunca? —La joven hizo un puchero. Su mano se movía arriba y abajo—. Bueno, pero seguro que lo deseabas. Seguro que se te ponía dura, seguro que se te ponía dura cada vez que me describías.

—Yo... —No podía negarlo—. Cissy, por favor.

—Por favor —murmuró ella. Su mano seguía trabajando—. Sí, por favor.

Tiró de los calzoncillos hasta que cayeron al suelo.

—Por favor —volvió a decir él, mientras le desabrochaba la bata y se la quitaba.

—Por favor.

Acariciaba su pecho, jugaba con sus pezones. Se acercó aún más y sus pechos se apretaron contra los de él.

—Por favor —dijo, mirándole a los ojos.

Su lengua hurgó entre los labios de Cantling.

Cantling emitió un quejido y la apretó con unos brazos temblorosos.

No se parecía a ninguna de las mujeres que había tenido. Sus caricias eran fuego y seda, pura electricidad, y sus lugares más escondidos eran dulces como la miel.

A la mañana siguiente ya no estaba.

Cantling se levantó tarde, demasiado agotado para prepararse el desayuno. Se vistió y caminó hasta el pueblo. Se metió en una pequeña cafetería, parte de un pintoresco edificio del siglo anterior construido al pie de la cortada del río. Trató de

poner en orden sus pensamientos entre el café y la tarta de arándanos.

Nada tenía sentido. Era imposible que sucediera algo así, pero el hecho era que sucedía. No se conseguía nada con negar la evidencia. Cantling pinchó con el tenedor un buen trozo de tarta casera de arándanos, pero el único sabor que tenía en la boca era el del miedo. Temía por su cordura. Tenía miedo porque no comprendía, porque no quería comprender. Y sentía otro temor, más básico, más profundo.

Tenía miedo de lo que vendría a continuación. Richard Cantling había publicado nueve novelas.

Pensó en Michelle. Tal vez pudiera llamarla, rogarle que parara todo aquello antes de que se volviera loco. Era su hija, su sangre y su carne, y tendría que escucharle. Ella le quería. Naturalmente que sí. Y él también la quería, aunque ella pensara lo contrario. Cantling conocía de sobra sus propios defectos, los había examinado incontables veces y de incontables maneras en las páginas de sus libros. Sabía que era obstinado sin límite, orgulloso, cabezota. Podía ser a veces inflexible e intolerante, hasta cruel. Sin embargo, se consideraba un buen hombre. Michelle... Michelle había heredado algo de su testarudez. Estaba furiosa con él —el odio está tan cerca del amor—, pero seguro que no pretendía hacerle tanto daño.

Sí, podía llamar a Michelle y pedirle que no siguiera adelante. ¿Estaría dispuesta a ello? Si le imploraba que le perdonara, tal vez. Aquel día, aquel día horrible, su hija le dijo que nunca le perdonaría, nunca, pero seguro que no lo decía en serio. Era su única hija. La única hija de carne y hueso, por lo menos.

Cantling apartó el plato vacío y se apoyó en el respaldo de la silla. Tenía la boca apretada, marcando una línea fina y dura.

¿Implorar su perdón? No le hacía ninguna gracia. Al fin y al cabo, ¿qué había hecho? ¿Por qué eran incapaces de comprender? Helen no lo había comprendido nunca, y Michelle estaba tan ciega como su madre. Un escritor debe vivir para su trabajo. ¿Qué era eso tan terrible que había hecho? ¿Qué había hecho para que tuviera que ser perdonado? Era Michelle la que tenía que llamarle a él.

A la mierda, pensó Cantling. Se negaba a ser intimidado. Él tenía la razón, no Michelle. Que llamara ella si quería una reconciliación. De ninguna manera iba a permitir que su hija lo aterrorizara hasta la rendición incondicional. Además, ¿de qué tenía miedo? Que mandara sus cuadros, que mandara todos los cuadros que quisiera pintar. Los colgaría todos en las paredes de su casa, los enseñaría con orgullo, como homenajes que eran en realidad a su obra, y si los malditos retratos tomaban vida al llegar la noche y se dedicaban a merodear por la casa, mejor. Lo pasaría bien en su compañía. Cantling sonrió. Seguro que lo pasaría bien en compañía de Cissy. Una parte de sí mismo esperaba que volviera. Y también Dunnahoo, ¿por qué no? Era un descarado, pero no era malo en el fondo, sólo un poco bocazas.

En fin, ahora que había acabado de considerar la situación veía que tenía cierto encanto embriagador. Disfrutaba de un privilegio único en el mundo. Scott Fitzgerald no había asistido nunca a una de las fastuosas fiestas de Gatsby; Conan Doyle nunca

pudo sentarse a charlar con Holmes y Watson; Nabokov no le deshizo nunca la cama a Lolita. ¿En realidad, qué les hubiera parecido la idea?

Cuanto más vueltas le daba al asunto, más animado se sentía. Michelle trataba de imponerle un castigo, pero lo único que de verdad había conseguido era hacerle vivir una experiencia maravillosa. Podría jugar al ajedrez con Sergei Tederenko, el emigrante perdonavidas y cínico, protagonista de *En passant*. Podría discutir de política con Frank Corwin, el sindicalista de *Tiempos difíciles*, su novela sobre la Depresión. Incluso podría flirtear con la hermosa Beth McKenzie, ir a bailar con la chiflada de la pobre miss Aggie, seducir a las gemelas Danzinger, realizando así la única fantasía erótica que Cissy había dejado por hacer. ¿De qué demonios había tenido miedo? Eran sus propias creaciones, sus personajes, sus amigos y su familia.

Naturalmente, también debía tener en cuenta el último libro. Cantling arrugó el ceño. Aquel pensamiento le inquietaba. Pero Michelle era su hija, quería a su padre, no creía que fuera capaz de ir tan lejos. No, no, imposible. Alejó de sí la idea con decisión y sacó un cheque para pagar.

Lo esperaba. Casi lo deseaba. Cuando regresó de su paseo vespertino, con las mejillas enrojecidas por el viento y el corazón latiendo un poco más deprisa ante la emoción de lo esperado, allí lo encontró, el rectángulo tan familiar envuelto en papel de embalaje. Richard Cantling lo metió en casa con mucho cuidado. Se preparó una taza de café antes de abrirlo, para alargar, el sabroso suspense del momento, encantado al pensar con qué habilidad le había dado la vuelta al cruel plan de Michelle.

Se bebió el café, y luego una segunda taza. Había dejado el paquete a cierta distancia y jugaba a adivinar de quién sería el retrato que había dentro. Cissy le había dicho que ninguno de los personajes de *El árbol familiar* ni de *Lluvia* eran lo suficientemente reales. Cantling repasó mentalmente el trabajo de toda su vida, tratando de elegir los personajes que parecían más reales. Disfrutaba con la especulación, pero no llegaba a ninguna conclusión definitiva. Por último, apartó la taza para despejar la mesa y se puso a desenvolver el paquete. Y ahí estaba.

Barry Leighton.

Como los otros dos, el cuadro era magnífico. Leighton estaba sentado en la oficina del periódico local, con el codo apoyado sobre la funda de metal gris de una vieja máquina de escribir. Llevaba un traje marrón lleno de arrugas y una camisa blanca, con el cuello abierto, que el sudor pegaba a su cuerpo. La nariz, rota en más de un incidente, se desparramaba por una cara ancha, fea pero agradable en cierta forma, y los ojos mostraban señales de dormir poco. Estaba algo gordo, tenía una buena papada y se estaba quedando calvo con gran rapidez. Había dejado de fumar, pero no los cigarrillos; un Camel sin encender colgaba de una de sus comisuras. «No correrás peligro mientras no enciendas estos malditos chismes», había dicho en más de una ocasión en *Las últimas columnas*, la novela de Cantling.

El libro no había funcionado demasiado bien. Era un libro triste, que trataba de la

última semana de vida de un ilustre y viejo periódico, caído en desgracia por una mala racha. Pero no trataba sólo de eso. A Cantling le interesaban más las personas que los periódicos; había utilizado el fracaso del periódico como metáfora del fracaso de la vida. El editor quería que Cantling introdujera una trama secundaria, algo fuerte, sensacionalista, que pusiera a Leighton y los otros tras la pista de una historia bomba que consiguiera salvar al periódico de la ruina, pero Cantling rechazó la idea. Quería contar una historia acerca de personas normales a las que el tiempo y la edad trituran inexorablemente, acerca de lo inevitable de la soledad y la derrota. Creó una novela tan gris y áspera como el propio papel de prensa. Pero estaba orgulloso de ella.

No la leyó nadie.

Cantling cogió el cuadro y subió para colgarlo junto a Dunnahoo y Cissy. «Esta noche va a resultar interesante», pensó. Barry Leighton no era un niño como los otros dos; era aproximadamente de la edad de Cantling, y muy inteligente y sensato. Leighton sentía cierta amargura, como muy bien sabía Cantling, cierta decepción ante la vida por lo que poco que le había dado, ante el rápido olvido de las columnas y los grandes reportajes que había escrito. Sin embargo, conservaba su sentido del humor a pesar de todo, espantándose los demonios sólo con su ingenio mordaz y su cigarrillo apagado. Cantling lo admiraba, disfrutaría hablando con él. Esta noche, decidió, ni se molestaría en acostarse. Haría un gran puchero de café, pondría en la mesa un par de botellas de Seagram's y esperaría.

Ya hacía rato que habían dado las doce y estaba Cantling releendo un ejemplar de Las últimas columnas encuadernado en piel, cuando oyó un tintineo de cubitos de hielo en la cocina.

—Sírvelo lo que quieras, Barry —dijo Cantling en voz alta.

Leighton apareció por la puerta de batientes, vaso en mano.

—Ya lo he hecho —dijo.

Se quedó mirando a Cantling con sus ojos de párpados caídos y dio un ligero resoplido.

—Eres tan viejo que podrías ser mi padre —dijo—. No creía que nadie pudiera ser tan viejo.

Cantling cerró el libro y lo dejó encima de la mesa.

—Siéntate —dijo—. Si no recuerdo mal, te suelen doler los pies.

—Siempre me duelen los pies —dijo Leighton.

Se acomodó en un sillón y tomó un gran trago de whisky.

—Ah —dijo—. Esto está mucho mejor.

Cantling dio unos golpecitos con el dedo en el libro.

—Mi octava novela —dijo—, Michelle se ha saltado las tres anteriores. Lo lamento, es una lástima. Me hubiera gustado mucho conocer a algunas de esas personas.

—Puede que quiera llegar rápido al grano —sugirió Leighton.

—¿Y cuál es el grano?

Leighton se encogió de hombros.

—No tengo ni puñetera idea. Sólo soy un periodista. Quién, cómo, qué, dónde, cuándo y por qué... Pero tú eres el novelista, dime cuál es el grano.

—Mi novena novela —insinuó Cantling—. La última.

—¿La última? —preguntó Leighton.

—No, me refiero a la más reciente. En este momento estoy trabajando en algo nuevo.

Leighton sonrió.

—No es eso lo que me han revelado mis fuentes.

—¿Ah, no? ¿Y qué es lo que dicen tus fuentes?

—Que eres un viejo que sólo aguarda la muerte —dijo Leighton—. Y que vas a morir solo.

—Tengo cincuenta y dos años —dijo Cantling con energía—. Eso no es ser viejo.

—Cuando el pastel de cumpleaños lleva más velas de las que puedes apagar de un golpe, ya eres viejo —dijo secamente Leighton—. Helen era más joven que tú y murió hace cinco años. Es algo mental, Cantling. He conocido jóvenes octogenarios y viejos adolescentes. Y tú... a ti te salieron melanomas en el cerebro antes que pelo en los huevos.

—Eso es muy injusto —protestó Cantling.

Leighton apuró el Seagram's.

—¿Injusto? —dijo—. Eres demasiado viejo para creer en la justicia, Cantling. Los jóvenes viven la vida. Los viejos se sientan y miran. Tú naciste ya viejo. Eres un observador, no un actor.

Leighton frunció el ceño.

—Actor... ¡qué gracia! Supongo que es mejor ser actor que comparsa. Y ni siquiera has sido comparsa. Has estado en el escenario, mirando con envidia cómo se movían por él los demás. Quizá seas tan sólo un personaje de cartón piedra.

—Estás exagerando, Barry —dijo Cantling—. Soy escritor. Siempre he sido escritor. Ésa es mi vida. Los escritores observan la vida y la cuentan. Entra dentro de las atribuciones de esta profesión. Deberías saberlo.

—Lo sé —dijo Leighton—. Soy periodista, ¿recuerdas? Me he pasado un montón de años monótonos escribiendo sobre la vida de otras personas. No tengo vida propia. ¿Lo sabías, verdad? Y si no, mira lo que me hiciste en Las últimas columnas. El Mensajero está en las últimas, decido a escribir mis memorias y ¿qué es lo que ocurre?

Cantling se acordaba muy bien.

—Que te quedaste absolutamente bloqueado. Volviste a escribir las viejas historias, las de veinte, treinta años atrás. Tenías una memoria prodigiosa. Podías acordarte de toda la gente sobre la que habías informado, con fechas, detalles, citas. Podías recitar el contenido de tu primera columna palabra por palabra, pero no

pudiste acordarte del nombre de la primera chica con la que te acostaste, ni del número de teléfono de tu ex mujer, ni de... ni de... —su voz se cortó.

—Ni del cumpleaños de mi hija —terminó Leighton—. ¿De dónde sacas esas ideas tan estúpidas, Cantling?

Cantling seguía callado.

—¿De la vida, quizá? —siguió Leighton en un tono más amable—. Yo era un buen periodista, eso es todo lo que supiste decir de mí. Tú, bueno..., puede que seas un buen novelista, eso lo tienen que decir los críticos, y yo soy un simple periodista sudoroso al que siempre le duelen los pies. Pero, aun en el caso de que seas un buen novelista, eres, desde luego, un pésimo marido y un padre mezquino.

—No —dijo Cantling, a modo de débil protesta.

Leighton jugueteó con el vaso, haciendo sonar los cubitos de hielo.

—¿Cuánto hace que te dejó Helen? —preguntó.

—No recuerdo muy bien... hace diez años, más o menos. Tenía mediado el borrador de *En passant*.

—¿Y cuándo fue definitivo el divorcio?

—Un año después. Intentamos una reconciliación, pero no dio resultado. Recuerdo que Michelle aún no había terminado el curso. Era la época en que estaba escribiendo *Tiempos difíciles*.

—¿Te acuerdas de la obra de teatro que se montó como fin del tercer curso?

—¿Cuál? ¿La que me perdí?

—¿La que te perdiste? Te pareces a Nixon diciendo: «¿A qué se refiere, a aquella vez que mentí?» Fue aquella en la que Michelle hizo de protagonista, Cantling.

—No pude evitarlo —dijo Cantling—. Quise ir, pero me iban a dar un premio. No se pierde uno así como así la cena de la Asociación Nacional de Escritores. No puedes.

—Claro —dijo Leighton—. ¿Y cuándo murió Helen?

—Estaba escribiendo *Las últimas columnas* —dijo Cantling.

—Muy interesante tu método cronológico. Deberías sacar un calendario con ese sistema de fechas —se sirvió más whisky.

—De acuerdo —dijo Cantling—. No negaré que me importa mucho mi trabajo. Tal vez demasiado, no lo sé. La literatura ha ocupado la mayor parte de mi vida. Pero soy un buen hombre, Leighton, y siempre he tratado de portarme lo mejor posible. No siempre han ido las cosas como estás queriendo dar a entender. Helen y yo tuvimos una época buena, nos queríamos. Y Michelle... quería muchísimo a Michelle. Cuando era pequeña, solía escribirle historias exclusivamente para ella. Divertidos cuentos de animales, de piratas del espacio, poemillas. Lo escribía en mi tiempo libre y se lo leía por la noche. Lo hacía sólo por Michelle, porque la quería.

—Ya —dijo Leighton con una mueca irónica—. Y no pensaste siquiera en publicarlos.

Cantling abrió la boca.

—Eso..., lo que estás sugiriendo..., estás tergiversando las cosas. A Michelle le gustaban tanto los cuentos que pensé que tal vez también les gustaría a los otros niños. Sólo pensé. Nunca hice nada a este respecto.

—¿Nunca?

Cantling vaciló.

—Bueno, Bert, además de mi representante, era amigo mío. También tenía una hija pequeña. Le enseñé los cuentos una vez. ¡Una vez!

—No puedo estar embarazada —simuló Leighton en falsete—. Si sólo dejé que me follara una vez. ¡Una vez!

—Y ni siquiera le gustaron.

—Qué lástima —dijo Leighton.

—Me estás poniendo contra las cuerdas y ni siquiera soy culpable. No fui elegido el padre del año, desde luego, pero tampoco fui un ogro. Le cambié los pañales un montón de veces. Antes de que escribiera Rosas negras Helen trabajaba, y yo me ocupaba de la niña todos los días, desde las nueve de la mañana a las cinco de la tarde.

—Y la odiabas cuando se ponía a llorar y tenías que dejar la máquina de escribir.

—Sí —dijo Cantling—. Sí, no soportaba que me interrumpieran, nunca he soportado que me interrumpen; lo mismo me daba que fuera Helen, Michelle, mi madre o mi compañero de habitación en la Facultad. Cuando estoy escribiendo no me gusta que me interrumpen. ¿Es acaso un pecado mortal? ¿Soy por ello un monstruo? Cuando empezaba a llorar iba a verla. Me disgustaba, me ponía malo, no podía soportarlo, pero iba a verla.

—Cuando la oías —dijo Leighton—. Cuando no estabas en la cama con Cissy, bailando con miss Aggie zurrando esquirolas con Frank Corwin, cuando no tenías la cabeza ocupada con sus voces, entonces la oías llorar, y cuando la oías ibas a ver qué le pasaba. Enhorabuena.

—Le enseñé a leer —siguió Cantling—. Le leí La isla del tesoro, Alicia en el País de las Maravillas, Tom Sawyer, y todas esas cosas.

—Todos los libros que te apetecía volver a leer —dijo Leighton—. Helen fue la que se ocupó de verdad de enseñarla, con el «mi mamá me mima».

—¡Odio el maldito «mi mamá me mima»! —gritó Cantling.

—¿Y qué?

—No sabes de lo que estás hablando —dijo Cantling—. No estabas allí. Michelle sí que estaba y me quería, todavía me quiere. Cada vez que se daba un golpe, o se arañaba la rodilla o le sangraba la nariz, era a mí a quien acudía, nunca a Helen. Venía hecha un mar de lágrimas y yo la abrazaba, le secaba las lágrimas y le decía... solía decirle que...

Cantling no pudo seguir. También él estaba a punto de echarse a llorar, notaba las cosquillas de las lágrimas a punto de rebosar.

—Sé lo que solías decirle —dijo Barry Leighton, con la voz triste y casi tierna.

—Michelle también se acordaba. Lo recordó todos aquellos años, cuando Helen obtuvo su custodia y se fueron a vivir a otro sitio y apenas la veía. Pero Michelle siempre se acordó y aquella vez que le hicieron daño, cuando ya era mayor y vivía sola tras la muerte de Helen, entonces yo... yo...

—Sí —dijo Leighton—. Lo sé.

Fue la policía quien llamó. La detective Joyce Brennan, así se llamaba, un nombre que no olvidaría nunca.

—¿Míster Cantling? —preguntó.

—Diga.

—¿Míster Richard Cantling?

—Sí —dijo—. Richard Cantling, el novelista—. A veces recibía llamadas extrañas—, ¿En qué puedo servirle?

La mujer se identificó.

—Temo que tendrá que venir al hospital —le dijo—. Es por su hija, míster Cantling. Siento comunicarle que ha sido asaltada.

Cantling odiaba las evasivas, los eufemismos. Sus personajes nunca dejaban este mundo, se morían; nunca se les escapaba un aire, se tiraban un pedo. Y la hija de Richard Cantling...

—¿Asaltada? —preguntó—. ¿Qué quiere decir, que ha sufrido un asalto o que la han violado?

Se produjo un silencio prolongado al otro lado del teléfono.

—Violado —dijo por fin—. Ha sido violada, míster Cantling.

—Ahora mismo voy.

La habían violado una y otra vez, y de una manera brutal. Su hija era tan testaruda como Helen, como el mismo Cantling. No quiso aceptar su dinero, ni quiso aceptar sus consejos, ni la ayuda que le ofreció para ponerla en contacto con el mundo de la publicidad. Quería hacerlo todo por sí misma. Trabajó de camarera en una cafetería en el Village y vivía en el piso alto de un almacén, enorme, prácticamente en ruinas y en el que se colaba el aire por todas partes, junto a los muelles. Era un barrio horrible y muy peligroso, y así se lo dijo Cantling muchas veces a su hija, pero no quiso escucharle. Ni siquiera le dejó que instalara buenas cerraduras y un sistema de seguridad. Fue terrible. El hombre se coló en la casa la madrugada del viernes. Michelle estaba sola. Arrancó el teléfono de la pared y la tuvo allí encerrada hasta el lunes por la noche, cuando uno de los camareros de la cafetería, preocupado, se acercó a ver qué pasaba, haciendo huir al violador por la escalera de incendios.

Cuando le dejaron pasar, vio a su hija con la cara hecha un hematoma. Tenía quemaduras de cigarrillo por todo el cuerpo y tres costillas rotas. Su histeria sobrepasaba todos los límites. Gritaba cada vez que alguien intentaba tocarla, tanto si era el médico como las enfermeras; en cuanto los veía acercarse se echaba a gritar. Pero dejó que Cantling se sentara en el borde de la cama, que la cogiera entre sus brazos y la abrazara. Se pasó horas llorando; lloró hasta que no le quedó ni una

lágrima. En una ocasión le llamó papá, con un sollozo entrecortado. Fue la única palabra que dijo. Parecía haber perdido la capacidad de hablar. Por último, le administraron un tranquilizante para que pudiera dormir un rato.

Michelle estuvo dos semanas en el hospital, en un profundo estado de shock. Día a día fue remitiendo la histeria y empezó a mostrarse más dócil. Dejaba que le arreglaran las almohadas y que la condujeran al baño, pero seguía sin poder, o querer, hablar. El psicólogo que la trataba le dijo a Cantling que tal vez no volviera a hacerlo. «Me niego a admitirlo», había contestado el padre. Consiguió que le dieran el alta a Michelle y decidió que ambos debían salir de aquel estercolero de ciudad. A su hija siempre le habían gustado las casas grandes y viejas con cierto aspecto siniestro, recordó, y le encantaba el agua, el mar, los ríos, los lagos. Cantling habló con algunos corredores de fincas, estudió la posibilidad de comprar un gran edificio en la costa de Maine, y finalmente se decidió por una vieja mansión de estilo gótico fluvial situada en lo más alto de la garganta de la ciudad ribereña de Perrot, Iowa. Se encargó de supervisar hasta el más mínimo detalle de la mudanza.

Allí, poco a poco, comenzó a producirse la recuperación.

Michelle volvía a ser una niña pequeña, curiosa, incansable, llena de una energía insospechada. No hablaba, pero lo miraba todo e iba a todas partes. En primavera se pasaba horas y horas en la azotea, viendo pasar los grandes remolcadores a lo lejos, en el Mississippi. Cada atardecer salían a dar un paseo por los acantilados, cogida ella de su mano. Un día, de repente, se detuvo y le dio un beso espontáneo en la mejilla. «Te quiero, papá», le dijo, y se alejó corriendo, y Cantling, quieto donde estaba, pudo ver a una mujer de unos veinticinco años, maravillosa y herida, y vio también a la chiquilla bulliciosa y traviesa que había sido.

Aquel día se derrumbó el muro. Michelle empezó a hablar otra vez. Al principio con frases cortas e infantiles, llenas de los temores y la ingenuidad propias de los niños, pero maduró con rapidez y casi de un día para otro ya estaba hablando de política con su padre, o de libros, o de arte. Disfrutaron de muchas conversaciones interesantes durante los paseos vespertinos. Pero nunca hablaba de su violación, ni una sola vez, ni una sola palabra.

A los seis meses ya cocinaba, escribía cartas a sus amigos de Nueva York, ayudaba en las tareas domésticas y cuidaba el jardín. A los ocho meses ya había vuelto a pintar. Pintar le sentó muy bien; parecía renacer cada día, más y más radiante. Richard Cantling no comprendía cómo le podía gustar a su hija pintar esos cuadros abstractos. Personalmente, prefería el arte figurativo y, sobre todo, estaba entusiasmado con el autorretrato que había pintado para él cuando todavía estudiaba arte en la escuela. Sin embargo, podía apreciar el dolor en sus nuevos lienzos, el afán de Michelle por exorcizar el pasado, por sacar hasta la última gota de pus de alguna herida profunda, y le parecía bien. A él mismo, escribir le sirvió de bálsamo para sus heridas en más de una ocasión. De alguna forma, la envidiaba. Cantling no había escrito ni una palabra en más de tres años. El estrepitoso fracaso comercial de Las

últimas columnas, su mejor novela, le había dejado seco e impotente. Pensó que el cambio de aires le sentaría tan bien como a Michelle, pero su esperanza no se cumplió. Al menos uno de los dos se mantenía ocupado.

Una noche, bastante después de que Cantling se hubiera acostado, se abrió la puerta de su habitación. Michelle entró sin hacer ruido y se sentó en su cama. Estaba descalza y llevaba un camisón de franela estampado con florecitas rosas.

—Papá —dijo en un susurro.

El ruido de la puerta había despertado a Cantling. Se incorporó en la cama y sonrió a su hija.

—Hola —dijo—. ¿Has estado bebiendo?

Michelle asintió.

—Voy a regresar —dijo la joven—. Necesitaba algo que me diera valor para decírtelo.

—¿Regresar? ¿No querrás decir a Nueva York? No puedes hablar en serio.

—Tengo que hacerlo —dijo Michelle—. No te pongas nervioso. Ya me encuentro mucho mejor.

—Quédate aquí, Michelle, conmigo. No se puede vivir en Nueva York.

—No quiero volver. Me da miedo. Pero tengo que hacerlo. Todos mis amigos están allí. Mi trabajo está allí. Mi vida está allí, papá. Mi amigo Jimmy, ¿te acuerdas de él?, es director artístico en una pequeña editorial de libros de bolsillo y puede proporcionarme algunos diseños de cubiertas, según dice en la carta que me ha enviado. Ya no tendré que servir más mesas.

—Me parece increíble estar oyendo esto —dijo Cantling—, ¿Cómo puedes pensar en volver a esa maldita ciudad después de lo que te ocurrió?

—Por eso mismo tengo que volver —insistió Michelle—.

Aquel tío, lo que hizo... lo que me hizo...

La voz se le quebró en la garganta. Tomó aire y procuró serenarse.

—Si no vuelvo es como si me hubiera echado de mi ciudad, como si me hubiera arrancado toda mi vida, mis amigos, mi arte, todo. No puedo dejar que me lo arrebate todo, no puedo consentir que por su culpa sienta miedo de todo. Tengo que volver y recuperar lo que es mío y demostrar que no tengo miedo.

Cantling miró a su hija sabiendo que tenía perdida la batalla, y le acarició con ternura el pelo largo y sedoso. Michelle había dicho algo que, a su juicio, tenía mucha lógica. Sabía que él haría lo mismo.

—Lo entiendo —dijo—. Voy a sentirme muy solo sin ti, pero lo entiendo, de verdad.

—Estoy asustada —confesó Michelle, y añadió—: He sacado ya los billetes de avión, para mañana.

—¿Tan pronto?

—Quiero marcharme lo antes posible, antes de que me traicionen los nervios —dijo Michelle—. No creí que pudiera llegar a sentir tanto miedo. Ni siquiera..., ni

siquiera cuando me estaba sucediendo aquello. Gracioso, ¿no?

—No —dijo Cantling—. Es muy lógico.

—Papá, abrázame —rogó Michelle, y se arrojó en brazos de su padre.

—Estás temblando —dijo Cantling al abrazarla.

Michelle no se soltaba de su padre.

—¿Te acuerdas de cuando era pequeña y tenía aquellas pesadillas? Entraba gritando en tu habitación a media noche, y me metía en la cama contigo y con mamá.

Cantling sonrió.

—Me acuerdo.

—Quiero quedarme esta noche contigo —dijo Michelle, abrazándole con más fuerza—. Mañana estaré sola allí

y no quiero estar también sola esta noche. ¿Puedo, papá?

Cantling se liberó de su hija con suavidad y la miró a los ojos.

—¿Estás segura?

Michelle asintió con un movimiento tímido, breve, rápido, como el de una niña pequeña.

Apartó el cobertor y dejó que Michelle trepara junto a él.

—No te vayas —le rogó—. No me dejes ni para ir al cuarto de baño, ¿de acuerdo? Quédate aquí a mi lado.

—Estoy a tu lado —contestó Cantling, y la rodeó con sus brazos.

Michelle se hizo un ovillo bajo las sábanas, apoyando la cabeza sobre el hombro de su padre y así permanecieron mucho rato. Cantling sentía los latidos del corazón de su hija. Era un ritmo acompasado que actuaba como un sedante y Cantling empezó a quedarse dormido de nuevo.

—¿Papá? —susurró Michelle junto al pecho de su padre.

Cantling abrió los ojos.

—¿Michelle?

—Papá, tengo que librarme de esto. Lo tengo dentro y es como un veneno. No quiero irme llevándolo dentro. Tengo que librarme de este veneno.

Cantling le acariciaba el pelo con caricias lentas, largas, rítmicas, sin decir nada.

—Cuando era pequeña, ¿te acuerdas?, y me caía o me peleaba con alguien, acudía a ti corriendo y llorando, y te enseñaba mi pupa. No sé si te acordarás de que, cuando me hacía daño, decía que tenía «pupa».

—Me acuerdo —dijo Cantling.

—Y tú, tú siempre me abrazabas y me decías «enséñame dónde te duele», y yo te lo enseñaba y tú me besabas y así ya no me dolía tanto, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas «enséñame dónde te duele»?

Cantling asintió.

—Sí —dijo en voz muy baja.

Michelle estaba llorando calladamente. Cantling sentía las lágrimas empapando la camisa de su pijama.

—No puedo regresar con ese veneno, papá. Quiero enseñarte dónde me duele. Por favor. Por favor.

Cantling dio un beso a su hija en la cabeza.

—Enséñamelo.

Michelle empezó desde el principio, en un susurro entrecortado.

Cuando la luz del amanecer entró por la ventana del dormitorio, Michelle seguía hablando. No durmieron nada en toda la noche. La joven lloró mucho, gritó una o dos veces, tembló a menudo, a pesar de las mantas. Cantling no dejó de abrazarla ni un momento, ni un minuto. Ella le enseñó dónde le dolía.

Barry Leighton dio un suspiro.

—Aquella noche te portaste como jamás lo habías hecho o jamás lo harás —dijo—. Si no hubieras ido más lejos, si hubieras dejado las cosas así, como quedaron aquella noche, todo hubiera ido mucho mejor —sacudió la cabeza—. Nunca has sabido dónde poner FIN.

—¿Por qué? —preguntó lleno de angustia Cantling—. Eres un buen hombre, Leighton; dime, ¿por qué está pasando esto? ¿Por qué?

El periodista se encogió de hombros. Estaba empezando a desvanecerse.

—Ésa era la pregunta que más quebraderos de cabeza me daba —dijo con voz cansada—. Elige una historia y déjame a mis anchas y te podré decir el quién, el qué, el cuándo, el dónde e incluso el cómo. Pero el por qué... ah, Cantling, tú eres el novelista, los porqués son de tu jurisdicción. Por no saber, no sé ni el porqué del por qué.

Como el gato de Cheshire, su sonrisa siguió visible bastante después de que su dueño hubiera desaparecido. Richard Cantling permaneció sentado, mirando una silla vacía, mirando el vaso en el que los cubitos, impregnados de whisky, se iban derritiendo poco a poco.

No recordaba cuándo se había quedado dormido. Pasó toda la noche en la silla y se despertó con frío, agarrotado y dolorido. Había tenido unos sueños informes, sombríos y terribles. Se había quedado dormido hasta bien pasadas las doce del mediodía; había perdido toda la mañana. Se preparó un desayuno aburrido en medio de una especie de niebla. Parecía lejos incluso de su propio cuerpo. Sus movimientos eran torpes y lentos. Cuando estuvo listo el café, se sirvió una taza y, nada más ir a cogerla, se le escurrió y se rompió en mil añicos. Cantling miró el estropicio como si no se hubiera enterado de lo que había pasado, mirando sin verlos los regueros de líquido marrón que corrían entre las baldosas. No se sentía con fuerza ni para limpiarlo. Cogió otra taza, se sirvió más café y consiguió tragar a duras penas algunos sorbos.

El tocino estaba demasiado salado y los huevos demasiado crudos. Cantling retiró el desayuno a medio comer, pero se sirvió más café, bien cargado y amargo. Se sentía con resaca, pero sabía que, no era cuestión de alcohol.

Hoy, pensó. Todo terminará hoy, de una manera o de otra. No va a echarse atrás ahora. Las últimas columnas era su octava novela, la anterior a la última. Hoy llegaría el último cuadro con el personaje de su noveno libro, su último libro. Y después, todo habría acabado.

O, quizás empezaría todo.

¿Hasta qué punto le odiaba Michelle? ¿Cuánto daño le había hecho él? La mano de Cantling tembló, sacudiendo el café que sostenía, y el líquido, al derramarse, le quemó los dedos. Hizo una mueca de dolor y soltó un grito. El dolor es tan difícil de expresar. Quemarse. A su cabeza acudió la imagen de un cigarrillo encendido, con su pequeño ojo incandescente. Se le revolvió el estómago. Se puso de pie de un salto y corrió al cuarto de baño, justo a tiempo para vomitar el desayuno en el retrete. Cuando terminó, estaba tan cansado que se quedó quieto en aquella postura, apoyado, exangüe, contra la cerámica blanca y fría, con la cabeza agachada y colgando. De repente, se imaginó que alguien se le acercaba por detrás, le cogía del pelo y le metía la cara en el agua, y tiraba de la cadena, una y otra vez, mientras se reía y le decía: «Sucio, asqueroso, te voy a limpiar toda la porquería que tienes encima», y volvía a tirar de la cadena, una y otra vez, y le sujetaba la cabeza y todo el agua y el vómito se le metían por la boca, por la nariz, hasta que el mundo entero se volvía negro, hasta casi el fin, y entonces, arriba otra vez, oyendo las risas del otro mientras luchaba para que le entrara algo de aire en los pulmones, y abajo otra vez, y volvía a tirar de la cadena, una, otra vez, otra vez. Pero sólo lo estaba imaginando. No había nadie con él. Nadie. Cantling estaba solo en el cuarto de baño.

Se obligó a incorporarse. En el espejo vio reflejada una cara gris y vieja, un pelo sucio y desgreñado. A su espalda, asomándose por encima de su hombro, apareció otra cara. La cara de un hombre, pálida y macilenta, con el pelo peinado con una raya en medio y aplastado hacia atrás. Detrás de unas gafas pequeñas y redondas, acechaban unos ojos color de hielo sucio, que no paraban de moverse, frenéticos, como fieras enjauladas. Aquellos ojos hubieran despedazado la cara que los albergaba con tal de verse libres. Cantling parpadeó y la cara se disipó. Abrió el grifo del agua fría, se llenó las manos y se mojó la cara. Notó los pelos de la barba incipiente y pensó que tenía que afeitarse, pero no tenía tiempo, no tenía importancia, tenía que..., tenía que...

Tenía que hacer algo. Salir de ahí, marcharse, ir a algún lugar seguro donde sus hijos no pudieran encontrarle.

Pero sabía que no estaba seguro en ninguna parte.

Tenía que ver a Michelle, hablar con ella. Ella le quería. Le perdonaría, tenía que hacerlo. Terminaría con aquella pesadilla y le diría a Cantling lo que tenía que hacer.

Desesperado, volvió corriendo al salón y agarró el teléfono de un manotazo. No se acordaba del teléfono de Michelle. Rebuscó entre los papeles y encontró su agenda, y empezó a pasar las hojas como un loco. Allí, allí estaba; golpeó con fiereza los números.

El teléfono sonó cuatro veces y alguien lo cogió.

—Michelle... —empezó a decir.

—Hola —dijo—. Soy Michelle Cantling, pero en este momento no estoy en casa. Deja tu nombre y tu número de teléfono cuando oigas la señal y yo te llamaré, a no ser que me quieras vender algo.

Sonó la señal.

—Michelle, ¿estás ahí? —dijo Cantling—. Sé que a veces te escondes detrás de ese aparato, cuando no tienes ganas de hablar. Soy yo, por favor, cógelo. Por favor.

Nada.

—Pues llámame —dijo.

Cantling quería meterlo todo en la grabación; las palabras tropezaban unas con otras en su prisa por salir.

—Yo, tú, no puedes hacerlo, por favor, déjame que te explique, nunca quise, nunca quise, por favor...

Sonó otro pitido y a continuación la señal de marcar. Cantling se quedó mirando el teléfono y por fin colgó despacio. Ella lo llamaría. Tenía que hacerlo, era su hija y se querían, tenía que darle la oportunidad de explicarse.

Naturalmente, Cantling ya había tratado de explicarse en otra ocasión.

El timbre de su puerta era un modelo anticuado, una de esas llaves de bronce que sobresalían de la puerta. Había que hacerla girar con la mano para que sonara, con un chirrido metálico, estridente y largo. En ese momento estaban llamando; alguien hacía girar la llave con rabia, sin cesar, una y otra vez. Cantling corrió la puerta, completamente desconcertado. Nunca había tenido mucha facilidad para conseguir amigos, y menos ahora, que se había vuelto tan apegado a sus hábitos. No tenía amigos de verdad en Perrot, quizá sólo unos pocos conocidos, y desde luego nadie que llegara tan de improviso y que llamara al timbre con esa energía.

Soltó la cadena y abrió la puerta de golpe, arrancando la llave de la mano de Michelle.

Su hija llevaba un impermeable atado a la cintura y un gorro de esquiar de lana, con la bufanda haciendo juego. El viento zarandeaba los extremos de la bufanda y algunos mechones de su pelo. También llevaba botas altas, de moda en aquel momento, y un gran bolso de piel colgado del hombro. Tenía muy buen aspecto. Hacía casi un año que no la veía, desde la última visita de Cantling a Nueva York por Navidad, y hacía dos que su hija se había trasladado a esa ciudad.

—Michelle —dijo Cantling—. No esperaba..., qué sorpresa. Un viaje tan largo y ni siquiera me has avisado de que venías.

—No —le cortó Michelle. Había algo raro en su voz, en su mirada—. No quería ponerte sobre aviso, cabrón. Tampoco me diste a mí esa oportunidad.

—Estás enfadada —dijo Cantling—, Entra y hablaremos.

—Desde luego que entraré.

Empujó a su padre para pasar y cerró la puerta con una patada tan fuerte que el timbre volvió a sonar. A resguardo del viento, su cara parecía mucho más dura.

—¿Quieres saber por qué he venido? He venido a decirte lo que pienso de ti, y después daré media vuelta y me iré, saldré de esta casa y de tu puta vida, como hizo mamá. Ella fue más lista que yo. Yo estaba tan ciega que pensé que me querías, tan idiota que creí que yo te importaba algo.

—¡Michelle, no! —exclamó Cantling—. No lo entiendes. Claro que te quiero. Eres mi niña, eres...

—¡No sigas! —gritó Michelle. Empezó a hurgar en el bolso—. ¡Llamas a esto querer, asqueroso cabrón!

Saco algo del bolso y se lo arrojó a Cantling.

Cantling no tenía ya los reflejos de otros tiempos. Intentó esquivarlo, pero le dio en un lado del cuello y le hizo daño. Su hija lo había lanzado con toda su fuerza, y se trataba de un ejemplar de pastas duras, voluminoso y muy pesado, y no una de esas ligeras ediciones de bolsillo. Las hojas aletearon al caer sobre la alfombra. Cantling vio su fotografía al dorso de la cubierta.

—Eres igual que tu madre —dijo, frotándose el cuello, donde le había dado el libro—. También le gustaba arrojar cosas, pero tú tienes mejor puntería. Intentó esbozar una sonrisa.

—No me interesan tus chistes —dijo Michelle—. No te perdonaré nunca. ¡Nunca! Nunca en la vida. Lo único que quiero saber es cómo has sido capaz de hacerme esto, nada más. Dímelo. Dímelo ahora.

—Yo —dijo Cantling. Extendió las manos, impotente—. Escucha, yo..., ahora estás muy alterada, ¿por qué no nos tomamos un café o lo que quieras, y hablamos cuando te hayas tranquilizado un poco? No quiero que nos peleemos.

—¡Me importa un huevo lo que tú quieras! —gritó Michelle—. ¡Quiero hablar de ello ahora mismo!

Le dio un puntapié al libro.

Richard Cantling notó cómo su propia indignación iba en aumento. No estaba bien que su hija le gritara así, no creía merecer ese ataque, él no había hecho nada. Trató de callar, temiendo decir algo inoportuno que empeorara la situación. Se agachó y recogió el libro. De una manera inconsciente, le quitó el polvo y lo cerró casi con ternura. Vio el título, destacando con sus letras rojas y retorcidas sobre un fondo negro, junto a la cara distorsionada de una mujer joven y bonita, con un grito de terror en la boca. Enséñame dónde te duele.

—Temía que lo fueras a entender al revés —dijo.

—¡Al revés! —exclamó Michelle. Una mirada de incredulidad cruzó su cara—. ¿Llegaste a pensar que me gustaría?

—No, no estaba muy seguro —dijo Cantling—. Esperaba..., quiero decir, no estaba muy seguro de tu reacción. Por eso creí que era mejor no contarte que estaba trabajando en ello hasta que, bueno...

—Hasta que esa mierda estuviera en los escaparates de las librerías —terminó Michelle.

Cantling abrió el libro por la primera página.

—Mira —dijo, alargando el libro a su hija—. Te lo dediqué.

Y le mostró:

Para Michelle, que ha conocido el dolor.

Michelle tiró el libro de un manotazo.

—Hijo de puta —dijo—. ¿Crees que eso lo arregla todo? ¿Crees que tu dedicatoria te excusa de lo que hiciste? No hay nada que lo excuse. ¡No te perdonaré nunca!

Cantling dio un paso atrás, huyendo de la rabia de su hija.

—No he hecho nada —dijo con obstinación—. He escrito un libro, una novela. ¿Es eso un crimen?

—Eres mi padre —gritó Michelle con la voz descompuesta—. Lo sabías..., lo sabías, cabrón, sabías que no soportaba hablar de ello, de lo que ocurrió. Ni con mis amantes, ni con mis amigos, ni siquiera con mi terapeuta. Ni puedo, ni puedo pensar en ello. ¡Lo sabías! Sólo te lo conté a ti porque eras mi padre y confiaba en ti y tenía que vomitarlo, y te lo conté; era algo personal, sólo entre los dos, lo sabías, y ¿qué es lo que hiciste? Lo escribiste todo en un asqueroso libro y lo publicaste para que lo leyeran millones de personas. ¡Maldito seas, maldito! ¿Lo tenías ya todo planeado, maldito hijo de puta? ¿Lo tenías planeado? Aquella noche en la cama, ¿estabas me morizando cada una de mis palabras?

—¿Yo? —dijo Cantling—. No, no memoricé nada; me acordaba, eso es todo. Lo has entendido mal, Michelle, el libro no trata de lo que te pasó. Está inspirado en eso, fue su punto de partida, pero se trata de ficción; cambié cosas, es sólo una novela.

—Claro, papá, cambiaste muchas cosas. La protagonista se llama Nicole Mitchell en vez de Michelle Cantling, y es diseñadora de modas en vez de pintora, pero son igual de estúpidas, ¿verdad? Lo de que la chica era tan idiota como para vivir en un lugar así y permitir que entrara un tipo como ése en su casa, ¿era también un cambio, o es lo que realmente piensas? Todo es ficción, claro. Es pura coincidencia que el libro trate de una chica a la que retienen contra su voluntad, y a la que violan y torturan y aterrorizan y vuelven a torturar, y que tú tengas una hija a la que retuvieron contra su voluntad y a la que violaron, torturaron, aterrorizaron y volvieron a violar. ¡Claro! ¡Pura coincidencia de mierda!

—No lo entiendes —dijo Cantling abatido.

—No, eres tú el que no lo entiende. No entiendes qué se siente. Éste es tu libro más importante en muchos años, ¿no? Número uno en las listas de ventas. Nunca has sido número uno, ni siquiera has colocado un libro en las listas desde Tiempos difíciles, ¿o fue con Rosas negras? ¿Y cómo no iba a ser número uno? No se trata de

ninguna historia aburrida sobre un viejo periodista, se trata de una violación, y... ¿puede haber algo más excitante? Un montón de sexo y violencia; torturas, pánico y follar a manta, ¿y no lo sabías?, pues sucedió de verdad. —Tenía la boca desencajada y no paraba de temblar—. Fue la cosa más horrible que me ha ocurrido nunca, todas las pesadillas del mundo en una sola. Hay veces, en que todavía me despierto gritando, pero estaba empezando a recuperarme, empezaba a dejarlo atrás. Y ahora la pesadilla está en el escaparate de cada librería, todos mis amigos lo saben, todo el mundo lo sabe; cuando voy a fiestas gente que no conozco se acerca a mí y me dicen cuánto lo lamentan.

Se atragantó con un sollozo. Lloraba de tristeza y de rabia.

—Y cojo tu libro, una mierda de libro que no vale nada, y lo vuelvo a ver, esta vez en blanco y negro, con puntos y comas. Eres un escritor tan bueno, papá, haces que todo parezca tan real. Es un libro que no puedes dejar de leer una vez que has empezado. Bueno, yo lo dejé, pero no sirvió de nada; está todo ahí, a partir de ahora siempre estará ahí, ¿no? Cada vez que alguien coja tu libro y lo lea, yo volveré a ser violada. Eso es lo que has hecho. Terminaste el trabajo por él, papá. Me has violado, me has tomado sin mi consentimiento, igual que hizo él. Me has violado. ¡Mi propio padre me ha violado!

—No seas injusta —protestó Cantling—. Nunca tuve la intención de hacerte daño. El libro... Nicole es fuerte e inteligente, el monstruo es el hombre que la ataca. Utiliza todos esos nombres diferentes porque el miedo tiene mil nombres y una sola cara, ¿entiendes? No es simplemente un hombre, es la maldad hecha carne, la violencia irracional que nos acecha a todos ahí fuera, los dioses que juegan con nosotros como si fuéramos moscas, él es el símbolo de todas estas cosas.

—*¡Él es el hombre que me violó! ¡No es ningún símbolo!*

Lo gritó tan alto que Cantling retrocedió asustado.

—No —dijo—. Es sólo un personaje, es... Michelle, ya sé que duele, pero la gente debe conocer la experiencia por la que pasaste, debe pensar en ello, forma parte de la vida. La tarea de la literatura, mi tarea, es contar la vida, explicarla de manera lógica. Alguien tenía que contar tu historia. Traté de que fuera lo más verosímil posible, traté de hacerlo lo...

El rostro de su hija, congestionado y mojado por las lágrimas, se volvió inhumano por un instante, irreconocible, salvaje. Y de pronto, una calma inesperada suavizó sus rasgos.

—En una cosa tuviste razón —dijo—. Nicole no tenía padre. Cuando era pequeña acudía a ti llorando y me decías que te enseñara dónde me dolía, y era algo sólo entre tú y yo, algo especial, pero en el libro Nicole no tiene padre. Es el hombre el que lo dice, lo dice constantemente: enséñame dónde te duele. Qué irónico eres. Qué listo. La forma en que lo dice lo hace tan real, más real que el hombre real. «Enseñame dónde te duele», dice el monstruo, y tenías razón al escribirlo. Ésa es la frase del monstruo. Nicole no tiene padre, había muerto, y en eso también acertaste. Tampoco

yo tengo padre, no lo tengo.

—No me hables así —dijo Richard Cantling. Era terror lo que sentía, vergüenza, pero fue ira lo que asomó en su boca—. No lo voy a consentir. Me da igual por lo que hayas pasado, ¡soy tu padre!

—No —dijo Michelle, y empezó a retroceder, alejándose de su padre sin llegar a darle la espalda. Su cara estaba deformada por una sonrisa histérica—. No, yo no tengo padre, y tú no tienes hijos, no, por lo menos fuera de tus libros. Esos son tus hijos, tus malditos libros de mierda, éstos son tus hijos, éstos son tus hijos, éstos son tus hijos.

Por fin le dio la espalda. Cruzó corriendo el vestíbulo y se detuvo delante de la puerta de su estudio. Cantling se asustó por lo que podía hacer y echó a correr detrás de su hija.

Cuando llegó al estudio, Michelle ya había encontrado el cuchillo y había puesto manos a la obra.

Richard Cantling estaba sentado junto al mudo teléfono y miraba cómo las agujas del reloj de su abuelo recorrían el camino hacia la noche.

Llamó a Michelle a las tres, a las cuatro, a las cinco. El contestador, siempre respondía el contestador, fingiéndose Michelle. Y sus mensajes eran cada vez más desesperados. Afuera se iba haciendo de noche y la noche llegaba también para Cantling.

No oyó a nadie andar por el porche, a nadie golpear la puerta o tocar su viejo timbre. La tarde era tan silenciosa como una tumba. Pero cuando cayó la noche supo lo que estaba esperando fuera. Un paquete grande y cuadrado, envuelto en papel de embalar, con la dirección escrita con una letra que conocía. Y dentro estaba el retrato.

Cantling no lo había entendido bien, y así se lo hacía ver su hija.

El reloj seguía marcando el ritmo. La oscuridad se iba haciendo más densa. La sensación de una presencia expectante al otro lado de la puerta parecía llenar la casa. El miedo de Cantling aumentaba con el paso de las horas. Estaba sentado en el sillón, con las piernas recogidas bajo el cuerpo y la boca abierta, pensando, recordando. Oía aquella risa cruel. Veía brasas de cigarrillos moviéndose en círculos e imaginaba sus besos, pequeños y ardientes, sobre su piel. Tragó orina, sangre, lágrimas. Y conoció lo que es la violencia, la violación en todas sus variedades. Veía las manos de aquel hombre, oía su voz, sentía su cara, su cara, su cara. El personaje de los mil nombres. Aunque el miedo tenga una sola cara. El menor de sus hijos. Su bebé. Su monstruoso bebé.

Llevaba tanto tiempo sin escribir nada. Si pudiera hacérselo comprender a su hija. Era una especie de impotencia la que sentía al no poder escribir. Había sido escritor, y ya no lo era. Había sido marido, y su mujer estaba muerta. Había sido padre, y su hija, una vez recuperada, había regresado a Nueva York. Le había dejado solo, pero aquella noche, arropada en sus brazos, le había contado su historia, le había enseñado

dónde le dolía, le entregó todo aquel dolor. ¿Qué se suponía que tenía que hacer con él?

Más tarde no se lo pudo quitar de la cabeza. Pensaba en ello constantemente. Su mente empezó a darle otra forma, empezó a buscar las palabras, las escenas, los símbolos que le dieran un sentido. Era cruel, pero era la vida, con toda su brutalidad y su fuerza, y era el combustible para volver a poner en marcha el motor de Cantling, justo lo que necesitaba. Ella le había enseñado dónde le dolía; ¿por qué no iba a poder su padre enseñárselo a los demás? Intentó resistir a la tentación, lo intentó de veras. Empezó un cuento corto, un ensayo, terminó algunas críticas. Pero la tentación volvió. Le asaltaba todas las noches. No podía apartarla de sí.

Y por fin, lo escribió.

—Culpable —dijo Cantling en medio de la oscuridad de la habitación.

Al pronunciar la palabra un sentimiento de conformidad se instaló en su interior, desterrando el miedo. Era culpable. Era responsable de lo que había hecho. Aceptaría el castigo. Era lo justo.

Richard Cantling se levantó y se dirigió a la puerta.

Allí estaba el paquete.

Lo metió en su casa sin desenvolverlo y subió con él la escalera. Colgaría el retrato de su hijo pequeño al lado de los otros, de Dunnahoo, de Cissy, de Barry Leighton, todos en fila. Fue a buscar su martillo, tomó bien las me-

didias y colocó el clavo. Cuando ya estuvo colgado fue cuando le quitó el papel al retrato y a la cara que contenía.

Había captado la imagen de la joven como ningún otro pintor lo había conseguido nunca, y no sólo las líneas del rostro, los pómulos altos y marcados, el azul de sus ojos o su pelo rubio ceniza siempre revuelto, sino también la imagen interior de su personalidad. Reflejaba su juventud, su frescura, su seguridad, y también, su fuerza, su valentía, su tozudez. Pero lo que más le gustaba era su sonrisa, una sonrisa encantadora que iluminaba toda la cara. Una sonrisa que le recordaba la de otra persona que conoció una vez, aunque no podía recordar quién.

Richard Cantling sintió por un breve momento una extraña sensación de alivio, seguida por una sensación aún más intensa de pérdida, una pérdida tan terrible y definitiva que se escapaba al poder de las palabras que tanto adoraba.

Después, la sensación desapareció.

Cantling se echó hacia atrás, con los brazos cruzados, para examinar los cuatro retratos. Qué obras tan extraordinarias. Al mirar los cuadros casi podía sentir sus presencias en la casa.

Dunnahoo, el hijo mayor, el chico que a Cantling le hubiera gustado ser.

Cissy, su amor verdadero.

Barry Leighton, su inteligente y cansado alter ego.

Nicole, la hija que nunca tuvo.

Su gente. Sus personajes. Sus hijos.

Una semana después llegó otro paquete, mucho más pequeño que los anteriores. En su interior había cuatro de sus novelas, una factura y una nota muy correcta de la artista, que deseaba saber si tenía algún encargo más que hacerle.

Cantling dijo que no y pagó la factura con un cheque.

ARTHUR C. CLARKE:
«Un procesador de textos accionado por vapor»

El último de los galardonados con el Premio Gran Maestro Nebula es, sin duda, uno de los escritores más eminentes que jamás lo hayan merecido. Arthur C. Clarke nació en Minehead, Somerset, Inglaterra, en 1917. Cursó sus estudios en el King's College de Londres y se licenció, con las mejores calificaciones, en física y matemáticas. Fue presidente de la British Interplanetary Society y actualmente es miembro de la Academy of Astronautics, de la Royal Astronomical Society y de otras instituciones de igual carácter científico. Sirvió como oficial de la RAF durante la Segunda Guerra Mundial, encargado de las primeras pruebas con el sistema de aterrizaje por radar. La novela que publicó en 1963, *Glide Path*, a la que a Clarke le gusta describir como la única de sus novelas que no es de ciencia ficción, está basada en su experiencia con aquellos primeros radares. En realidad, la novela es ciencia ficción retrospectiva (si se hubiera publicado en 1940 hubiera sido ciencia ficción en su acepción más pura), ya que escribe sobre un hecho pasado con la misma penetración y con los mismos toques proféticos que cuando escribe sobre el futuro.

Las cincuenta obras de Clarke se han traducido a más de treinta idiomas. Entre la larga lista de premios que ha recibido destacan el Premio Kalinga de 1961, otorgado por la UNESCO, quien también lo había concedido, entre otros, a Bertrand Russell y Julián Huxley; el premio a la mejor obra científica concedida por AAAS-Westhousinghouse, el Bradford Washburn y los Premios Hugo, Nebula y John W. Campbell, por su novela *Cita con Rama*. En 1968 compartió con Stanley Kubrick una nominación al Oscar por la película *2001: una odisea en el espacio*. En 1981, Clarke recibió un Emmy por su contribución a las comunicaciones por satélite. Los trece capítulos de su serie de televisión *El misterioso mundo de Arthur C. Clarke* se han emitido en muchos países, aunque ya se hiciera famoso en este medio al participar, junto a Walter Cronkite, en la información de la CBS sobre las misiones del Apolo en la Luna.

Por su descubrimiento de los satélites de comunicación en 1945, se le concedió el título de miembro de Marconi International en 1982, la medalla de oro del Franklin Institute, el título de miembro de la cátedra Vikram Sarabhai del Physical Research Laboratory de Ahmedabad, India y el título de miembro del consejo de gobierno del King's College de Londres. En la actualidad, es rector de la Universidad de Moratuwa, cerca de Colombo, en Sri Lanka, país en el que tiene su residencia.

Hasta el momento, son nueve los volúmenes que recogen los cuentos de Clarke, y de sus novelas más famosas cabe destacar *El fin de la infancia*, *La ciudad y las estrellas*, *En las profundidades*, *Claro de tierra*, *Expedición a la tierra*, *2001: una odisea espacial* y *Fuentes del paraíso*. Algunos de sus trabajos no literarios más importantes incluyen títulos como *Perfiles del futuro*, *The Promise of Space* y *Ascent to Orbit*, una antología de estudios científicos de Clarke. La novela más reciente de

Clarke lleva por título Cánticos de la tierra lejana.

De este hombre, cuya influencia sobre la cultura de masas ha superado incluso la de H.G. Wells, se ha dicho: «Es un personaje dividido en muchas facetas, pero sólo en apariencia. Clarke es homogéneo; es nuestra cultura la que está dividida. En mayor grado que ningún otro escritor de ciencia ficción, Clarke vive de verdad en esa zona intermedia entre la ciencia y la literatura. Su carrera se ha consagrado a la lucha consciente por hacer de esta tierra de nadie un lugar en el que merezca la pena vivir y trabajar. Y ha conseguido que desde las dos orillas le respeten en sus propios términos».

En respuesta a su designación como Gran Maestro, escribe Clarke:

«La noticia de mi nombramiento como Gran Maestro Nebula ha sido para mí tan inesperada como grata. Inesperada, porque nunca pude imaginar que se me concediera ese honor siendo yo tan joven. Grata, porque, aunque en modestia sólo me supere Isaac Asimov, me gusta que me recuerden de cuando en cuando que hay gente por ahí que lee de verdad mis libros.

»Lo de la edad sólo es una broma a medias. No puedo olvidar que la primera novela de ciencia ficción que leí allá por 1931, estaba escrita por un Gran Maestro que actualmente parece trabajar más que nunca. ¿Qué tal, Jack? Todavía me acuerdo de tu The Green Girl y admito que al menos una vez le he fusilado algunos fragmentos.

»También estoy muy agradecido por obtener el primer título de Gran Maestro que se concede fuera de Estados Unidos. Aunque ese país haya sido el hogar espiritual de la ciencia ficción durante medio siglo, mis compatriotas Wells y Stapledon siguen siendo los grandes gigantes sin rival en este campo nuestro. Eso sí, me complace decir que están teniendo una competencia muy dura desde ambos lados del Atlántico. Se sigue hablando de aquella Edad de Oro de la Ciencia Ficción, pero la Edad de Oro la estamos viviendo ahora, sin duda alguna. Lo que creímos que era oro era sólo un baño, aunque a menudo un baño de la mejor calidad.

»Acepto con mi más sincera gratitud este Magisterio (¿o este Maestrazgo?) pero tengo que decir que con él se me ha clavado una pequeña espina. Que estoy interesado en el futuro es un secreto a voces, y ahora, con este galardón, ya no me queda nada por alcanzar. No creo que ni siquiera la famosa llamada desde Estocolmo me diera un placer mayor que este homenaje de mis amigos y colegas.

»Y de todas maneras hace demasiado frío allí en diciembre.»

El mensaje de Clarke, con fecha del 31 de mayo de 1986, llegó como es natural, por medio de una transmisión informatizada via satélite desde Sri Lanka, medio habitual que utiliza Clarke para comunicarse, mediante módem, con Gentry Lee, científico planetario que trabaja en el Jet Propulsión Laboratory, encargado de la futura expedición Galileo a Júpiter y que prepara en estos momentos un proyecto cinematográfico con Clarke.

El breve artículo que sigue a continuación, basado en una investigación

meticulosa y documentada, sirve de excelente muestra de lo que da de sí un Gran Maestro en acción.

Prólogo

Es muy escaso el material existente en torno a la notable carrera del hoy casi olvidado genio de la ingeniería reverendo Charles Cabbage (1815-188?), el que fue pastor de la parroquia de St. Simians, en el pueblo de Far Tottering, Sussex. Sin embargo, tras muchos años de búsqueda exhaustiva, he descubierto algunos datos nuevos que, a mi juicio, deberían ponerse en conocimiento de un público más amplio.

Quisiera expresar mi gratitud a miss Drusilla Wollstonecraft Cabbage y a las buenas señoras de la Sociedad Histórica de Far Tottering, cuyos apremiantes deseos de desvincularse de muchas de mis conclusiones yo respeto y comprendo.

Ya en 1715, *The Spectator* hace mención de la familia Cabbage (o Cubage) como rama menor de los Coverley (gente siniestra, lamentablemente, aunque el propio sir Roger quede al margen). Consiguieron amasar rápidamente una enorme fortuna, como otros muchos miembros de la aristocracia británica, gracias a sus sabias inversiones en el negocio de los esclavos. Hacia 1800, los Cabbage eran la familia más opulenta de Sussex, y de Inglaterra según decían algunos, pero, dado que Charles era el menor de once hermanos, no tuvo más remedio que entrar en la Iglesia sin muchas esperanzas de heredar algo de la fortuna de los Cabbage.

No obstante, antes de cumplir los treinta años, el titular de la parroquia de Far Tottering experimentó un importante cambio de fortuna debido al prematuro fallecimiento de cada uno de sus diez hermanos, en una serie de trágicos accidentes.

Este giro en su vida, que, a los comentaristas contemporáneos les gustaba llamar «la maldición de los Cabbage», guardaba una relación muy estrecha con la magnífica colección de armas medievales, venenos orientales y reptiles mortíferos del pastor. Lógicamente, estos desdichados accidentes dieron pie a numerosos comentarios maliciosos, y podrían ser la razón de que el reverendo Cabbage optara por conservar la protección de sus Ordenes Sagradas, al menos hasta su brusca partida de Inglaterra^[2].

También cabría preguntarse por la razón que movió a un hombre de tan gran riqueza y tan escasas obligaciones públicas a dedicar la mayor parte de sus años fértiles a la construcción de una máquina de increíble complejidad, cuya finalidad y manejo sólo él comprendía. Afortunadamente, el reciente hallazgo de la correspondencia Faraday-Cabbage en los archivos de la Royal Institution arroja nueva luz sobre este punto. Leyendo entre líneas, se puede deducir que el reverendo odiaba la tarea de redactar las dos horas de sermón semanal, jugando siempre con los mismos temas fundamentales, ciento cuatro veces al año. (El reverendo dirigía además la parroquia de Tottering-in-the-Marsh, pob. 73.) En un momento de inspiración, que debió de producirse hacia 1851, probablemente después de visitar la

Exposición Universal, aquella maravillosa muestra del saber hacer Victoriano, Cabbage concibió la idea de una máquina que organizara automáticamente masas de textos diferentes en cualquier orden que se deseara. De esta forma podría componer cualquier número de sermones a partir del mismo material básico.

El proyecto, muy tosco en sus comienzos, fue adquiriendo con el tiempo una gran sofisticación. Aunque, como veremos, no llegara nunca a terminar la versión definitiva de su «Telar de palabras», planeó con todo detalle una máquina que no sólo funcionara con párrafos por separado, sino también con frases independientes. (No pasó nunca a la siguiente fase, la de palabras y letras, aunque hace referencia a la posibilidad de llevarla adelante en su correspondencia con Faraday, considerándola su objetivo último.)

Una vez terminado el proyecto del telar de palabras, el inventivo clérigo inició su construcción. Su habilidad mecánica nada habitual, más bien deplorable según algunos, había quedado bien patente en las ingeniosas trampas con las que protegía sus enormes fincas y con las que eliminó al menos a otros dos pretendientes a la herencia familiar.

Llegado a este punto, el reverendo Cabbage cometió un error que puede haber cambiado el curso de la tecnología, si no de la historia. Ahora, gracias a la perspectiva que nos ofrece el tiempo, nos resulta obvio que sus problemas sólo los podía haber resuelto la electricidad. Hacía ya varios años que se venía utilizando el telégrafo de Wheatstone, y Cabbage mantenía correspondencia precisamente con el genio que había descubierto las leyes fundamentales del electromagnetismo. ¡Qué raro nos parece ahora que no viera la respuesta, cuando la tenía ante sus propias narices!

Sin embargo, debemos recordar que el bueno de Faraday se adentraba en ese momento en la década de senilidad que precedió a su muerte en 1867. Muchas de las cartas que han sobrevivido hasta nuestros días giran en torno a su extravagante credo, la ya extinguida religión «sandemanista», que era algo que sacaba de quicio a Cabbage.

Asimismo, el pastor mantenía contacto diario, o por lo menos semanal, con una tecnología muy desarrollada que había ido perfeccionándose a lo largo de más de mil años. La iglesia de Far Tottering gozaba entre sus pertenencias de un magnífico órgano con veintiún registros contruidos por el mismo Henry Willis que en 1875 fabricara la obra maestra que se encuentra en el Palacio Alexandra, al norte de Londres, y que Marcel Dupre elogió como el mejor órgano de concierto del mundo^[3]. Cabbage no lo tocaba mal del todo y conocía a la perfección su intrincado mecanismo. Estaba convencido de que, uniendo una serie de tubos neumáticos, válvulas y bombas, podría controlar todas las operaciones de su futuro telar de palabras.

Fue un error fatal, aunque comprensible. Cabbage había pasado por alto el hecho de que la lenta velocidad del sonido, unos insignificantes trescientos treinta metros

por segundo, reduciría la velocidad operativa de la máquina a un nivel de rendimiento prácticamente nulo. Como máximo, la versión definitiva podía haber alcanzado así un índice de transmisión de datos de 0,1 Baudio, con lo que la elaboración de un solo sermón requeriría nada menos que diez semanas.

Pasaron varios años antes de que el reverendo Cabbage se diera cuenta de esta limitación fundamental. Al principio creía que simplemente con aumentar la potencia disponible podría darle una aceleración indefinida a la máquina. La versión definitiva absorbía toda la energía de una enorme trilladora de vapor, tosco antecedente de nuestros tractores y cosechadoras.

Éste es un buen momento para resumir lo poco que se sabe acerca de la mecánica del telar de palabras. Para ello, tenemos que fiarnos de la información algo tendenciosa aparecida en el *Tottering's Bulletin*, del que sólo se conservan algunos ejemplares del período comprendido entre 1860 y 1880, años cruciales para nuestro estudio, y de las notas esporádicas y fragmentos de la correspondencia aún existente del reverendo. Irónicamente, en 1942 todavía se conservaba una buena cantidad de piezas de la máquina definitiva, pero fueron destruidas cuando una bomba incendiaria de la Luftwaffe redujo a cenizas la ancestral mansión de Tottering Towers³[4].

La «memoria» de la máquina se basaba en las tarjetas perforadas de un telar Jacquard para estampado de tapicerías, cosa nada extraña pues no existía otra alternativa posible en aquella época. A Cabbage le gustaba decir que tejería pensamientos igual que aquel telar tejía tapicerías.

Cada línea de salida constaba de veinte, y posteriormente treinta, caracteres que el operador veía a través de unas ventanillas y que iban colocados sobre unas ruedas giratorias.

Los principios que regían el SOT (Sistema Operativo por Tarjetas) de la máquina no han llegado hasta nosotros y parece, lo cual no es nada sorprendente, que el mayor problema al que se enfrentaba Cabbage era el de colocar, retirar y poner al día las diferentes tarjetas. Terminado el texto en cuestión, era fundido en tipos de plomo para su posterior impresión. Este sorprendente clérigo construyó una linotipia rudimentaria por lo menos diez años antes de que la patentara Mergenthaler en 1886.

Antes de que la máquina estuviera lista para ser utilizada, Cabbage se encontró con la ingente tarea de perforar en las tarjetas, además de la Biblia entera, todo el Concilio de Cruden, pero encargó este trabajo, a cambio de unos emolumentos irrisorios, a las viejecitas del Hogar de Descanso para Vecinos de Edad Avanzada, hoy discoteca y club de breakdance, de Far Tottering. Otra desconcertante primicia que se anticipa en unos doce años a la famosa mecanización del Censo de Estados Unidos, ideada por Hollerith en 1980.

Pero en ese mismo momento llegó la ruina. Habiendo oído, y no por primera vez, extraños rumores sobre la parroquia de Far Tottering, nada menos que el arzobispo de Canterbury en persona visitó al ya obsesionado pastor. Se comprende que se quedara atónito al descubrir que el órgano de la iglesia había quedado incapacitado para

desarrollar su función original al menos por cinco años. Cantuar, indignado, lanzó un ultimátum: o desaparecía el telar de palabras o se marchaba el reverendo Cabbage (mejor que se fueran los dos; se hablaba ya de exorcismo y de volver a consagrar la iglesia).

El dilema provocó, al parecer, una crisis en el ya desequilibrado clérigo, que intentó una última prueba con la enorme e ingobernable máquina, que ya ocupaba todo el cruceo oeste de St. Simians. Pese a las protestas de los granjeros, pues era la época de la cosecha, la inmensa máquina de vapor, con sus piezas de cobre relucientes, fue remolcada hasta la iglesia y una vez allí pasaron la correa de transmisión a través del hueco que habían dejado al retirar algunas de las vidrieras de su sitio.

El reverendo tomó asiento ante la irreconocible consola (no puedo resistirme a la idea de imaginarme activando el sistema a golpe de pedal) y empezó a teclear. Las ruedas con los caracteres empezaron a dar vueltas ante sus ojos formando frases lentamente, línea a línea. En la sacristía, los crisoles con el plomo fundido aguardaban las órdenes que les llegarían trabajosamente con cada chorro de aire procedente del órgano.

—¡Más rápido, más rápido! —gritaba el pastor, impaciente, mientras los obreros arrojaban paletadas de carbón en aquel monstruo que no dejaba de vomitar humo en el patio de la iglesia.

La correa, como una larguísima culebra atrapada en la ventana, se retorció sobrecargada, arriba y abajo, bombeando un caballo de vapor tras otro hacia el forzado mecanismo del telar.

El resultado era previsible. Algo, en alguna parte de las entrañas del inmenso aparato, se rompió. En sólo unos segundos, la desgraciada máquina se hizo pedazos. Según testigos presenciales, el pastor tuvo suerte de escapar ileso.

El posterior desenlace fue tan rápido como inesperado. El reverendo Cabbage abandonó la Iglesia, a su mujer y a sus trece hijos, y se fugó a Australia con su primer ayudante, el herrero del pueblo.

A juicio de aquellos Victorianos, tan preocupados por la conciencia de clase, era imperdonable que se hubiera asociado a un vulgar obrero (incluso un lacayo habría sido más aceptable)^[5]. El nombre de Charles Cabbage fue desterrado de la sociedad elegante y se desconoce cuál fue su destino final, aunque llegaron algunas noticias según las cuales se había hecho capellán de Botany Bay. Y también es seguramente apócrifa la leyenda que corre sobre su muerte en el desierto australiano, provocada por una máquina esquiladora de su invención que se volvió loca.

Epílogo

La sección de libros raros del Museo Británico posee el único ejemplar conocido de los Sermones a vapor del reverendo Cabbage, que, según viene tradicionalmente

alegando su familia, fueron elaborados por el telar de palabras. Desgraciadamente, no hace falta un estudio en profundidad para ver que no es así. A excepción de las últimas páginas, 223-4, resulta evidente que el volumen se imprimió en una prensa plana.

Pero las páginas 223 y 224 son una clarísima interpolación. La impresión es muy desigual y el texto está repleto de faltas de ortografía y errores tipográficos.

¿Se trata, acaso, del único producto existente del más notable, y peor encaminado, esfuerzo tecnológico de la era victoriana? ¿O es un fraude deliberadamente creado para hacernos creer que el telar de palabras funcionó de verdad una vez por lo menos, aunque lo hiciera mal?

Nunca sabremos la verdad. Pero, como inglés que soy, me siento orgulloso de que uno de los inventos más importantes de nuestra época fuera ideado por primera vez en las Islas Británicas. De haber tenido un desenlace más feliz, Charles Cabbage probablemente sería ahora tan famoso como James Watt, George Stevenson o incluso Isambard Kingdom Brunel.

JAMES P. BLAYLOCK:
«Dragones de papel»

Entre las novelas de James P. Blaylock destacan *The Elfin Ship*, *The Disappearing Dwarf*, *The Digging Levia than*, *Homunculus* y la recién terminada *Land of Dreams*. Sus narraciones cortas han aparecido en *Unearth*, *TriQuarterly*, *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* y en las diversas antologías. Es profesor (con dedicación mínima) en el Fullerton Community College, al sur de California.

Acerca de su obsesionante y onírico relato, escribe Blaylock:

«“Dragones de papel” es la revisión de un cuento que escribí hace unos cinco años, cuento que no me había acabado de convencer y que desde entonces descansaba en un cajón. Hasta que un día, mientras instalaba las conexiones eléctricas en la nueva puerta de servicio, acudieron a mi cabeza, como en un chispazo (y nunca mejor dicho), las modificaciones que requería la historia. Tiré los alicates y puse manos a la obra, reescribiendo la mayor parte del cuento en dos días. Trata en parte del amor que siento por California del Norte; en parte, de cómo se hacen pedazos las cosas y de cómo, mientras se están haciendo pedazos, conseguimos vislumbrar al azar retazos medio ocultos de la belleza y el misterio de un mundo muchas veces velado por los grises compases del monótono trabajo cotidiano. La instalación eléctrica de la puerta de servicio quedó muy bien al final. Espero que también haya quedado bien el cuento.»

Se dice que han ocurrido cosas extrañas en este mundo, que incluso siguen ocurriendo, pero la mitad de ellas, a mi juicio, son mentira. A veces no hay forma de saberlo. El cielo de la costa norte lleva semanas de un monótono color gris, cubierto de espesas nubes de algodón a menos de cinco metros del suelo, arañando las copas de secoyas, alisos y cicutas.

Del mar llega una bruma que se extiende por el puerto, avanzando y retrocediendo por encima del muelle y del rompeolas, haciéndolos desaparecer en el gris de su abrazo, de manera que no hay una brizna de diferencia entre el cielo y el mar. Y cuando baja la marea y los arrecifes que llegan hasta el cabo surgen a través de la niebla, cubiertos de algas negras y resbaladizas cargadas de vesículas, de cintas rosadas y de lechugas de mar y yerba de anguila, es fácil imaginar los oscuros bancos de peces que abandonan su reposo allá en los profundos jardines del mar y se acercan, al amanecer, a la superficie verde pálida en busca de alimento.

Existe la posibilidad, claro está, de que ciertos seres alados, sus réplicas celestiales si así lo prefiere el lector, tengan su morada entre las nubes, de que en los valles y cavernas de aquellos cielos bajos y plomizos vivan bestias inimaginables. A veces se me ocurre que si un hombre corriera de improviso el manto de nubes que ocultan el cielo, sorprendería todo un mundo de extraños seres habitando en él. Vería

esferoides con alas pequeñas y vibrantes como las del colibrí, y criaturas de piel dura como el cuero y llenas de espinas, todo huesos y dientes, con picos de longitud casi doble que el resto del cuerpo.

Estoy convencido de que algunas noches he llegado a oír las, cuando las nubes flotaban sobre las copas de los árboles y las sirenas antiniebla gemían desde el cabo, mientras las gotas de agua resbalaban por las agujas de las cicutas que hay al otro lado de la ventana, cayendo sobre el tejado de chapa del garaje de Filby. Se oían sus chillidos y el batir de sus alas, amortiguados por la distancia. Una de estas noches, cuando paseaba por los acantilados, las nubes se abrieron un instante y pude ver al otro lado un rosario de estrellas brillantes, girando en vertiginosas eses hasta que las nubes volvieron poco a poco a amontonarse, hasta cerrarse del todo para no abrirse más, como una cortina que se va corriendo lentamente. Y estoy seguro de que atisbé algo que oscurecía las estrellas: una sombra, o su reflejo. Fue a la mañana siguiente cuando comenzó lo de los cangrejos.

Casi al mediodía, me despertaron los martillazos procedentes del garaje de Filby. Estaba trabajando con algo. Las garras, creo que eran, las garras de cobre. Fuera lo que fuese, el caso es que me despertó. No consigo nunca dormirme casi hasta el amanecer por culpa de un pájaro, Dios sabe cuál, que empieza a cantar a media noche y no para hasta el mismo momento en que sale el sol. No me pregunten por qué, pero es así. En cualquier caso, era cerca del mediodía cuando Filby se encontraba dándole al martillo. Abrí el ojo derecho y allí, encima de mi almohada, había un cangrejo ermitaño, rojo como la sangre, que me miraba desde sus antenas como si se sintiera muy orgulloso de sí mismo, moviendo muy ufano las pinzas delante de mi cara. Pegué un salto y entonces pude ver otro trepando por mi zapato, y otros dos que se llevaban a rastras mi reloj de bolsillo y con él mi pantalón.

La ventana estaba abierta y la cortina rasgada. Aquellas bestias habían trepado por la leña, izándose hasta la ventana abierta para revolver entre mis efectos personales mientras yo dormía. Conseguí echarlos a todos, pero aquella tarde vinieron más, docenas de cangrejos doblados bajo el peso de sus conchas, arrastrándose hasta la casa con un ojo puesto en mi reloj de bolsillo.

Se trataba de una migración. Por lo que me cuenta el doctor Jensen, cada cien años todos los cangrejos ermitaños de la tierra sienten el apremio de emigrar y salen a tierra firme. El propio Jensen acampó en la playa de la ensenada para estudiar aquellos bichos y allí observó que todos se dirigían al Sur, como si fueran aves migratorias. A medida que avanzaba la semana, crecía el número de cangrejos que se habían puesto en marcha. Millones, si hemos de creer al doctor Jensen. Pero dejaron en paz mi casa. Al término de la semana siguiente, su número había disminuido; parecían los últimos rezagados de las profundidades, pero lo curioso es que cada vez eran más grandes. Del tamaño de un puño al principio, pasaron a ser tan grandes como una cabeza, y después ya eran cangrejos gigantes, enormes como cerdos, que persiguieron a Jensen hasta obligarle a subirse a un roble. El viernes sólo quedaban

dos cangrejos, más grandes que un coche. Jensen se marchó a casa farfullando y se emborrachó hasta el aturdimiento. Sin embargo, volvió el sábado a la playa y eso es algo que dice mucho en su favor. Pero no vio nada. Pienso que en algún lugar, mar adentro, en alguna profunda sima a cientos de brazas por debajo de la zona que ya no tiene color, habita una bestia ciclópea, ciega y deformada por la enorme presión, que se abre camino a tientas, bajo el peso de su concha, hacia la costa.

A veces oigo de noche los ecos lejanos de golpeteos secos e intermitentes, sólo su sensación opaca y amortiguada, y entonces me pongo tenso y concentro la mirada en las páginas de un libro, mientras las llamas del fuego encendido en la chimenea se reflejan en el cristal de mi copa. Fuera, en la noche llena de niebla, reinan innumerables sonidos entre los cuales logro percibir de cuando en cuando el clac, clac, clac del que podría ser el cangrejo fantástico de Jensen, que se arrastra hasta la casa proyectando su sombra en la puerta principal para reclamarme el reloj de bolsillo. Precisamente la noche después de que aparecieran los cangrejos como cerdos, entró uno de ellos en el garaje de Filby, por lo visto rompiendo la puerta, y armó un estropicio con su dragón. Sé lo que están pensando —yo también pensé que era mentira—, pero han sucedido cosas desde entonces que me han hecho cambiar de idea. Parece ser que Filby llegó a conocer, y a tener como maestro, a Augustus Silver. Para ellos, lo del dragón no era una simple cuestión de mecánica sino de perspectiva. Y eso fue la perdición de Filby.

El año pasado apareció por aquí un gitano con su carro. Por lo visto, no podía hablar, pero por un dólar hacía las más asombrosas proezas. Así, nada más llegar, se cortó la lengua, la tiró al suelo y se puso a bailar sobre ella. Después se la volvió a meter en la boca y como nueva. Luego se sacó las tripas, metros y metros de tripas, como salchichas de una máquina, y se las volvió a meter, apretujándolas en el agujero que se había abierto. Aquello le revolvió el estómago a medio pueblo, pero pagaban por verlo. Más o menos lo que me pasa a mí con los dragones, que nunca he creído en ellos y daría una mano por ver a uno volando, incluso aunque sólo fuera de mentira.

Pero el dragón de Filby, el que guardaba para Silver, estaba hecho una ruina. El cangrejo, porque supongo que fue un cangrejo, lo había hecho trizas, sacándole todo el relleno. Me recordaba a uno de esos caimanes disecados que a veces se ven en las tiendas de antigüedades, todo comido por los bichos y con una expresión triste y cansada, con la cola torcida y el relleno saliéndosele por el cuello.

Filby estaba fuera de sí. No está bien que un adulto haga una escena semejante. Recogió lo que quedaba de un ala desgajada y se azotó con ella. Mientras se daba de latigazos, se iba llamando de todo. Por entonces yo no le conocía demasiado bien, de manera que me quedé mirando de principio a fin la extraña escena desde la ventana de mi cocina. La puerta del garaje dando bandazos con el viento, Filby que lloraba y daba alaridos, arremetiendo contra todo, parando y empezando de nuevo con ademanes teatrales, la puerta que se cierra de golpe e interrumpe durante casi medio minuto la ridícula visión, y la puerta que se abre y deja ver a un Filby gimoteante

escarbando, entre los escombros del suelo, los restos de lo que había sido un dragón de carne y hueso, como si dijéramos, construido por el omnipresente Augustus Silver algunos años antes. Claro que por aquel entonces yo no sabía nada. Nada menos que Augustus Silver. Casi justifica la escena de Filby. Desde entonces, yo mismo he perdido a veces un poco el control, aunque, como he dicho, cada día tienen más visos de irrealidad las causas que motivaron aquel lío.

Y los susurros entre la bruma de la noche, el clac, clac y el rápido batir de alas han empezado a sonar como mal disimuladas risas, cada vez menos audibles a medida que van pasando los meses, pero que emanan de la nada, de las nubes, del viento y de la niebla. Incluso las esporádicas cartas del propio Silver empiezan a ser sospechosas.

Filby es un excéntrico. Lo noté en seguida. Cómo financia sus rarezas es algo que no me explico. Seguro que con chapucillas, reparaciones y cosas así. Tiene las típicas manos del mecánico: dedos como espátulas, mugre en las uñas, señales y rasguños que ni él mismo es capaz de identificar. Le basta con tocar un montón de piezas y manosear un poco entre ellas para que de entre el ritmo tenue y sincopado de sus herramientas empiecen a surgir las más variadas formas y diseños. Y un enorme cangrejo se ha tenido que colar ahí y desbaratar en una sola noche toda una obra maestra, una maravilla, algo que no se podrá volver a componer. El propio Silver lo habría tirado a la basura. Ni el gato lo querría.

Filby se pasó muchos días de malhumor, pero yo sabía que se le acabaría pasando. Se encontraba alicaído, contemplando las musarañas por toda la casa y hojeando de vez en cuando el periódico del día anterior, pero el simple destello metálico de un cable era capaz de llamarle la atención, de sugerirle un montón de cosas. Eso es lo que pasa, que no sólo tiene la irritante habilidad de convivir con chatarra, sino que encima la oye hablar, oye las posibilidades que ella le susurra.

Una mañana, temprano, le oí dar martillazos en el garaje. Malditos cangrejos. Se dedicaba a recomponer las mil y una escamas plateadas de una de las alas, y a montar, como un joyero, la pedrería de un ojo facetado, y a mirar el manojito de finos cables enrollados en una trenza que guardaba en un recipiente de cristal, en espera del momento en que pasarían a formar parte de la columna vertebral de una criatura que, en cuanto la soltaran en una noche de niebla, desaparecería entre las nubes. O al menos con esto soñaba Filby. Y, lo reconozco, tenía puesta toda mi fe en él y en el dragón que había soñado construir.

A comienzos de la primavera, pocas semanas después del percance de los cangrejos ermitaños, me encontraba dedicado a escardar el jardín. Hacía una semana que habían reverdecido las tomateras, pero un enorme gusano verde lleno de espinas se había comido todas las hojas, sin dejar más que los tallos pelados y pringados con una especie de baba. Me acuerdo de que una vez, cuando era pequeño, estaba jugando con el barro formado por la lluvia y desenterré un gusano del grosor de un dedo y con cara de hombre. Lo volví a enterrar corriendo. Pero la cara de este gusano tomatero

no era humana; en realidad tenía una cara simpática, con ojillos de cerdito y una especie de nariz aplastada, si es que se puede hablar de la nariz de un gusano. Lo cogí y lo tiré por encima de la valla al patio de Filby. Volvería, eso estaba claro, volvería aunque lo tirara a la Luna. Era inevitable, así que me pareció inútil seguir poniéndole peros, ya me entienden. Pero las plantas estaban hechas un desastre. Las arranqué de raíz y las arrojé también al patio de Filby, total ya está hasta arriba de hierbajos. En ese mismo momento Filby pasaba por ahí, con una sonrisa desencajada de gárgola, y le fue a caer en la cabeza la mata de enredaderas roídas. Parecía un calamar. Pero ése no es el tipo de cosas que moleste a Filby. Ni se inmutó. Además, acababa de recibir carta de Silver, procedente del sur y con fecha del mes anterior.

En aquel entonces yo no estaba muy al tanto de la fama de este hombre, aunque desde luego había oído hablar de él. ¿Y quién no? Me pareció recordar haber visto fotografías de un hombre corpulento, barbudo, de pelo desgreñado y mirada ardiente. Habían sido tomadas cuando trabajaba con la liga de mecanoviviseccionistas, en la época en que descubrieron la mutabilidad de la materia. Silver y otros tres compañeros de la universidad fueron los responsables de la pequeña avalancha de unicornios que se produjo, algunos de los cuales se dice que todavía vagan por las colinas de esta zona. Se trataba, ciertamente, de interesantes mutantes, pero no eran suficientemente prodigiosos como para dejar satisfecho a Augustus Silver. En la fotografía parecía el típico individuo que se tira de cabeza a un estanque de agua helada y come trigo integral y miel a cucharadas.

Ahí estaba Filby, intentando quitarse de encima los restos de las tomateras siniestradas, con una carta en la mano y arrobamiento en la cara. ¡Una carta del maestro! Llevaba años viviendo en el trópico y había visto algunas cosas interesantes. Por ejemplo, en las colinas de las selvas orientales había logrado divisar un dragón con una caja torácica que parecía de bambú y que, al volar, emitía el mismo sonido xilofónico que un carillón de viento. Tenía la cabeza de un enorme lagarto, la cola dentada de una raya, y unas alas mecánicas hechas con plata, bramante y pieles de carpa.

Verlo le había sugerido algunas ideas. Los mejores dragones, estaba totalmente convencido, eran los que venían del mar. Tenía la intención de poner rumbo a San Francisco porque en su barrio chino podría encontrar muchas cosas, «lo necesario», como escribía en su carta. También hacía mención del movimiento perpetuo y de la construcción de una criatura inmortal a base de coser piezas de distintos animales.

Yo seguía esperando que apareciera el último cangrejo, igual que Jensen. Escribió incluso una monografía, un informe de tono solemne y gran precisión científica en el que postulaba la correlación entre la disminución del número de cangrejos y la enormidad de su tamaño. Acampó con su hijo Bumby en lo alto de los acantilados y desde allí, bizqueando a través de la niebla y con el ojo pegado en la lente de un telescopio especial, uno de los que ven cosas, como él decía, con particular nitidez, esperaba divisar la primera pinza temblorosa de un behemot surgiendo entre el gris

oleaje, cubierta de algas, con el agua cayéndole en cascada y dando paso a la faz barbada del cangrejo, camino del Sur, atraído por un imán migratorio que lo llevaría a Dios sabe qué lugar. O el cangrejo había pasado de largo amparado por la bruma, o Jensen estaba equivocado y no existía en realidad ese último cangrejo.

La carta de Augustus Silver dio alas a Filby, como se suele decir, y se lanzó volando a la construcción de su dragón, al tiempo que mandaba una carta al Este en la que remitía los cuarenta dólares que le debía, en concepto de derechos, a la Sociedad para el Fomento del Dragón. El gusano del tomate, que a fin de cuentas era un dragón sin alas, regresó al jardín cuatro días más tarde; se dio una vuelta por media docena de plantas tiernas y las dejó como encajes de bolillos. No arreglaría nada con volver a tirarlo al patio de Filby. Era un gusano de una obstinación monumental. Así que lo introduje en una gran tinaja de conservas, vacía, naturalmente, y la cerré con una tapa llena de agujeros. Allí vivía feliz en su pequeño edén de hojas y palitos, con su tierra y sus cantos rodados, y alguna que otra hoja de tomatara que poder mordisquear.

Cada vez pasaba más tiempo con Filby desde que llegó la primera carta; yo me dedicaba a observar, mientras él ensamblaba los huesos, órganos y articulaciones del dragón mecánico. A diferencia de su mentor, Filby apenas tenía conocimientos de vivisección. Creo que era porque estaba en contra de esa técnica, y por eso sus creaciones eran casi siempre mecánicas. Y casi siempre inverosímiles. Pero Filby tenía tal aura de seguridad, una convicción tan inflexible y absoluta, que hasta el proyecto más inverosímil se volvía inexplicablemente posible.

Recuerdo la tarde de un sábado con especial claridad. El sol brillaba en el cielo por primera vez en muchas semanas. La noche anterior no había habido ni rastro de babosas y caracoles entre la hierba, así que pensé que era signo de que el tiempo iba a ser más seco. Pero sólo acerté a medias. El sábado amaneció despejado. El cielo, azul y transparente, estaba salpicado de oscuras motitas de lo que podían ser cuervos o gorriones volando sobre las copas de los árboles, o bien podía tratarse de cualquier otra cosa, quizás algo más grande, dragones por ejemplo, o los raros habitantes de algún mundo muy lejano y oculto entre las nubes. Los rayos de sol se filtraban a través de los pulidos cristales de la ventana de mi dormitorio, y juro que oía cómo se abrían, impacientes, las tomataras, cebollas y guisantes de mi jardín. Pero cerca del mediodía aparecieron, coléricas, grandes nubes negras sobre la Cordillera de la Costa, deslizándose sus sombras sobre prados y robledales, sobre chaparrales y vallados. Una fina lluvia salpicaba la refrescante brisa costera y del camino que conducía a la casa de Filby se elevó un agradable olor a ozono que, en su primera y tenue exhalación, desprendió una mezcla de inextricable promesa y de pesar: la promesa de las maravillas por venir, por los pedacitos de tiempo perdido, que se han disipado irremisiblemente entre la bruma, cual cangrejo ermitaño en migración.

Era, como digo, una tarde de sábado con arco iris y paraguas, y Filby, animado todavía por el inminente regreso de Silver, me enseñó algunas de sus cosas. Las habitaciones estaban abarrotadas de cabezas talladas de esteatita, de marfil, de jabí,

extraños recuerdos de viajes a lugares lejanos. Tenía acuarios que burbujeaban llenos de plantas acuáticas y un montón de originales criaturas, como anguilas jaspeadas, peces hoja, gobis enterrados en la arena hasta la nariz, platijas planas con los dos ojos encima de la cabeza y anableps que tenían la maravillosa capacidad de ver simultáneamente por encima y por debajo del agua, por lo que, a diferencia de los peces mundanos que nadaban bajo ellos, sentían cierta inclinación por la filosofía. Se lo insinué a Filby, pero no estoy muy seguro de que me entendiera. Libros, flautas y otros muchos objetos curiosos se apilaban dentro de media docena de cajas. De las paredes colgaban cartas astrales. También había bocetos de algunos de los primeros engendros de Silver, dibujos intrincados y mareantes, llenos de cálculos y observaciones incomprensibles para mí.

El lunes llegó otra carta de Silver. Había recorrido todo el Este con la esperanza de encontrar cierta rareza de la familia de las serpientes, algo así como una culebra con trompa de elefante y unos pulmones tan largos como su cuerpo, según contaba. Pero ahora se dirigía a la costa Oeste, a San Francisco, más concretamente. Llegaría dentro de una semana, o un mes, no estaba del todo seguro. Ya le avisaría de su llegada, pero ¿quién podía saber cuándo? Como yo tenía coche quedamos en que iría a recogerlo a la ciudad. Eran cinco horas de viaje por la carretera de la costa.

Mientras tanto, Filby se devanaba los sesos para tener la criatura terminada cuando llegara Silver. Se moría por escuchar las palabras de aprobación del maestro y ver en sus ojos el destello fugaz de la emoción y la sorpresa. A mí no me cabía la menor duda de que todo aquello llevaba implícito algo de envidia. Después de todo, Filby había sido durante muchos años la sombra de Silver en la universidad, consumiéndose en el anonimato, y ahora estaba a punto de convertirse él mismo en maestro.

Apoyados contra una de sus paredes, de toscos montantes de abeto y revestida de roble, el cuello, los hombros y el ala derecha reposaban, quedos, contra el garaje de Filby. Su cabeza, un amasijo de huesos, cuerdas de piano y cristales compuestos de diferentes piezas en colores pálidos, se hallaba sujeta al torno mediante un asa blanda de caucho. El viernes por la mañana, el mismo día de la llegada de la tercera carta, Filby unió los extremos pelados de dos cables de cobre casi microscópicos y los ojos del dragón comenzaron a girar sobre sus ejes; parpadearon dos veces y se pusieron a observar el abarrotado garaje de Filby en penumbra con una mirada de sabiduría ancestral, hasta que los cables se separaron y los ojos se apagaron con un estremecimiento.

Filby estaba exultante. Bailaba y hacía cabriolas por el garaje, gritando de alegría, pero rechazó con firmeza mi proposición de tomarnos la tarde libre e irnos a almorzar y tomar una cerveza en Fort Bragg. Al parecer, Silver estaba al caer y yo debería ir en su busca por la mañana, aunque era casi seguro que me tocaría pasar en la ciudad varias noches antes de que llegara. Pero, claro, a Augustus Silver no se le podía atosigar. Mientras tanto Filby se dedicaría al dragón; sería un trabajo febril, que le

ocuparía de día y de noche. Decidí llevarme el gusano del tomate para que me hiciera compañía, por decirlo de alguna manera, pero el gusano se había enterrado para echarse una siesta.

Cuando me desperté el sábado por la mañana, no me pareció tan buena idea lo de ser el emisario de Filby. Al fin y al cabo, no era más que un vecino que se había dejado atrapar en un arrebatado de entusiasmo. Y ahí estaba yo, haciendo un esfuerzo ímprobo, andando a tropezones por la cocina, con la niebla filtrándose a bocanadas por el resquicio de la puerta y las siniestras cicutas perfiladas borrosamente sobre las ventanas empapadas de lluvia, mientras Augustus Silver vagaba por el negro Pacífico, muy lejos del Golden Gate y bien provisto de huesos de dragón. ¿Qué podía decirle, aparte de «Me envía Filby»? Quizás algo más críptico, como «Recuerdos de Filby». Quizás en los círculos en los que se movían bastaba con guiñar un ojo o hacer algún otro tipo de seña, o con llevar una gorra con una visera de un palmo y un ojo encajado dentro de un triángulo bordado. Me sentía como un tonto, pero se lo había prometido a Filby. Había luz en su garaje al amanecer. Recuerdo que aquella noche me desperté al oír un chillido estridente que se cortó de repente, seguido por las risotadas cluecas de Filby y un pequeño fragmento de una canción.

Tenía que encontrarme con un viejo chino llamado Wun Lo en un restaurante de las afueras de Washington. Filby lo llamaba «el enlace». Tenía que presentarme como amigo del capitán Augustus Silver y esperar órdenes. Órdenes. ¿Qué diablos era esa forma de hablar? La noche anterior, a la luz mortecina de una lámpara, me había parecido sensato tanto misterio, incluso adecuado, pero con el frío del amanecer resultaba cómico.

Había casi seis horas de viaje hasta la ciudad por una tortuosa carretera llena de curvas y en la que las últimas lluvias del invierno habían arrancado trozos que cayeron rodando al mar. La niebla subía desde las ensenadas rocosas y se ceñía a las faldas de las colinas, extendiendo su manto gris sobre los matorrales y las flores silvestres de la playa cubiertas de rocío. A medida que avanzaba con el coche, iban surgiendo de entre las tinieblas las plateadas estacas de los cercados, coronadas de vez en cuando por la calavera de una vaca o una cabra, y a continuación pasaban velozmente los oxidados postes que sostienen los buzones de correo, inclinados hacia los acantilados, y las figuras retorcidas de los cipreses que parecían a punto de arrojarse al mar.

De vez en cuando, sin previo aviso, desaparecía la niebla en un abrir y cerrar de ojos, dejando ver un kilómetro despejado de autopista, extrañamente nítida y diáfana en comparación con la opacidad de algunos minutos antes. O dejaba ver un largo trecho que se habría hasta el horizonte y cuyo extremo final estaba teñido de un azul opalescente y que parecía tan lejano e inalcanzable como el extremo de un arco iris. En una de esas ocasiones, quizá tres segundos, pude ver el torpe aleteo de una forma semejante a la de un ave de grandes dimensiones desplazándose sobre las bajas brumas con mucha dificultad, como si luchara contra un viento muy fuerte. Pero

podía haber sido cualquier otra cosa, mucho mayor. ¿Un dragón, quizás? ¿Una de las creaciones de Silver que hubiera anidado en los bosques densos de niebla esmeralda de la Cordillera de la Costa? Era imposible saberlo. Como acabo de decir, parecía estar debatiéndose, acaso porque era viejo, y como consecuencia del esfuerzo se le desprendió un trocito de algo, un pedazo de ala, que cayó vertiginosamente al mar. Quizá lo que cayó no fuera más que un palo que llevaba una garza a su nido y era demasiado pesado para sus fuerzas. La niebla volvió a cerrarse en seguida, o más bien fue el coche el que salió a toda velocidad de aquel claro repentino, y perdí toda posibilidad de identificar a la bestia o al menos de examinarla con más detalle. Por un momento consideré la idea de dar media vuelta y regresar, pero no era seguro que volviera a encontrar aquel mismo resquicio de claridad y, si lo encontraba, que la criatura siguiera allí. De manera que seguí mi camino entre colinas descubiertas de secoyas que podrían haber pasado por cuadros de un decorado colocado en el borde fantasmagórico de la Autopista Uno y colgados de aldabillas invisibles por culpa de la niebla. Y de repente, casi sin darme cuenta, el húmedo asfalto desembocó en una autopista más ancha y, un poco más lejos, en el bullicioso ensanchamiento del Golden Gate.

Abajo, algunos barcos luchaban en silencio contra la marea. ¿Sería algunos de ellos el de Augustus Silver, meciéndose en su camino hacia el Embarcadero? Probablemente no. Por su aspecto, parecían tratarse de barcos de pesca llenos de gambas, calamares y bacalaos de ojos saltones. Me dirigí a las afueras del Barrio Chino y aparqué el coche para zambullirme entre la muchedumbre que bajaba como un enjambre por Grant y Jackson hacia Portsmouth Square.

Era el Año Nuevo chino. Las brumosas calles estaban cargadas de olor a galletas y pato frito, a ajo y algas, y a pólvora. Sobre nuestras cabezas estallaban cohetes con una lluvia de chispas casi invisibles. Uno de ellos, haciendo eses mientras se quemaba la mecha, subió por los cielos de Washington, girando y chisporroteando hasta ir a dar contra la pared de una tienda de antigüedades y caer exangüe sobre la acera, como si se avergonzara de su travesura. El humo y las explosiones de los petardos, la multitud arremolinada y el irritante sinsentido de mi misión me acompañaron por Washington hasta que tropecé con la humeante entrada de un estrecho restaurante de tres plantas. Sam Wo, se llamaba.

Un pelotón de cocineros vestidos de blanco picaban verduras. Siseaban los woks y unos ridículos cuencos de arroz blanco humeaban sobre la barra. Una cabeza de pescado grande como un melón me guiñó el ojo desde su puchero. Y allí, en una mesita de acero cromado y fórmica desgastada, estaba sentado mi enlace. Tenía que ser él. Filby me lo había descrito certeramente. El hombre lucía una barba gris que se balanceaba sobre la mesa y un traje de parecido color que le venía varios números grande. Estaba tomándose un caldo claro con unas cucharadas tan mecánicas y calculadas que casi parecía un rito. Me acerqué a él. No tenía más remedio que soltarlo: «Soy un amigo del capitán Silver», le dije, tendiéndole la mano con una

sonrisa. Incluyó la cabeza, me tocó la mano con un dedo flácido y se levantó. Lo seguí hasta la parte de atrás del restaurante.

No tardé mucho en darme perfecta cuenta de que mi viaje había sido totalmente en vano. ¡A saber dónde estaría Augustus Silver! ¿En Singapur? ¿Ceilán? ¿Bombay? Sólo hacía dos días que había enviado unas hierbas desde Oriente. En seguida me di cuenta de lo ridículo de mi posición. ¿Qué demonios hacía yo en San Francisco? Tuve la molesta impresión de que detrás de la puerta los cinco cocineros se reían a mi costa y de que el viejo Wun Lo, que miraba fijamente la calle, estaba a punto de pedirme dinero, «Cinco pavos sólo, hasta que cobre»..., ¿acaso no era yo amigo de Augustus Silver?

Mis temores se disiparon momentáneamente cuando vi una vieja fotografía que colgaba sobre un hogar de teja. Era la fotografía de una lúgubre barriada en algún lugar de la costa norte. Había una ligera niebla, la suficiente para ocultar los campos de alrededor, y desde luego la habían sacado al atardecer a juzgar por las largas y profundas sombras que proyectaban sobre los árboles unas siniestras casuchas torcidas. Junto al Pacífico se podía ver la punta de un faro y, bajo el mismo, una veintena de pequeños botes anclados. Resultaba indudablemente desconcertante. No cabía duda de que aquel faro, la punta de tierra que conducía hasta él, la verde bahía rodeada de cipreses y eucaliptos, todo me indicaba que aquél era el cabo Reyes. Pero allí, y sobre eso tampoco cabía duda alguna, allí no había ninguna barriada; no podía haberla.

La ristra de casuchas ruinosas descendía en hilera por las faldas de la colina hasta el borde de la bahía como si se tratara de una extraña escalera gótica, y todas ellas, puedo jurarlo, estaban construidas en parte con restos de dragones, de enormes reptiles alados, mezclando cobre y estaño con huesos y piel. Algunos de estos restos estaban clavados de pie, unos contra otros, como un castillo de naipes. Otros estaban colocados sobre bidones de petróleo o sobre jergones de madera puestos de pie. Aquí, nada más que un ala rota que lanzaba un esbozo de sombra. Allá, lo que parecía una criatura prácticamente entera, a la que, supongo, sólo le faltaban las partes esenciales que en su día le dieron la vida. Y, junto a una olla al fuego, aunque podría haber sido el mismo Wun Lo, se encontraba Augustus Silver.

Llevaba una barba descomunal, la barba de un montañés, de un buscador de oro que vuelve al cabo de muchos años de explorar los yacimientos de oro que no vienen en los mapas. Aquella barba, el sombrero de fieltro de ala ancha y el traje oriental, el destello penetrante de la mirada del que conoce secretos arcanos, el extraño arpón que sostenía en la mano derecha, todos estos detalles casi le conferían la estampa de un dios, como si fuera la encarnación de Neptuno saliendo de las aguas de la bahía, o la de un Odín errante que se hubiera detenido a tomar té de pétalos en una tétrica barriada de la costa. Una sola mirada bastó para acabar con mi indecisión. Dejé a Wun Lo dando cabezaditas en una silla; parecía haberse olvidado completamente de mi presencia.

El humo flotaba en las calles. Miles de ruidos —una cacofonía de explosiones, voces, música oriental y ruedas de fuegos artificiales— se confundían en una extraña especie de armónico silencio. En algún lugar, al Noroeste, había un poblado construido con pieles de dragón. Ya que no podía hacer otra cosa, en caso de que no averiguara nada sobre la llegada de Augustus Silver, me iría al menos a echar un vistazo a la barriada de la fotografía. Me abrí paso por entre la multitud a empujones, ajeno a chispas y explosiones. De pronto, casi como por arte de magia, la muchedumbre se abrió como el mar Rojo y una amplia avenida de asfalto se extendió ante mí. A ambos lados de la calle tan repentinamente despejada la gente se había apiñado con una mueca de expectante sonrisa en la cara. Se levantó un inmenso griterío, sonaban los címbalos chinos y los pitidos agudos de pequeños cuernos. Por la esquina apareció a la velocidad de un expreso, la cabeza lujuriosa de un dragón de papel balanceándose a un lado y a otro, con una delirante melena, con los colores del arco iris, serpenteando tras ella. El cuerpo ocupaba casi media manzana de edificios; estaba hecho con miles de capas de finísimo papel de arroz de colores suaves, que amenazaban con salir volando, hoja tras hoja, hasta disolverse en la niebla. En su interior corrían agachados una docena de hombres, lanzando gritos y cánticos mientras la gente se iba agolpando a su alrededor, apretujándose en oleadas y avanzando a duras penas hacia Kearny. Tras su paso, las calles volvían a quedar apagadas y en silencio.

El resto de la tarde transcurrió en una atmósfera de irrealidad, lo que, extrañamente, intensificó mi fe en Augustus Silver y en sus creaciones, aunque todas las pruebas racionales apuntaran exactamente en dirección opuesta. Salí de la ciudad y me dirigí hacia el Norte, desviándome en San Rafael para ir hacia la costa, hacia cabo Reyes e Inverness, bordeando las laderas de las verdes colinas mientras el sol caía al mar desde el cielo de la tarde. Era casi de noche cuando paré para repostar gasolina.

El desvío a la costa que tenía ante mí y el de la fotografía eran como dos gotas de agua, y los bungalows que se apiñaban sobre la falda de la colina podían ser los espectros de las chabolas de dragón si uno entornaba los ojos lo suficiente como para que la imagen llegara borrosa a través de la espesura de las pestañas. O quizá fuera al revés; ya no podía decir con seguridad cuál de los dos mundos era real y cuál etéreo.

Se había ido extendiendo un banco de niebla sobre la costa. De no ser por ello, quizá habría podido divisar la punta del faro y completar así el cuadro. Pero sólo veía el velo gris de la bruma dibujando volutas en la ligera brisa que soplaba tierra adentro.

En la gasolinera pregunté si tenían un mapa. Seguramente, pensé, en algún lugar de por aquí, quién sabe si a la vista de no ser por aquella niebla, estará mi poblado. El encargado, una mole que no paraba de masticar tabaco, empapado de lubricante y lleno de toallitas de papel azules, me dijo que no había oído hablar de él, del poblado de dragón quiero decir. Me miró de arriba a abajo y me señaló un mapa colgado de la

ventana. Mirar era gratis, así que me encaminé hacia una cabina de acero y cristal, manchada de herrumbre y helada por el aire que venía del mar, y me puse a examinar el mapa. Poco fue lo que me dijo. Hacía poco que lo habían colgado, pues la cinta adhesiva que sujetaba sus bordes no había empezado todavía a amarillear ni a desprenderse. A mi derecha había una puerta abierta por la que vi a un mecánico chino manipulando, a la débil luz del garaje, en los bajos de un coche.

Reemprendí el camino en el mismo momento en que la niebla movediza se tragaba el sol, sumiendo a la gasolinera en la oscuridad. Sobre el Pacífico, negro y picado, el viento hacía girar las brumas en remolinos, perfilando vertiginosos arcos y volutas hacia el cielo, como las algas que va arrojando el oleaje y que asoman desde el interior de los charcos cuando baja la marea, o como el vaivén de la enorme cola de un dragón brumoso. Durante unos escasos segundos brillaron los últimos y débiles rayos de sol de la tarde a través de los jirones de niebla, iluminando los viejos surtidores de gasolina, la oficina destartada y el oscuro garaje repleto de herramientas.

Por un momento el mapa pareció arrugarse en las esquinas, como si la película se hubiera vuelto seca y parda. El fondo blanco se tiñó de matices sepia y marfil viejo y lo que habían sido arrugas del papel parecieron, un instante, convertirse en carreteras serpenteando entre las secoyas hacia el mar.

Estoy seguro de que fue la extraña mezcla del ocaso con el sol poniente y la niebla elevándose la que, por un instante, me hizo dudar de si el mecánico estaría realmente agachado bajo un enorme coche con alerones en el más puro estilo años sesenta, o si, por el contrario, estaría trabajando bajo el armazón de hierro y cromo de un dragón tapado con una lona e inmovilizado en actitud de volar, izado sobre el suelo grasiento de hormigón y rodeado de manguitos de radiador y ruedas viejas y polvorientas.

El sol desapareció al fin; en un instante se hizo la oscuridad y todo volvió a su primitiva apariencia. Atravesé lentamente el pueblo en dirección al Norte. Lógicamente, no había ningún barrio de chabolas fabricadas con desechos de dragones; no había más que almacenes y descampados plagados de hierbajos, aparte de los restos desvencijados de chapa y hormigón de alguna que otra nave industrial. Sí que había unas chozas extrañas y decrepitas que formaban un laberinto de callejuelas; algunas descansaban sobre pilotes como esperando una inundación de proporciones apocalípticas, pero estaban hechas de tablones y asfalto. Ni rastro de dragones por ninguna parte, ni siquiera la punta de un ala oxidada que asomara entre los estramonios y las plantas de mostaza.

Decidí no pasar la noche en un motel, aunque estuve tentado de hacerlo, con la esperanza de que se disipara la niebla y de que los húmedos rayos de la Luna limpiaran la costa de aquello, fuera lo que fuese, un espejismo del sol o un espejismo de la niebla, que me había llenado de confusión por un instante en la gasolinera. Pero, como digo, la jornada había resultado, en casi todo, infructuosa, y sólo pensar en

pagar veinte dólares por la habitación de un motel se me hacía intolerable.

Era tarde, casi medianoche, cuando llegué exhausto a casa. Mi gusano del tomate dormía en su madriguera. Todavía había luz en el garaje de Filby, así que salí a echar un vistazo. A través de la puerta entreabierta, pude ver a Filby sentado en un taburete, con la barbilla entre las manos y la mirada fija en la cabeza desmontada de su criatura. En seguida me arrepentí de haberme acercado. Seguro que me pediría noticias de Silver y yo no tenía nada que contarle. Las noticias, o más bien la falta de ellas, parecían estar agotando sus últimas energías. Llevaba dos días sin dormir. Antes había estado Jensen por allí, farfullando algo sobre una marea increíblemente alta y sus sospechas de que el último de los cangrejos pudiera hacer aún acto de presencia. ¿Querría Filby ir esa noche a la playa, a mirar? No, Filby no quería. Filby sólo quería montar el dragón. Pero algo no marchaba, algún que otro cable enredado, o una gema mal tallada, el caso era que el dragón no respondía. Era un montón de chatarra.

Le compadecí. «Cierra la puerta con llave por si le da por aparecer al cangrejo de Jensen —le dije—, y espera a que amanezca.» Sonaba muchísimo a excusa tonta, pero creo que Filby deseaba agarrarse a cualquier clavo ardiendo con tal de dejar de lado el dragón.

No nos acostamos en toda la noche, yendo de un recuerdo sentimental a otro y estudiando las ventajas de dar un paseo hasta los acantilados para ver qué tal le iba a Jensen. Por lo visto, la marea subía con una resaca monumental, porque en los ratos en que meditábamos en silencio podía oír con claridad el estruendo, el fragor de las enormes olas al desplomarse sobre la playa. Me parecía poco verosímil que fuera el ruido de cangrejos gigantes puestos en marcha.

El tiempo no varió en los días siguientes; continuó sombrío y lluvioso. No volvieron a llegar más cartas de Augustus Silver. Mientras tanto, el dragón de Filby parecía en franca decadencia. A medida que pasaban los días la enfermedad que le aquejaba lo iba infectando cada vez más, como si se estuviera burlando de Filby. El hombre seguía ensimismado en el problema, aferrándose a él, seguro por la mañana de tener la solución en el bote y malhumorado la misma tarde porque, una vez más, se le había escapado de las manos. La criatura era un verdadero prodigio de piezas diseminadas por doquier. Yo no tenía ni idea de su complejidad. Cuando llegó el fin de semana, cientos de aquellas piezas descansaban ordenadamente en el suelo del garaje, unas detrás de otras, en el mismo orden en que habían sido desmontadas. Otras estaban dispuestas en círculos concéntricos, extendiéndose como las ondas en el agua, y el martes de la semana siguiente ya estaban embaladas en botes de café aquí y allá, en el banco y en el suelo. Filby había enfermado, estaba claro. Durante aquella semana se pasó menos horas en el garaje que en un solo día en las semanas anteriores. Dormía, en cambio, muchas horas por la tarde.

Yo todavía tenía la esperanza de que llegara una carta de Silver. Al fin y al cabo, en algún lugar tendría que estar. Pero también tenía la sospecha de que una carta

podría contribuir a avivar algunas ilusiones de Filby y las mías, y prolongar así lo que, con cada día que pasaba, parecía la muerte segura de esas mismas ilusiones. Mejor no tener ninguna esperanza, pensé, que tener esperanzas vanas o esperanzas frustradas.

Sin embargo, bien entrada la tarde, mientras desde la ventana del ático veía a Jensen subir a trompicones los acantilados, cargado con un telescopio de madera y latón, y mientras un sol difuminado intentaba traspasar la fina niebla que cubría el mar con sus rayos naranja, me pregunté dónde estaría Silver, por qué extraños mares navegaría, qué rumores de prodigios le habrían conducido por los caminos de la selva que quizás estuviera pisando en aquel preciso instante.

Algún día vendría, estaba convencido. Un día de niebla desigual iluminada por la ebúrnea luz de la luna. Se oirían los ecos de una música oriental, de banjos chinos y de gongs de cobre sobre la oscuridad del mar abierto. La niebla formaría remolinos y por fin se abriría para dejar ver un universo de estrellas y planetas y a la aurora boreal bailando, transparente, como la luz multicolor de farolillos de papel colgados al viento del cielo. Y después la niebla volvería a cerrarse y de entre las espectrales brumas, empujando el mar de fondo, surgiría su barco, dirigiéndose hacia la boca del puerto, despacio, cortando el agua como un fantasma, dejando ver en su estela extrañas criaturas marinas que una a una se irían alejando de nuevo mar adentro, como si hubieran acompañado a la embarcación a través de millas y millas de un océano misterioso. Y nos tomaríamos una cerveza los tres en el garaje de Filby. Y le diríamos a Jensen que se nos uniera, que dejara por un momento su guardia.

Pero, como digo, no llegó ninguna carta, y aquellas ilusiones se convirtieron en humo. La criatura de Filby quedó reducida a un montón de piezas sueltas, como si fuera una fuente de chuletas. Me recordaba mucho a los tristes huesos que quedan del pavo del Día de Acción de Gracias. No había nada que hacer. No había nada que consolara a Filby. Pero la niebla, por fin, se había levantado. El roble negro del jardín estaba empezando a echar hojas y las tomateras, frondosísimas, llegaban ya hasta la rodilla. Mi gusano seguía dormido, pero tenía la esperanza de que el tiempo primaveral lo reavivara. El pobre Filby era el que no notaba sus efectos. Se pasaba horas mirando la ensalada de desechos y cuando, en un momento muy poco afortunado, le sugerí en broma que pidiera un carburador a Detroit, me echó una mirada tan salvaje que me escabullí como pude y lo dejé solo.

El domingo por la tarde se levantó viento, y la puerta del garaje empezó a dar portazos cada vez más irritantes. Me asomé y me quedé horrorizado. No había nada en aquel montón de chatarra que sugiriera un dragón, excepto un ala, llenas su seda y su plata de huellas de manos grasientas. Busqué alguna señal de que hubiera estado por allí el cangrejo de Jensen, con la esperanza, en realidad, de que esa fuera la explicación lógica y racional de aquella ruina. Pero ¡ay! había sido Filby el que se había dedicado a reducir a chatarra el dragón. Había perdido por completo la motivación, por extraña que fuese, que le había empujado a construirlo. Su creación

yacía toda ella desparramada; no quedaban ni dos trozos juntos. Cables y fusibles amontonados entre cristales irreconocibles, una pieza retorcida de maquinaria sofisticada sobre la que a todas luces habían danzado yacía ahora en el suelo, fría, yerta, medio oculta bajo el torno.

Delicados pedacitos de todo tipo nadaban en la mugre de un charco de aceite que empantanaba la mitad del garaje.

Apareció Filby, andando sin rumbo y con el pelo desgredado. Había recibido una última carta. Hablaba de un largo viaje, quizá peligroso. Silver había vuelto a posponer su visita a la costa Oeste. Filby se echó el pelo hacia atrás, indiferente a lo mal que esto le sentaba. Tenía la mirada de un lunático de la secta Bedlam, allá en el siglo XIX. Murmuró algo acerca de que tenía una hermana en McKinleyville y casi pareció resplandecer cuando añadió, sin venir a cuento, que en el pueblo de su hermana, en lo más profundo del interior de la costa Norte, se hallaba el tótem fálico más alto del mundo. Se marchó dos días después. Cerré su garaje e hice la firme promesa de recoger su correspondencia por si veía algún matasellos exótico y revelador. Pero hasta ahora no ha llegado nada. He adquirido la costumbre de pasar todas las tardes por la playa con Jensen y su hijo Bumby, quienes todavía conservan la esperanza de que salga el último cangrejo. Las puestas de sol en primavera son indescriptibles. A Bumby le gustan tanto como a mí. A veces descubre coincidencias de color y de forma entre las espirales de una concha y el fondo verduzco de algún charco dejado por la marea.

Y cuando mi gusano del tomate salió por fin de su madriguera y extendió un par de diáfanos alas marrones llenas de motitas, se lo llevé a Bumby a la playa, para que también él pudiera ver cómo se hacía a la mar, si se me permite la expresión.

La tarde se presentaba sin nubes y el mar acariciaba la playa. Tal vez esa calma, insistió Jensen, atraería al cangrejo. Pero a Bumby ya no le interesaba el famoso cangrejo. Miraba con atención la tinaja de conservas, los puntitos naranja brillante del abdomen de la gigantesca mariposa esfinge que una vez se arrastrara entre mis tomateras disfrazada tan hábilmente. Resultaba a la vez una maravilla y un espanto, y parecía ejercer una extraña fascinación sobre Bumby, que no paraba de dar golpecitos en la tinaja, inventándole nombres y desechándolos.

Cuando desenrosqué la tapadera, la mariposa revoloteó hacia el cielo unos cuantos metros y trazó un círculo en el aire. Bumby corría tras ella, daba media vuelta y corría en sentido contrario persiguiendo al monstruo que ahora volaba hacia el Sur. Recuerdo la escena tan claramente como si la estuviera viendo ahora mismo: Bumby corriendo y saltando, levantando un brillante rocío de arena, perfilándose contra los escarpados acantilados cubiertos de musgo y el prodigio de mariposa sobre él, fuera de su alcance, haciéndole correr por toda la playa. Al final era imposible saber si aquel punto en el claro azul del cielo era una diminuta criatura alada, perfilada apenas en el falso horizonte de nuestra pequeña ensenada, o un enorme reptil volador abatiéndose sobre el mar lejano, hasta desaparecer en la nada, en el confín de la tierra

chata.

GREGORY BENFORD:

«Efar», lo inefable

En 1980 Gregory Benford ganó por su novela Crono paisaje los Premios Nebula y John W. Campbell Memorial, El Ditmar australiano y el de la Asociación Británica de Ciencia Ficción. Es miembro de la Woodrow Wilson y profesor de física en la Universidad de Irvine, California. Entre sus novelas destacan In the Ocean of Night (En el océano de la noche), The Stars in Shroud (Manto de estrella), Against Infinity (Contra el infinito), Across the Sea of Suns (Al otro lado del mar de soles), Ar tifact y su reciente colaboración con David Brin, Heart of the Comet (El corazón del cometa). In Alien Flesh (De carne y hueso extraterrestre) es una antología de sus mejores relatos cortos. Se le ha comparado con Arthur C. Clarke y C. P. Snow por sus grandes dotes literarios y sus magníficas descripciones del trabajo científico.

El siguiente ensayo, escrito especialmente para el presente libro, es un estudio profundo y actualizado sobre la figura del extraterrestre en la ciencia ficción, y sobre muchas cosas más.

*Sus luces, como las de una linterna o bengala,
Lamen los bordes de lugares desconocidos,
Mientras otros escrutan, bajo el brillo de una lámpara
de arco,
El cuarto de los niños, el fregadero de la cocina o sus
propias caras.*

Kingsley Amis, 1961

Puede que no haya un tema más fundamental en la literatura de ciencia ficción que el extraterrestre.

El género hunde sus raíces en el deseo de abrazar la extraña, insondable y exótica naturaleza del Futuro. A menudo, la vertiente científica de la ciencia ficción representa el conocimiento, aventurero pero controlado y donde uno se siente casi seguro. Los extraterrestres compensan este afán de certidumbre con su inaprehensibilidad irreductible.

Gran parte de la tensión interna de la ciencia ficción procede del combate «firmes certezas contra sempiternos misterios ambientales». Y, aunque a muchos su cientifismo les resulte falso y rebuscado, por lo general se usa simplemente como mecanismo para permitir que lo alienígena entre en escena sin escandalizar a nadie.

Por supuesto, al decir «alienígena» no me remito simplemente al conocido concepto de «alineación»^[6], que casi toda la literatura moderna ha convertido en su caballo de batalla. Lo que antaño fuera de la competencia exclusiva de los intelectuales es hoy teoría barata. Hasta en la MTV se habla de la enajenación del individuo con respecto al Estado, a su propia familia o al maremagnum de tendencias culturales contrapuestas de nuestro tiempo.

La alineación tiene un espectro definido. Basta con cargar un poco las tintas para

entrar en el terreno de lo fantástico, como ocurre en «La metamorfosis» de Kafka, en el que un hombre despierta una mañana convertido en insecto. Sólo va un poco más lejos la recién publicada novela de Rachel Ingall, Mrs. Caliban, en la que aparece un hombre rana que sólo difiere de un hombre normal en que ayuda en las tareas domésticas. Se trata, en realidad, de una marioneta que simboliza al Buen Macho y, de hecho, se puede interpretar como producto de la fantasía de la protagonista. Naturalmente, no es un libro de extraterrestres, sino una parábola acerca de la angustia femenina.

Tampoco consideramos alienígenas a nuestros vecinos sólo porque tengan un Chevrolet y nosotros un Renault. Al abandonar estas ramificaciones secundarias a la literatura general, la ciencia ficción se propone conscientemente llevarnos al límite de la «alienidad». De este hecho procede, a mi juicio, su máximo interés.

Me parece deplorable la forma en que Star Trek trata a los alienígenas, que se vuelven inofensivos cuando se les trata con amabilidad. Eso es como poner a Huber Humphrey en el espacio. Esta óptica forma parte de un planteamiento más amplio de cierto sector de la ciencia ficción, que no ve en «el buen alienígena» la contradicción que lleva implícita. La bondad es una categoría hu-mana. Al crear extraterrestres semejantes les estamos robando su verdadera esencia; estamos domesticando lo extraño.

Pese a ello, la primitiva ciencia ficción estaba empapada de la idea de que los alienígenas tenían que ser como nosotros. En la novela *Aelita, or the Decline of Mars* (*Aelita o la decadencia de Marte*) de Alexei Tolstoi (1922), los intrépidos exploradores soviéticos llegan a la conclusión de que los marcianos deben tener necesariamente forma humana porque

En todas partes hay vida y de las formas vivas
en todas partes la humana es la superior.
No se podría crear un animal más perfecto
que el hombre, hecho a imagen y semejanza
del Señor del universo.

Se ha andado mucho camino desde aquellas aburridas afirmaciones, pasando por los viajeros marcianos de H. G. Wells, por el original Marte, con el colorido de una película de Disney, de «*A Martian Odyssey*» (*Odisea marciana*) escrito en 1934 por Stanley Weinbaum, hasta llegar a los mundos, meticulosamente contruidos para albergar fantásticas criaturas, de la ciencia ficción más radical. Los alienígenas han sido utilizados como símbolos de la maldad humana, como confiados guías de un planeta diferente, como objetivo de imperios que quieren extenderse más allá de sus fronteras, etc.

Pero, para mí, el problema más interesante que plantea el alienígena es el de darle precisamente su carácter de tal. ¿Cómo hacer encajar lo inefable en el marco tangible

de la ciencia? Éste es uno de los problemas clave de la ciencia ficción. Muy pocas veces se ha intentado abordarlo en su totalidad, utilizando todo el arsenal artístico y científico disponible.

El arte y los alienígenas

Todos sabemos, como es natural, que no se puede hacer una descripción del alienígena absoluto. Y esto que digo no es tanto el fruto de la reflexión como una definición. Stanislaw Lem, en *Solaris*, deja constancia de que el contacto con lo extraño y su verdadera comprensión son imposibles, cosa que, si hace veinte años supuso una importante advertencia, hoy está completamente asumida.

Desde entonces han ido perdiendo valor constante como el antropomorfismo, la naturaleza claustrofóbica de las torres de marfil o el relativismo cultural. Hoy en día, todo el mundo admite sin discusión que al escribir sobre lo realmente extraño siempre tenemos que apoyarnos en algo conocido para poder establecer analogías y proporcionar las pistas necesarias. Así que, cuidado, porque si por un momento dejamos de recordarle al lector que la criatura en cuestión ha de entenderse literalmente, se convierte rápidamente en (oh, sorpresa) una metáfora.

En los otros géneros literarios, el alienígena, en su papel de figurante, siempre aparece con alguna etiqueta o con alguna metáfora en la solapa. ¿Por qué iba a ser de otra forma? En la literatura «realista» los alienígenas no pueden ser reales. Por el contrario, la ciencia ficción hace hincapié en que los alienígenas son reales y en que son importantes las cuestiones que se plantean al admitir la posibilidad de formas de conocimiento que no son de este mundo.

Sin embargo, incluso en el campo de la ciencia ficción me tengo que declarar en contra de la idea de que tratamos al alienígena como obra de arte. Puede que este punto de vista minimizador sea útil para indagaciones epistemológicas o los diagnósticos sobre la cultura contemporánea o para cualquier otro fin plausible, pero no tiene nada que ver con lo que sucede cuando nos enfrentamos al alienígena en la ficción. Naturalmente, siempre habrá quien quiera poner la literatura al servicio de algún fin concreto, ya sea político, social, fisológico, etc., pero cuando se utiliza el arte es fácil olvidar que no sólo trata de algo, sino que es algo.

El extraterrestre en la ciencia ficción es una experiencia en sí, no un planteamiento ni la respuesta a una pregunta. La representación artística (es decir, plena, impactante y pluridimensional) del alienígena es algo que está en el mundo por sí mismo, y no un mero texto o comentario sobre el mundo.

Todo lo que saquemos al leer una narración basada en un alienígena nos proporciona un conocimiento conceptual. Y lo mismo sucede con la ciencia. La diferencia está en que la narración nos debería, o nos debe, provocar además una emoción que nos cautive y nos enganche. Cuando la ciencia ficción funciona de verdad, nos ofrece una experiencia parecida a la de conocer y, a veces, como trataré

más adelante, a la de no conocer.

Por todo ello, una virtud primordial en la descripción de un verdadero alienígena es la de la expresividad, y no la del «contenido», muletilla habitual entre los críticos, que crea la falsa ilusión fondo-forma. Nadie lee *La guerra de los mundos* por sus descripciones de la biología o la psicología marcianas, sino por la sensación que nos provoca el encuentro.

Este quizá sea el tratamiento más original que la ciencia ficción ofrece al concepto de la irreductible alienidad. Vale la pena bucear en las ideas que lo sustentan y en los planteamientos que adoptan escritores y eruditos en su búsqueda.

Ciencia y sentido de la maravilla

La mayor parte de la ciencia ficción que se toma en serio (aunque no necesariamente con circunspección), el concepto de lo extraño, utiliza una estrategia muy simple, basada en las siguientes pautas:

En primer lugar, utilícese una serie de especulaciones, coherentes con la lógica científica, para construir el marco o el propio alienígena, dotando al planeta en cuestión del sistema ecológico más conveniente, decantándose siempre por los efectos más chocantes y espectaculares.

A continuación, despliegue una cadena lógica de deducciones sobre cómo evolucionaría un alienígena en ese entorno. Para ello, sígase la teoría de Darwin o alguna de sus modificaciones posteriores, como la de la «interrupción de equilibrios» de la propia evolución. El alienígena debe comportarse luego de una manera acorde a la de ese mundo. Presente las acciones de él/ella/«ello» sacándole todo el partido posible a su concepción del mundo, estudiándola en detalle. Vaya desvelando poco a poco el proceso que llevó al alienígena hasta esa concepción. Será éste «descorrer la cortina» el que dé a su relato el ingrediente adicional del misterio.

Generalmente, esta estrategia funciona a la hora de crear intriga y una sensación de extrañeza en el lector. En su novela *Los propios dioses*, Isaac Asimov utiliza, además de la física especulativa, una buena dosis de elucubraciones oceánicas para provocar la sensación de «alienidad». La obra de Larry Niven y Jerry Pournelle *La paja en el ojo de Dios* presenta «pajeños» de tres piernas con un sistema de implicaciones muy bien desarrollado. Por otra parte, Hal Clement, en su clásica novela *Mission of Gravity* (*Misión de gravedad*), utiliza un planeta ciclópeo que soporta una enorme gravedad, aunque sus habitantes resulten muy parecidos al norteamericano medio. (Quizá fuera necesario en su época, pues el planeta era tan extravagante que Clement se vio obligado a convertir a sus alienígenas en seres bastante corrientes para poder dominar la situación.)

La evidente pega que se le puede poner a este tipo de planteamiento es que al lector (que puede ser perfectamente un entendido y pillar al autor en un desliz en la creación de su mundo) tal vez le parezca inteligente e interesante toda esta

parafernalia, como si se tratara de un nuevo tipo de relato en que el lector tiene que descubrir la clave, pero no sentiría extrañeza alguna.

En este sentido, lo que los escritores están buscando es lo que los aficionados llaman sentido de la maravilla, algo que no se puede describir y que afluye de pronto al lector cuando está en presencia de algo diferente y nuevo, y quizás un tanto inquietante. Ese buen asombro es la experiencia fundamental de la ciencia ficción. Ningún alienígena debería salir de casa sin llevarla encima.

La técnica del asombro también tiene sus refinamientos. *The Shores of Another Sea* (Orillas de otro mar), de Chad Oliver, presenta a una estremecedora forma extraña que sólo se entrevé ocasionalmente y cuya rareza se refleja en lo que hace con algunos animales africanos. Algunos escritores han tratado de describir la sensaciones de los alienígenas basando sus efectos en las ciencias. El cuento corto de Damon Knight «Stranger Station» trata de la angustia de un ser humano que pretende adentrarse en la forma de pensar de un extraterrestre. Este humano acaba elaborando una explicación provisional de cómo una poderosa sociedad extraterrestre nos ve a los de este mundo. (Sin embargo, se detecta en esta historia que su autor no hace más que proyectar sus propios traumas infantiles en la inmensa criatura, quedándose, por tanto, en otro intento fallido de establecer un acercamiento real.)

Lo que encuentro más interesante en este campo es la forma tan sutil en que puede hacer que dejen de parecernos obvias muchas de nuestras creencias más queridas.

Charla extraterrestre

A menudo, los científicos afirman que es posible la comunicación con los extraterrestres porque, al fin y al cabo, convivimos en el mismo mundo físico y, al parecer, deberíamos estar sujetos a las mismas leyes básicas, tales como la de la gravedad, el electromagnetismo o la evolución estelar.

Es lo que se llama el evangelio del Lenguaje Universal. Pero yo no estoy tan seguro. Después de todo, nuestras ideas deben ir enmarcadas en una teoría porque de lo contrario se quedan en un mero acopio de información. El lenguaje no se puede referir simplemente a un mundo real preestablecido porque no sabemos si el extraterrestre acepta esa realidad.

Entre los antropólogos circula un viejo chiste sobre este problema. En el desierto australiano un antropólogo que quiere aprender la lengua nativa se vale de un indígena para que le vaya diciendo el nombre, en su lengua, de los objetos que va señalando con el dedo. Se da un paseo señalándolo todo y cada vez más excitado. Al final le cuenta a un colega que aquella gente demuestra, por su lenguaje, que tienen el concepto de naturaleza como una única esencia porque, apuntara donde apuntara, el indígena decía siempre la misma palabra.

Qué gran hallazgo. Sólo muchos años después descubren que la palabra que

tantas veces repetía el indígena era «dedo».

Por lo tanto, no podemos confiar únicamente en la información pura. A los datos hay que atribuirles conceptos, y los conceptos implican teoría. Y, en el campo científico, la teoría conduce inevitablemente a las matemáticas.

Cuando se establecen comunicaciones por radio con otras civilizaciones, es norma habitual enviar mensajes basados en interesantes esquemas tipo bip-bap-bip, que, una vez recibidos por las criaturas, son diligentemente decodificados en imágenes. Las escenas en las que se da esto nos demuestran, a nosotros y a nuestro sistema planetario, que existen algunas constantes físicas (como la proporción de la masa del protón con respecto a la del electrón) y otros ejemplos más atrevidos.

Juguemos ahora con algunas ideas contrarias esas suposiciones. Imaginemos que los alienígenas ni siquiera reconocen la importancia del bip-bap-bip. ¿Por qué? Pues porque su aritmética puede ser no numérica, es decir, basarse meramente en la comparación y no en la cantidad. Pueden pensar exclusivamente en términos de «A es mayor que B», sin molestarse en descomponer A y B en trocitos cuantificables.

¿Cómo podría ocurrir tal cosa? Imaginemos que en su hábitat existen muy pocos elementos sólidos o estructuras firmes; que, por ejemplo, son criaturas gelatinosas que habitan en un mar caldoso. Lógicamente, si se trata de criaturas de gran dimensión que necesitan una gran porción de océano del que obtener animales menores con los que alimentarse, puede que apenas se vean las unas a las otras. A esos pececillos que les sirven de pasto posiblemente los vean como un enjambre homogéneo, aunque sepan intuitivamente cuál de aquellos bocados exquisitos es mayor que los otros. De esta forma nunca desarrollarían la noción de número. (Esta idea no es tan absurda como parece, ni siquiera en relación con los seres humanos. Marvin Minsky, que investiga la inteligencia artificial, me contó una vez que una paciente que había tratado sólo sabía contar hasta tres. No había forma de que comprendiera el número seis si no era como la suma de dos treses.)

Para estos seres, la geometría sería principalmente topológica, puesto que reflejaría más su interés por la percepción de estructuras globales que por el tamaño, la forma o la medida, al estilo euclidiano. Estas bestias marinas carecerían de combustión y cristalización, pero su ciencia se iniciaría mediante una honda intuición de la mecánica de los fluidos. La ley de Bernoulli, que describe el comportamiento simple de los fluidos, les resultaría tan evidente como lo es para nosotros la ley de la gravedad (las cosas se caen cuando las sueltas).

Desde luego, estas criaturas podrían no construir nunca una radio con la que poder escucharnos. O sí, porque también hay gente que, aun teniendo los pies en tierra firme, no comparte lo que a nosotros nos parece obvio.

Debemos recordar que nuestros conceptos no son trasladables a escalas demasiado alejadas de nuestra experiencia cotidiana. Si nos preguntamos lo que Aristóteles pensaría de los temas de electrodinámica cuántica, nos damos cuenta en seguida que no tendría opiniones al respecto, porque el tema escapa totalmente a su

esquema conceptual. En su mundo natural no existían el quantum, ni el átomo, ni las ondas luminosas. En un sentido muy limitado, Aristóteles era un extraterrestre.

Quizá sólo en los fríos pasillos de las matemáticas puedan darse ideas auténticamente trasladables. Marvin Minsky es de esta opinión. Cree que cualquier criatura evolucionada, incluso las espirales inteligentes de un campo magnético o los seres de plasma con sus alocados bailes rojos en el corazón de las estrellas, debe ser capaz de elaborar algunas ideas si quiere avanzar en el camino de su supervivencia, o unas matemáticas o cualquier otra cosa.

Y llama a estas ideas Objetos, Causas y Metas.

¿Son éstas las nociones fundamentales con las que todo extraterrestre se debe enfrentar y debe utilizar? Sobre los Objetos, ya hemos corrido una vaga sombra de duda, y no acabo de decidirme en lo de las Causas. La causa no es una noción transparente, ni siquiera en nuestra propia ciencia. Queda mucho por resolver acerca de las categorías cuánticas y, como traté en mi novela Cronopaisaje, el tiempo también plantea problemas básicos.

¿Por qué razón deberían surgir Objetos, Causas y Metas en la biosfera de otro mundo? Minsky sostiene que si los conceptos de aritmética y de razonamiento causal acaban por surgir es porque toda biosfera tiene sus límites. Básicamente, se trataría de una cuestión de ciencia económica: es inevitable que en un momento u otro aparezca un período de escasez. Sólo el gazapo espabilado se convertirá en un corredor nato al ver sus esfuerzos re-compensados. Y esta selección afectará a sus futuros esquemas de comportamiento. Minsky ha formulado una serie de argumentos que demuestran, según él, que estos conceptos deben aparecer necesariamente en cualquier ordenador eficaz (y, presumiblemente, inteligente).

Tengo mis dudas, pero hay otros que han ido más lejos, hasta cargar únicamente a las matemáticas con el peso de la comunicación. LINCOS es un lenguaje informático creado por Hans Freudenthal, con el fin de reducir los conceptos más arraigados a la lógica pura y construir así un lenguaje que utiliza sólo símbolos binarios impresos en líneas. LINCOS nos anticipa el momento en el que nos topemos con un ser verde, cenagoso, repugnante y con un deseo imperioso de... escribir.

Las matemáticas ocupan un puesto de honor en materia de comunicaciones, ya que nos permite describir «cosas» con precisión e incluso con belleza, sin que tan siquiera sepamos lo que son. Richard Feynman dijo una vez, con gran horror de algunos, que «lo maravilloso de las matemáticas es que no hace falta que digamos de qué estamos hablando» (cursiva del autor).

Los humanistas, a quienes a menudo les gustaría que los científicos alcanzaran una mayor fluidez verbal, ven en ello una amenaza. Feynman nos quiere dar a entender que la «cosa» que transporta un campo físico cumplirá su función, tanto si la llamamos onda, partícula o «cositutún». No nos hace falta tener bonitas imágenes delante siempre que podamos escribir las ecuaciones correctas. La verdad es que me siento muy a gusto con esta idea. Como David Politzer, de Caltech, ha dicho: «El

inglés sólo lo utilizamos como relleno entre ecuación y ecuación». Quizá los mismos científicos nos sirvan como buenos modelos de alienígenas.

Al profundizar en la meta artística de la alienidad, siempre acaba surgiendo el problema del habla. Como he esbozado aquí, existen buenas razones para creer que algunos extraterrestres son realmente inalcanzables. Hay que estar muy dispuesto incluso para admitir que vale la pena hablar con ellos; si no, pensemos en el tiempo que hemos tardado en fijarnos en ballenas y delfines.

Pero supongamos que decidimos jugar la baza de la comunicación. ¿Cómo hace verosímil un escritor que tenga lugar esta conversación y cree sin embargo la sensación de alienidad?

El momento de la trampa

Uno de mis cuentos favoritos de ciencia ficción es «The Dance of the Changer and the Three» (El baile del cambiante y los tres) de Terry Carr. En él, un ser humano que visita otro mundo comenta: «Era embajador en un planeta lleno de cosas que eran capaces de decirme, con una cara muy seria, que dos y dos son naranja». La cita me recuerda el surrealismo por su deliberado rechazo de la lógica. Observen, sin embargo, que aun comentando la esencial alienidad de los alienígenas, se le escapa un toque de perspectiva humana. ¿Por qué se supone que los indígenas pueden poner «cara seria»? ¿Y por qué se supone que deban tener cara en absoluto?

El relato narra la historia de unas criaturas en un mundo bastante normal llamado Loarra y cuenta sus leyendas con primoroso detalle hasta el punto que prácticamente ocupan casi todo el cuento y el lector desprevenido llega a pensar que está leyendo una agradable pieza pseudoantropológica. Y, de repente, los alienígenas matan a casi toda la expedición. ¿Por qué?

No había interpretación posible de las causas que les habían conducido a exterminar la expedición minera. No, no les cegó la locura. No querían echarnos de allí. Aquellas cosas que sacábamos de las profundidades del mar de Loarra nos habían recibido con los brazos abiertos. Y lo más importante: no supieron decirme si era posible que repitieran el ataque.

El cuento termina dos párrafos más adelante, con la incapacidad de los humanos para decidir la acción a seguir. Observen que cuando el autor dice que «les cegó la locura» está recurriendo a una ambigüedad, pues no se sabe si estaban locos de ira o si realmente les faltaba el juicio, y que al rechazar la capacidad de predicción, los alienígenas están negando precisamente nuestra noción de ciencia. Destruyen de un plumazo el dogma del Lenguaje Universal.

Me gusta este cuento porque juega con el lector. Deja caer la puerta de la trampa justo en el momento en que empieza a adormecerse con la placentera simplicidad seudopolinésica de Loarra. Lo que se dice en el relato resulta sorprendente, pero su

verdadero objetivo es ese brusco bandazo hacia lo extraño.

Como contraste, veamos ahora uno de los relatos más famosos sobre encuentros con extraterrestres: «Arena», de Frederick Brown (1944).

Un hombre, que se encuentra atrapado en el interior de una cúpula bajo las arenas del desierto, tiene que luchar contra un implacable rival alienígena por el dominio de la galaxia. En la batalla, la «apisonadora» extraterrestre entra en contacto con el hombre a través de la telepatía (eludiendo así todo el problema lingüístico, como podrán observar):

Se estremeció de horror ante lo absolutamente extraño, lo diferente de aquellos pensamientos. Cosas que sentía pero que no podía entender, que nunca podría expresar porque ningún idioma humano poseía las palabras, ninguna mente humana tenía las imágenes que encajaran con aquello. El cerebro de una araña, pensó, el cerebro de una mantis o el de una serpiente del desierto marciano, dotados de inteligencia y puestos en comunicación telepática con las mentes humanas, resultarían naturales y familiares comparado con esto.

Y sin embargo, si la apisonadora hubiera sido absolutamente extraña, habría resultado incomprensible. Como el crítico John Huntington ha señalado, es la alienidad que podemos entender la que aterroriza así al hombre. De hecho, es horrible porque saca a la superficie los sentimientos más complejos e indescriptibles del hombre. En el caso de este relato, el hombre entiende al extraterrestre interpretando sus propios sentimientos. No sabe cómo enfrentarse a ellos y por eso ataca aquello que los provoca.

Se suele interpretar «Arena» como un canto al racionalismo más estricto, más campbelliano, pero creo que puede leerse como un canto encubierto a la emotividad subconsciente. Un planteamiento, en definitiva, completamente diferente al de Carr.

Alienígenas modernistas

Oscar Wilde comentó en una ocasión que en los momentos supremos el estilo siempre es más importante que la esencia. Lo mismo se puede aplicar aquí. No podemos conocer la íntima y verdadera esencia de lo completamente ajeno, pero si podemos utilizar un estilo conscientemente conspicuo para sugerirlas. Algunas de las mejores obras de ciencia ficción adoptan este enfoque, alejado sin duda de las explicaciones científicas y pormenorizadas a lo Hal Clement. En el cuento corto de Robert Silveberg, «Sun dance», el texto se desenvuelve entre distintos puntos de vista; utiliza distintos tiempos verbales y salta de la descripción más objetiva a la visión más intimista y apasionada. Con ello, lo que pretende es dislocar y deformar

la realidad, dar la sensación de intermitencia febril que impida obtener una imagen nítida. «Es como si cada vez que pisáramos el suelo, éste se abriera para hacernos caer en una trampa, y tuviéramos que ir buscando el único espacio en que la

tierra fuera firme.»

El relato termina con una rápida sucesión de imágenes reflejadas y refractadas de la misma «realidad»: ahora vemos asesinar a los alienígenas como si de objetos se tratara, un poco más lejos estamos en su interior. Las personas narrativas zigzaguean, se sumergen, vuelven a surgir, siempre abriendo la trampilla al vacío para cualquier juicio definitivo. La historia termina «Y caes», pues no existe suelo firme.

Éste es uno de los mejores ejemplos de cómo se ha apropiado la ciencia ficción de estilos y planteamiento imperantes a comienzos del siglo XX, aquella época que los críticos han denominado modernista. En su ruptura con la visión tradicional decimonónica, el modernismo desarrolló los métodos que minaran la idea de realidad objetiva, para lograr una perspectiva más personal y fragmentaria. El interiorismo de Joyce y las transformaciones semánticas de Faulkner en *The Sound and the Fury* son mecanismos literarios que dinamitaron la comodidad de las ideas preestablecidas.

Cuando la ciencia ficción utiliza estos métodos, lo hace dándoles un significado diferente, lo que, a mi juicio, supone una de las mayores contribuciones del género a la literatura. La eliminación de pausas, comas y puntos en un texto de ciencia ficción no sirve sólo para expresar un estado de histeria, una avalancha de sensaciones o un en nui vital. Lo que pretende es sugerir formas auténticamente diferentes de percibir el mundo, formas que no proceden de la psicología o la sociología, sino del evolucionismo de la genética e incluso de la física.

Sin que nadie se diera cuenta, la ciencia ficción ha utilizado recursos de la literatura en general (mainstream), para romper con la narrativa tradicional y los ha transformado en recursos personales e intransferibles. (Yo lo llamaría, haciendo una concesión a la jerga, utilizar el modernismo para lograr una especie de «postrealismo».) Pero este campo no ha sido explorado del todo. Sólo ahora, creo, está empezando a ser objeto de estudio.

Una de las aplicaciones más interesantes de estas técnicas se da en la descripción de lo que no se puede conocer científicamente, de lo que nos resulta inescrutable a los humanos. El tema de la alienidad sopla con fuerza incluso sobre los escritos científicos más puros.

En la ciencia ficción, cada vez que se produce un encuentro con alienígenas son los humanos los que salen perdiendo. Chris Kingsley es el protagonista de *The Black Cloud* (La nube negra), de Fred Hoyle, un científico genial y extravagante que acaba en una especie de locura por saturación al intentar establecer contacto absoluto con una inmensa nube superinteligente venida de otro mundo. Para adaptarse al ingente caudal de ideas y percepciones nuevas, Kingsley «decidió seguir una regla: que lo nuevo sustituyera a lo viejo siempre que surgiera conflicto entre ambos», un precepto casi religioso para el género. Pero, a la larga, las contradicciones acaban por escapar a su control. Al grabarse el nuevo tipo de información en las mismas neuronas que los datos antiguos, les resulta necesariamente imposible conservar la cordura e incluso la vida. Kingsley (¿un eco de Kingsley Amis?) muere. Hoyle no es ningún esteta, pero

me parece significativo que haya llegado a la misma noción de contacto con lo extraño. Posteriormente, otros han trabajado sobre ese mismo punto de partida.

Por lo tanto, el mensaje que subyace en la ciencia ficción es que el verdadero alienígena no sólo aporta inquietud o conocimiento, sino que destruye la realidad y, a menudo, con resultados fatales para los humanos. En este punto la ciencia ficción se aparta totalmente de la tradición humanística del arte. Nada hay que la ciencia ficción rechace más radicalmente que el humanismo en el tratamiento del alienígena. El humanista mantiene que el hombre es la medida de todas las cosas, como dijo Shakespeare. La ciencia ficción abjura de este principio con más pasión que lo hicieran el modernismo o el surrealismo, porque incluso descarta el Lenguaje Universal de los científicos y la fe de las matemáticas en las ideas «naturales» platónicas, y afirma que quizás el universo no se pueda conocer y que su justificación moral siempre fuera del alcance de la humanidad.

Esta perspectiva deja a Camus, Sartre y al nihilismo a la altura del betún. Si está buscando literatura de alineación, en la ciencia ficción la encontrará en cantidades industriales. Y, sin embargo, obtendrá por el mismo precio los indicios de la certeza que nos da la ciencia.

Sospecho que el antagonismo, que viene ya de lejos, entre el mundo literario y la comunidad de la ciencia ficción no se queda en la vieja lucha de refinados estetas contra ingenieros. De manera intuitiva, pues no han mediado demasiados debates públicos, ambos grupos ponen en tela de juicio las ideas fundamentales que hay detrás del humanismo. Los escritores de ciencia ficción adoptan perspectivas diferentes ante el universo y no se conforman con algunas reseñas favorables en la sección de crítica literaria del New York Times.

Extraños compañeros de cama

Escritores tan dispares como Philip José Farmer («Los Amantes»), James Tiptree, Jr. («And I Awoke and Found Me Here on a Cold Hill's Side») y Gardner Dozois (Strangers) han fijado su atención en el componente erótico del alienígena, tema que alcanzó incluso las pantallas con películas como el clásico del autocine Me casé con un marciano.

Con un tema tan personal como es el del sexo, creo que sería aconsejable que dejara por un momento mi sillón de crítico desapasionado y que hablara de mi propio trabajo. Así, por lo menos, reduciré el número de posibles querellas.

Cuando empecé a pensar con detalle en el alienígena, uno de los primeros cuentos que escribí fue «In Alien Flesh» (De carne extraterrestre). Lo construí de una forma un tanto inconsciente, uniendo distintos fragmentos escritos en momentos diferentes a lo largo de varios meses. Tardé mucho en vislumbrar el camino que tomaría aquello.

El cuento trata de un hombre llamado Reginri que ha sido reclutado para encaramarse a un gigantesco alienígena parecido a una ballena que ha quedado

varado en la playa de un mar lejano. Reginri es un obrero corriente, no un científico. Consigue encontrar los puntos adecuados en el interior de aquel ser, llamado Drongheda, en los que conectarle los sensores que le han ordenado, y nada más tocarlo se ve invadido por un río de imágenes y sensaciones: la sobrecarga sensorial típica. Surgen en su mente pensamientos inefables y de repente se ve atrapado en el interior de la bestia.

Escribí la mayor parte del cuento, pero no encontré el final. Así que di marcha atrás y le hice un marco a la historia central, que convertí en flashback. En la parte «izquierda» del marco describí a Reginri recordando su terrible encuentro con la Drongheda, y hablé de una perniciosa niebla que se cernía sobre la Tierra y que los humanos debían evitar.

Sólo después de escribir las últimas frases de la historia vi con toda claridad cuál debía ser el párrafo del flashback:

Tenía algo de siniestro, pero también algo de seductor. Se quedó observándola mientras engullía los árboles que encontraba a su paso.

La estudió con detenimiento, calculando la distancia. Su imponente presencia estaba ya muy cerca. Pero estaba seguro de que todo iba a salir bien.

Una vez escrito esto, aunque resultara incomprensible, al menos para mí, retrocedí rápidamente al momento en que Reginri es constreñido por aquella montaña de carne y, desesperado, empieza a golpear justo en los nervios de la Drongheda. Empecé a escribir de nuevo, metiéndome en la acción sin haberla planeado o pensado antes.

Aunque aturdido por el flujo de extrañas matemáticas y sensaciones procedentes de la Drongheda, Reginri logra escapar y arrojarse al mar. En medio del oleaje que la bestia provoca en su huida, Reginri ve cómo uno de sus compañeros es aplastado por la criatura extraterrestre. Sólo al detenerse un momento a reflexionar, se percata de que el orificio por el que había trepado hasta el interior de la criatura, un orificio estrecho por el que tuvo que arrastrarse como una culebra, no era «parecido a una cicatriz» —descripción que había hecho antes y que dejé tal cual— sino algo mucho más evidente, ¡un orificio sexual!

Hasta que no escribí estas palabras no tuve ninguna pista acerca del verdadero contenido del relato. ¡Qué gran ocasión para el análisis freudiano! ¡El terreno propicio del crítico! Efar, lo inefable...

Dejé la cosa tal como estaba. Habiéndolo escrito por intuición, no me atreví a darle ningún retoque a la fría luz del ojo crítico. Siempre existe un momento cuando escribes en que tienes que soltarle la rienda al relato si no quieres correr el riesgo de quitarle toda la vida. Por lo tanto, signifique lo que signifique, refleje lo que refleje de mi propio e inquietante yo, ahí está.

Aunque acabo de aplicar el criterio minimizador del que me burlaba al principio

de este trabajo, creo que lecturas posteriores nos darían la clave de la historia. Sin embargo, es cierto que si diseccionas una salamandra sabrás más acerca de ella, pero la matarás.

En cuanto a cómo compuse el cuento, me gusta la idea de que vaya saliendo así, barajando retazos, tratando de describir literariamente al alienígena, intuitivamente, sin buscar respuestas definitivas y con algo de desvergüenza.

Quisiera volver a lo que acabo de decir e insistir en que si practicamos en «In Alien Flesh» la crítica habitual, sacándole hasta la última viscera, nos quedaremos sin el latido de su corazón. Describir al alienígena de forma que el lector tenga la experiencia de lo extraño es la mayor contribución posible de la ciencia ficción. Pueden basar sus argumentos en intercambios comunicativos, en trampas mutuas o inundar al lector con torrentes de palabras, todo es válido con tal de sumergir al lector en una experiencia nueva. Al fin y al cabo, en eso consiste la alienidad.

Qué alivio al fin

Ver materilizados en moles verdes y pestilentes

Los terrores que llevamos dentro,

Hasta ayer sólo liberados en el diván psicoanalítico.

Con extrañas formas de barro,

Violentas, vibrantes

De frenética energía bajo

El cielo muelle, pálido y amarillo.

Una pústula en el cerebro,

Este afán por lo desconocido, abierta con el bisturí

De los viajes al frío más allá,

Ese misterio tan familiar. Pero con su cruel pinza

Esa cosa deforme te corta hasta el alma desprevenida.

BILL WARREN:
«Filmes de ciencia ficción del año 1985»

A veces resulta difícil explicar a personas que no tienen una idea clara de la historia de la ciencia ficción, desde que Frankenstein de Mary Shelley en 1818 hasta nuestros días, hasta qué punto este impulso creativo, de alcance internacional, y con tantas figuras geniales a sus espaldas, ha calado en las culturas de nuestro mundo, y de cuán diferentes maneras: cuentos, novelas, películas, televisión, poesía, teatro, ópera, danza, con muy distintos niveles de calidad, desde el más sublime al más ridículo. Jugar con posibilidades imaginarias, ya sea por medio del arte o de la ciencia, está en la base misma de la cultura humana. Las películas de ciencia ficción, buenas y malas, son el reflejo de nuestro modo de civilización, y quizá resulten más esclarecedoras cuanto peores o más ingenuas sean. El cine y la televisión fueron los sueños de ciencia ficción de épocas pasadas. De hecho, para muchos de nosotros el acto en sí de ir a ver una película de ciencia ficción es ciencia ficción por partida doble.

Los dos volúmenes de *Keep Watching the Skies!* de Bill Warren recogen el estudio más completo, además de penetrante, de los filmes norteamericanos de ciencia ficción aparecidos entre 1950 y 1962. Sus esporádicos relatos han aparecido publicados en *Amazing* y *Worlds of Fantasy*.

También ha escrito los guiones para algunos libros de historietas y ha trabajado como archivador e investigador cinematográfico. Conoce muy bien las necesidades de la ciencia ficción rodada o escrita, y es comprensivo con los éxitos y fracasos de la pantalla.

Cuando se escriba sobre las películas de ciencia ficción de la década de los ochenta, es muy probable que se haga referencia al año 1985 como el año en que la taquilla fue bombardeada con el mayor volumen de películas «quinceañeras» más cuidadosamente planificadas. El año trajo consigo, sobre todo, filmes de «elevado concepto», filmes basados en una idea de éxito supuestamente seguro alrededor de la cual podría articularse toda la publicidad y propaganda. Algunos consideran que esta necia intención constituye una de las iniciativas más loables de Hollywood en los últimos años, aunque, de hecho, se trata de la misma idea que tuvo la *American International* de la década de los cincuenta: *I Was a Teenage Werewolf* no fue, en definitiva, más que una película de «elevado concepto».

Como las películas de ciencia ficción con protagonistas entre doce y treinta años habían tenido mucho éxito en los años anteriores, durante el verano no sólo aparecieron bastantes dirigidas a este grupo, sino que en gran medida tenían argumentos similares: adolescentes enredando con la «super ciencia». Algunas películas que no pertenecían al género, como *Noche de miedo*, *Miedo azul*, *Mordisco*

peligroso, Los goonies y Teen Wolf, también trataron de adolescentes y fabulosos sucesos.

Los estudios confiaban en que estaban jugando sobre seguro, pero de las películas de ciencia ficción de esta categoría sólo Regreso al futuro puede considerarse un «hit». Varias, y entre ellas La mujer explosiva, Exploradores y Escuela de genios, fueron fracasos comerciales. Hollywood estaba desconcertada. Atribuyeron el éxito de Regreso al futuro (y de Los goonies) al nombre mágico de Steven Spielberg. (Y cuando su serie de televisión, Historias extraordinarias, no recibió buenas críticas ni tuvo éxito comercial, los sabios dijeron que su audiencia no era televisiva.) Pero a los mismos sabios les resultó bastante más difícil averiguar por qué los demás filmes, tan cuidadosamente preparados para su público potencial, no funcionaron tan bien como se había previsto.

Normalmente, los productores suelen tener muy claro quién está haciendo qué, para no realizar el mismo tipo de película. (Por lo menos en los proyectos de cierta envergadura, es decir, por encima de un millón de dólares de presupuesto; el mecanismo es completamente diferente en las otras.) Pero pronto se supo que se iban a proyectar filmes parecidos, de modo que los distribuidores se apresuraron a ser los primeros en repartir sus películas y, como resultado de ello, el público se vio obligado a escoger entre un buen montón de filmes cortados por el mismo patrón lo que, naturalmente, les resultó perjudicial.

Otro problema: existe en Hollywood una expresión que quiere decir «orientado a jóvenes». Samuel Z. Arkoff ha señalado que un niño pequeño aguantará todo lo que haya visto un adulto, pero que lo contrario no es cierto. Malinterpretando la lección de E.T., la Paramount decidió que la gente quería ver a niños en historias fantásticas; Exploradores y D.A.R.Y.L. tuvieron problemas, pero también tenían grandes virtudes. Las dos funcionaron muy mal: estaban «orientadas a jóvenes», a demasiado jóvenes.

Naturalmente, hasta Hollywood sabe dar marcha atrás cuando le conviene. Aunque ninguna de sus películas era un bodrio, ninguna daba tampoco la talla. Por otra parte, los críticos parecían complacerse en decir que todas eran pésimas, sin excepción. Después de semejante aluvión de filmes dirigidos al mismo público, atacaron despiadadamente al género. Si se hubieran repartido uniformemente durante un período de tres años, si no hubiera parecido que respondían a la misma moda, tanto los críticos como el público los habrían saludado con un entusiasmo cada vez mayor. Pero, en lugar de eso, se proyectaron sin orden ni concierto durante el verano de 1985.

Hubo algunas decepciones señaladas (Enemigo mío, Lifeforce), unas pocas películas excepcionales (The Quiet Earth y Brazil) y ninguna obra maestra, pero el nivel general de las películas de ciencia ficción de ese año no fue notablemente inferior al de los precedentes. Al margen de la mayor proporción de películas para adolescentes, la composición fue bastante parecida a la de años anteriores: unas

cuantas de navajeros, imitaciones de Road Warrior y algunas importaciones moderadamente interesantes. No obstante, debido a la catastrófica taquilla de las películas de ciencia ficción para adolescentes, es bastante probable que disminuya el número total de filmes del género entre el verano de 1986 y 1987. (Una proporción mayor de películas no fueron proyectadas y se grabaron directamente en vídeo, pero eso ya es estrategia de mercado.)

Regreso al futuro (que ganó el Hugo) era un filme maravilloso de argumento circular, una de las películas norteamericanas más divertidas de 1985. Era tan normal como una bandeja de pizza, pero estaba hecha con la imaginación e inspiración. A un argumento inventivo que se desarrolla de una manera predecible pero al gusto del espectador, hay que añadir unos actores creíbles y de talento y un acento un poco satírico.

Marty McFly (Michael J. Fox), el clásico adolescente de los años ochenta, tiene un padre majareta (Crispin Glover), una madre al borde del alcoholismo (Lea Thompson) y un científico loco, el doctor Brown (Christopher Lloyd), como mejor amigo. El doctor Brown se ve involucrado en las acciones de unos terroristas y es asesinado; para escapar de ellos, Marty sube al De Lorean trucado que el doctor sostiene que es una máquina del tiempo y vuelve a 1955. Su madre (que, naturalmente, es también adolescente) se enamora de él, de manera que se ve obligado a tratar desesperadamente de interesarla por su padre, para que tanto él como sus hijos puedan seguir existiendo en 1985, así como a desembarazarse de un fanfarrón y ayudar al doctor Brown de 1955 a idear el mecanismo del doctor Brown de 1985 para poder devolver a Marty al futuro.

Pese a este argumento tontorrón pero ocurrente (el guión es del director Robert Zemeckis y de Bob Gale), gran parte del acierto de Regreso al futuro se debe a las actuaciones de Michael J. Fox y Christopher Lloyd. Fox demuestra mucho talento para las comedias trepidantes, y Lloyd es uno de los mejores actores cómicos de nuestro tiempo pero, hasta esta película, había interpretado tanto y tan variados papeles que la mayor parte de los espectadores que lo conocen tan sólo lo recuerdan como el reverendo Jim Ignatiowski de la serie televisiva Taxi. Por ello, los guionista optaron sabiamente por hacer que el doctor Brown se pareciera un poco a Jim (cálido, afectivo, chalado); en el fondo, es como un cruce entre Jim Ignatiowski y Gyro Gearloose.

Regreso al futuro fue, al mismo tiempo que la horrible Rambo acorralado (2.a parte), una de las películas con más éxito de 1985; de acuerdo con los cálculos de Variety, Regreso... generó 46.723.229 dólares, y eso sólo contando el 25 por 100 de los ingresos previstos para Estados Unidos. Como es de suponer, ya se está preparando una segunda parte.

Otra película dirigida a los niños, pero que fracasó en ingresos de taquilla, fue D.A.R.Y.L., de la Paramount. Es poco frecuente, pero a veces pasa: puede hacerse un buen filme incluso partiendo de una premisa poco prometedora. No se me ocurre

ninguno en la que la diferencia entre concepto y resultado sea mayor que en D.A.R.Y.L.

D.A.R.Y.L. («Joven robot dotado de vida y capaz de analizar datos») o, de ahora en adelante, Daryl, es un niño pequeño (Barret Oliver) con un cerebro robótico al que los científicos han educado en un total aislamiento. Uno de los científicos se apiada de él y lo libera; es asesinado, pero al niño lo persiguen los malos. Daryl se integra en una típica familia americana, con sus barbacoas, sus helados y sus partidos de béisbol. Los malvados, mezquinos, pérfidos, malos y desalmados científicos, lo vuelven a atrapar. Unos militares con corazón de hierro les ordenan que lo destruyan. A nadie se le puede tomar a mal que piense que una película de este tipo va a ser sentimentaloides, sensiblera y llorona.

Pero no lo es. Es elegante, sensible, divertida y emotiva. Brilla con luz propia, como una perla en medio de una ciénaga. D.A.R.Y.L. ha sido escrita por Davis Ambrose, Allan Scott y Jeffrey Ellis. Ni el diálogo ni la caracterización de los personajes tienen un solo defecto, aunque parezcan tan poco prometedores. Casi todo el mundo está bien caracterizado, desde los papeles más importantes hasta los más secundarios. Sólo el desalmado general (Ron Frazier) está estereotipado.

Ésta ha sido la primera película norteamericana del australiano Simon Wincer y no sólo es apasionante, sino también emocionante desde el principio hasta el final, debido a la dirección y a las actuaciones. A Wincer le gusta que sus personajes atraviesen cambios creíbles: Daryl se hace más humano; su madre adoptiva (Mary Beth Hurt), al principio asustada por la precocidad e ingenuidad del niño, acaba por quererlo; uno de los científicos (Josef Sommer) pasa de ser un malvado a convertirse en héroe.

D.A.R.Y.L. no es una obra maestra, pero tampoco los demás filmes para niños lo fueron. Por supuesto, no es más que «una película de Hollywood», pero se realizó con talento, cariño y sensibilidad. Y si no resultó nada taquillera, fue porque la Paramount no supo promocionarla (y tampoco le preocupó demasiado). Se gastaron todo el dinero del presupuesto con Exploradores de Joe Dante.

Pero esta película tampoco fue taquillera, en parte porque quienes habían iniciado el proyecto se fueron del estudio para integrarse en el nuevo equipo Disney. Dante previno a la Paramount de que no tendría tiempo de acabar la película y, a pesar de ello, en cuanto empezó la producción, aún le quitaron seis semanas de plazo. Aunque tuvo un presupuesto suculento y un año de filmación, Exploradores parece una película hecha precipitadamente.

Sus resultados son decepcionantes. Gran parte del saber hacer que animaba a Gremlins no ha desaparecido, pero hay muchos defectos en su argumento simplón, y tiene tantos cambios de tono a lo largo de ella que el público no respondió como se esperaba.

El guión de Eric Luke es muy embrollado; vemos cómo el joven Ben Crandall (Ethan Hawke) recibe mensajes mientras duerme, que permiten que su amigo

Wolfgang (River Phoenix) cree una especie de campo energético maniobrable. Sin embargo, esto no queda bien explicado y muchos espectadores se quedaron sin enterarse de qué iba la cosa. Vemos a los tres chicos (incluido Jason Presson) construir una pequeña nave espacial y lanzarse finalmente a explorar el espacio. Descubren una astronave grande y misteriosa y tienen varias aventuras. Pero Luke ha presentado a Ben como un dulce soñador y visionario, y lo que los chicos descubren a bordo de la astronave —un alienígena repleto de datos mecánicos y su hermana— es como un jarro de agua fría para sus sueños.

Aunque en mi opinión sea la mejor parte de la película, la escena de los alienígenas, a veces desconcertantes, no tiene nada que ver con el argumento y aparentemente no conduce a ninguna parte; por lo visto, Dante y sus colegas se quedaron tan impresionados con el traje divertido y convincente que Rob Bottin le confeccionó al alienígena, y con la perfección con que Robert Picardo imitaba su andar, que no pudieron cortar la secuencia. A mí me gustó ese monstruo retozón, cantarín y de ojos saltones, pero por lo visto fui el único.

A pesar de una buena dirección, buenos actores, unos disfraces alienígenas milagrosamente buenos y unos efectos especiales aceptables, Exploradores parece la versión reducida de una película más larga: como si se hubieran co-mido la mitad. Y, de hecho, la última versión es todavía más reducida, pues para la emisión televisiva y la industria del vídeo, Dante cortó todavía más la película, cosa que, en opinión de la mayoría, la mejora.

En 1985, Steven Spielberg sólo dirigió *El color púrpura*, que tiene poco que ver con sus filmes habituales, pero su productora realizó otras tres: *Regreso al futuro*, *Los goonies* y, en Navidad, *Young Sherlock Holmes* (*El jovencito Sherlock Holmes*), que tuvieron críticas contrapuestas y poco éxito de taquilla. En *Young Sherlock Holmes*, el guionista Chris Columbus (*Gremlins*) imaginaba qué podría haber sucedido si Holmes y Watson se hubieran conocido cuando eran adolescentes en un colegio de Londres. Es una buena idea, y la película desarrolla de una manera inteligente este punto de partida. Podría haber resultado más sólida y excitante, pero me pareció un buen entretenimiento para días de fiesta.

Aunque el extraño argumento —que cuenta con una vengadora secta egipcia que va asesinando a habitantes en Londres— recuerda bastante a *Fu Manchú*, no va demasiado desencaminado respecto al tipo de experimentos que Doyle hizo con dos o tres de sus novelas. El guión hace sufrir extrañas alucinaciones a muchos de los personajes principales; son ideas siempre imaginativas y a menudo divertidas, pero se prodigan con demasiada frecuencia. Las alucinaciones, aunque están realizadas de una manera espléndida (los efectos son de Industrial Light & Magic), llegan a ser repetitivas, y la máquina voladora debería haber sido eliminada en el primer borrador del guión.

Pero la película, dirigida por Barry Levinson, resulta brillante y entretenida; Nicholas Rowe y Alan Cox hacen un buen equipo Holmes-Watson (aunque, como de

costumbre, se presenta un Watson más torpe que en las historias originales), e interpretan bien el afecto mutuo de ambos personajes. Anthony Higgins está muy bien escogido para interpretar el papel de Raathe, maestro de esgrima (y presumiblemente de más cosas) en la escuela: parece el clásico tipo valiente del que se encariñan los adolescentes en este tipo de historias escolares.

Young Sherlock Holmes parece una especie de cruce de una historia especialmente vieja de Holmes con Dickens y un Tom Brown ambientado en un Londres Victoriano de postal navideña. Es una lástima que le falte un poco de estilo y verosimilitud, pero no se le pueden pedir peras al olmo.

Y luego vinieron las Guerras Clónicas. El verano traje consigo tres películas muy parecidas.

La mujer explosiva, de John Hughes, fue una película más extraña y menos afortunada que su *The Breakfast Club*, proyectada a principios del mismo año. Anthony Michael Hall en el papel de Gary e Ian Mitchell-Smith en el papel de Wyatt —su colega genial— son dos lerdos sin esperanzas, objeto de la burla de las adolescentes y del desprecio de los chicos. Además, Wyatt deja que su monstruoso hermano mayor (Bill Paxton), un entusiasta cadete, abuse de él. De manera que una noche Gary y Wyatt utilizan un ordenador (más mágico que informático, propiamente dicho) para crear a la espléndida Lisa, completamente desarrollada (Kelly Lebrok), que inmediatamente se hace cargo de sus vidas para que tengan éxito.

La idea central de *La mujer explosiva* ha pasado de moda en poco tiempo; se parece mucho a *Play It Again, Sam*, en la que una figura fantástica endereza la vida de un infeliz (o de dos, como en este caso). Es una lástima que Hughes, que tiene tanto talento como guionista que como director, no se inventara una trama mejor, porque sus actores son notablemente buenos y, aunque sea demasiado estúpida, la película resulta bastante divertida.

Hughes utilizó un estilo atrevido, más parecido al de *Animal House* que al de *The Breakfast Club*. Tiene algunos aciertos, pero, en conjunto el filme no es bastante arrebador. A pesar de lo fantasioso de su punto de partida, Hughes sólo consigue distorsionar la realidad; no la utiliza ni la manipula, y eso es lo que hacía falta en este caso. Se propone hacer unos personajes creíbles, incluyendo a Lisa, fantástica por definición. Eso no concuerda con el tema, y al final el espectador se queda insatisfecho sin saber por qué.

En cierto sentido, *Escuela de genios* es un retrato preciso y comprensivo de los auténticos genios. Aunque se desarrolle en el ficticio Pacific Tech, se deja claro que éste debe interpretarse como el Centro de Investigaciones Tecnológicas de California; las diversas artimañas que utilizan los brillantes chicos protagonistas de la historia resultan naturales, menos el clímax de las palomitas de maíz. También es una crítica mordaz a la Iniciativa de Defensa Estratégica, pues la primera escena nos muestra a una nave espacial de órbita baja matando con su poderoso láser a una persona que estaba tranquilamente sentada en una silla. Contrataron a un científico que aparece a

menudo en televisión y que es profesor universitario para prepararla. Se mezclan dos historias: las juergas salvajes de los brillantes muchachos para desbravarse, y su venganza contra el profesor intrigante.

Aunque Escuela de genios sea una comedia, no siempre resulta graciosa, en parte porque es un filme que utiliza fórmulas ya usadas. Los guionistas Neal Israel y Pat Proft, autores de Loca academia de policía y de Bachelor Party entre otras; utilizan siempre el mismo tipo de personajes en sus frenéticas comedias: un espíritu libre brillante, un imbécil que se supera, un tirano abusivo que el «espíritu libre y compañía» derrotan, y un siervo baboso del tirano. Peter Torokvei, que tiene más talento, volvió a escribir el guión, que dirigió Martha Coolidge; gracias a eso, los personajes resultan creíbles a pesar de su configuración estereotipada. Escuela de genios se parece mucho a otras películas, pero no deja de ser una inteligente variación sobre un tema muy trillado.

My Science Project fue la aportación de 1985 de Disney/Touchstone Films a la carrera de «Adolescentes inmersos en la fantasía» y, sin contar con Teen Wolf fue la última de la serie. No era demasiado mala para lo que se espera de este tipo de películas; tenía unos efectos especiales extravagantes y un argumento bien estructurado.

Pero el guionista y director Jonathan R. Betuel desprecia a los adolescentes. Todos los personajes de la película son clichés andantes, y eso acaba por resultar fastidioso. Una película más de las que dicen tranquilamente que si eres inteligente eres un patán, un grosero, un pelmazo y un imbécil, y si llevas gafas no te puedes acostar con nadie y les tienes una envidia feroz a los que sí pueden. Por lo menos, Escuela de genios se ponía de parte de los cerebros de este mundo.

El punto de partida de My Science Project se basa en un hecho supuestamente real. En la década de los cincuenta, el presidente Eisenhower fue aparentemente obligado a abandonar un partido de golf para ir a examinar la astronave de dos extraterrestres muertos. Vemos este episodio al principio, y aparece Eisenhower vestido de jugador de golf. Treinta años más tarde, un adolescente chiflado por los coches, Michael (John Stockwell), encuentra una pieza de la nave, que decide utilizar en su fundamental proyecto científico. Pero antes se lo enseña a un profesor de Ciencias, un ex hippie llamado Bob (Denis Hopper).

El artefacto saca energía de cualquier fuente que tenga a mano y, si se pone a pleno rendimiento, trae a gente y cosas de otras épocas, pasadas y futuras (pero sobre todo del pasado), hasta tal punto que los pasillos de la escuela se vuelven azules y borrosos. En el apogeo, Michel, su amigo Vince, de Brooklyn (Fisher Stevens, personificando a Sal Mineo, en su momento más repelente), y el triste imbécil de Sherman (Raphael Sbarge) vencen a los luchadores más peligrosos de varias eras — hasta a un dinosaurio— para poder llegar hasta el artefacto y apagarlo antes de que su escuela se pierda en otra dimensión. Dentro de las películas de ciencia ficción de adolescentes del verano de 1985, My Science Project es un poco superior a La mujer

explosiva en casi todos los aspectos y ligeramente inferior a Escuela de genios.

Naturalmente, no todos los filmes de ciencia ficción de 1985 estaban hechos para adolescentes, ni siquiera la mayoría. Ahí está la ambiciosa Cocoon de Ron Howard, con un plantel de actores fundamentalmente mayores, que también fue un éxito financiero, pues recaudó bastante más de 20 millones de dólares. Sin embargo, Cocoon es la típica película de ciencia ficción hecha para (y probablemente por) personas que no se sienten verdaderamente cómodas con este género; no aportaba nuevas ideas ni ocurrencias terroríficas ni intenciones satíricas. Era una «peliculita» ligera e insustancial que se proponía comunicarnos un mensaje importante y útil: aunque sea usted viejo, no tiene por qué dar la vida por concluida. A pesar de que resulta evidente que éste es el mensaje que nos querían hacer llegar su director Ron Howard y su guionista Tom Benedek, lamentablemente lo convierten en una idea bastante desagradable: si eres viejo y no consigues que te ayuden los extraterrestres, más te vale morirte.

Sin embargo, la película gustó a casi todos los espectadores y, aunque este mensaje me entristeció, le encontré más aspectos positivos que negativos.

Wilford Brimley, Hume Cronyn y Don Ameche (que ganó el Oscar al actor secundario por este papel, el primer Oscar que se le daba a un actor por una película de ciencia ficción desde hacía unos cincuenta años) forman parte de los ancianos habitantes de un asilo de Florida que se encuentran con unos alienígenas amistosos pero reservados. Disfrazados como seres humanos, los extraterrestres han alquilado una casa próxima y están utilizando la piscina para intentar que se abran los capullos, pues contienen otros alienígenas que tenían que haberse quedado en la Tierra cuando el planeta fue abandonado por sus visitantes, hace miles de años, cuando la Atlántida (ni más ni menos) se hundió en las profundidades del océano. Los seres humanos se rejuvenecen al verse expuestos a los medios que utilizan los extraterrestres para hacer que se abran los capullos; hay algunos problemas de orden menor cuando los alienígenas se ven forzados a escapar y a llevarse a bastantes viejos con ellos.

Por desgracia, cuando ya estamos en situación, lo que ocurre después resulta predecible y a la película sólo le queda ir marcando el compás. Nuestros tres protagonistas y sus amigas (Maureen Stapleton, Gwen Verdon y Jessica Tandy) rejuvenecen, el piloto de barcos de alquiler Steve Guttenberg se enamora de la alienígena fosforescente Tahnee Welch (hija de Raquel) y... bueno, eso es todo hasta que llega el desenlace.

Los actores son, en conjunto y uno a uno, excelentes. Al ser a su vez actor, Ron Howard está especialmente preparado para dirigir a sus intérpretes; los más relevantes en este caso son Brian Dennehy en el papel del amistoso líder de los alienígenas, Wilford Brimley y Jack Gilford. Cocoon es una película simpática y agradable, fácil de ver y hecha con arte y sensibilidad. No obstante, tiene poca sustancia: para ser sincero, trata de ser comprensiva, cálida y amable pero en detrimento de la tensión y la sensación de aventura. Fue nominada para el Hugo.

Baby Secret of the Lost Legend, por el contrario, sacrificó las virtudes narrativas en beneficio de la sensación de aventura, tratando de pasar de una aventura «los dinosaurios siguen vivos» moderadamente interesante a un vago remedo de Indiana Jones. Era una baza bastante arriesgada y, aunque tuviera algunos momentos bien resueltos, resultó ser un fracaso, tanto artísticamente como de taquilla.

La paleóntologa Susan (Sean Young) y su anodino marido George (William Katt), jugador de béisbol, descubren una familia de brontosaurios en la jungla africana. Después de matar a uno, el malvado paleontólogo Kiviat (Patrick McGoohan) quiere capturar a su cría (el bebé del título), mientras que los otros dos tratan de evitarlo. Se pierde mucho tiempo en detalles superfluos pero, en cuanto se encarrila el argumento, baby se convierte en una aventura entretenida para el espectador acomodaticio.

Los dinosaurios dan el pego; las maquetas son espléndidas. Los técnicos Isidoro Raponi y Rolaand Tantin han tratado de conseguir algo que por lo general se considera imposible (gente disfrazada de dinosaurios que sean creíbles), y a punto estuvieron de lograrlo. Baby trataba de llegar a todos los públicos. Por supuesto que tiene momentos brillantes y un bebé dinosaurio verdaderamente llamativo, pero también un montón de pasos en falso y de digresiones, así como un aire general bastante timorato.

Eso, desde luego, no se le puede achacar a Lifeforce. Basada en la novela de Colin Wilson Space Vampires (un título muy apropiado también para la película), fue un espectáculo de ciencia ficción exuberante, frenético y facilón tan acelerado que casi marea. Y aunque no pueda decirse con exactitud qué es lo que ocurre en el desenlace —yo por lo menos no me enteré—, de todas formas es un espectáculo divertido.

Dentro de la cola del cometa Halley (cuya situación se ha podido precisar más tarde), una expedición espacial británico-norteamericana descubre una astronave, a 150 millas de distancia y dos millas por encima de ellos, que contiene vampiros espaciales disecados y tres seres humanos desnudos e hibernados. Los traen a bordo de su lanzadera y las cosas empiezan a salir mal. Los tres humanos son finalmente conducidos a Londres, donde pronto empiezan a absorber la energía vital de los hombres.

Pero cuidado, no acaba ahí la cosa. También está el piloto de la lanzadera, Steve Railsback (que actúa de manera demasiado afectada), que tiene algún tipo de afinidad psíquica con la vampiresa espacial (Mathilda May, que se pasa gran parte de la película espectacularmente desnuda). Y las víctimas, convertidas en cadáveres resecos, resucitan más tarde y chupan la energía vital de nuevas personas, que renacen más tarde, y así sucesivamente hasta que Londres está lleno de vampiros espaciales incontrolables y de sus víctimas, mientras un ejército de almas en pena se dirige a la astronave que ahora se ha desplegado cual colosal paraguas.

Lifeforce es gigantesca y valiente, tiene unos efectos especiales excelentes (obra de John Dykstra) y resuelve rápidamente la intriga. El desenlace, claramente

inspirado en la fabulosa serie de televisión Quatermass y en las películas de Nigel Kneale, es una deslumbrante fantasmagoría de fuego, explosiones, huracanes, almas en pena, pánico y muertes.

Con todo, Lifeforce también es abrumadoramente tonta. Es posible que los guionistas Dan O'Brannon y Don Jakoby hayan tratado de emular el tratamiento cuidadoso y directo que da Kneale a sus ocurrentes ideas en el terreno de la ciencia ficción, pero se tuvieron que enfrentar con un material mucho más complejo del que éste utilizara jamás y no consiguieron presentar la alienidad de una manera tan estructurada como Kneale. Cuando los actores (hasta los de la talla de Peter Firth, Frank Finlay y Michael Gothard) se ponen a discutir los acontecimientos extraterrestres a un ritmo trepidante, el público se echa a reír y no deja de hacerlo durante toda la proyección. Lifeforce habría tenido mejores resultados si los personajes (y no los actores) hubieran actuado de vez en cuando como si tuvieran una motivación cómica. No se trataba de engañar a nadie, sino de hacer una ligera insinuación.

A pesar de su ritmo trepidante y de sus excelentes efectos, Lifeforce se convirtió en la oveja negra de ese verano y, aunque recaudó más de 3 millones de dólares, había costado tanto realizarla que fue un fracaso financiero. Los mismos guionistas y el mismo director volvieron a probar éxito en 1986 con la película Invasores de Marte.

El final del año trajo consigo lo que podía haberse convertido en la película de ciencia ficción más cara de 1985, Enemigo mío. Debido a problemas de producción, sus costes pueden haberse elevado a 50 millones de dólares. Bajo la dirección de Richard Loncraine empezaron a rodarse los exteriores en Islandia. Sin embargo, se pasó del presupuesto y el metraje no dejó satisfechos a los jefes de la 20th Century-Fox, de forma que concedieron la dirección a Wolfgang Petersen (el director de Das Boot), que volvió a empezar desde el principio. El resultado fue decepcionante.

Enemigo mío es una versión elaborada de las historias de ciencia ficción con dos soldados como protagonistas del estilo de Infierno en el Pacífico. Dennis Quaid es Will Davidge, un piloto que hace un aterrizaje forzoso sobre un planeta deshabitado después de una batalla espacial con un Drac, de la raza contra la que está combatiendo la humanidad. El Drac (Louis Gossett, Jr.), a quien de vez en cuando Davidge llama Jerry, es un hermafrodita con aspecto de lagarto, tan sagaz como Davidge pero más comprensivo que él. No les queda más remedio que cooperar para sobrevivir, y al final acaban haciéndose amigos.

La idea es buena en principio, lo bastante sentimental como para una película sobre la amistad, pero algo salió mal en el proceso de adaptación de un guión bastante decente de Khmara, de la novela corta de Barry Longyear a la película. Dejando de lado la excepcional interpretación de Gossett (debida en parte al elaborado maquillaje que realiza con él Chriss Walas), la película queda muy fría visualmente y no emociona al espectador. Dennis Quaid, que trabaja bien en otras

películas (Elegidos para la gloria, por ejemplo), queda en ésta envarado y falso.

Está rodada con naranjas intensos y grises fríos y apagados, por lo visto en el mismo terreno, con decorados muy artificiales contruidos a un precio altísimo en Alemania. La impresión más fuerte que me produjo *Enemigo mío* es la de que se había perdido una gran oportunidad. Después de *La historia interminable* y esta película épica que se deja ver pero está mal elaborada, empiezo a sospechar que en el fondo Petersen no es un buen director.

Como es norma habitual, 1985 ofreció algunas continuaciones y «remakes». Los que esperaban que *Mad Max (Más allá de la cúpula del trueno)* fuera idéntico a *The Road Warrior*, del que es continuación, son bastante ingenuos. A fin de cuentas, *The Road Warrior* apenas se parecía a *Mad Max*, película de la que era a su vez continuación. Aunque las tres sean básicamente de una sola persona, George Miller, éste se ha preocupado por que cada una de ellas tuviera sus propias ideas, una presentación diferente; no se contenta con repetir lo que hace.

Dicho esto, hay que admitir también que, a pesar de sus excepcionales cualidades, *Mad Max* es menos atractiva y excitante que *The Road Warrior*, defecto compensado en parte por el hecho de que ésta sea posiblemente la continuación de una de las películas de mayor riqueza estructural, diseño e ideas, de la historia del cine. Miller construye un paisaje posterior a un holocausto atómico muy verosímil; uno de los pocos que ha dado el cine. La cultura que presenta, mezcla de chiflados por el cuero, de seres fronterizos y de futurismo, tiene tal densidad, intensidad y verosimilitud que parece un recuerdo del pasado.

Han pasado quince años desde *The Road Warrior*. Max (otra vez Mel Gibson) llega a un poblado «dirigido» por la tía Entidad (Tina Turner) y es víctima de las intrigas políticas entre la tía y el Maestro (Angelo Rossito). Finalmente, Max es liberado de nuevo, lo abandonan en el desierto, y esta vez lo rescata una banda de niños que viven en un exuberante oasis. Moses Max lleva a los niños hasta Bartertown y de vuelta al oasis, y la película finaliza con una espectacular demostración de la destreza australiana, esta vez destinada a provocar la hilaridad ante el espectáculo de unos coches y trenes desvencijados y rugientes estrellándose unos contra otros.

Mad Max (Más allá de la cúpula del trueno) fue codirigida por Miller y Georgie Ogilvie; Miller la produjo y elaboró el guión a medias con Terry Hayes. La película es genuinamente épica: un espectáculo de ciencia ficción lleno de polvo, porquería, mierda de cerdo, niños y arena. Fue una de las mejores películas de ciencia ficción del año y, aunque funcionó significativamente peor que *The Road Warrior*, espero que esta película tan inteligente y bien hecha dé lugar a una continuación como mínimo, para que el pobre y cansado Max pueda llegar por fin a su tierra prometida. Se lo merece. Cuando películas como *Enemigo mío* y *Lady Halcón* son nominadas para el Hugo en lugar de *Mad Max*, me doy cuenta de hasta qué punto he perdido el contacto con la opinión de los entusiastas del género. (*Lady Halcón*, por ser una

fantasía, no se incluye en este ensayo.)

Cada cierto número de años, a alguien se le ocurre la idea de hacer una nueva película de Frankenstein; después de todo, llevamos cincuenta años de tradición cinéfila sobre este tema (y la primera versión se hizo en 1950). El año 1985 trajo consigo la elaborada película de *La prometida*. Aunque es innegable que tiene defectos, consigue cumplir con su propósito en buena medida.

Columbia Pictures anunció que la película, escrita por Lloyd Fonvielle y dirigida por Franc Roddam, no tenía nada que ver con el fabuloso clásico de James Whale, *La novia de Frankenstein*. Pero en realidad, las primeras escenas de *La prometida* resumen las últimas del clásico: el monstruo (Clancy Brown) se pasea junto a la torre cuando el barón Frankenstein (Sting) y su excéntrico ayudante (Quentin Crisp) dan vida a la novia (Jennifer Beals) para que forme pareja con el monstruo, pero ella se niega. En este momento introduce *La prometida* las aventuras del monstruo a lo largo de todo el mundo y a Frankenstein educando a la novia, a quien da el nombre de Eva. El monstruo se hace amigo de un enano, que lo llama Viktor. (David Rappaport interpreta a Rinaldo, el enano.) Al final, el destino vuelve a reunir a las dos creaciones de Frankenstein.

La prometida es un intento consciente de imponer las ideas de la década de los ochenta a esta historia, creada en 1830: Eva se va haciendo cada vez más liberada y cada vez obsesiona más al dominante Frankenstein. También quiere ser una versión más convencional del tema, y nos presenta a Viktor como un buen tipo, un gran cordero, inocente e incapaz de hablar, que se gana nuestra simpatía gracias a su amistad con Rinaldo.

La película es demasiado lenta, y no fue del agrado de quienes esperaban una película de terror, sangre y tormentas, pero tiene una estructura válida que me sorprendió muy agradablemente. Jennifer Beals queda bien en el papel de Eva y David Rappaport interpreta maravillosamente a Rinaldo. Aunque Clancy Brown cumple con lo que le exige su papel de Viktor/el monstruo, apenas destaca. Sting tiene que hacer de aristócrata indolente e irritable. El guión es quizá demasiado exigente, y él interpreta el papel de una manera que recuerda más a Peter Cushing que a Colin Clive, pero carece de la pasión de Cushing y de la vibrante sensibilidad de Clive. Es el machista más execrable que se puede imaginar: muy atractivo, brillante, pero no por eso menos controlador, dominante y desleal.

La prometida pretende ser una moderna versión de un cuento clásico. Dividió a los cinéfilos drásticamente y tuvo muy poco éxito de taquilla. Pero a mí me parece que esta película lenta e imaginativa ha demostrado que siempre habrá una manera u otra de resucitar a este cadáver. Tiende a intelectualizar excesivamente el tema, pero por lo menos respeta el relato original.

En 1953, Columbia Pictures estrenó una película alarmista y escandalosa, una especie de llamada al estado de alarma constante, *Invasión U.S.A.* en la que unas potencias innominables lanzaban un ataque nuclear contra los EE.UU. y luego se

apoderaban de sus ciudades más importantes. En 1985, Chuck Norris ofreció una nueva Invasión U.S.A. pero, para desgracia nuestra, no es un re make de la primera y extravagante película. Es extravagante a su manera, pero sobre todo por lo desastrosa que es.

Como de costumbre, en Invasión U.S.A., Norris golpea, machaca y acribilla a ejércitos de extras que no hacen más que muecas. Sólo que esta vez son terroristas invasores a las órdenes de Ciertas Potencias Innominables. Interpretando el papel del desleal agente de la CIA Matt Hunter, literalmente solo Norris detiene lo que debe ser un plan terrorista soviético (el jefe de los malvados es Mikhail Rostov) matando a tiros a los infieles. No se explica cómo sabe dónde piensan dar el golpe; tan sólo le vemos interrogar a un repelente chivato que realmente debe tener mucha información porque, a partir de ese momento, siempre que los terroristas van a dar un golpe —por lo menos en Dade County, Florida— Chuck Norris está ahí para impedirselo.

Joseph Zito dirigió este guión (escrito por Chuck Norris y James Bruner), y ha procurado al filme un montón de siseos y zumbidos de balas. En realidad, no es más que una excusa para enlazar un puñado de escenas; en ese sentido, no se le puede reprochar nada. Pero la trama es tan deplorable como simplona: un solo norteamericano bueno —uno solo— puede desarticular a todos los enemigos de su país.

Señal de alarma era una mezcla de El legado de Andrómeda y La noche de los muertos vivientes. Conocida primero como Biohazard (ver más abajo), es una historia de suspense técnicamente buena pero desagradablemente tensa, situada en un proyecto de fábrica de armamento donde las cosas se salen de madre. El guión, de Hal Barwood y Matthew Robbins, tenía que avisar de los peligros de este tipo de investigación sin perder por ello su categoría de película de aventuras y suspense. Por desgracia, parece que hayan metido con calzador los ingredientes de terror (por otra parte, demasiado intensos y abundantes), de manera que el aviso queda muy diluido. La mayor parte de los personajes no son más que tipos esbozados a grandes rasgos y que ya hemos visto en otras películas. A pesar de que el plantel de actores es excepcionalmente bueno para una filmación de este tipo, ni ellos ni el director novel Barwood nos convencen en ningún momento de que los personajes sean reales.

Se nos pone rápidamente en antecedentes: una redoma con un líquido terriblemente peligroso estalla en una cámara que no tiene gérmenes y las cosas se empiezan a complicar en seguida. La instalación se sella. El aguerrido agente del gobierno Connolly (Yaphet Kotto), que llega de inmediato con un equipo de descontaminación y de confinamiento, dice al preocupado sheriff Cal Morse (Sam Waterson) que en ese lugar supuestamente pacífico se estaban creando gérmenes mortales. Y ahora anda suelto uno de los gérmenes por el edificio, en el que, por lo visto, Joanie (Kathleen Quinlan), la mujer del sheriff, es la única que está inmunizada contra el germen en cuestión. Cal recurre a la ayuda del científico renegado Dan Fairchild (Jeffrey De Munn) para que entre en el edificio, rescate a Joanie y trate de

ayudar a los que han quedado atrapados.

Una idea adecuada para una película de aventuras. Pero ¿por qué se empeñarían Barwood y Robbins en que el germen convirtiera a todas las personas que infectase en maníacos desfigurados y sedientos de sangre? Se supone que el germen inflama la «sede de la cólera» del cerebro, pero ¿por qué no se matan entre sí las víctimas? En lugar de eso, persiguen a quienes no están infectados.

Señal de alarma se ve anegada por una desagradable y enfermiza tensión. No apetece ver lo que viene luego, sólo queremos que la película se acabe lo antes posible. El filme quedó archivado una temporada, y es perfectamente comprensible que así fuera. No es que sea horrible, pero no tiene nada nuevo. Le han dado un buen tratamiento y tiene algunos sustos muy bien conseguidos, pero Señal de alarma es poca cosa más.

1985 también trajo consigo la película que se apropió del título de Biohazard, pero esta filmación, estúpida, barata y más propia de un aficionado, se transformó directamente en vídeo. Esta confusa película usa un planteamiento similar al de la antigua Terror del año 5000 combinado con el de Scanners para hacer una nueva imitación de Alien. En esta ocasión, los científicos, incluyendo a la psiquiatra Angelique Pettyjohn, tratan de materializar algo de otra dimensión. Un pequeño monstruo que interpreta un niño (Christopher Ray, el hijo del director), se escapa y mata a varias personas y también destroza un poster de E. T. En el confuso argumento acabamos descubriendo que Pettyjohn también es alienígena; aunque por el principio parecería que el advenimiento del «biomonstruo» es accidental, al final se insiste en que fue deliberado.

Fue producida, escrita y dirigida por el apasionado de las películas de terror Fred Olen Ray, que ha hecho varias películas de presupuesto ínfimo estos años, ninguna de las cuales ha sido estrenada (que yo sepa) en salas de cine. Si son tan primitivas como ésta, no merecerían siquiera acabar en vídeo. Ray parece un buen tipo, y está más que claro que le encantan las películas de ciencia ficción y terror, pero hacer una buena película requiere algo más que ser un abnegado fan.

Otra imitación de Alien sí fue estrenada en salas comerciales, pero tuvo más fortuna como vídeo. Se trata de Criatura, hecha también por un fan de las películas de terror, Bill Malone. Es incomparablemente mejor que Biohazard, pero sigue siendo una mala película, aunque Malone puede resultar un director bastante prometedor.

En el futuro cercano de Criatura, el mundo parece estar gobernado por dos potencias enemigas. En cuanto se descubre algo anormal en el planeta Titán (de hecho, el título original de la película era Descubrimiento en Titán), se envían varias expediciones. Pronto, unos alienígenas aparentemente abandonados en Titán hace muchos eones, empiezan a matar gente. Por desgracia, nunca sabremos cuántos alienígenas hay ni qué se traen entre manos. La película es muy sanguinolenta; hay litros de sangre y pus vomitados, y un primer plano de una cara desgarrada mientras la cabeza está chillando.

El incoherente argumento mezcla Alien con referencias a Invasión de los ladrones de cuerpos (y una alusión directa en el diálogo a The Thing from Another World); es un filme monótono y deprimente, con un final inexplicable (más de uno creyó que el muerto se da la vuelta de repente y mata al último alienígena). La fotografía es decente, los efectos especiales (Robert Shotak) son excelentes teniendo en cuenta el presupuesto, y la música es horrible. Tiene el atractivo de una actuación alocada y divertida de Klaus Kinski, uno de los actores más excéntricos que existen en la pantalla y fuera de ella. Cuando hace una aparición (breve) Criatura parece renacer a la vida, pero en cuanto desaparece Kinski, la película pierde todo interés.

Otro filme de ciencia ficción que sólo tenía destellos de imaginación fue The Dungeonmaster, incomprensible mezcla de fantasía y ciencia ficción. El experto en informática Jeffrey Byron y su novia, Leslie Wing, son capturados por Mestema (Richard Moll), que parece ser el mismo diablo y quiere medir sus fuerzas ocultas con los conocimientos informáticos de Byron (el héroe lleva un aparato atado a la muñeca que (a) computa sus probabilidades (b) dispara rayos y (c) hace poco más). Byron consigue adquirir bruscamente una apariencia de superhéroe y es sometido a varias pruebas en secuencias de calidad muy diferente, escritas y dirigidas por varias personas.

Rosemarie Turko escribió y dirigió «Galería de hielo», una de las mejores secuencias; los «Demonios de los muertos» de John Buechler era una pequeña exhibición de muñecos mediocres y de maquillaje que no conducía a ninguna parte; «Heavy Metal» —en realidad, rockeros de los sesenta vestidos con clavos y cuero— de Charles Band pasa como una exhalación, gracias a Dios; «Stone Canyon Giant» de David Alle presenta a varios enanos y a una estatua de piedra animada que, para lo que vale, podría haber sido perfectamente un hombre disfrazado. Steve Ford dirigió «Slasher», escrita por el protagonista, Byron: una secuencia clásica de cine negro en Los Angeles aunque esté mejor escrita que el resto pero mal dirigida; en la insignificante «Cave Beast» de Peter Manoogian, el héroe se enfrenta a un demonio que se convierte en ángel; la breve e insulsa «Desert Pursuit» de Ted Nicolaous es tan sólo un nuevo clon de Road Warrior.

The Dungeonmaster fue lanzada por Empire Pictures de Charles Band, productora que se ha propuesto convertirse en la American International de la década de los ochenta, pues lanza películas de género baratas y rápidas, dirigidas al mercado internacional y al de vídeo. Hasta el momento sólo dos de sus producciones han tenido calidad: Trancers y Reanimator.

A pesar de unos problemas bastante serios con el presupuesto, Trancers es una de las mejores películas de ciencia ficción de 1985. Es una maravillosa historia de aventuras con un guión imaginativo, buenos actores y un planteamiento muy original. Con el claro propósito de parecerse a Blade Runner, resultó bastante distinta y, en ciertos aspectos, superior. Sin embargo, se podría eliminar de ella a los propios «trancers» —esclavos hipnotizados por Martin Whistler, un genio malvado—, pues

no añaden nada especial a la historia y parece que los guionistas los hayan ignorado.

Tim Thomerson interpreta sardónicamente el papel de Jack Deth, un policía de dentro de trescientos años, que se ha propuesto capturar a los «trancers». Jack cree que Martin Whistler fue asesinado, pero en realidad éste ha vuelto en el tiempo hasta diciembre de 1985, a Los Angeles, y está matando a los antepasados del futuro gobierno de Angel City. Jack se pone una inyección y, al igual que Martin, se reencarna en el cuerpo de un antepasado que es detective privado. Como es natural, al convertirse en detective privado, Jack se pone a hablar en un tono de voz seco y cortante y se lía con una mujer hermosa.

La película tiene numerosos detalles inteligentes, como la perfecta reproducción del slang del siglo XX, antepasados que aparecen donde no deberían, el episodio de las Navidades, Jack viendo la televisión de 1985, bromas sobre su persona, y así sucesivamente. Tiene un buen sentido del escenario: deja entrever pequeñas zonas de Los Angeles e incluso sugiere la sociedad del futuro con bastante verosimilitud.

Trancers fue escrita por Danny Eilson y Paul DeMeo y dirigida sorprendentemente bien por Charles Band, que no ha demostrado tanto talento en ninguna de sus otras películas. Trancers se exhibió poco tiempo en salas de cine y luego pasó a vídeo; recomiendo que se procure obtenerla por esa vía. Por tratarse de una película barata, es considerablemente buena.

Como viene ocurriendo estos últimos años, 1985 trajo consigo aún más imitaciones extranjeras de The Road Warrior y demás películas situadas después del holocausto. Algunas se grabaron directamente en vídeo, como Warrior of the Lost World, una película italiana de 1983 con algunos actores conocidos (Robert Ginty, Persis Kham batta, Donald Pleasence y Fred Williamson). Según el fiable crítico «Lor» de Variety, era «una fantasía de aventuras bien dirigidas que, con un guión mejor, habría podido ganar algún premio». Situada después de las «guerras radiactivas», la película, dice «Lor», está «claramente dentro del ámbito de Mad Max, aunque visualmente (el guionista y director David) Worth trata de darle una imagen que recuerde a la película THX 1138 de George Lucas».

Desert Warrior, rodada en Las Filipinas en 1983, se llamaba «Vindicator» y «Ruedas de fuego» antes de ser lanzada, pero aparentemente ningún nombre le iba bien. Boxoffice dice que era «totalmente insulsa», que estaba «mal escrita y peor dirigida», por mucho que estuviera situada en un desierto postapocalíptico. El héroe Trace (Gary Watkins) tiene que rescatar a su hermana Harley (Lynda Wiesmeier) de las manos de un malvado llamado Scourge (actor no identificado), «Jagr» dijo en Variety que «los actores eran desastrosos y la película ridícula», la acción resultaba torpe y los efectos especiales poco convincentes. Desert Warrior fue escrita por Fredrick Baíey y producida y dirigida por Cirio Santiago.

Supongo que era incluso peor que The Exterminators of the Year 3000, película que sí vi. Esta coproducción italo-española fue escrita por Elisa Briganti, Dardano Sacchet ti y José Truchado Reyes, y dirigida por Jules Harrison, un seudónimo sin

lugar a dudas. La música, de Detto Mariano, imitaba la del grupo alemán Kraftwerk. Los actores, como es natural, eran italianos o españoles, o bien americanos, pero todos actuaban con seudónimo. Eran Robert Jannucci, Alicia Moro, Alan Collins y Luca Ventantini.

En este futuro postholocástico, las bombas nucleares han destruido la capa de ozono, de manera que ya no queda agua sobre la capa de la Tierra (aunque hay muchos rastrojos). Tommy, de doce años y con un brazo mecánico (que en el diálogo dicen que es «biónico»), quiere descubrir qué le ha ocurrido a su padre, que se fue a buscar agua. Se alía con un héroe tipo Mad Max llamado Alien y con su novia Trash, y juntos se dedican a combatir a los exterminadores del título de la película, mandados por Crazy Bull, una réplica idéntica del Wez de *The Road Warrior*. Hay muchas peleas entre nubarrones de polvo, descubrimientos y pérdidas de yacimientos de agua, antes de que los malos sean aniquilados y, como por arte de magia, se abra al cielo y caiga un torrente de lluvia.

La película está llena de elementos no explicados (unos extraños personajes con capuchones que hacen guardia en un yacimiento de agua que se parece bastante a una gasolinera) y de diálogos absurdos. Alien le dice a Bull:

—Tírate al lago.

—¿Conque chistoso, eh? —responde el otro.

En algún momento, a Spunky Tommy lo llaman «esa miserable sanguijuela».

Escape from the Bronx, otra película italiana, es un poco mejor. Esta trata de imitar *Escape from New York*; se rodó en inglés en algunos exteriores de Nueva York, y puede considerarse una continuación de 1990: *The Bronx Warriors*. En este caso, se ha declarado inhabitable el Bronx y casi toda la población tiene que ser evacuada a Nuevo México (!). Una sociedad malévola envía a unas bandas rugientes de tarados vestidos de cuero y metal, a quemar los puestos de comida estofada del Bronx con teas encendidas. El protagonista, que recuerda al Treat Williams en *Hair*, se llama Trash (Mark Gregory). Cuando queman a sus padres, planea su venganza contra el jefe de la malvada sociedad y el jefe de los tarados, interpretado de manera divertida por Henry Silva, que quizá haya escrito parte de su diálogo. Junto a la intrépida reportera Moon Gray (que muere) y al célebre ladrón Strike (buen actor, aunque no identificado), viaja por las inmensas catacumbas brillantemente iluminadas que recorren todo el suelo de Nueva York (!).

Aunque el director, Enzo G. Castellari, ducho en esta clase de historias después de tanto tiempo, da fluidez al relato, tiene una idea muy limitada de lo que es el estilo: cuando alguien llega a un lugar en el que hay otras personas, hay muchos planos de éstos volviendo la cabeza para contemplar al intruso. Incluso le hace un plano a una inestable escalera, como si las escaleras pudieran mirar. El final parece al mismo tiempo definitivo y poco concluyente, como si Castellari tuviera la intención de volver a rodar la película. Aunque sea menos mala que el promedio, no hace falta que nadie se moleste en verla.

Algo parecida fue la película norteamericana Future-Kill. En realidad, sólo el título nos informa de que está situada en el futuro; fue rodada en Austin, Tejas y, salvo el vestuario —que imita al de Road Warrior— y un aparente cyborg llamado Splatter, la película no tiene nada que no haya podido hacerse en el aquí y ahora. Unos arrogantes miembros de una fraternidad van a la parte más baja de una ciudad para secuestrar a unos punks que protestan contra la guerra nuclear y que viven en una colonia. Escogen como víctima al jefe de los punks, al que el psicótico Splatter mata eficazmente, antes de hacer lo propio con dos de los secuaces de la fraternidad que quieren huir.

La película hace que ni Splatter ni su grupo ni los secuaces de la fraternidad nos caigan bien, de manera que no podemos concederle nuestra simpatía a nadie. En ciertos aspectos no es mala, no es demasiado gráfica la violencia, pero sí es fea, pues se rodó en las zonas más lúbricas de la ciudad. El principio es mucho peor de lo que viene después (la «comedia» de la fraternidad es repelente). No destaca ningún actor, aunque Edwin Neal (en el papel de Splatter) y Marilyn Burns (en su efímera aparición como amante de Splatter) no están mal. Los dos trabajan en La matanza de Texas, siendo ésta una de las películas que se ha promocionado hacia la saciedad.

La canadiense Defcon-4 está bien dirigida por Paul Donovan, que también escribió el guión, y el elenco de actores (Tim Choate, Lenore Zann, Kate Lynch, Maury Chaykin y Kevin King) está muy por encima de la norma habitual en estos casos. Comienza en un satélite tripulado por los norteamericanos que está controlando varios lanzamientos y ensayos con misiles; horrorizados, los tres navegantes ven cómo estalla la guerra nuclear sobre la superficie de la Tierra. El satélite emplea todos sus misiles menos uno para defenderse de los ataques que le dirigen y más tarde se ve arrastrado hasta la Tierra. Un miembro de la tripulación es asesinado y el resto (un hombre y una mujer) acaban en manos de un grupo de degenerados cuyo jefe es un desdeñoso jovencito.

La película es barata pero los efectos son muy buenos en conjunto. Donovan demuestra mucho más talento como director que como guionista, pues el defecto fundamental de Defcon-4 es que trata un tema muy trillado. La primera mitad es superior a la segunda, que desarrolla el clásico tema de «después del holocausto» de una manera un tanto convencional. Curiosamente, el filme figuró tanto en algunas de las listas de «mejores del año» como en otras de las «peores del año». No es ni de las mejores ni de las peores; es una inteligente e imaginativa variación sobre uno de los temas más explotados, que sugiere que Paul Donovan es un prometedor director.

Otra película de «después del holocausto», también norteamericana, fue City Limits, que no he podido ver, aunque me apetecía porque la han realizado el mismo director y el guionista de la interesante y entretenida Androide. Sin embargo, City Limits no contó con una crítica tan buena a pesar de tener un presupuesto más elevado.

Según David Chute, del Herald Examiner, el filme «pinta a unas bandas juveniles

de piratas como única esperanza para la democracia, desestabilizada por una inmensa sociedad que se está apoderando de Los Angeles y está esclavizando a los bajos fondos». La película presenta libros de comics como la «Librería alejandrina de la nueva era». Referencias a la historia «A Proud and Lonely Thing», de Robert Bloch. A Chute le gustaron algunas de las ideas de la obra, y le pareció que constituía un «tratamiento más positivo y antinihilista del tema de la era pos- nuclear», pero que era demasiado blanda. «Japa», de Variety, dijo que la película «debería tener una continuación para minorías» y alabó las escenas de acción y los paisajes por ser «extraordinariamente visuales». Al Reader de Los Angeles, le pareció fragmentaria pero no dejó de reconocer que su director, Aaron Lipstadt, tiene talento.

Esta vez, el guionista Don Opper no figura como actor, pero todos los críticos han alabado el elenco, y especialmente a Darrell Larson, John Stockwell, Kim Cattrall y Rae Dawn Chong. También aparece James Earl Jones. Robby Benson ha sido considerado un líder de los malos poco verosímil.

También hubo otra película posapocalíptica de 1985, pero era completamente distinta de las mencionadas hasta ahora: en concepto, estilo, calidad y país de origen. Se trata de *The Quiet Earth*, una película de Nueva Zelanda muy imaginativa e inventiva, con un final memorable y enigmático, que tuvo poca difusión, aunque en realidad constituye una de las mejores películas de ciencia ficción del año. Y por si esto parece poco, diré que podría haber sido una de las mejores de cualquier año.

Zak Hobson (Bruno Lawrence) se despierta y descubre que, aparentemente, no sólo es la única persona viva que queda en el mundo, sino, excepción hecha de las plantas, el último ser vivo, pues han desaparecido todos los hombres y animales. Pronto descubre que un proyecto en el que estaba trabajando, una misteriosa rejilla generadora de energía que estaban cofinanciando Estados Unidos y Nueva Zelanda, provocó la desaparición de todo el mundo nada más ponerse en marcha. Se pasea por una Auckland desierta tocando el saxofón, escogiendo el coche que más le apetece, e instalándose finalmente en una suntuosa mansión. Intenta en vano entrar en contacto con otra gente, aunque se topa con un par de extraños cadáveres. En una escena agrídulce, reparte recortes de las celebridades de su época por el jardín de la mansión y consigue que lo aclamen como rey del mundo unas voces grabadas en cinta.

Finalmente, encontrará a dos personas más, Joanne (Alison Routledge) y Api (Peter Smith), un maorí. Intercambiando sus recuerdos, descubren que, por la razón que fuera, sobrevivieron porque en el momento en que se activó la rejilla ellos se estaban muriendo. (Personalmente, esta explicación me parece poco satisfactoria pero, de todas maneras, al final se sugiere que quizá no sea la correcta.) Entre los tres personajes se producen tirantezas de tipo sexual y racial, que no quedan resueltas cuando descubren que la rejilla sigue funcionando y también podría matarlos a ellos. Zac tiene que llevar un camión lleno de explosivos hasta la fuente de energía de la rejilla y muere en la explosión.

Pero en la última y enigmática escena de *The Quiet Earth*, Zac despierta en una

playa desde la que se ven extrañas nubes a lo lejos; al cabo de un rato, un planeta parecido a Saturno aparece en el horizonte. El sacrificio de Zac ha salvado a sus compañeros, pero lo ha conducido a otro mundo. Qué mundo pueda ser éste (y algunos han llegado a la conclusión ilógica de que se trata de Titán) es algo inimaginable; es un misterioso más allá.

The Quiet Earth, basada en una novela de Craig Henderson, fue escrita por Bill Baer, Sam Pillsbury y el actor Lawrence, y dirigida por Geoffrey Murphy. Las películas de Murphy siempre son difíciles de clasificar, pues no son dramas ni comedias, sino películas realistas con un toque sardónico. Es un autor verdaderamente original, con un estilo personalísimo y un firme dominio de las técnicas cinematográficas. The Quiet Earth es un filme divertido, fascinante y maduro. El final puede irritar a bastante gente, lo que resulta una lástima, porque forma un todo con la extraña película que lo precede. Aunque hacia el final decae ligeramente, es bastante probable que en los años venideros se considere un clásico menor; es la mejor película sobre el tema «el último hombre sobre la Tierra» que he visto en mi vida.

En 1979 la BBC emitió The Quatermass Conclusión, de Nigel Kneale, en varias partes; para su emisión en las salas de cine norteamericanas había que conservar el mismo metraje. Sin embargo, aunque Kneale dividió cuidadosamente su obra por si alguna vez tenía que cortarse algún trozo, los productores cortaron episodios distintos de los que él tenía previstos. El resultado no dejó satisfecho a nadie. Finalmente, se grabó en vídeo y se puso a la venta en 1985 en Estados Unidos, y prácticamente todas las personas que lo vieron se quedaron decepcionadas. Pero aunque se trate de la peor de las cuatro partes en que se divide Quatermass, no por ello deja de ser una historia de aventuras de ciencia ficción inteligente, imaginativa y cautivadora, gratificante para todo el mundo.

Quizá fuera un error de Kneale situar la película en un futuro próximo en que la civilización ha empezado a resquebrajarse y tambalearse; este futuro, contemplado con mirada amarga, ya es prácticamente historia sin necesidad de la intercesión de una de las más fantásticas amenazas alienígenas en la historia del cine.

Quatermass (John Mills), el experto en cohetes, ha empezado a envejecer. Le preocupa un proyecto espacial conjunto entre Estados Unidos y la URSS. Aunque una vez fuera el máximo exponente de la investigación espacial, se ha vuelto hostil a esa idea, y está obsesionado por encontrar a su nieta que lo ha abandonado hace poco. Conoce a un brillante astrónomo (Simon McCorkindale, en la única actuación agradable que he visto de este actor, normalmente insípido) y a su familia. Unas bandas juveniles y estruendosas vagan por el país, haciéndose llamar los Planetarios, pues están convencidos de que van a visitar otros mundos. Entran en masa en varios de los círculos de piedra (Stonehenge, por ejemplo) que salpican el paisaje inglés, pero cuando están dentro cae un rayo desde el espacio (que destruye de paso el enlace entre Estados Unidos y la URSS) y los reduce a un polvo amarillento.

A lo largo y ancho de todo el mundo, miles y miles de jóvenes, incluida la familia de McCorkindale, son destruidos por rayos espaciales. Quatermass y otros científicos entrados en años acaban por descubrir el método para luchar contra este fenómeno, aunque les cueste no poco sacrificio personal. No en vano se trata de *The Quatermass Conclusion*.

Aunque quizá se carguen un poco las tintas sobre el tono triste y depresivo de la película —hay un momento en que el cielo se vuelve amarillo de tanto polvo juvenil—, es indudable que lleva la brillante rúbrica de Kneale. Le gusta conectar el pasado de la Tierra con la visita de alienígenas de una manera muy original: aquí, no fueron los alienígenas quienes colocaron estos círculos de piedra, sino nuestros antepasados, para avisarnos del peligro que corren quienes traspasan esos límites, por detrás de los cuales hace eones que los visitantes dejaron artefactos que absorben la energía de los rayos. Al final, Quatermass y sus colegas científicos hacen una réplica electrónica de miles de personas con objeto de atraer un rayo destructivo sobre sus cabezas.

Aunque *The Quatermass Conclusion* está tan bien tramada como todos los guiones de Kneale, con un final agrisado y una insinuación de futuras visitas alienígenas, defrauda a casi todos los que la ven. A mí me gustó mucho, aunque opino que la última historia de Quatermass debería habérsela mostrado dándoles la bienvenida a los primeros visitantes espaciales amistosos. Quizá la mejor intervención de la película sea el grito angustiado de un Planetario que refleja el miedo y la desconfianza que tanta gente ha sentido ante la ciencia a lo largo de la historia: «¡No lo queráis saber todo!»

Cavegirl era una comedia infantil y aburrida con chistes sobre pedos y sobre sexo. Un tarado (Daniel Roebuck) es el cabecilla de varios maleantes, sólo porque es el tarado. Hay una relación confusa, quizá deliberadamente, entre un helicóptero, unos científicos que realizan un ensayo y el tarado explorando una cueva. Es devuelto a la prehistoria, donde sigue siendo tema de todos los chistes, pero una deslumbrante cavernícola (Cindy And Thomson) se enamora de él. Cuando ella enseña los pechos es un momento álgido. Aunque a la película le lleva bastante tiempo explicarnos cómo retrocede el tarado en el tiempo, al final se limita a volver andando al presente, como quien no quiere la cosa. Hay algunos momentos ligeramente inspirados en el movimiento de la cámara y una posible idea interesante que se queda a medio desarrollar, la de presentar a un simplón de nuestros días aprendiendo el lenguaje de las cavernas. Pero, por lo demás, la película, producida, escrita, dirigida y fotografiada por David Oliver, es estúpida y desechable.

Tan estúpida y olvidable como *Transylvania 6-5000*. El único aspecto interesante de esta película, escrita y dirigida por Rudy DeLuca, es el título, que procede de un dibujo animado del Bugs Bunny. La película fue rodada en Yugoslavia; debería haberse rodado de madrugada. El guión trata de un par de reporteros que van en busca del monstruo de Frankenstein. Se encuentran con un científico loco que ha curado a varios chiflados, esquizofrénicos y obsesos sexuales con un método que a

veces les hace parecerse (en unos casos, sólo temporalmente) a monstruos famosos.

DeLuca no demuestra ningún tipo de habilidad como guionista ni como director. La película está tan mal organizada que no sólo los «monstruos» no aparecen hasta el último momento, sino que ni siquiera se nos insinúa que puedan estar rondando hasta entonces. Y actores con talento, no sólo los protagonistas (Jeff Goldblum y Ed Begley, Jr.), sino también Joseph Bologna, Jeffrey Jones y Carol Kane, se desperdician.

Este desastre aburrido, lento y tortuoso es el peor remedo de película de ciencia ficción que se ha visto desde hace muchos años. Transylvania 6-5000 no es terrorífica ni divertida; es un penoso y evidente desperdicio de actores con talento. No la vea si la dan por televisión. No alquile la cinta de vídeo.

El otro fracaso del año fue menos desastroso. Se trata de una adaptación poco inspirada y sumamente extraña de las historias de «Herbert West, reanimador», de H. P. Lovecraft, escrita por Dennis Paoli, William J. Norris y Stuart Gordon, y dirigida por Gordon (es su primera película). Gordon es un director teatral de Chicago, respetado y de mucho talento, que no sólo ha dirigido Warp sino también versiones de La guerra interminable de Joe Haldeman y de Las sirenas de Titán, de Kurt Vonnegut. He visto esta última obra y me pareció una de las mejores veladas que he pasado jamás en un teatro. Se merecía todos los premios de ciencia ficción imaginables pero, como era una «simple» obra de teatro, casi nadie fue a verla.

Gordon realizó la transición entre el teatro y el cine con Reanimator de H. P. Lovecraft, una película al mismo tiempo sofisticada y muy cruda para un público que por lo general estaba desprevenido. Es una obra de aventuras bien tramada pero ultravioleta, una de esas películas de terror divertidas y en apariencia serias que resulta fácil confundir con una película de género.

Jeffrey Combs interpreta el papel de Herbert West, un fanático de mirada penetrante, monomaniaco y de sangre fría, que ha creado un líquido verde reluciente que devuelve la vida a los seres muertos: a los gatos sin entrañas, por ejemplo, o a la cabeza y el cuerpo de un enemigo. La historia comienza con la explosión de los ojos de un hombre y concluye con diez metros de intestino vivo sofocando al protagonista. Entretanto veremos cosas terribles, como una cabeza que da a luz otra cabeza...

La fotografía de Mac Ahlberg y los efectos de maquillaje son buenos. Por otra parte, el reparto de Richard Band es una virtual copia del de Psycho de Bernard Herrmann. Band les dijo a los periodistas que sólo había querido hacer una parodia de Herrmann como la que hacía de tantas otras películas, pero casi parece un plagio.

Es una bufonada hecha con tal apariencia de seriedad que, en este sentido, no se comprende como tal hasta que llegamos al exuberante apogeo, en que docenas de cadáveres de locos reanimados atacan a los personajes que todavía siguen con vida. Pero es imaginativa y animada y, si Gordon logra salir del género de violencia y terror, le auguramos una carrera de director de cine tan buena como la de director de teatro.

Morons from Outer Space no es, como ha indicado mucha gente, precisamente un título sugerente. Aunque cuente con un excelente plantel de actores, un presupuesto astronómico y esté bien dirigida, es una película tan desigual y tiene una intención satírica tan diluida que es comprensible que la Universal se mostrara remisa a distribuirla en Estados Unidos.

La dirigió Mike Hodges. Sus anteriores filmes, Pulp, Get Carter y Flash Gordon no permitían hacer presunciones previas acerca de Morons... Me sorprendió que fuera tan divertida y me decepcionó el hecho de que, una vez queda planteada la situación, la película quede vacía de contenido. El guión (escrito por Mel Smith —que hace el papel de uno de los morons— y Griff Rhys Jones —que hace de amigo de éstos sobre la Tierra—) sólo consigue abandonar a Bernard, el alienígena interpretado por Smith, en una Arizona inverosímilmente exuberante, mientras los demás, todavía más estúpidos, se lo están pasando en grande en Gran Bretaña. Bernard tiene que tratar de cruzar Estados Unidos para ver a Julian (Paul Brown), Dez (Jimmy Nail) y Sandra (Joanne Pearce), que no tienen ninguna prisa por verlo, en Nueva York.

La primera parte de la película es notablemente mejor que la segunda. Hay una clara parodia de Encuentros en la Tercera Fase cuando un científico francés se dispone a hablar con los extraterrestres al bajar de la nave (pone la canción «Born Free» en un gigantesco tocadiscos automático). Cuando los científicos se dan cuenta de que los alienígenas, que, según sus cálculos, debían ser intelectualmente superiores a los humanos, son unos bobalicones, la película tiene sus mejores momentos. Luego se dedica a hacer una serie de parodias de obras célebres carentes de sentido.

Con todo, una película de ciencia ficción que trata las ideas del género con respeto y cariño es inusual y, aunque la obra es la mitad de divertida de lo que debiera ser, el talento de los actores y los ocasionales momentos divertidos la hacen agradable, aunque de poco voltaje.

A no ser que le encanten las clásicas películas italianas de aventuras, puede ahorrarse Creepers. A la versión original, llamada Phenomena, y también disponible en vídeo, le cortaron veinticinco minutos. Tal como ha quedado, es una interesante pero inconexa película de terror con elementos de ciencia ficción, rodada en inglés y situada en Suiza. Jennifer Connelly, una joven actriz hermosa y con talento, interpreta el papel de hija de una famosa estrella del cine que va a un internado de chicas en Suiza. (Se utiliza la antigua mansión de Richard Wagner.) Han desaparecido más niñas de su edad de esa misma escuela. A veces se encuentran sus cadáveres infestados de gusanos (y nos conceden el dudoso privilegio de contemplar un primer plano de una cabeza pudriéndose). Jennifer —que así se llama también la heroína— puede comunicarse con los insectos, una idea original que tendrá una importancia capital a la hora de aclarar el misterio del asesino fantasma. Se nota que Donald Pleasence disfruta con su papel de John McGregor, un entomólogo escocés postrado en una silla de ruedas que vive en Suiza y que es atendido por un solícito chimpancé.

El momento culminante es uno de los más extraños que se hayan visto recientemente: Jennifer está forcejeando con un enano deforme de quince años (el asesino) junto a un lago, cuando una nube de insectos, atraídos por sus sufrimientos, atacan al agresor y éste cae al lago, infestado de bichos furibundos. Un combustible derramado incendia la superficie del lago en el que también cae Jennifer. Lucha con el monstruo debajo del agua y lo derrota; al salir a la orilla, la ataca la madre demasiado solícita del enano (la última vez la habíamos visto metida hasta el cuello en un cubo de gusanos y carne podrida), pero la salva el chimpancé de Pleasance con una navaja de afeitar, vengando de esta manera el asesinato de su amo, que acontece con anterioridad. ¡Quién ha dicho que ya no se hacían películas así! Escrita, dirigida y producida por el ocurrente pero obviamente chiflado Dario Argento.

Death Warmed Up es la segunda película neozelandesa de ciencia ficción de 1985, muy inferior a *The Quiet Earth* en calidad, aunque el director David Blyth, que escribió el guión con la ayuda de Michael Heath, se revela como una promesa. El argumento es de lo más confuso y, al final, da la sensación de que Blyth coloca multitud de acciones a un ritmo trepidante para que no nos demos cuenta de que no está resolviendo nada. Era imposible explicar tantas cosas y salimos del cine con la sensación de no saber qué ha pasado ni por qué.

El doctor Archer Howell (Garu Day) un científico loco declara que «somos la última generación», dando a entender que, a partir de ese momento, es lícita la inmoralidad. Para demostrar de alguna manera su teoría, obliga por un procedimiento químico a Michael Tucker (Michael Hurst) a matar a sus padres. Siete años más tarde, ansiando vengarse, Michael es liberado de la prisión y va rápidamente con tres amigos a buscar a Howell a la isla donde se refugia, mientras éste se dedica a realizar operaciones cerebrales descritas gráficamente pero incomprensibles. (La cabeza de una de sus víctimas estalla.) Hay escenas con antiguas víctimas de las operaciones de Howell, restos de túneles de provisiones de la Segunda Guerra Mundial y una fuga de las víctimas quirúrgicas mutiladas. Hay mucha agitación, hasta dos personas que se incendian, pero ni una sola explicación de lo que ocurre.

La estructura es desordenada e inconexa; cada escena funciona bastante bien, pero el argumento no las explica lo suficiente. A pesar de eso, es aguda e inteligente, con buenos diálogos, una actuación satírica y divertida y una acción bien llevada. Pero, a fin de cuentas, resulta sobre todo confusa. Se nota lo mucho que le gustan al director las películas de David Cronenberg, pero carece de la capacidad unificadora y de la lógica rigurosa (y a veces oscura) de Cronenberg.

Larry Cohen, un guionista-director idiosincrático y personal pero confuso, estuvo representado en 1985 por *The Stuff*. Una película típica de Cohén, repleta de ideas ocurrentes y satíricas, pero ejecutadas como si el director tu-viera que resolver pronto el tema para dedicarse a otros proyectos. Las escenas no acaban en el punto en que deberían hacerlo, falta conexión entre las diferentes partes, se entorpece la acción intercalando escenas explicativas, y la propia calidad de la película es tan variada

como si parte de la película se hubiera rodado en cinta de 16 mm. Le falta una explicación coherente.

Cohen se había propuesto hacer una película de alta tecnología, pero dispersó sus energías en otras direcciones, de manera que pocas de las ideas que utiliza resultan eficaces. Del suelo rezuma una sustancia blanca; al probar-la, resulta deliciosa pero crea adicción. En seguida se vende como postre y empieza a quitarles el mercado a los fabricantes de helados, que se unen para contratar a un sagaz e informal espía industrial (arrebatadoramente interpretado por Michael Moriarty, que a menudo parece demasiado envarado). Mientras tanto, un niño cuya familia ya es adicta a la sustancia, descubre un grumo de sustancia paseándose por la nevera. La trama se acelera con unas persecuciones por el sur de Norteamérica. El espía recurre a la ayuda de la mujer (Andrea Marcovici) que hace los anuncios televisivos de la sustancia (cosa que permite a Cohen hacer una parodia de los spots de televisión), del niño, un chiflado por las galletas de chocolate (Garret Morris), y de un fanático militar derechista (Paul Sorvino). Finalmente, se demuestra que la sustancia está viva y que se come a las personas cuando entra en su interior.

Pero le falta consistencia: Cohen no parece capaz de decidir si la sustancia es inteligente ni si ha planeado todo lo que está haciendo, y nunca llega a sugerir de dónde procede. Aunque, como es habitual en las películas de Cohen, demuestra una gran inteligencia (si bien de una manera desordenada), tiene muchas escenas buenas y, en líneas generales, dirige bien a los actores. A pesar de que se trata indudablemente de una de sus películas menores, lleva el claro sello de Cohen.

George Romero realizó la tercera de sus películas sobre los muertos vivientes, *Day of the Dead*. Era una continuación de *Dawn of the Dead*, que a su vez era la segunda parte de su excelente «debut», *La noche de los muertos vivientes*. La coherencia, energía e inteligencia que hizo que su *Dawn of the Living Dead* fuera tan inesperadamente agradable, han desaparecido casi por completo en *Day of the Dead*. Esta vez, Romero se ha tomado demasiado en serio su loca idea y ha puesto el acento en una tensión desagradable y pertinaz que hace que cueste trabajo ver toda la película.

Romero escribió y dirigió *Day of the Dead* situándola en un futuro próximo en que los cadáveres andantes y caníbales se han apoderado de la mayor parte de Estados Unidos (y del mundo, presumiblemente, aunque esto sólo se sugiera tenuamente). Por desgracia, en esta ocasión Romero ha preferido centrar casi toda la historia en unos pocos decorados subterráneos, entre un grupo de personas que parecen odiarse unas a otras.

Refugiadas en el subterráneo, no paran de chillarse, contando las horas que les faltan para convertirse en pasto de los zombies. Un científico (Richard Liberty) ha descubierto ecos de inteligencia en un zombie prisionero apodado Bub (Robert Sherman), pero los estúpidos militares, mandados por Rhodes (Joe Pilato), sólo quieren matar a todos los zombies con que se encuentran y salir pitando de su base

subterránea. Éste podría haber sido un punto de partida bueno para una película interesante, pero ésta acaba por resultar aburrida, intensa pero tan sofocante que produce una sensación de desesperación y desolación. Ni los más ardientes fanáticos de Romero pueden considerarla una película entretenida; es demasiado sombría y demasiado tenebrosa para casi todos los espectadores, está rodada a un ritmo demasiado lento, repleta de escenas de un horror sin precedentes, y parece comunicar el mensaje de que el mundo está abocado a la destrucción.

Aunque no sea tan sanguinaria pero aparentemente prometa más derramamientos de sangre que *Day of the Dead*, *The Return of the Living Dead*, de Dan O'Bannon, constituyó, por extraño que parezca, una segunda continuación de *La noche de los muertos vivientes*. (Hay un sistema legal bizantino que permite que haya variaciones simultáneas de una misma película.) A diferencia de *Day*, la película de O'Bannon es una comedia, desde la primera imagen (en que un cartel nos anuncia que lo que vamos a ver es rigurosamente cierto y que se han utilizado los nombres reales de los personajes) hasta la última, en que todo vuelve a empezar desde el principio. Éste es el primer trabajo de O'Bannon como director; en sus otros guiones, como *Alien* y *Blue Thunder*, ha demostrado poseer una gran dosis de humor y la capacidad de provocar situaciones extremadamente tensas, virtudes que se manifiestan en esta salvaje y anárquica locura de película.

Un grupo de punks y varios trabajadores son atacados en el interior de un almacén de productos medicinales por unos cadáveres andantes que proceden de un cementerio próximo cuando un gas que se les había extraído a unos zombies y que se guardaba en el almacén se expande accidentalmente. Las cosas van de mal en peor hasta que los militares dejan caer una bomba atómica sobre el almacén.

A diferencia de la película de Romero, *The Return of the Living Dead* es claramente divertida, tiene un ritmo ágil, personajes divertidos y más imaginación que detalles escabrosos. Esta vez, los zombies comen cerebros crudos y usan todos los medios imaginables para conseguir comida fresca (incluso la radio de la policía: un zombie pide «envíen más policías» y el encargado los manda). Hay una escena estremecedora en que un increíble medio cadáver le cuenta a nuestra atónita banda lo doloroso que es estar muerto y tener ganas de comer cerebros. Los principales problemas de la película son una dependencia demasiado marcada del decorado (la estilización, que recuerda un libro de comics, no es lo suficientemente poderosa como para eliminar una sensación de poco presupuesto) y carencia de personajes realmente simpáticos. No me gustó el grupo de punks y de «nueva ola». Y, naturalmente, este tipo de películas, por bien hechas que estén, no tienen nada nuevo. Pero O'Bannon volverá con filmes más espectaculares y mejores, y entonces se desenterrará *The Return...* y se considerará una obra maestra.

Aunque sólo pertenezca tangencialmente al género, merece la pena hacer mención de *Creator*, otra película maltratada por la Universal, como ocurrió con *Morons from Outer Space* y la original e hipnótica *Dreamchild*. Peter O'Toole, en uno

de sus típicos papeles de egocéntrico y excéntrico, interpreta al científico Harry Wolper, que lleva veinticinco años (los mismos que hace que murió su mujer) tratando de crear un clon que se le parezca. Entra en contacto con el estudiante Boris (Vincent Spano) y con la librepensadora Meli (Mariel Hemingway), que dona sus ovarios para los experimentos de Harry. Pronto empieza éste a corresponder tímidamente al amor de Meli, pero la incordia hablándole constantemente de su mujer muerta. Mientras tanto, Boris se enamora de Bárbara (Virginia Madsen), y esto casi conduce a una tragedia.

El rival de Harry, el disciplinado y ambicioso Sid Kuhlenbeck (David Ogden Stiers, muy bueno), sabotea el último y afortunado intento de Harry para crear un clon y se ocupa de que éste sea arrinconado en una sección de la Universidad reservada para viejos profesores seniles. Pero todo le sale bien a todo el mundo, menos a Kuhlenbeck.

Creator fue escrita por Jeremy Leven basándose en su propia novela y dirigida por Ivan Passer. No sé a quién hay que echarle la culpa de los radicales cambios de tono de esta obra. Empieza como una comedia inteligente acerca de la investigación, las becas y las rivalidades entre los departamentos científicos de una universidad, deriva hacia un tierno romance y acaba convirtiéndose en una sombría tragedia. Es comprensible que a algunos espectadores les costara soportar tanto cambio.

El mayor de los monstruos volvió una vez más en la persona de Godzilla 1985, una película japonesa (no faltaría más) dirigida por Kohiji Hashimoto, con las escenas norteamericanas intercaladas por R. J. Kiser. Curiosamente, la película estaba escrita como si Godzilla hubiera estado ocioso desde que apareció en su primera película, a principios de los años cincuenta. Hasta el propio Raymond Burr vuelve a encarnar al reportero que interpretó en las escenas norteamericanas de aquella película; ahora, aparece contemplando monitores de televisión y mascullando que esta vez Godzilla triunfará. El monstruo es más poderoso que antes, y la película es mucho más seria y tiene efectos especiales mucho más logrados. Es posible que siga pareciendo lo que es, un tipo enfundado en un traje de goma, pero el traje es mejor y los rascacielos en miniatura que va aplastando están mucho mejor elaborados.

Por desgracia, la distribuidora norteamericana, New World, se propuso deliberadamente dar un toque camp a la película, doblando descuidadamente las escenas norteamericanas y dándoles una interpretación de parodia socarrona. Fuera como fuera, habría resultado difícil tomarse en serio la película, pero estas modificaciones sólo sirvieron para que fuera casi imposible saber cómo había que tomársela. La genuina inocencia de los filmes japoneses se vio alterada por la complacencia y el engreimiento norteamericanos y, como resultado de ello, nos quedamos sin carne ni pescado, y sin el verdadero Godzilla.

También en 1985 se distribuyó una película australiana acerca de un monstruo gigantesco, pero en este caso, que probablemente sea único, el monstruo era un cerdo gigante. Razorback era un magnífico ejercicio de estilo visual, con tormentas de

polvo, luces que atravesaban la oscuridad, metales tambaleantes y el brevemente entrevisto gigante omnívoro que daba título e intriga a la película. Claramente inspirada en Tiburón, el director Russell Mulcahy y el guionista Everett Derouche consiguieron lo que se habían propuesto con esta película fantasiosa, inteligente y polvorienta. El plantel de actores se sale de la norma y, si el lector es capaz de superar los reparos que le pueda producir ver al protagonista enfrentarse a un cerdo gigante, Razorback le gustará.

El resto de las películas de ciencia ficción de 1985, con una notable excepción de la que me ocuparé dentro de un rato, fueron el acostumbrado batiburrillo de primicias de festival de cine con poca distribución, filmes de terror menores con algún recurso a la ciencia ficción y las pocas rarezas que siempre surgen. No he visto ninguna de estas rarezas, pero no ha sido por falta de ganas.

Evils of the Night, con John Carradine, el eterno y todopoderoso actor, en el papel de un científico del espacio exterior, tuvo una reseña poco favorable en el Festival de Cannes a cargo del crítico «Strat», de *Variety*. La consideraba una «mezcla insípida de sexo para adolescentes, ciencia ficción y terror de poca categoría», que se centraba en los misteriosos acontecimientos que tenían lugar en el lago de un bosque. «Una película con los clichés típicos del género», en opinión de «Strat», aunque aparecen actores bastante conocidos, como Neville Brand, Aldo Ray, Tina Louise y Julie Newmar.

Boggy Creek II, también titulada aleatoriamente *The Barbaric Beast of Boggy Creek Part II*, fue descrita por «Lor», de *Variety*, como «un ejemplo agradable y casero de película regional en la que el realizador (que también hace de director) ama verdaderamente a sus criaturas». El escritor, productor y director Charles B. Pierce interpreta el papel de profesor en la Universidad de Arkansas que investiga la criatura parecida al Yeti y que vive supuestamente en la región Boggy Creek de Arkansas. Se trata de una continuación de *The Legend of Boggy Creek*, realizada por el propio Pierce en 1972, y, según «Lor», es «notablemente pobre en cuanto a intriga».

Otra película que tuvo distribución local fue la parodia *Doctor Otto and the Riddle of the Gloom Beam*. Rodado en Nashville, este filme fue la única novedad de 1985 de la que no he logrado encontrar ninguna reseña, de manera que, aparte del hecho de que su protagonista es Jim Varney y que fue dirigido por John Cherry II, que escribió el guión junto al productor Coke Sams, sólo sé que es una comedia sobre un científico loco que trata de adueñarse del mundo y que, naturalmente, fracasa.

La película francesa del productor, guionista y director Claude Lelouch, *Viva la Vie!*, producida en 1984, fue distribuida en Norteamérica durante 1985. Utilizando a grandes estrellas europeas, como Charlotte Rampling, Michel Piccoli, Jean-Louis Trintignant, Charles Aznavour y Anouk Aimée, la película de Lelouch se considera como un homenaje a Jean-Luc Godard o una réplica de sus películas. Piccoli y Rampling son dos engreídos parisinos raptados por los extraterrestres. La película está lastrada con muchas entrevistas con los demás actores y con el propio Lelouch;

por lo visto, acaba con un cliché de lo más burdo pero que a lo mejor su director consideró original. Sin embargo, a petición del propio Lelouch, las pocas críticas que tuvo la película, desfavorables, no explican el argumento de la historia. El filme tuvo bastante éxito en Francia.

Una película que gustó más fue la danesa *El elemento del crimen*, proyectada en el Filmex de 1985 en Los Angeles, pero que hasta hoy se ha distribuido bastante poco, aunque es posible que se proyecte en Estados Unidos. El argumento de *El elemento del crimen* es, como el propio director reconoce, el ingrediente menos interesante de la película: en una Europa devastada del futuro, un investigador de la policía (Michael Elphick), que ha decidido poner en práctica las ideas de su profesor y consejero de la Universidad (Esmond Knight), ocupa el lugar de un asesino degenerado con la intención de poder apresarlos. Lo que mereció los elogios de la crítica fue el estilo del guionista y director Lars von Trier, que se iniciaba con esta película. Michael Wilmington, de *Los Angeles Times*, dijo que la película es «espléndidamente extraña, perversa, idiosincrática, desafiante, inclasificable, literalmente electrizante y crepitante de energía creativa». (Eso habrá que verlo.) «Kell», de *Variety*, dijo que dejaría «atónito al público internacional más indiferente», que destacaban «una dirección sobresaliente de unos actores... excelentes..., unas imágenes evocativas y una trama poético-filosófica siniestra». A pesar de esta hipóbole, *El elemento del crimen* parece una película aconsejable.

Lo mismo puede decirse de *Futuropolis*. En *The New York Times*, Janet Maslin escribió que el filme «logra tener un cierto aire casero, sin parecer en ningún momento obra de aficionados. Combina elementos humorísticos... con una acción en vivo que posee un ritmo característico de los viejos clásicos; esta obra consigue desenmascarar varios clichés de la ciencia ficción y al mismo tiempo parodiar a media docena de géneros». En *Los Angeles Times*, Michael Wilmington coincidía con ella; consideraba a esta película de cuarenta minutos de duración «tan densa en imágenes como muchas películas tres veces más largas y mucho más caras. Una maqueta de astronave, la negra inmensidad del espacio tachonada de estrellas, una ciudad dirigida por un científico perturbado, efectos especiales a granel... todo esto forma parte de una breve y apasionante aventura». Al dúo que constituyen Steve Segal y Phil Trumbo, guionistas, productores y directores conjuntos, le costó nueve años realizar esta película. Wilmington dice: «Tiene un aire agradable, desenfadado y deportivo, y en la segunda mitad, cuando se precipita la acción, la realización responde a lo que todos estábamos esperando». Tiene todo el aspecto de ser la perfecta película con que iniciar un festival de ciencia ficción.

En 1985 se lanzaron dos películas de dibujos animados de ciencia ficción. La peor de las dos, *The Secret of the Sword*, no es más que un refrito de varios episodios de la serie de televisión «*She-Ra*» y una continuación de los seriales de «*He-Man y los Amos del Universo*», basados en una colección de juguetes de Mattel. Situada en un extraño universo lleno de espadachines y brujos, en el que los malos usan la

superficie mientras que los buenos tienen espadas relucientes y mágicas, *The Secret of the Sword* va dirigida a un público exclusivamente infantil. Charles Solomon, de *Los Angeles Times*, ya indicó que el principal defecto de esta obra es la poca animación que se les puede dar a unos dibujos para televisión y la inofensiva violencia que les imponen los cánones estrictos del medio. Solomon evitó cuidadosamente comentar la calidad de la película.

Aparentemente mejor fue *Starchaser: the Legend of Orin*. Realizada en tres dimensiones y animada en Corea, *Starchaser* aspira a ser una película de ritmo ágil y entretenido. Varios críticos habían comentado la poca verosimilitud de una película de dibujos animados tridimensional, en la que (como dijo Vincent Canby) las «imágenes se parecen a las de un teatro infantil, en el que pueden moverse de lado a lado los personajes de cartón, pero nunca de adelante hacia atrás». El argumento es manifiestamente similar al de *Star Wars*: un joven héroe rubio descubre una potente espada láser, se convierte en amigo de un artero contrabandista espacial y de una princesa, y se enfrenta a un malo de voz grave. Eso es todo lo que se nos dice del imperio del mal. La animación está poco lograda, pero la mayoría de los críticos dijeron que resulta agradable ver.

Y finalmente, justo al final del año, apareció la brillante película de Gilliam, *Brazil*, nominada para el Hugo. Los problemas que tuvo Gilliam para lograr que la proyectaran de acuerdo con sus propias indicaciones fueron aliviados por el apoyo que le brindaron las compañías de información más importantes de Estados Unidos, y es bastante probable que la publicidad dada al asunto tuviera mucha influencia a la hora de lograr que la Universal accediera a las peticiones de su autor, aunque al final la versión norteamericana fue más corta que la europea. Los esfuerzos que le costaron se vieron recompensados por la posibilidad de ver el filme de acuerdo con las peticiones de Gilliam.

En cuanto a técnica y concepción, *Brazil* es única, y puede decirse que hay pocas obras de arte, sean de la rama que sean, íntegramente originales. El problema más grave de la película, y es ciertamente grave, es que, en lo que se refiere al contenido, ya se ha visto antes. Es una nueva recreación del tema de 1984, en que un hombre corriente se ve aplastado por la maquinaria del Estado; sin embargo, en este aspecto Gilliam introduce una variación, ya que su Estado está dirigido por lunáticos incurables y tipos histéricos. En 1984, la razón de que triunfe el estado es que es implacable, poderoso y perspicaz. En *Brazil*, si el Estado vence es porque lo exige el guión. Los zoquetes de la administración ni siquiera son capaces de atarse los zapatos, y mucho menos de gobernar el mundo, de manera que, en vez de parecer inevitable, su victoria queda un poco forzada. Como sátira, *Brazil* es un fracaso, debido a lo familiar que nos resulta el tema y debido al hecho de que en el mundo creado por Gilliam no se ve ningún reflejo de nuestro mundo, pues hace una parodia universal de la burocracia sin referirse de manera especial a nuestro tiempo.

Pero, dicho esto, hay que reconocer que *Brazil* es una de las mejores películas de

1985: un espectáculo deslumbrante, ingenioso y ameno. Aunque visualmente sea un extraño conglomerado de Metrópolis, El mago de Oz y Blade Runner, no se parece a ninguna de las tres. Altamente estilizada —no hay en toda la película nada que pueda considerarse «realista»— Brazil dejó extrañados a algunos espectadores y atónitos a otros. El diseñador de producción, Norman Garwood, debió de haber colaborado estrechamente con el director y guionista Gilliam, porque la película no recuerda en ningún momento las extrañas animaciones que realizó Gilliam para «Monty Pinthon».

La película es casi imposible de describir, pues no tiene elemento de comparación. Está situada en lo que podría ser perfectamente un Londres alternativo, quizá actual, pero, con la diferencia de que tendría que haber restos de ordenadores de la Segunda Guerra Mundial, el Estado se ha hecho omnipotente y la moda se ha vuelto extravagante (las mujeres llevan zapatos en la cabeza). Jonathan Pryce, que recuerda mucho a Alec Guinness cuando era joven (¿me has oído, Georges Lucas?), es el perfecto ciudadano normal y corriente que se resiste a dejarse enredar por el complejo aparato estatal que simplemente lo quiere integrar. Su viejo amigo Michael Palin, un torturador satisfecho que tararea canciones mientras tortura, no para de avisarle de que las cosas se pueden torcer. También aparecen Ian Holm, Bob Hoskins y Robert De Niro en secuencias breves pero memorables; el mutis de Robert De Niro en la película es uno de los más extraños que haya visto jamás: se enreda en un torbellino de periódicos y desaparece.

Brazil es una película que hay que ver varias veces; es la única forma de apreciar todos los chistes, alusiones satíricas, libelos y referencias, y todos merecen la pena. La elegancia, belleza, imaginación y sentido del humor de su concepción, y la naturaleza mágica y grácil de sus misteriosas escenas intercaladas, también hacen aconsejable verla más de una vez. No sólo tuvo un relativo éxito en los lugares en que se exhibió, sino que se ganó muchos y apasionados fans y defensores acérrimos. Al principio será un clásico para minorías y, con el tiempo, se convertirá sin duda en un verdadero clásico.

Uno de los más acérrimos defensores de Brazil fue Harlan Ellison, a través de su deliciosa, apasionada e informativa columna en The Megazyme of Fantasy & Science Fiction. Al margen del hecho de que suela estar enterado de los detalles nimios, de los gustos personales de cada cual, y de que posea una lengua viperina, «Harlan Ellison's Watching» puede ser irregular, pero siempre da la opinión más fresca que se pueda encontrar hoy en día acerca de las películas de ciencia ficción, y es una de las mejores columnas de cine de cualquier género. Aunque después de leer la columna tire la revista a un rincón, seguro que le habrá gustado y que se alegrará de que publiquen las cosas de esa manera y de que escriba sobre esos temas. Una de las razones por las que mucha gente no puede aguantar a Harlan Ellison es que, como todos los grandes críticos, escribe completamente convencido de lo que hace; es un escritor superlativo y por eso resulta tremendamente convincente. Al leer sus reseñas,

cualquiera puede tener la sensación de que le asiste la razón, aunque disienta por completo de lo que está diciendo. Los editores le irritan a veces de modo que en ocasiones no publica su columna; espero por todo el oro del mundo que no deje de escribir sobre esta película.

Como podrá apreciarse, no hay ninguna moda entre los filmes de ciencia ficción de 1985, pero hay una ligera tendencia: aunque bastantes, como *Creator* y *Lifeforce*, están basadas en libros ya publicados, sólo una *Enemigo mío* deriva de lo que podría llamar (a falta de una denominación más apropiada) ciencia ficción «real». Puesto que *Enemigo mío*, como *Dune* en 1984, fue un fracaso de taquilla, los ejecutivos — que por lo general no leen nada, y menos aún ciencia ficción— tuvieron una razón más para convencerse de que los libros de ciencia ficción no tienen nada que aportar al cine.

Y sin embargo, estos últimos años han conocido un boom, no sólo de películas de ciencia ficción, sino también de libros de género, y no se trata de una coincidencia. No estoy diciendo con ello que el éxito de los libros de ciencia ficción se deba única y exclusivamente a películas como *Star Wars* y a series como *Star Trek*, pero es obvio que existe una relación de causalidad entre ambos hechos. En parte como consecuencia del gran éxito que han tenido este tipo de películas, la ciencia ficción escrita se ha convertido en un gran negocio dentro de la literatura en general. Ya resulta frecuente, no sólo ver libros que hacían referencia a la ciencia ficción entre las listas de best-sellers, sino también libros escritos por genuinos miembros de la SFWA.

Pero las películas de ciencia ficción han asumido el riesgo de no dirigirse a este público específico y cada día más numeroso. Es cierto que la mayoría de las personas que van a ver películas de ciencia ficción no lee libros de este género, pero tampoco leen libros, sean del género que sean. Los niños que leen ciencia ficción, leen sobre todo literatura de este género, y estos lectores (a diferencia de lo que ocurre con los fans de los comics o los que asisten a las convenciones) constituyen una buena parte del público que va al cine de ciencia ficción. ¿Dónde están, entonces, los filmes basados en Anderson, Heinlein, Asimov, Clarke, Sturgeon y tantos otros? ¿Por qué no se convierten sus libros en película?

Aunque la ciencia ficción sea el género de cine más popular del mundo, los beneficios que la industria puede obtener con estas producciones tienen un tope (salvo en el caso de Lucas y Spielberg). Si una película de ciencia ficción no suele costar más de unos doce a quince millones de dólares, sigue siendo una buena oportunidad de sacar beneficios, de hecho una oportunidad mejor que con las demás películas. Por consiguiente, las películas de ciencia ficción han de tener un límite de presupuesto. Por popular que sea un libro como *Football*, de Larry Niven y Jerry Pournelle, por ejemplo, la exaltación épica del relato significa que tiene muy pocas posibilidades de convertirse en película, pues ésta costaría más dinero del que va a reportar.

¿Y las numerosas novelas de Heinlein? En mi opinión, la novela perfecta de ciencia ficción para adaptarse al cine sería *The Puppet Masters*. Lo tiene todo: monstruos del espacio exterior de aspecto repugnante y viscoso, control mental, desnudos y mucha acción. Y, aparte de una extraña imitación hecha hace treinta años, nadie se ha propuesto enfrentarse a *The Puppet Masters*.

Y no es la única novela que se pueda rodar; los que estén leyendo esto tendrán sus propias candidatas. Tengo la impresión —me ocurre a veces, pero me bebo una buena cerveza fría y la impresión se desvanece— de que en alguna parte alguien va a hacer una película basándose en una novela o novela corta fundamental en la historia de la ciencia ficción, y que va a ganar dinero gracias a eso. Esa revolución se está gestando en alguna parte.

Lo queramos o no, la ciencia ficción se ha visto muy favorecida por películas como *Star Wars*. Ya es hora de que Hollywood empiece a filmar obras de ciencia ficción, no como muestra de deferencia, sino porque le resultará provechoso. Y no es que esto deba ocurrir: es que ocurrirá. Gary Kurtz, que, a fin de cuentas, produjo *Star Wars*, es uno de los pocos profesionales de Hollywood que lo sabe y que está en situación de hacer algo para solucionar este problema. Varios proyectos basados en conocidas novelas de ciencia ficción le rondan por la cabeza, y si logra llevarlos a cabo, la revolución a la que hacía referencia puede sobrevenir antes de lo que yo espero.

Pero este cambio ocurrirá porque tiene que ocurrir. No se trata de la presencia constante de los libros de misterio en las estanterías de las librerías de todo el mundo. La ciencia ficción es más importante, y en la actualidad los editores cada día le conceden más importancia llegada la hora de programar las fechas de publicación; sus libros se van a leer. El cine suele ir a remolque de estas tendencias durante varios años, pero, tarde o temprano, siempre acaban por ponerse al día. No puedo prometer que estas películas potenciales vayan a ser buenas, pero se realizarán. Ya sé que esto se contradice con mis anteriores opiniones, pero he cambiado de idea. Basta con que recuerden la que acabo de expresar. Si me equivoco, espero que sepan perdonarme.

«*Los Premios Nebula*»

Los miembros en activo de la Science Fiction Writers of America (Sociedad de Escritores Americanos de Ciencia Ficción) son los encargados de presentar las candidaturas y de votar los Premios Nebula. La sociedad fue fundada en 1965 por Damon Knight, que fue además su primer presidente y con un total de setenta y ocho escritores como miembros constituyentes. Actualmente consta de más de ochocientos, entre los cuales se cuentan algunos de los escritores más insignes de la ciencia ficción.

Lloyd Biggle, Jr., primer secretario tesorero de la SFWA, propuso en aquel primer momento que la organización publicara cada año una antología con los mejores cuentos. Aquella idea, según Damon Knight en su introducción a *Nebula Awards Stories: 1965* (Doubleday, 1966), «fue creciendo con rapidez hasta llegar a la reunión anual de los miembros de la SFWA para elegir, mediante votación, los mejores cuentos, y a la celebración del también anual banquete de entrega de premios». Judith Ann Lawrence fue la encargada de diseñar el trofeo que se concede por el premio y que representa una escena de la escritora Kate Wilhelm. Se trata de un bloque de lucita con una nebulosa espiral en su interior, hecha con un metal brillante y cristal de roca. Los trofeos están fabricados a mano, por lo que nunca hay dos exactamente iguales.

Desde 1965, los Premios Nebula se han otorgado cada año por la mejor novela, novela corta, cuento y cuento corto que se hayan publicado en el año anterior. Asimismo, se publica cada año una antología con las narraciones cortas ganadoras y con las finalistas.

Los banquetes en los que se conceden los premios Nebula, que siempre tienen lugar en primavera, se celebran alternativamente en Nueva York y en la Costa Oeste, y a ellos acuden muchos escritores y editores de primerísima línea. Además del banquete también hay reuniones y debates.

El Premio Gran Maestro Nebula se concede a un autor vivo por los logros y la dedicación de toda una vida a la ciencia ficción. Pero este premio se concede como máximo en seis ocasiones dentro de una misma década. El presidente de la SFWA decide las nominaciones para el Gran Maestro Nebula, que se someten a votación entre antiguos presidentes, directivos actuales y el jurado de los Premios Nebula. Los que siguen son los ganadores del Premio Gran Maestro y los años en que fueron concedidos: Robert A. Heinlein (1974), Jack Williamson (1975), Clifford D. Simak (1976), L. Sprague de Camp (1978), Fritz Leiber (1981), Andre Norton (1983) y Arthur C. Clarke (1985).

Notas

[*] Recomiendo también Una historia de los Premios Hugo, Nebula y Fantasía Internacional, de Donald Franson y Howard DeVore, Misfit Press, 1985. El libro se actualiza de forma periódica. Puede obtenerse escribiendo a Howard DeVore, 4705 Weddel, Dearborn, Michigan, 48125. Tiene el interés de enumerar las obras recomendadas para la lista preliminar de Nebula y de indicar el número de votos que recibieron. Sorprende lo acusado de las rivalidades. La lista de obras con la forma de obtenerlas supone una ayuda inapreciable para el lector (N. del Ed.) <<

[1] Iniciales de «scientific fiction» o ficción científica como todavía utilizan en España algunas publicaciones ancladas en el pasado. (N. del Ed.) <<

[2] Los estudios Ealing desmienten el rumor, plausible por otro lado, de que el filme Kind Hearts and Coronets, de Alec Guinness, estuviera inspirado en estos sucesos. Es sabido, sin embargo, que por un momento se llegó a pensar en Peter Cushing para el papel del reverendo Cabbage. <<

[3] Desde 1970, mi infatigable hermano Fred Clarke, con la colaboración de músicos de prestigio de sir Yehudi Menuhin (quien ya ha dirigido en tres ocasiones el Mesías de Haendel con este fin), encabezaba la campaña para devolver su importancia a este magnífico instrumento. <<

[4] Sólo unas pocas piezas, como dos o tres ruedas dentadas y lo que parece ser una válvula neumática, siguen en posesión de la Sociedad Histórica del pueblo. Estas patéticas reliquias me trajeron el vivo recuerdo de otra famosa máquina que pudo haber supuesto otro gran descubrimiento tecnológico: el famoso Ordenador Anticythera (vid. Derek de Solía Price, Scientific American, julio 1959) que vi por última vez en el sótano del museo de Atenas. Mi insinuación acerca de que se trataba del objeto más importante del museo, no fue bien recibida. <<

[5] Cómo se enteró D. H. Lawrence de este lance sigue siendo un misterio. Como ya es sabido, al principio él había pensado, como protagonista de su novela más famosa, no en lady Chatterley, sino en su marido. Sin embargo, prevaleció el buen juicio y la conexión con el asunto Cabbage sólo se descubrió cuando Lawrence, imprudentemente, se lo contó en secreto a Frank Harris, quien inmediatamente lo publicó en el Saturday Review. Lawrence no volvió a hablar con Harris, lo que para entonces poco le importaba ya. <<

[6] En inglés, «alien» quiere decir tanto «alienígena, extraterrestre», como «ajeno, extraño», e incluso «alienado». He procurado respetar el sentido en que debió emplearlo en cada caso el autor pese a la polisemia del término. Asimismo, he traducido «alienness», invención de Benfor, por «alienidad» (que podría ser «condición o naturaleza de lo «alienígena»). (N. del T.) <<